IV

Antología de relatos españoles
e hispanoamericanos

Letras entre Amigos

2011-2017

Letras entre Amigos

2011-2017

IV ANTOLOGÍA DE RELATOS ESPAÑOLES E HISPANOAMERICANOS

Noviembre 2017

Todos los textos son propiedad de sus respectivos autores.
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio,
sin permiso por escrito del titular del copyright.

CONTENIDO

Orden alfabético

AL OTRO LADO DE LA PUERTA
Luisa Méndez Fernández

CALLEJEROS
Juan Antonio Marín

CIUDADES
Juan Antonio Marín

COSTUMBRES
Antony Sampayo

CREPÚSCULO
Juan Antonio Marín

ÉEK' BÁALAM
Ricardo Durán

EL AGUA RESBALANDO POR SU PIEL
Mario Archundia

EL DIABLO SIEMPRE LLAMA DOS VECES
Fernando Hidalgo Cutillas

HISTORIAS DE AQUÍ Y DE ALLÁ
Mario Archundia

¡INSOPORTABLE!
Luisa Méndez Fernández

LA ESCALINATA DEL HILO ROJO
Juan Antonio Marín

LIVERPOOL SONG
Juan Antonio Marín

MALDITA PETENERA
Milagros García Zamora

MALENA BAJO LA LLUVIA
Juan Antonio Marín

MAÑANA VOLVERÉ
Juan Antonio Marín

MÁS ALLÁ DE MAR ADENTRO
José García Montalbán

NOCHEBUENA
Belén Garrido Cuervo

QUEDARÁ EL VIENTO
Antonio Pacheco

REPARADORES DE ESTRELLAS
Juan Antonio Marín

THE BEST OF JAZZ FOREVER
Juan Antonio Marín

UNA CÁNDIDA EN EL FRENOPÁTICO
Belén Garrido Cuervo

UNA PAREJA Y UN LIBRO DE EDUARDO KRÜGER
Antonio Pacheco

UN TIEMPO PARA LA EVASIÓN
Luisa Méndez Fernández

****

Al otro lado de la puerta

Luisa Méndez Fernández

© Luisa Méndez Fernández – Asturias

luisaljjr@hotmail.com

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

AL OTRO LADO DE LA PUERTA

La fresca brisa del otoño se filtra a través de hendiduras labradas con puñal de abandono y soledad. Tus ojos sin luz se pierden, como copitos de nieve que juegan a diluirse delante de los míos. Siento tu respiración cada segundo más tenue y quebradiza. Acaricio tu frente de puntillas con la yema de mis dedos. Sé que te vas sin que tu marcha provoque una catarata de lágrimas. Nadie entiende que sigas aquí, contraviniendo las leyes de la supervivencia. Mal preñada por un esperma cuajado de whisky y ron baratos.

Aun así, clamo a los dioses que aparezcas por esa puerta, padre. Ni siquiera por un día, y qué poco te pido, no valen disculpas. Sólo una vez necesito ver tu cuerpo desplomado a ras de la tierra, pidiéndole perdón. Solamente por un día necesito que la mires a los ojos. Que te arrastres a sus pies. Un manantial de lágrimas no es suficiente para aliviar la violencia que adelantó tu llegada a este mundo. Luego te puedes ir, sobrado de tiempo, y pasarte por las cuatro o cinco tabernas que casi siempre te salen al paso.

Nada espero de ti, padre. A pesar de todo, cuando llegues saciado de alcohol, saldré a la puerta; te ofreceré mi mano y te la mostraré así de arropada. La densa caída del otoño se hace sentir. Sólo una sábana para arropar su cuerpo aún tibio, que poco a poco se ha ido desmadejando entre mis brazos.

Mira, te diré, parece dormida. Una flor arrancada a destiempo de una matriz forzada, salida de madre. Se ha ido envuelta en silencio, mientras yo creí leer en sus ojos decenas de preguntas a las que nadie supo dar una respuesta.

Hace dos días que no has vuelto a entrar por esa puerta ni a ocupar tu cama. No podré decirte que fue a las tres. Yo estaba donde tenía que estar. Acariciando tus manos y recogiendo en un abrazo el adiós para ti, madre. Y, no lo dudes, también para ti, padre.

No se cómo voy a decirte, madre, que ya se ha ido. Que no ha esperado tu vuelta. Poco tiempo te deja la tarea que has de llevar sobre tu espalda. Hay que comer, y las tabernas que florecen como setas en la calzada se llevan sin contemplaciones el pan de toda la familia. Lástima que no se lleven también la miseria.

Yo sé que su llegada te pilló desprevenida. Nadie te esperaba, y menos tú, madre. Bastante tienes con arrastrar tus huesos por hogares que en nada se parecen al tuyo. Casas ajenas, que sólo esperan pulcritud y puntualidad en el trabajo. Las complicaciones familiares no son competencia del que paga.

Dudas si avergonzarte o compadecerte al no poder con él. No estaba lúcido y aun así te violentó y consiguió lo que quería. El resultado no tardó en hacerse visible. Preñada por tu hombre, una vez más sobrado de alcohol. No puedes reclamar. Ese hombre es tu dueño. Un papel firmado en un día de ilusión y entrega. Una firma

que marcaría tu vida para los restos. Tu vida y la nuestra. En adelante reniegas de los papeles. Has perdido los papeles, afirmas, intentando recomponer tu postura a su lado, otra cosa sería motivo de crítica de lenguaraces que parece no tengan otra cosa que hacer.

—No eres más que un borracho —afirmas furiosa—. Si tuvieras lo que debe tener un hombre, te pondrías en manos de profesionales que te ayudaran a superar el infierno en el que te has metido y, por ende, en el que has hundido a toda la familia. ¿Crees que puedo continuar fregando suelos con la tripa a punto de salir por mi boca? —vociferas, mientras refriegas sus calzoncillos en el barreño—. Por si fuera poco, te cagas. ¿Te das cuenta de que la mierda no puede ir directamente a la lavadora?

—A la lavadora vas a ir de cabeza como no te calles —murmuras mordiendo las palabras, padre.

Se avecina tormenta. Mis ojos te buscan a ti, arrugada entre un puñado de mantas. No tienes sueño, casi nunca tienes sueño… El brusco despertar cosida a la placenta en el vientre de tu madre debió ser la causa, pronostican los especialistas en casos raros.

Nada hay de raro en el chichón en la cabeza que te reventó la frente. Ha sido una lástima. Madre, en un descuido, se cayó por las escaleras, y tú llegaste de sopetón, asustada por la sorpresa y malparida.

—Eres un animal y no debí mentir —protestas, madre—. Los borrachos que no saben mear el vino

tendrían que pasar una buena temporada a la sombra.

Das un portazo y te vas. De pronto te acuerdas. Abres la puerta y la miras. Suave y dulcemente te mira. Amor de madre destilan tus ojos, madre. Te acercas como de puntillas hasta el serón. La mano rugosa acaricia la dulzura de tu cara. Percibo cómo tus labios ponen un beso cálido en el chichón de tu frente.

—Recuerda darle el biberón antes de irte a la escuela. —Y, a renglón seguido añades—: Lo siento, hija mía. Si no llego puntual a mi trabajo amenazan con ponerme de patitas en la calle.

Te vuelves a mí; refriegas nerviosamente mi espalda, presiento que una lágrima está a punto de resbalar por tus ojos.

—¡Qué haría yo sin tu ayuda, hijo!

Tu mano revienta de un manotazo el silencio de la alcoba. Alcanzas la puerta sin mirar atrás, de espaldas a mí, de espaldas a ella. Resuenan tus palabras, rotas, intentando navegar contra corriente en un océano de tinieblas y desesperanza.

—Ahora espabílate si no quieres llegar tarde a la escuela. Verás como terminan por expulsarte sin contemplaciones.

—No es fácil pirarse de la escuela, no. Te crees muy listo —me recrimina mi tutor— y parece que lo eres. Un chico grandullón y extraño, con unas notas excelentes, superiores a la media y, en cambio, te largas de clase como alma que lleva el diablo. De cuando en cuando no apareces. No sé lo que voy a hacer contigo.

—Nada puedes hacer conmigo, maestro —le respondo mientras murmuro agradecimiento.

Y me largo despedazando con mis pies el sonido del viento, temeroso de alejarme de ti. Bien sé que te sobra tiempo para gatear, desde tu capacho de mimbre, y enroscarte al otro lado de la puerta como un gatito de angora.

No quieres quedarte sola, lo sé. Tus ojos abiertos, espantados por el inesperado empujón de la locura, siguen temerosos, atentos al silencio.

—Estúpida idiota —murmuras despectivamente, padre, mientras ni tan siquiera te atreves a mirarla a los ojos—. Prefieres arrastrar tu culo por las baldosas frías a quedarte en el catre. A esta niña le falta un tornillo, ¿lo ves? A tu hija le gustan las baldosas que le enfrían el culo. Y en la puñetera manta mea y caga. Idiota si prefiere las baldosas frías, con frío de muerte.

Nunca nadie me habló del color de la muerte. En ese momento, no encuentro en mis ojos el color de la muerte. ¡Me niego a definir el color de la muerte!

Pero no puedo evitar el sentirlo en tus ojos de fuego sin llama, corazoncito mío. En la suavidad de tus manos pálidas y frías, eternamente extendidas en muda súplica que aún no sabes cómo articular. En la pequeñez de tus piernas desdobladas como trapos rotos; frágil, delicada. Te veo requiriendo ayuda a gritos en el silencio de la estancia vacía, mientras arañas los últimos centímetros que te separan de una puerta insensible y muda.

Te quedas aterida y en silencio. No puedo esconderme a tu mirada. Sé que me buscas al otro lado de la puerta. A veces la espera se hace larga,

fría y brutal. Tiempo sobrado para que tu culito destemplado se embadurne en la espera. Abro la puerta despacio, muy despacio por si tus manos arañan la orilla. ¡Cuántas veces te has quedado dormida, envuelta en ti misma, como un inservible ovillo de algodón!

Y estás ahí, a la espera, adormecida. Suelto mis libros que se desparraman sin orden ni concierto. Prendo el fogón. En unos minutos chapotea el agua caliente en la palangana. Tus ojos resplandecen como estrellas en una noche helada. Te acurrucas vencida entre mis brazos. El agua fresca y cálida limpia tu culito húmedo y frío. Tu mirada agradecida me sonríe.

—¿Me buscas? Estoy aquí —te digo, corazoncito mío—. Ya estoy aquí…

Padre repite como un oráculo que eres tonta de remate. Que no sientes ni padeces. No pienses en él. Sobrado de ron, se pierde en el camino entre un laberinto de miserias, escarnio vivo de la fragilidad de la mente. Mal compañero de viaje. Incapaz de ver la suavidad de tu sonrisa y, no pocas veces, la orfandad de la misma.

No piensas, padre. Tu embriaguez no te deja pensar que la patada en el vientre de tu esposa fue algo más que una salida de sopetón de la burbuja de sueño. Destruyó el placentero curso de los sueños. Y llegaste rota, confundida, temerosa y sin sueños.

La ciencia está muy lejos de ti. La psicología científica está para otras cosas. Posiblemente la caída de madre por las escaleras te ha convertido, a

los ojos de la ciencia, en una cosa rara. Fácil diagnóstico para una imposible solución.

No cabe tanta mentira. No ha sido una caída casual. Mal preñada y peor parida. Un sencillo diagnóstico, doctor, no se rompa la cabeza. Los despropósitos debieran frenarse con medidas urgentes. Las soluciones tardías no sirven de nada.

¡Quién podría mirarte y no sentir la dulzura de tus ojos! No, no eres nada diferente. Llegar a ti y sentir la suavidad de tu sonrisa. No encuentro ni una brizna que te separe de los llamados seres racionales. Un pedazo de tu frente, sí, malherida de sopetón por la bajeza y la infamia.

No está siendo nada fácil, madre. Y a ti ¿qué puñetas te importa, padre? Hundido en tus miserias, huyes de tu culpabilidad, ebrio de ron y mentiras. No eras tú en ese momento, no eras tú —afirmas sin bajar la mirada. Sin asomo de arrastrarte a sus pies, escupirte a ti mismo y purgar, revolcado en lágrimas, tu culpa.

La tarde se apaga envuelta en las sombras de la noche. Es posible que estés al llegar, madre. Cansada y con pocas ganas de reanudar las faenas de la casa. Cocinar las lentejas para el día siguiente, el puré de tu pequeña. También susurrarle tu nana preferida mientras tus dedos rugosos, heridos de sombras, repasan cálidamente sus rizos impregnados de aromas a rosas y jazmín. Tu único lujo, madre. Tu único momento de paz. Necesitas vivir este momento. Sé bien que es un ritual para ti recorrer la frente pequeña y cálida. Y acaricias delicadamente la locura de una pesadilla. El empujón de tu dueño ha

dejado su huella imborrable. Los ojos abiertos, expectantes, sin sueño.

No pienso decirte nada, padre. No lo haré hasta que sienta el estallido de tu cuerpo desplomado a ras de la tierra pidiéndole perdón. Pidiéndoles perdón.

Mientras tanto, te has ido quedando, corazoncito mío, pese a que te arropé, destemplada y fría. Ya no buscas mis ojos ni escuchas el sonido de la puerta. No sirve de nada que diga: Estoy aquí, ¡quiero estar aquí!

Puede que este sea el color de la muerte. El silencio brutal de la muerte.

Le diré a madre que te has ido sin gritos ni protestas. Suavemente aprietas mi mano, mientras tus ojos encuentran los míos. Tu aliento traspasa mi aliento y el suave «tic tac» de tu corazoncito me susurra que se va. Tus piernas desdobladas como trapos rotos me dicen que se van. Ya no esperan al otro lado de la puerta. Ya no me buscas, te vas. No puedo decirte que estoy aquí. «¡Jamás me alejaré de ti!».

La tarde apaga sus últimos rayos de luz. Te miro arropada en tu serón de mimbre.

—Demasiado oscura la tarde —te digo, madre, al sentir la llave abriendo de par en par la puerta. Una ráfaga de aire rompe el silencio de la alcoba. Tus ojos ensombrecidos de temor, van al encuentro de los míos, en silencio y sin palabras.

Casi a tientas te diriges a ella. La mirada ausente elige en las sombras tu perfume preferido, mientras tus manos acarician dos lamparitas bañadas en aceite perfumado, una para cada lado del serón de mimbre. La luz refleja en sus ojos

dormidos una caricia tenue y delicada. Tus dedos impregnados de seda recorren su pequeña frente dormida. Gruesas lágrimas, largo tiempo contenidas, abrazan a nuestro corazoncito.

—Parece dormida, madre.

Bruscamente, la puerta se estremece destrozada, reventada por cuatro manos que trasladan tu cuerpo hecho pedazos.

El golpe seco y brutal contra las baldosas traspasa cada partícula de mí. No puedo esconderme a las extrañas sensaciones de mi cuerpo. Hace dos días que no te he visto entrar por esa puerta, padre. Largos días de angustia y temor, ausente de ti mismo. Y ahora en este instante, dos extraños te lanzan sin contemplaciones en medio del silencio de la alcoba.

—La cabeza me pesa como una mole de piedra —murmuran tus labios amoratados y fríos, padre.

Y te arrastras centímetro a centímetro, tratando de arañar la distancia que te separa desde la puerta al serón. La tenue luz de las lamparitas de aceite parpadea insegura, expectante.

Un suspiro se apaga muy adentro de tu pecho, madre. Más bien un quejido que no has podido contener.

Estás aquí, padre. Aplastado a los pies del silencio. Tu mano diestra se alza unos milímetros, intentando rozar su piel de seda. Acariciar el chichón de su frente. En unos segundos tu mirada se encuentra con la mía, es sólo un reflejo instintivo. Mientras una palabra, ya apenas audible, infinitamente inaudible para mi corazoncito, retumba en el silencio de la alcoba:

—Per…dó…na…me

El aire roto, despedazado. Las manos temblorosas de madre encienden dos lamparitas de aceite. Dos nuevas y perfumadas lamparitas de aceite.

Callejeros

Juan Antonio Marín

© Juan Antonio Marín - Rioja (Almería)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

CALLEJEROS

La lluvia ha sorprendido a la ciudad. Las personas corren para resguardarse y en cuestión de un par de minutos las calles están vacías, sobre todo en la Rambla. Solo se ve gente en el Botania. Dos jóvenes que caminan riendo bajo la lluvia vestidos de época se detienen a la altura de la parada de taxis. Ella se pone a bailar y él la acompaña con música de violín.

—Esto no es lluvia. Esto es alegría. —La muchacha sigue dando vueltas disfrutando del agua. Lluvia era aquello que caía en Rusia—. ¿Verdad Igor?

Natasha Petrova se gana la vida como estatua viviente en la Avenida de la Estación. Está empapada, igual que su hermano Igor. Son gemelos. Él toca el violín unos metros más abajo. Ha sido una buena tarde. Antes de que empezara a llover habían recaudado casi treinta euros entre los dos, más de lo que ganaban en Barcelona hace unos meses. Estaban contentos, pero no locos, por eso se han resguardado en el Portocarrero. Dos clientes de mediana edad comparten un aperitivo en la barra del establecimiento, uno de ellos comenta una noticia de la prensa local.

—¿Viste la programación cultural de los próximos meses? Dicen que el concierto estrella es el que darán unos rusos que viven en la ciudad. Los rusos suelen ser muy buenos músicos. Ya están las entradas a la venta.

Natasha miró de reojo la fotografía que ilustraba la noticia. No salían muy favorecidos.

Helen salió temprano de la librería de su propiedad. Cerró el portón con dos vueltas de llave y decidió dar un paseo cruzando el Cable Inglés. Camina despacio, deleitándose con el paisaje y aspirando el aroma áspero que le trae la brisa del mar. Mira al horizonte, la luz dorada de marzo baña el puerto. Por arte de magia, el antiguo carril del tranvía a cielo abierto se ha transformado en una zona de ocio y de paseo. La librería está en la planta baja de una vieja fábrica reconvertida en oficinas y locales comerciales. Helen mira el cielo, piensa que sería mejor si continuara lloviendo. Prefiere los días lluviosos, ¿por qué no? Allí son escasos. La lluvia limpia la atmósfera y todo se ve con otro brillo. Además, la gente entra a la librería para resguardarse y siempre hay alguna venta inesperada. Mira las calles de su ciudad, aspira el aire, saluda a algún conocido. Hace por olvidar las palabras que le ha dicho el oncólogo. Ella es una luchadora y ahora debe centrar sus fuerzas en los dos proyectos que tiene en marcha. El primero, esa misma noche: la presentación del libro que escribió inspirándose en la vida de sus amigos, los Petrov, Sueños desde el Este. El otro, el concierto de música clásica que ha organizado con el ayuntamiento y la asociación El Retorno, desde donde ayuda a inmigrantes en situaciones adversas y que se celebrará dentro de unos meses. Se ha sentado en un banco. Todavía no sabe cuándo se lo dirá a su marido. Enciende el que lleva mucho tiempo diciendo que será el último pitillo y mientras se deleita aspirando el humo que la mata, piensa en los acontecimientos de los últimos meses.

***

Aquel día Helen estaba sola y algo meditabunda. No vio a Vladimir hasta que este le dijo:

—Tenga, una bonita flor para una mujer hermosa.

Y comenzó a tocar con su *garmoshka*, una típica canción rusa.

Ella le agradeció tanta amabilidad. Lo conocía de vista desde hacía tiempo porque tocaba por distintos lugares en la ciudad. Poco tiempo después lo vio entrar en la librería y se saludaron. Desde entonces fue un cliente que entraba de vez en cuando para comprar alguna novedad literaria y ella le facilitaba algunas publicaciones en ruso. Pronto entablaron amistad. Una tarde, Vladimir entró pálido en el negocio. Lo había parado la policía para pedirle la documentación. Él se excusó diciendo que la había dejado en casa, que no la llevaba encima porque había sufrido un atraco hacía tiempo y desde entonces le daba miedo que se la quitasen. Era falso. Vladimir, al igual que Natasha e Igor, estaba en situación ilegal. Los guardias lo conocían de verlo tocar en el Paseo y en la Rambla, sabían que era una buena persona, un hombre tranquilo y afable con el público. Esa vez tuvo suerte y la policía dejó correr el asunto. Pero la próxima...

Natasha, Igor y su padre, Vladimir son rusos. Les da igual lo que piense la gente. Saben que los rusos son como el resto del mundo, aunque en las películas los pinten como mafiosos. ¿Sabes que fui

primera bailarina en el Bolshoi?, suele preguntar Natasha cuando alguien le reprocha o la insulta por mendigar unas monedas a cambio de unos pasos de ballet. Natasha ya no baila como antes. Una tragedia en su Barnaul natal. El cóctel entre juventud y vodka, una noche, después de una actuación. Un accidente de coche del que solo sobrevivió ella. Una vértebra lumbar aplastada y la pierna derecha rota por varios sitios destrozaron su brillante carrera como bailarina. Pero, al menos le quedó la música, porque también tocaba el piano con maestría. Igor asiente a todo lo que Natasha dice. Él toca el violín desde los cuatro años. Su madre murió cuando cumplían los doce, pero Natasha le escribe cartas para que siempre sepa de ellos. Helén leyó alguna, emocionada, cuando preparaba el libro que se presenta esa noche. Natasha, casi siempre, mentía un poco en ellas para que su madre se sintiera bien y no se preocupara.

Padre está bien, continúa con sus achaques pero ya bebe menos. Ha cambiado nuestro querido vodka, por el vino español de bodegas Torres. «Calienta igual, pero perjudica menos», nos dice. No se preocupe, es nuestro padre y le debemos respeto. Y sabemos que se acuerda mucho de usted.

Barcelona es una ciudad bonita. Si la viera madre… está llena de oportunidades. Pero tal vez nos vayamos a Almería, que dicen que será aún mejor. Aquí hace mucho calor y tiene mar. El mar es precioso y bañarse en él produce una sensación tan agradable… Nos olvidaremos de la nieve y los

abrigos. Le gustaría verme con las blusas escotadas y los brazos al aire. Me han dicho que en Almería hay una agrupación cultural y hasta una tienda con productos rusos. Un amigo que estuvo allí me dijo que se llama Almería Po Rusky. Nada más llegar iré a comprar comida para celebrarlo. Haré *borsch*, *golubzí* y *arenque bajo el abrigo,* que es mi favorito. Igor y yo estamos bien, no se preocupe. Vamos con trabajo seguro, yo sigo bailando y los dos nos abrimos camino en la música que usted nos enseñó a amar. Reciba un beso muy grande allá donde Dios la haya llevado de su hija.

Los recuerdos que fluyen de los muchachos son imágenes de frío, hambre, tristeza, sobre todo desde la muerte de la madre. Vladimir era profesor en la Escuela de Música número 5. Llegó a ser director de la Orquesta Nacional de Moscú. Tocaba el violín y el piano con un sentimiento especial que no dejaba a nadie indiferente. Su compositor favorito era el húngaro Liszt. Ni él mismo creyó que llegara a identificarse tanto con su música porque al principio le parecía exagerada, artificiosa y un poco inconexa, pero luego supo hacerla suya y acabó adorándola. Sin embargo, pese a la pasión del padre por la música, fue la sensibilidad de la madre la que los guio por el camino del arte.

Llegaron a España dos años atrás. Al principio, Vladimir se opuso a la idea de que abandonaran su Rusia natal. No creía en los países desarrollados. "España es un país lleno de oportunidades. Ya lo verás —le decían sus hijos—. Piensa en la vida que

llevamos aquí, cada vez más dura. Los inviernos, más fríos y la esperanza de sobrevivir, una ardua tarea". Vladimir, tras la muerte de su mujer, había comenzado a beber en exceso. Dejó de ser el hombre que era, se volvió inconstante, violento y pronto perdió su trabajo en el conservatorio y dejó de tener oportunidades. Entonces tuvo que ganarse la vida tocando por las heladas calles de la ciudad. Poco era el dinero que lograba y lo gastaba en vodka y cigarrillos.

La muerte de la madre, en cambio, hizo que los hijos continuaran con más entusiasmo aún los estudios musicales. Lo hacían en honor a ella y pronto llegaron a formar parte de la orquesta de cámara de Barnaul. Una gira por España, Francia y Portugal les dio la oportunidad que andaban acariciando. Una vez cumplidos los contratos en la península, decidieron dar el paso y se quedaron. Su padre vino poco después. Ya habían visto bastante de nuestro país y lograron convencerlo. Todo parecía como un cuento de hadas: buen clima, buenas casas, coches, ropa y dinero. Se ganaba mucho dinero. En un mes, un trabajador medio ganaba lo que en Rusia tardaría cuatro meses o más. España les ofrecía lo que dos jóvenes con ideales podían soñar. Fue en Barcelona donde tomaron la difícil decisión de no regresar a la madre Rusia. Quedaron maravillados con las Ramblas, el Palau de la Música, y admiraron la grandeza de la obra de Gaudí. La Sagrada Familia, la iglesia de los pobres. Empezaron a tocar en la plaza de la Catedral y en el metro. Acudían cada día a Santa María del Mar a rezar y respirar el remanso de paz que se podía

acariciar en su interior. Al cabo de un mes ya se habían adaptado a la ciudad. Pero la vida no era al cabo tan fácil. Los sueños no se cumplían como pensaban. Conocieron a otros músicos callejeros y alguna estatua viviente, y eso les dio una idea para sobrevivir haciendo lo que sabían hacer y hacerlo dignamente. Pero la vida era cara y después de un tiempo, decidieron trasladarse al sur y probar fortuna en Almería.

Helen escuchó los apuros de Vladimir, supo de sus hijos, del talento de la familia. Trató con todos, escuchó sus historias. Sabía que con un contrato de trabajo se podría regularizar su precaria situación. Después de unos días, se decidió a hablar con su marido sobre ellos. Pedro aceptó tener una entrevista con el hombre.

Pedro era asesor de cultura de un importante organismo oficial. Musicólogo de afición y abogado de profesión. Durante años había estudiado a los grandes maestros de la música, tanto compositores como instrumentistas. Sabía reconocer el talento cuando lo tenía delante. Pedro oyó los suaves golpes en la puerta de su despacho y levantó la vista. Helen entró.

—¿Estás ocupado? —le preguntó.

—Adelante, pasa —respondió con una sonrisa abierta.

—Acaba de llegar Vladimir, el hombre del que te hablé el otro día.

—¿Vladimir...? Ah, sí. El músico callejero. ¡Que pase!

Vladimir entró despacio, estrechó con fuerza la mano de Pedro y se sentó frente a él. Pedro le habló de la finca que había comprado en Tabernas, que necesitaba a un encargado y un peón agrícola para llevarla. Le harían un contrato y tendría un sueldo acorde con el convenio del sector. Debería residir en la casa y tendría un día libre a la semana. Vladimir no escuchaba, llevaba minutos mirando al *stradivarius* que adornaba aquella habitación. Pedro se dio cuenta.

—Me comenta mi esposa que es usted músico.

Le ofreció un coñac y se sentaron en los sillones para estar más cómodos. Vladimir se fue animando a hablar, defendía que el pasado es el mejor maestro, extraño y exigente, y que está ahí para recordarnos que el arte es un don que, a veces, imparte lecciones olvidadas en la nostalgia de las notas de un pentagrama. Pedro se levantó, abrió la urna donde estaba expuesto el valioso violín y se lo entregó al músico, que lo acarició con mimo, lo acopló al hombro y empezó a tocar.

Le bastó escuchar las primeras notas para saber que Vladimir no era un simple músico callejero. Lo sabe porque vio el brillo de los ojos al mirar el instrumento, el modo en que lo acarició, cómo lo transformó en un miembro más de su cuerpo. Los matices y acordes conseguidos al recorrer la mano sobre el mástil fueron sublimes; con la otra el arco bailó ofreciendo gran variedad de efectos como el staccato, que permite reconocer las notas por separado, pero sin duda alguna lo que lo maravilló fue la ejecución del famoso pizzicato.

Algunas de las amistades de Helen no entendían muy bien porqué perdía el tiempo en la asociación. Primero intentaba explicarlo, pero luego dejó de hacerlo. Le daba igual lo que pensaran. Helen vive entre libros. Los vende y también los escribe. Empezó a hacerlo de niña. Sabe que no es fácil de creer, pero el primer recuerdo que tiene es el de su madre contándole cuentos durante el embarazo. Su profesora de literatura decía que hay dos clases de escritores: los buenos y los malos, y que la diferencia entre hacerlo simplemente bien y tener arte, era sutil. Helen tenía el don.

Además de trabajar en la finca, la familia Petrov ensayaba durante un par de horas diarias y ella se ejercitaba con su pluma y cuadernos. Se hicieron amigos. Helen les prometió que escribiría sobre ellos. Y al final consiguió la historia de sus fantasías, de su infancia en Rusia, de sus miserias, sus miedos... Le contaron que vivían en la oscuridad, que comían lo que podían, y que el resto del tiempo lo dedicaban a estudiar música. De los tres, Igor era el más reservado, con una distancia en la mirada que lo hacía un ser especial. La primera vez que vio a su padre completamente borracho ya era un concertista de renombre. Una tarde mientras regresaba del conservatorio, Vladimir trataba de tocar el violín para los turistas a fin de conseguir algún rublo con el que comprar más alcohol. Lo reconoció pero no se detuvo. Huía de alguien inconveniente y molesto para un artista como él. Se avergonzaba de su padre, el borracho que malgastaba su talento. Ahora se arrepentía. La vida había sido muy dura para todos.

Helen fue cumpliendo sus proyectos. La enfermedad le daba la tregua que necesitaba para verlos hechos realidad. Primero fue la publicación de su libro, que cosechó una excelente acogida durante la presentación y, luego, una venta más que aceptable. Después, el concierto. Por fin se vería cumplido el sueño de dos jóvenes rusos que llegaron a España buscando un porvenir mejor, un futuro que les brindase la oportunidad de sobrevivir dignamente.

Sobre el escenario del Auditorio Maestro Padilla, dos sillas con sus correspondientes atriles, junto a un piano, esperaban impacientes a que comenzara el acto. Entre bambalinas, tres personas aguardaban, nerviosas por demostrar su valía, que todo el esfuerzo y el sacrificio realizados hubieran merecido la pena.

A la hora en punto Igor y Vladimir salieron al escenario con sus violines. El de Vladimir era especial, un *stradivarius* que hacía mucho tiempo que no salía de la protección de una vitrina. Ocuparon las sillas, mientras Natasha se sentaba en la banqueta frente al *Steinway & Sons*. En las butacas de primera fila, Helen cogió la mano de Pedro y ambos se miraron a los ojos; ella sabía que esa noche sería especial. Se besaron. Suenan los aplausos a rabiar. El auditorio, puesto en pie. Veinte minutos de ovación sincera y merecida.

Helen murió una madrugada, con las manos de su marido cogiendo la suya. Mientras hacía efecto la medicación contra el dolor, a su mente acudió la música suave de un violín.

Ciudades

Juan Antonio Marín

© Juan Antonio Marín - Rioja (Almería)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

CIUDADES

Siempre he sabido que algún día volvería a estas calles para contar la historia del hombre que perdió el alma y el nombre, entre las sombras de aquella Barcelona sumergida en el turbio sueño de un tiempo de ceniza.
(El juego del ángel. Zafón)

No deben catalogarme de loco porque me gustan las ciudades. Pero lo que más son sus parques y sus camposantos. Soy un buscador de destroza corazones; bueno no los destrozo, pues ya están despedazados. Yo paseo por los parques, ¿he dicho antes que me encantan los parques? ¡Sí! Ah, perdonen. Como les iba contando, adquirí la costumbre de buscar corazones tallados en los troncos de los árboles, anotaba en mi cuaderno todos, absolutamente todo lo que en ellos habían: dedicatorias, fechas, etc.; incluso los dibujaba y luego me iba a los cementerios y buscaba equivalencias entre las tumbas y nichos. Revisaba cada lápida buscando nombres, fechas y descubrí, que muchas coincidían con fechas señaladas dentro de la historia de este planeta llamado Tierra.

Así pues, llegué a la conclusión de que toda ciudad esconde su secreto. Me dediqué a viajar por todo el mundo, a visitar ciudades tanto famosas como las más remotas sobre la faz de la tierra y, deben creerme, en todas ellas se repetía el mismo patrón.

Dicen que Buenos Aires fue diseñado para pasear, que en Moscú uno alcanza la gloria y que Budapest es el alma del Danubio. Aunque solo

Argentina tiene más mitos que ninguna otra ciudad: Evita, Gardel, el Che y, por supuesto, el Pelusa.

París tiene en Montparnasse la última morada del buscador de la Maga, quién cansado de buscarla viajando en un tren anacrónico, de ésos de antaño, de los de toda la vida, como los de las películas antiguas, que tantas veces ha descrito Hemingway en sus crónicas de guerra, alimentados por carbón. Carbón extraído en minas donde miles de esclavos perdían lo único de valor que poseían, sus vidas. Tren que se mueve como un ancianito que camina a paso lento, saboreando el paseo, y que expulsa un humo azulado por donde se escapan los sueños e ilusiones de sus viajeros que acaban por difuminarse entre las nubes. «Paris, oh la la. Ç´est la vie». Resérvame un vals y estaré contigo toda la eternidad. No lo hice y me arrepiento. Le pido perdón cada vez que hablo con ella delante de su tumba. Debí haberlo hecho y ahora sería feliz al lado del animal más bello del mundo.

Estados Unidos tiene a Marilyn. La joven seductora, de ojos entornados y aspecto inocente como la Lolita de Nabokov. El año que murió Marilyn, no lo hizo el mito, sino américa al completo. Desde entonces es un país en un constante peregrinar. Un espíritu cuya alma vaga clamando piedad, venganza y clemencia. Su maldición arrastró a Lenon, a Luther King. Incluso Mr. President no volvió a celebrar más su cumpleaños. Elvis dejó de contonear sus caderas a ese ritmo frenético y descompensado mientras sonreía y nos brindaba un *aloha*. Y todo esto, lo he sacado de mis corazones, de mis árboles, de mis parques y de mis ciudades. Deko dijo en una

ocasión mientras llovía mansamente y sin parar, llovía tan suave al gusto de todos, que cuando se trata de la vida, «es curioso lo que siento al despertarme cada mañana. Un miedo y temor a que me encuentren primero las sombras a mí. ¿Quién nos ampara? ¿Quién nos acompaña al final de la misma? Es curioso como la mente nos puede jugar una mala trastada. Ignoro en absoluto sin eso es exacto, pero acabo de encontrar lo que andaba buscando, la mitad de mi corazón; y créanme, coincide las fechas, los nombres y la ciudad. Sólo os diré que en ella se construyó el primer piano en 1775».

Costumbres

Antony Sampayo

© Antony Sampayo - Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

COSTUMBRES

Quedé atónito y sentí que cambié de color al apreciar desde la parte trasera del mostrador que atendía en la población de Maicao, departamento de La Guajira, que la dama de cabellera oscura que se bajó del automóvil detenido al frente de mi negocio gozaba de un extraordinario parecido físico, demasiado, con un amor de mi juventud, con Rosario Inayu, y si no corrí a esconderme fue porque mis pies no obedecieron.

Y esa espontanea reacción contaba con un fundamento sólido, con Rosario viví una experiencia amorosa traumatizante. Pasé años tratando de borrarla de mi cabeza, huyendo de su recuerdo, y cientos de noches desperté atormentado por sus visitas y su latente amenaza de quedarse a vivir hasta la eternidad en mi subconsciente.

El destino la puso por primera vez en mi camino quince años atrás, un viernes de luna llena, en la Plaza Alfonso López de Valledupar, en plena inauguración de un Festival Vallenato, fiesta tradicional de la región que celebran de manera puntual los abriles. Rosario no era dueña de una hermosura que descrestara, pero sus ojos negros con brillo opaco de sabihonda y esa cabellera negra lisa contra la que el viento se ensañaba me llamaron poderosamente la atención. Estaba ubicado a pocos pasos de ella, pero el centenar de personas que inundaban con frenesí la plaza y saltaban y bailaban de alegría al compás de las

notas del acordeón de un conjunto musical que amenizaba la noche traía como consecuencia que la distancia más ínfima resultara colosal, por lo que debí arreglármelas entre empujones y pisotones de modo de alcanzar su lado, previa comprobación de que no estaba acompañada de un hombre, y sí de un par de alegres mujeres de aspecto mayor.

En ese entonces, yo, con veintitrés años de edad, vivía en Barranquilla junto a mi esposa y nuestros dos pequeños hijos. Solía visitar Valledupar, capital del Departamento del Cesar colombiano, los fines de semana en mi oficio de vendedor puerta a puerta de los desinfectantes caseros que preparaba en el calor de mi hogar, una microempresa que crecía poco a poco con mucho esfuerzo y privaciones, con la finalidad de conseguir lo más rápido posible mi propia marca con sus respectivos registros, por ello me alojaba en Valledupar en hoteles sin estrellas o al menos de apenas una, por los lados del modesto sector de Cinco Esquinas, cenaba alrededor del mercado público en humildes restaurantes al aire libre tratando de ser más rápido que las moscas y combatiendo el calor desabrochando por lo regular parte de mi camisa, y para desplazarme de un lugar a otro forzaba al máximo mis piernas con el fin de no gastar demasiado en transporte urbano.

Esa noche de regocijo en la plaza, me aproximé a Rosario y empecé a brincar eufórico a su lado, simulando ser un asistente más que se divertía con el espectáculo, pero al que ella en un principio no le daba demasiada importancia, y busqué, ávido, su

conversación, ante la mirada indiferente de sus dos amigas mayores, emitiendo uno que otro comentario en su oído relacionados a la actividad que presenciábamos, a los que ella respondía con monosílabos como poniendo de antemano un freno a mis claras intenciones de conquista, mas fue en vano, ya que no me di por vencido y recogí los frutos un par de horas después cuando ya sabía su nombre y el número telefónico de su casa, con la condición de que solo podía llamarla en horas matutinas de lunes a viernes e identificarme como compañero de estudios. Fue el inicio de una intensa relación que me hizo perder los papeles, traicionar mis principios y arriesgar mi integridad física.

Volví el domingo a mi Barranquilla natal con ella dentro de mi cabeza, y durante los cinco días que tardé en retomar mis labores en Valledupar no salió de allí un instante, debí llamarla en un par de ocasiones para poder calmar esa rara ansiedad que se había apoderado de mis pensamientos y de mi apetito. Fue de tal magnitud la zozobra en la que quedé con solo intercambiar unas pocas palabras con ella que debí fingir quebrantos de salud para no levantar sospechas en mi esposa, la que ya de por si lucía intranquila al notar lo distanciada y ensimismada como retornó esa fiera salvaje que normalmente recuperaba el tiempo perdido devorando sin descanso y sin piedad todas las partes de su cuerpo.

El viernes siguiente llamé a Rosario desde mi hotel en Valledupar y para mi fortuna aceptó que platicáramos un poco en una panadería cercana. Allí

supe que contaba dieciochos años y acababa de terminar el bachillerato. De igual modo comprendí que no sería una presa fácil, dado que dejó bien sentado que era enemiga de tener aventuras y que si en verdad estaba enamorado de ella debía ir despacio y en serio, y me encontraba tan alocadamente entusiasmado con ella que acepté sin medir las consecuencias, olvidando mi condición de hombre casado.

El noviazgo con Rosario me regresó a la adolescencia, y es que aparte de que todavía era casi una chiquilla se comportaba como tal, todo le daba vergüenza. Según me confesó, colorada, en esa primera cita, yo era su primer novio. Hablaba poco, siempre lo hacía con frases cortas pero sabias; para colmo, era demasiado tímida y misteriosa, hasta para tocar su mano debía contar con su permiso y rogarle varias veces. Tuvieron que transcurrir algunas cinco citas más en esa panadería y luego un par de entradas a cine para que pudiera aceptar que la besara a medias; ese comportamiento ingenuo me enloquecía y enamoraba al extremo.

A principios de julio, cuando nuestra pueril relación completaba tres meses y mi máximo logro erótico alcanzado hasta entonces fue poner por pocos segundos una vez mi mano sobre una de sus piernas, lo suficiente como para hacer explotar mi bajo vientre, me indicó con voz grave que si deseaba que lo nuestro continuara debía ir a su casa a pedir el consentimiento de su madre y de su tío, ya que no podía seguir corriendo el riesgo de

que alguien de su familia la descubriera conmigo en la calle, entonces supe por qué siempre que estábamos juntos se ponía nerviosa y no dejaba de mirar a todos lados. A pesar de que en ese momento ya ninguno de sus actos me extrañaba, sentí que un cosquilleo recorrió mi cuerpo de pies a cabeza, se trataba de un compromiso demasiado serio para alguien que solo buscaba pasar un buen rato. Igual, no tuve más remedio que acceder, hasta mirarla a los ojos me excitaba, estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de llevarla a la cama aunque fuera una sola vez; sin embargo, lo que me dijo a continuación como modo de explicación a su actitud demasiado conservadora me hizo palidecer, era descendiente wayuu y tanto sus actos como los de su familia se regían bajo las reglas de la Ley Guajira.

Nunca imaginé que Rosario descendiese de indígenas. Por cuestiones de negocios, yo había estado en varias oportunidades en el departamento de La Guajira, extremo norte de Colombia, tierra ancestral de los wayuu, en especial en su capital Riohacha y en Maicao, y conocía el prototipo de dicha etnia, son de piel tostada por el inclemente sol que azota esa árida región, en cambio ella es de tez blanca. Sentí ganas de dejar todo tirado y huir a toda prisa, mi vida estaba en riesgo, la mayoría de los habitantes de la Costa Norte Colombiana conocemos a la perfección lo estricta que es esa ley autóctona de los nativos de la Península de La Guajira, pero pudo más ese desquiciado amor que amenazaba con quemar mi cuerpo, esa fastidiosa llama que no me dejaba en paz en ninguna de las

veinticuatro horas del día y que solo deseaba apagar con ella, menospreciando, incluso, el cuerpo de mi abnegada y siempre complaciente esposa que yo sabía que sufría en silencio porque la pobre ignoraba hacia dónde había tomado la mente y las cotidianas insaciables ansias de su tigre.

Una semana después de su proposición, Rosario decidió que el domingo dieciséis de Julio fuese el momento propicio para que solicitara su mano, de modo de aprovechar que gran parte de su familia solía reunirse en tal fecha para celebrar con sancocho, pólvora y mucho whisky el día de la Virgen del Carmen y entonces sería una especie de *ápajá*[1] improvisada, es decir, me explicó, una reunión familiar wayuu donde se entrega la mano de una de sus integrantes. Lo haríamos de sorpresa porque apenas se supiera que tenía novio le prohibirían salir sola a la calle, así gozaríamos de un poco más de tiempo para seguir viéndonos a escondidas. Se hizo un nudo en mi garganta, no solo debía dirigir mis suplicas a una persona sino a un grupo; para colmo, borrachos.

Mi locura de amor amenazaba con echar al traste con mi matrimonio. Aunque al principio me las arreglé para satisfacer a mi esposa como era debido sin importar que mi cabeza estuviese en otro sitio, con el transcurrir de los días lo fui haciendo a medias y robotizado, sin preámbulos y a

[1] En el pueblo wayú, reunión que se celebra antes del matrimonio en la que el novio debe llegar a un acuerdo con los padres de la novia y entregar a ellos la cantidad de ganado y joyas que acuerden.

las carreras, solo por cumplir con mi deber y no por gusto. Siempre conté con una buena excusa para explicar soberano desgano; no obstante, mi esposa tenía poco de tonta y empezó a sospechar que algo no andaba bien, por lo que su genio, por lo regular alegre, sufrió una metamorfosis, pasaba malhumorada y gritando por cualquier motivo a mí y a los niños, me amenazaba de manera constante conque si descubría que había otra mujer en mi vida no me lo perdonaría y tendría que irme de la casa, entonces para demostrarle que no existía otra me sometí a su inaudita prueba de amor: poner nuestras pertenencias y ahorros a nombre de los niños, así que si me iba con una mujer sería con los bolsillos vacíos. De todas maneras, no tuve miedo de cumplir con su capricho, sabía que lo mío con Rosario no era más que una obsesión pasajera, daba por descontado que apenas me hiciera con su cuerpo se me bajarían las ganas y todo volvería a la normalidad en mi lecho nupcial.

El sábado quince de julio del año en cuestión, un día antes de la fecha estipulada para pedir su mano, Rosario accedió a mi invitación, a modo de despedida de nuestro romance clandestino, de pasar un día en el popular Balneario Hurtado ubicado a las afueras de la ciudad, un sitio turístico que hasta entonces yo no conocía pero del que había escuchado maravillas, sobre todo de lo cristalinas, medicinales y puras que son las heladas aguas del rio que lo atraviesa, el río Guatapuri. Su familia le concedió permiso, les dijo que iría acompañada por el par de amigas mayores que estaban con ella el día que la conocí en la Plaza

Alfonso López. Tales amigas cumplieron a la perfección con su labor de chaperonas, no nos quitaban la vista de encima un segundo, si nos metíamos al río lo hacían con nosotros y cuando salíamos a la orilla lo hacían también, lo que nunca me preocupó, estaba preparado para ello, Rosario me había advertido de que solo la dejarían ir a un paseo acompañada por ellas, así que cuando las tres buscaron un baño en el balneario, vertí en las cervezas a medio consumir de ambas el poderoso laxante que llevé conmigo y de esta manera salvé la velada, ya que después las dos prácticamente se fueron a vivir a los inodoros.

Salí con Rosario a recorrer el paisaje circundante, y apenas estuvimos en un paraje solitario perdí la cordura y la arrojé con amor a la espesa vegetación que hizo de buena manera las veces de un colchón. Trató de oponer resistencia; usó sus piernas, sus brazos, su voz, pero a ninguno de estos le puso fuerza. Antes de penetrar en su cuerpo alcancé a escucharla advertirme que si la hacía mía nunca la podría abandonar, y que si lo hacía ella me buscaría hasta el fin del mundo y así tardara años en encontrarme me haría pagar, musité un: Juro que jamás te dejaré, amor, repleto de pasión.

Rosario no mintió cuando me confesó que no había tenido novio, y si los tuvo por lo menos ninguno llegó muy lejos. Ha sido la conquista más difícil de mi vida y por ello fue la que más disfruté. Vertí con fuerza todas mis ansias en ella, que al

principio gimió de dolor y segundos después de placer.

El paseo al río Guatapury me salió por un dineral, ya que para sostener la farsa de ser el representante de ventas para la zona del Departamento del Cesar de una famosa multinacional fabricante de desinfectantes —lo que no me costó fingir pues manejaba el tema a la perfección—, nos movilizamos ida y vuelta en taxi, cenamos los platillos más costosos y degustamos las bebidas más finas; debía demostrar buen manejo de dinero. Ese noviazgo estuvo a punto de quebrarme, gastaba más de la cuenta y con el pasar de los días demoraba más en Valledupar y menos en Barranquilla; debía inventar robos y pérdidas inexistentes para justificar ante mi esposa el escandaloso descenso de las ganancias.

Ese inolvidable sábado en la noche, en el hospedaje, tuve problemas para lograr conciliar el sueño. No cabía en la dicha por haber gozado por fin del cuerpo de Rosario, logré lo que tanto ansiaba, y analizaba con detenimiento si no debía verla más, no tendría problemas para que me perdiera la pista, al fin de cuentas ella nunca se preocupó por saber en cuál hotel me quedaba en Valledupar, solo necesitaba cambiar de lugar de alojamiento y usar un nombre falso por si se daban a la tarea de buscarme hotel por hotel, o en el peor de los casos encontrar otra ciudad en donde comercializar mis productos. Pero, recuerdo que razoné preocupado, desvirgar a una joven descendiente wayuu y no responder me podría

acarrear problemas, según lo estipulado en la Ley Guajira. Es una de las peores ofensas que pueda recibir esa etnia, y suelen infringir castigos muy severos que incluyen la muerte del responsable si no se hace cargo o paga en compensación una fuerte suma de dinero. Y es que para los indígenas wayuu no hay tribunales, ni jueces, ni cárceles; solo su propia ley. Todo se realiza de forma oral: los contratos de compraventa, permuta y trabajos personales. Para ellos no existe la responsabilidad civil o penal, solo se entiende que hay una compensación. Si hay muertos o derramamiento de sangre debe pagarse con ganado o dinero, de lo contrario habrá guerra entre las familias involucradas. Los wayuu exigen resarcimiento hasta si con el modo de obrar se ha causado lágrimas en una mujer, y esto me competía a mí. Los 'palabreros', especie de mediador wayuu, son los encargados de buscar la paz entre los afectados y también de tasar en términos monetarios cada ofensa cometida, pero yo no conocía uno que me ayudara si me metía en problemas con ellos. La Ley Guajira suele ser más implacable cuando el transgresor es un arijuna, es decir: un no wayuu. De todas maneras no solo el miedo me empujó a decidir continuar con Rosario, la amaba de verdad.

Al día siguiente, al mediodía, recogí mis pertenecías y tomé una pieza a mi nombre en el Hilton, se trataban de mis ahorros de mínimo tres meses, pero ya había perdido por completo la razón. De allí, utilizando la mejor gala, partí en taxi a la dirección de la casa que me había dado Rosario, mi destino estaba escrito. El camino

resultó largo y tedioso dado que por todos lados nos tropezamos con largas caravanas de toda clase de automotores cuyos conductores eran devotos de la Virgen del Carmen. Había música, cláxones y colorido por doquier, el ruido de la pólvora no daba tregua y en la puerta de muchas casas había estatuas de la virgen con cientos de velas encendidas a sus pies; era un espectacular clima de fiesta que en nada contribuía a quitarme ese nerviosismo que hacia crispar mis dedos.

La casa donde vivía Rosario era grande y hermosa, de color blanco, estaba ubicada en una esquina del barrio Los Fundadores, protegida en el exterior con rejas muy altas que despedían un olor a recién pintada. En su frente había seis coposos árboles de mango y varios carros estacionados, algunos de estos últimos muy sucios de polvo, señal inequívoca de que provenían de lejos. Desde el interior de la casa surgía a alto volumen música vallenata del cantante Diomedes Díaz. Tuve ganas de regresarme, pero algo extraño, un emocionante sádico temor a lo desconocido, me indujo a pulsar el timbre de la reja. De inmediato dos hombres con rostros de desconfiados que estaban recostados semiocultos en el umbral de la puerta de entrada se asomaron. Uno era muy alto y con cara inexpresiva, el otro de baja estatura y con cara fiera. El pequeño me peguntó, sin moverse de su sitio, que qué deseaba. Noté que portaban sendas escopetas, las cuales apuntaron hacia mí. Sus cabellos eran lisos de color negro y sus pieles tostadas por el sol. Me aprestaba a responder cuando en medio de ellos apareció Rosario muy sonriente y escuché que

llamó Quique al enano y luego le habló al oído, enseguida abandonaron esa postura a la defensiva que alcanzó a espantarme.

Al ver a Rosario no me arrepentí de haber ido a pedir su mano, lucía radiante. Me condujo hasta un patio enorme donde muchas personas departían escuchando música. La totalidad de los hombres usaban sombreros y un mínimo porcentaje cubría sus partes nobles con guayucos y sus pies con guaireñas, sobre todo los de mayor edad. Las mujeres en su totalidad vestían mantas guajiras. Cambié de color al sentirme el centro de atención y por acto reflejo clavé la vista en el suelo. Uno de los presentes, de aspecto cuarentón, se levantó y bajó el volumen del equipo de sonido, de su cintura sobresalía la cacha de un arma. Llegó a mi lado y estrechó mi mano con emoción, diciéndome en un castellano con la entonación propia de los habitantes de La Guajira…

—Quiubo, primo, soy Pacho, tío materno de Charo y encargado de su crianza. Vení y sentate.

Para mi desazón me ubicó en el centro de la reunión, al lado de Rosario, a la que de inmediato tomé del brazo para sentirme apoyado por su calor. Pacho prosiguió:

—¿Qué tomai, primo, whiski o chirrinchi?

—Whiski, por favor.

Me dio el trago y luego se dirigió a los presentes en el dialecto wayuu, el wayunaiqui. Después me miró y explicó:

—Le he dicho a la familia que tu ere el arijuna que se quiere casá con Charo y todos están de acuerdo, pero ya sabei, ella es wayuu y todo debe hacerse bajo nuestras reglas, ¿aceptai?

Continué con esa farsa estúpida…

—Sí, señor Pacho.

—Bueno, primero que todo, ¿qué hacei y dónde viví?

Al escuchar mi respuesta entró a la casa y marcó al Hilton desde el teléfono de la sala. Cuando regresó se dirigió sonriente a todos…

—Ve y este tipo es un duro de verdad, con lo que paga una noche de estadía en ese hotel se puede uno comprar dos cajas de whisky. Bueno, arijuna, entonces sabei que te toca pagá la dote de Charo, sea en ganado o en plata, tú decide, y es bueno que sepai que si nos traicionai te matamo como a un perro.

Sin imaginar la cifra acepté, segundos después casi caigo para atrás al conocerla, Pacho se apuró en explicar, al ver mi cara de estupefacción…

—Esa muchacha vale oro, es bonita y de piel blanca, sabe cociná y hacer todos los oficios de la

casa, tiene la sabiduría y la paciencia arijuna y la sangre y la valentía wayuu, cualquiera de nuestra raza pagaría tres vece su valor.

No tenía cómo reunir esa cantidad, pero seguí respondiendo sí a todo al tiempo que abrazaba a Rosario, que no dejaba de sonreír con nerviosismo. Los tragos iban y venían a ritmo vertiginoso. Pacho se levantó y estrechó mi extremidad de nuevo…

—Bueno, primo, con este apretón de mano queda cerrado el trato en este espontáneo ápajá, desde ahora no podeí verla a solas hasta que pagueí la suma acordada. Después te la podeí llevá pa donde tú querai. Y ya sabeí que no podei traicionarno. Yo no gusto mucho de arijunas, son poco lo de tu raza los que tienen palabra, si huyes te buscaré hasta el fin del mundo, ese lunar de sangre con aspecto de frijol que tienes en el centro de la frente te hace inconfundible, solo creo en ti porque Charo me ha jurado que eres diferente, correré el riesgo de equivocame.

—Descuide, señor Pacho, no los traicionaré, amo mucho a Rosario y no pienso dejarla jamás.

Agregué, ya acusando los efectos del alcohol:

—Este lunar en la frente lo heredé de mi padre, todos sus hijos lo tienen. —Claro, omití que los hijos míos también.

Después hablaron de otros temas, por momentos se expresaban en wayunaki, y Pacho,

muy decente, se apuraba en explicarme el asunto. Todos los hombres estaban armados y a cada rato hacían disparos al aire. Pacho me explicó que eran oriundos de Maicao, La Guajira, pero tuvieron un lío con otra familia wayuu de allí, los Ipuana, y un 'palabrero' del afecto de ambos clanes les aconsejó a los guerreros de su familia, es decir a los que estaban en capacidad de empuñar armas, que abandonaran la población mientras arreglaban el asunto que ya completaba cinco años sin solución a la vista, porque los Ipuana contaban con más gente. Desde entonces no habían vuelto a pisar el poblado, pero que sospechaban que los Ipuana planeaban metérseles a Valledupar para matarlo a él, que era el guerrero líder de los Inayu y así ganar la guerra de manera anticipada. Los viejos, los niños y las mujeres sí se quedaron en Maicao. Me aconsejó que dado que de ahí en adelante ya pertenecía a su familia debía cuidarme, pues apenas sus enemigos supieran de mi existencia podrían intentar atentar contra mi vida, que me daría un arma y pondría a mi disposición a un hombre para que cuidara de mí las veinticuatro horas del día. Quedé perplejo al ver el lío grande en el que me estaba metiendo solo por el amor de una mujer.

Cuando Pacho se encontraba bastante borracho recordó que un arijuna cachaco, natural de Bogotá, se acostó con la madre de Rosario y la preñó y luego no quiso responder, huyó hacia su ciudad creyendo que allá estaba a salvo para siempre, pero que él no descansó hasta dar con su paradero, y luego de varios años, allá mismo, donde se creía

a salvo, lo mató sin importarle que era el padre de Rosario. Alzó mucho la voz para rematar la historia, recalcándome que quien deshonra a un wayuu lo paga con dinero o con sangre, y que su raza jamás olvida una ofensa.

Al atardecer, cenamos. El menú consistió en chivo guisado y sancocho de gallina criolla, el plato favorito de los nativos de La Guajira. Apenas habíamos terminado cuando se escucharon fuertes detonaciones provenientes de la puerta de salida. Pacho expresó, sonriendo: "¡Ve y los que cuidan la puerta también se sollaron a hacé tiros!". Quise corregirlo, pues al prestar el servicio militar sabía distinguir entre el sonido de las detonaciones de disparos de escopeta y el de otro tipo de armas de fuego, cuando uno de los guardianes llegó trastabillando, su camisa lucía empapada de sangre, y exclamó segundos antes de desplomarse... ¡Se… se metieron lo… los Ipuana, Quique e… está mue…!

La confusión fue total. Los guerreros Inayu no se amilanaron y desenfundaron sus armas y corrieron en dirección a la puerta de salida. Las mujeres y los viejos se arrojaron al suelo. Yo me tiré sobre Rosario y la cubrí con mi cuerpo, pero Pacho me tiró una pistola, ordenando: "¡Primo, vení con nosotros, los Ipuana ya también son tu problema! No me quedó otro remedio que acompañarlos, las piernas me temblaban.

Los tiros no dejaban de sonar, de la pared de la sala se desprendían astillas y polvo. Llegamos

reptando hasta la puerta y desde ahí y las ventanas pudimos apreciar con precaución a un grupo de indígenas vestidos de paisano disparando con desenfreno contra la casa. Devolvimos el fuego a discreción; rectifico, lo devolvieron los Inayu porque yo estaba paralizado del terror protegiéndome con las paredes y asomando el rostro de vez en cuando para que creyeran que luchaba. Los parabrisas y vidrios laterales de los autos estacionados al frente empezaron a volar en pedazos. Luego de alguna media hora de enfrentamiento, los atacantes empezaron a disparar contra los neumáticos de los autos estacionados y se marcharon raudos en sentido sur, sin dejar de oprimir los gatillos. Enseguida se escuchó el ruido de motores forzados al extremo, luego un silencio de muerte.

Pacho gritó, furioso, "¡Los malditos ya se fueron, corramos tras ellos!". Otro respondió: ¡Con qué, si los autos están espichados!". "¡Como sea, pero no pueden escapar!". Salieron como locos tras los asaltantes. Aproveché el desconcierto y corrí en sentido contrario, ya la gente salía en tropel de sus casas a ver lo que pasaba. Tomé un taxi en dirección a la terminal de transporte, ni siquiera fui al Hilton por mis pertenencias.

Llegué a Barranquilla temblando todavía. Apuré, sin darle muchas explicaciones, a mi mujer para que recogiera nuestras pertenencias, y al día siguiente partimos al único lugar del país donde me podía sentir seguro.

La elegante dama de larga cabellera negra miró hacia mí y palidecí; en efecto se trataba de Rosario. Enseguida abrió la portezuela trasera del auto y sacó a una jovencita, luego ambas caminaron en dirección a mi negocio. Del auto se bajaron dos hombres armas en mano e identifiqué en uno de ellos a Pacho, me sentí perdido. Rosario entró al negocio y me dijo:

—Hace una semana firmamos la paz con los Ipuana. Solo quería que la conocieras.

No respondí, solo clavé la vista en la jovencita, era también de larga cabellera y tenía un lunar de sangre con forma de fríjol en el centro de su frente. Mi esposa, que estaba sentada tras de mí, se levantó, se puso a mi lado e interrogó con voz temblorosa a la niña…

—¿Cómo te llamas?

—Rosarito, pero me dicen Charito.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce

—¡Qué hermosa eres!

—Gracias.

Pacho entró al negocio y apuntó a mi cabeza, ni siquiera me di por muerto porque yo había muerto

quince años atrás. Rosario agarró a tiempo el brazo de su tío y le indicó:

—No es necesario. Vámonos ya.

Salieron dejándome estupefacto. Mi esposa gritó despacio y con odio en mi oído:

—¡Ya sabes que tienes que irte, y con los bolsillos vacíos; y ya!

Crepúsculo

Juan Antonio Marín

© Juan Antonio Marín - Rioja (Almería)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

CREPÚSCULO

Chico Puertas entra a su apartamento del barrio latino, enciende la luz y se sienta en su sillón, no sin antes despojar del sitio a Elienai. Los dos se miran fijamente. Son amigos. Compañeros. No podría imaginarse la vida sin él ni en otro lugar. Afuera comienza a lloviznar. Minutos más tarde, la fuerte lluvia impacta sobre los ventanales de la buhardilla. Los vidrios se empañan. De vez en cuando escucha el martilleo de dos goteras en el techo de la cocina y recuerda que había dejado entreabierta la ventana de la misma que da al patio de luces. Le llega el aroma de comida de verdad. De aquellos guisos añorados de Magaly. Y es que su vecino de enfrente es cocinero y propietario de un bistró en Montmartre. Hicieron amistad una tarde que se cruzaron entre las estanterías de la Shakespeare & Company. Chico buscaba una guía audiovisual sobre La Habana y Jerôme, el vecino, una de bailes latinos. Chico se sintió atraído por la penetrante mirada de los ojos azules de Jerôme y ante la curiosidad de este por su compra, se apresuró a decir: es una vieja historia. Mi memoria me castiga con sus lagunas. Menos mal que existen las nuevas tecnologías.

Chico esperaba una respuesta repiqueteando con los dedos en la portada del audiolibro. Jerôme le contestó: «Un buen cocinero ha de ser un magnífico bailarín. ¿No le parece ridícula mi deducción?». Lo preguntó como si le importara un bledo lo que pensara Chico. «Mire usted —

respondió—, ¿acaso debemos seguir en el club de los inconformistas?».

A veces, a Chico le pasaba por la cabeza que ojalá hubiese aprendido a bailar o a tocar un instrumento. De esa manera, hubiera podido integrarse en el convivir diario de la Cuba de los mojitos y las jineteras. Hubiera amado con mayor pasión los atardeceres colmados de música porteña.

Y entonces fue cuando Jerôme le propuso embarcase juntos en una aventura. «¿Por qué no cumplimos nuestros sueños? Vayamos a La Habana. Usted regresará para hacerme de cicerone».

Y es que el destino, a veces, es así de travieso, aventurero. Y confabuló para que dos individualistas que añoraban las travesuras necesarias para salir de lo absurdo del tiempo y la memoria pudieran ser marionetas del mismo.

Chico volvió a la realidad, cerró la ventana y siguió mirando a través de ella hasta que contempló a Jerôme entrando en su vivienda. Luego se acercó hasta la alacena. Sacó una cafetera Valira y prendió la hornilla. Minutos después se arrellanaba en el sillón con una humeante taza de café en su regazo.

Miró de reojo a Elienai y lo acarició como Magaly solía hacerlo. Elienai ronroneó y siguió hecho un ovillo. Magaly le enseñó que los pequeños detalles son los que, en realidad, aportan algo. Sus Palabras con el paso del tiempo fueron desvaneciéndose como el humo de los cigarrillos. Aunque Chico aceptó y comprendió que solo la compañía de un animal es capaz de transformar en amor incondicional tanta hipocresía. Aunque aquella caricia le resultara innecesaria, a Elianai le

resultaría siempre cálida, blanda e inocente; como el roce de una pluma sobre el delicado cutis de un bebé. Chico miró al gato y dejó de acariciarlo. Porque recordó que él nunca sería su dueño. ¡Maldita Magaly! No tuvo bastante con morir, que también le hizo prometer que se haría cargo de él.

Y entonces, Chico se levantó. Se dirigió hasta el escritorio. Se sentó frente a él. Sacó una cuartilla y desenroscó la Montblanc. Acto seguido comenzó a escribir:

«El pasado, excepto el recuerdo tierno de mi madre, quedó atrás arrinconado en este entorno que me agobia. Me refugio en la escritura, en la bebida, en el recuerdo de los paseos de madrugada por el malecón donde los cubanos bailan, cantan, enamoran y se acercan a la espiritualidad que solo ofrece la ausencia de pecados... para acabar en el O´Reill».

Su mente no admitía que su cuerpo moraba en París. La ciudad de la luz no lograba sacarlo de la oscuridad de su vida. Hacía tiempo había acordado una tregua con la memoria. Una puerta de salida para olvidar el desarraigo que sufría en París. En La Habana había encontrado ese color soñado entre los trigales, la sombra añorada bajo los árboles del malecón, donde el juego de la luz con el azul del mar distorsiona la ciudad transformándola en otra. El atardecer creaba sombras chinescas sobre las paredes desconchadas de las casas. La misma Habana, pero más al alcance del cielo. Y todo se olvida. En La Habana había arrinconado a un exhausto ego que dejó de llamar a su puerta cada amanecer.

Usted posee un don, amigo, Chico. Un don increíble —le dijo Jerôme. He leído alguno de sus libros. Es asombroso cómo crea historias, fantasías, argumentos sólidos para una quebrada vida que nos empeñamos en falsear. Mentiras que no logran ocultar el narcisismo que nos hemos impuesto como caparazón para sobrevivir. Nos alimentamos con el inconformismo en vez de unirnos al ritmo de la gente. Cada ser tiene eso que lo hace especial. Existen dones: la escritura, la música, la pintura o incluso el arte de la seducción. Y usted, amigo Chico, usted tiene musicalidad en sus letras. Sus palabras son notas al aire que avivan los sentimientos ocultos que están ahí, dañinos, a la espera de poder controlarlos; de poder transcribirlos sobre el pentagrama escrito en una hoja en blanco como la propia memoria de quien ha decidido olvidar. Todo y nada es lo que parece. Todo y nada es tangible. ¿Lo es acaso el dolor de un fracaso, de un error? ¿Lo es el recuerdo de una ausencia? No. No es tan sencillo, ni a la vez complicado.

Mirémonos ahora, ¿dónde estamos? Hace un año fumaba en un salón del Casino de París. Paseaba hasta la Shakespeare en la búsqueda de nuestra historia escrita por alguien que, quizás nos conozca mejor que nosotros mismos. Paseando por cualquier orilla del Sena. Llorando bajo la luna en cualquier calle del barrio latino; instantes después de haber sido abandonado por quien creíamos que sería el último amor de una larga lista.

Es de noche, la lluvia no cesa. Los cristales permanecen empañados. Desde el escritorio, Chico escucha el murmullo que proviene de la calle.

Personas paseando bajo la lluvia regeneradora de París. Los adoquines mojados de Montmartre, cuya agua arrastra consigo conversaciones que han derivado en susurros. En cualquier buhardilla suena Cole Porter dando la bienvenida a la noche que nunca se asienta por completo, a la luz mortecina de las farolas bajo las cuales algún aprendiz de seductor coquetea con la lluvia.

Y todo eso es quimera. Vacío. Como aquel tango que aprendí en el Mar de Plata, aquel que decía: «Lo nuestro perdurará más al paso del tiempo que los muros de la catedral…». Pero, a veces, también las catedrales sucumben a la desdicha de la soledad del peregrino, que de madrugada exculpan sus pecados con ron y algún mojito.

La noche que heredó a Eliani, un joven jinetero le pidió un pitillo. Chico le preguntó: «¿Qué fuma, suave o fuerte?». Fuerte, dijo. Del bolsillo superior izquierdo de la guayabera cogió un paquete de *rompepechos* y se lo dio. «Quédese con la caja. Tome el encendedor también. Yo no voy a fumar más». Lo hizo porque era muy guapo. Demasiado, incluso para Chico. El joven se humedeció los labios sujetándolo entre ellos. Dio una calada amplía saboreando el gusto amargo de la picadura negra. «Muchas gracias, mi socio».

Chico le acarició los rizos negros bajando sus dedos hasta el rostro. Continuó el paseo mientras la nostalgia le obligó a pensar en tantas cosas olvidadas. En su gente, en su barrio perdido, el mismo que reflejó Modiano. En los amigos de la infancia, y sobre todo en los atardeceres reflejados en las pupilas de Magaly.

De pronto recordó aquel verso de Neruda que tanto le gustaba: “Desnuda eres azul como la noche en Cuba”, que dejaban al descubierto los deseos propios del crepúsculo, bajo la atenta mirada de la partitura de la vida que traza la línea que nos guiará lejos, tan lejos de ti, de todo lo que nos recuerde que alguna vez existimos.

Chico descuelga el teléfono. Marca el número de Jerôme y cuando este responde le suelta de manera muy seca: «¿Sabe usted? Me parece una idea magnífica. ¿Por qué no me invita a cenar y hablamos del viaje?».

Ék' báalam

Ricardo Durán

© Ricardo Durán - México

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

Éek' báalam

Todos los días se sentaba a la orilla del lago a esperar al jaguar. Antes de que el sol saliera, había afilado su lanza y se había encintado la cabeza con un pedazo mal cortado de tela roja. Era, decía Zazil, lo primero que miraba el jaguar cuando salía de la maleza en el extremo opuesto del lago. Su madre la reprendía diciendo que Ixchel dejaría de conferirle la habilidad de tejer. La luna me acompaña siempre, le respondía a su madre, incluso de día.

—Me gustan sus ojos, y su andar. Siempre camina con tiento, posa su vista en mi cinta y comienza a beber a lengüetazos sin bajar la mirada. Luego se sienta y me observa a distancia. Lo miro mientras como un tuk' y él parece interesado. Quizá se pregunte dónde y porqué me habré hecho de una presa tan pequeña. Nos quedamos así largo rato, yo sentada, fingiendo seguir comiendo el fruto, y él atento al movimiento de mi mano. Una vez levanté la lanza porque escuché el movimiento de las ramas a mis espaldas, Resultó ser un ma'ax que salió despavorido cuando me vio en guardia. Báalam debió pensar que mi garra era mucho más grande que la suya, y de un salto se metió a los matorrales.

—Ese animal va a perder la paciencia un día y sin dudarlo nadará para hacerte su presa, Zazil.

—Báalam no es así, despreocúpate, madre.

Zazil salió justo al amanecer, y en el camino se topó con el mismo mono que se había espantado con su lanza. Llegó al lago, se sentó en la orilla y, al poco rato, sintió a su lado un roce ligero. Miró de reojo, tratando de no hacer movimientos bruscos y ahí estaba él, el jaguar que con sigilo se paró a la derecha de la joven. Movió su cabeza hacia la de ella, dejando sentir su aliento. Ella permaneció inmóvil, con entereza, confiando en que los largos ratos de mutua observación habrían creado un vínculo. El jaguar se sentó y dirigió la mirada hacia el extremo opuesto del lago, justo al sitio desde donde tantas veces había observado a Zazil. La silueta de la luna todavía era visible en el despuntar del día, y a Zazil le pareció que Ixchel sonreía. Un conejo asomó del otro lado, miró a la joven y al jaguar, y se metió entre la hierba, alejándose. Cuando el conejo se hubo marchado, ella volvió la cabeza buscando al jaguar, pero ya se había ido.

—Buena caza, báalam — murmuró.

El agua resbalando por su piel

Mario Archundia

© Mario Archundia - México

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

EL AGUA RESBALANDO POR SU PIEL

El agua resbalando por su piel desnuda. Su madre fue la causante de ese rito que todos los sábados llevaba a cabo, después de una larga y frustrante semana.

¡Cómo no recordar! Niño al fin, los domingos lo bañaba en pleno patio, como a las doce o un poco más; una palangana servía como tina. Los minutos así se detenían ociosos ante el espectáculo de huesos cortos y un pene infantil.

El agua cayendo por todas partes, mojando los cabellos, arrugando las palmas y las plantas. Parecía sentirse un pez cautivo. Un gran pescado servido a los rayos de los días domingos.

De su madre fue el único recuerdo que guardó: de esas tardes húmedas. Las otras cosas, aquellas que amargan su vida, de su memoria quedaron olvidadas.

El tiempo, perenne como toda evocación del ayer, transcurrió en cada cerrar y abrir de los nuevos días.

Ahora, adulto, repetía ese rito líquido, ya no los domingos, ya no en la hora segunda, sino como Nuevo Testamento. Los sábados de cada semana, en la hora sexta, siempre encerrado, siempre confinado entre cuatro paredes y una sola puerta.

En una cubeta de metal echa agua, de pausadas nostalgias llena sus bordes, encima del fuego que todo purifica desinfecta los pecados contraídos con anticipación.

Cuando el vapor anuncia la inminencia de la ebullición de las propiedades, es cuando sigue la preparación final. Dispone una tina de plástico que en el mercado ha comprado, deposita agua, aclimata la temperatura a sus propios deseos. Experimenta la emoción que debió sentir el Bautista ante la presencia del Cristo, en aguas del Jordán.

Sin ropa ya, el contacto se multiplica, los humores recogidos en tantas andadas se reducen al momento que resbala el cristalino elemento. Afuera, la música de un vals dirige la orquesta invisible de partituras anómalas y sin sentido. No hay otro modo; no existe en el mundo manera y forma de que su cuerpo emerja limpio y sano después de una semana atestada de tropiezos, de sueños rotos, de sudores corporales que cruzan su ser. Peste y locura.

Decepción y tristeza hay en su mirada. Hace tiempo que murió la esperanza de nuevos tiempos. De nada le sirve pensar en lo que tuvo y perdió, de nada sirve añorar las habitaciones abiertas, las sonrisas risueñas de sus hijos, el amor de un momento en la intimidad.

Su esposa, hijos, hermanos, padres, amigos, compañeros, todo se había ido al agujero del caño, al terminar de vaciar las aguas sucias de la tina. La

melodía, aún más rota que de costumbre, anuncia el vacío que arrebata el corazón abandonado, fase final de quien se siente abandonado en esa hora serena.

Cansado, se recuesta en la caliente arena fluida, descansa al fin de toda preocupación, temor, miedo. Fiel a su religión, se adentra en el océano de la incertidumbre; vestidos de hipocresía quedan arrumbados fuera de su mente y sus intenciones.

Una caricia arroba su pecho, tierna y sensual, cierra los ojos, se abandona a su misterio.

Ahora el agua enjabonada le llega al cuello. Su inconsciencia es más evidente que nunca. Borbotes ahora traga. Boca, nariz, ojos, oídos, se anegan como cuando se rompe el dique que divide la tierra seca, donde andamos, de los canales malolientes de aguas turbias. Él ya no ve más; no hay túneles con luces brillantes, no hay voces que repitan su nombre, no hay nada. Ni Dios ni nada descrito por aquellos charlatanes místicos; a lo mucho, la música que, como murmullo, acalla el sufrimiento de los muertos.

Ya es otro día. ¿Suicidio? ¿Accidente? ¿U homicidio? Son las interrogantes que un viejo detective se hace. Solo se cortan cuando le ordenan extraer el cuerpo, secarlo y mandarlo al Semefo. Al menos este muerto no hiede como los demás que se amontonan en busca del último refugio. Limpio por fuera, limpio por dentro, espera sin que nadie venga. Porque dejó de ser.

El diablo siempre llama dos veces

Fernando Hidalgo Cutillas

© Fernando Hidalgo Cutillas - Barcelona 2013

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

Capítulo I

Condado de Cottle, Texas, agosto de 2007

Caía la tarde. George aplastó el último cigarrillo en el cenicero, lleno hasta el borde. Como si el mismo diablo hubiera adivinado sus deseos, apareció el destartalado bar. Tomó el desvío y, tras dejar el coche aparcado frente a la puerta, entró al salón. El camarero, un hombre mayor, lo escudriñó con desconfianza.

—¿Qué va a ser? —preguntó.

—Una cerveza helada y un paquete de Winston.

El barman puso el tabaco y la botella sobre la barra. Tras dar un buen trago, el recién llegado se quedó mirando el paisaje a través del ventanal.

—¡Qué solitario está esto! —comentó.

—Desde que hicieron la autopista, por aquí no pasa ni dios.

—¿Tiene una habitación?

El hombre secaba los vasos de espaldas y no respondió.

—Necesito una habitación. Y también he de poner gasolina —insistió George, alzando la voz.

El otro se volvió, con mucha calma.

—Hace tiempo que no traen gasolina. Y las habitaciones ya no están en uso. Pero puedo prepararle una si me paga por adelantado.

—Pues no me queda apenas combustible —replicó el otro, contrariado.

—Tiene suerte. Creo que hay un par de latas en el cobertizo. Podrá llegar a la próxima gasolinera, a unas sesenta millas. —Sonrió mostrando sus dientes amarillos.

George encendió un pitillo y pidió otra cerveza.

—Me gustaría ocupar la habitación cuanto antes, pero primero quiero verla.

—Claro, claro...

El hombre tomó una llave colgada en la pared y subieron al piso alto, donde entraron a un cuarto oscuro y descuidado. Un colchón sobre un viejo somier y una silla de color indeterminado formaban todo el mobiliario. Una sábana cubría la ventana a modo de cortina y, enfrente, el lavabo lucía marcas de herrumbre.

—El baño está al final del pasillo. La muchacha arreglará esto en un momento. Las habitaciones no están en uso, ya se lo dije —explicó el viejo, a modo de excusa.

—¿Cuánto pide?

—Treinta dólares, cena incluida. Las bebidas, aparte. Y ya me debe dos cervezas. ¡Ruth!, ¡Ruth!, ven a la 101, que tenemos un huésped —gritó, volviendo la cabeza hacia la puerta—. Mientras tanto, vaya a por sus cosas.

George fue al coche y subió con la maleta. Cuando volvió, Ruth estaba haciendo la cama. En contra de lo que había imaginado, era una joven bastante bonita.

—Venga conmigo, he de registrarle en el libro y después le invito a la tercera. —Lo sorprendió la amabilidad. Pensó que quería sacarlo de allí cuanto antes.

Apuraba la cuarta cuando bajó Ruth y atravesó el salón. La muchacha lo miró de reojo con timidez. George dedujo que sería hija del dueño; o quizá nieta.

—Es mejor que me pague ahora.

Dio cuarenta dólares.

—Lo que sobre, de propina para la chica.

El camarero los guardó y sonrió con su acostumbrada malicia.

—Ya puede subir. —Le tendió la llave que Ruth había dejado sobre el mostrador—. La comida estará pronto.

George tomó una ducha fría y se observó al pasar frente al espejo. Tensó los músculos del abdomen tratando de disimular la incipiente barriga. No está mal para un hombre de cuarenta años, se dijo.

Cuando bajó, ocupó una silla frente a unas chuletas de aspecto apetitoso. Ellos ya habían empezado.

—La comida se enfría. —Se justificó el hombre.

Comieron en silencio hasta que el viejo apuró su segundo vaso.

—Dígame, George, ¿qué hace por aquí? Ah, no le he dicho aún mi nombre: soy Ben.

—Trabajo. He de ir a Phoenix por un negocio.

—¡Phoenix! Eso está lejos... ¿Cómo no va en avión?

—No me gusta volar. Mil millas no son tanto.

—¿Y de dónde viene?

—De Tulsa. Mi empleo me obliga a viajar. Y usted, Ben, ¿qué hace en esta gasolinera sin gasolina y este motel sin habitaciones? ¿Cómo no se trasladó cuando hicieron la autopista?

—No es fácil. Uno se hace mayor.

Ruth comía en silencio, con los ojos fijos en el plato. Cuando terminaron, recogió la mesa y desapareció en la cocina.

Los hombres salieron al porche. El crepúsculo teñía el cielo de un rojo sanguíneo y el viento balanceaba dos mecedoras vacías. Ben indicó a George con un gesto que ocupase una de ellas, antes de preguntar:

—¿Quiere un whisky?

George asintió con la cabeza. Ben trajo una botella con dos vasos y ocupó el otro asiento. Bebieron en silencio mientras se deslizaba la noche. Con la oscuridad apareció un cielo saturado de estrellas. La temperatura era agradable y por primera vez en todo el día George se sintió a gusto. Ben volvió a llenarle el vaso, dejó a un lado el suyo y dio un buen trago de la botella.

—¿Por qué no tomó la autopista? —preguntó, sin dejar de mirar el cielo.

—Confundí la ruta y después me dio pereza volver atrás. No sabía que fuese una zona tan desolada.

—En invierno aún es peor.

—No comprendo qué hace usted aquí.

—Yo tampoco; la vida te lleva adonde quiere.

—Siempre se puede tomar una decisión —arguyó George.

—Las decisiones no las tomamos nosotros.

—¡Ah!, ¿no? ¿Quién, entonces?

—Podemos elegir pocas cosas, las menos importantes. Todo está decidido ya. ¿Ve las estrellas? ¿Quieren estar donde están? ¿Decide una gota de lluvia dónde va a caer? Los hombres funcionamos del mismo modo, pero nos imaginamos que elegimos nuestro futuro. Un día ves a una mujer y te sientes atraído. Sabes que te dará problemas, que te va a llevar adonde no querrías ir, pero ya está decidido y no hay escapatoria. O el juego, o la bebida... —Dio otro trago—. Nadie decide caer en una trampa; sin embargo, vamos de una a otra toda la vida. No somos libres, no; no lo somos. Ya lo entenderá. Yo a su edad tampoco lo sabía.

Se quedó ensimismado en sus pensamientos y ambos permanecieron callados largo rato.

Cuando George se levantó para retirarse, Ben no se inmutó. Había dado cuenta de la mayor parte del whisky y parecía dormido.

Al pasar por el salón, Ruth estaba barriendo el suelo.

—Quiero salir temprano. Me dijo Ben que me vendería un poco de gasolina, pero él...

—... está borracho. —La chica terminó la frase—. Yo se la pondré.

La siguió hasta el cobertizo. Ruth sacó una lata bastante pesada. Con un tubo de goma traspasó la mayor parte del contenido al depósito.

—Hay suficiente para llegar a la próxima gasolinera —aseguró.

Dejó en el suelo la lata y quedaron en silencio. George imaginó que esperaba que le pagara, pero cuando preguntó el precio Ruth cambió de tema.

—Quiero pedirle un favor. Ben no es mi padre, sólo era el compañero de mi madre. Ella murió hace unos meses y desde entonces vivimos los dos solos. Yo quiero marchar, pero él no me deja, me dice que adónde podría ir una chica de mi edad, sola y sin dinero…

—Y tiene razón, eres aún muy joven. Cuando seas mayor...

—¡Ya soy mayor de edad! Y usted se equivoca, Ben no es un buen hombre. Me utiliza, como utilizó a mi madre... hasta que la mató. Dijeron que fue un accidente, pero yo sé que él la mató. Tiene que ayudarme, lléveme con usted mañana —suplicó con vehemencia.

El hombre se quedó perplejo.

—¿Qué estás diciendo? Es una acusación muy grave. —Sospechaba que la chica no estuviera en sus cabales.

—Vi a los dos discutiendo en el rellano y después cayó mi madre por la escalera.

—¿Por qué no hablas con la policía?

—Sólo quiero que me lleve a la ciudad. No puedo pedírselo a nadie más; Ben ha hecho creer que no estoy bien. —Se señaló la cabeza—. Lo único que querrían de mí esos babosos es acostarse conmigo. Ya le he dicho que soy mayor de edad y puedo probarlo.

—De acuerdo. Pero díselo a Ben, no quiero que piense que te he raptado o algo peor.

—Dejaré una nota, con eso bastará.

George despertó al amanecer. Cuando bajó, Ruth ya esperaba en el porche con una gran mochila. Colocó el equipaje en el maletero; ella dijo entonces que había olvidado el bolso y fue a buscarlo mientras George terminaba de preparar el coche. Cuando regresó, salieron de inmediato, bajo una tenue lluvia.

Había una hora de camino hasta la carretera general y unos treinta minutos más hasta la ciudad. La joven estaba inquieta, pero se fue tranquilizando a medida que se alejaban del motel. George no dejaba de pensar en lo que Ruth le había contado la noche anterior. ¿Sería cierto que Ben mató a la madre? En el fondo no quería saberlo. Dejaría a Ruth en la ciudad y se olvidaría del asunto. No estaba seguro de estar actuando bien y prefería no hablar del tema, así que estuvieron en silencio casi todo el camino.

Llegaron a Lubbock a media mañana. Al acercarse a un restaurante, a las afueras, Ruth indicó:

—Puede dejarme aquí.

Se detuvo en el aparcamiento y bajaron del coche. Cuando se disponía a sacar la mochila del maletero, ella le cortó el paso.

—Déjeme que le invite al almuerzo, ha sido usted muy amable.

Los clientes abarrotaban el establecimiento, pero encontraron una mesa libre bajo el televisor. Sonaba tan fuerte que apenas podían oírse. Se sentaron y pidieron unos bocadillos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —indagó el hombre.

—He de buscar trabajo, quizá de camarera.

—¿Tienes dinero?

—No mucho; para unos días alcanzará.

—Me siento responsable de ti. No sé si ha sido buena idea sacarte de tu casa.

—¿Habré de repetir que soy mayor de edad?

—Ayer me dijiste que Ben te había utilizado como utilizaba a tu madre. ¿Quieres decir que él...? —No terminó la frase.

—Lo intentó. Hasta que un día le juré que, si volvía a tocarme, lo mataría mientras estuviese dormido.

Un sentimiento de ternura estaba creciendo dentro de George a grandes pasos. No le gustaba la idea de dejarla a su suerte. Ella insistió en pagar la cuenta, y ya se levantaban cuando una noticia les hizo prestar atención al televisor:

«Esta madrugada se ha producido un incendio en un rancho del condado de Cottle. Según

informes de la policía, un hombre ha muerto. Por el momento se desconocen las causas...». La locutora siguió hablando mientras aparecía en la pantalla una vista aérea del motel de Ben, arruinado por las llamas. George se quedó de piedra. Miró a Ruth, que escuchaba impasible.

—Ese viejo borracho tenía que acabar así algún día —dijo con un rictus cruel.

La noticia impresionó a George, quizá porque seguía teniendo la sensación de haber obrado mal. Ben le pareció un tipo raro, pero no un mal hombre. Se preguntaba si esos sentimientos hacia Ruth que estaba descubriendo no habrían sido desde el principio el verdadero motivo por el que lo convenció tan fácilmente.

—Creo que deberías ir a la policía —aconsejó.

—Cuando sea el momento, iré. Ahora no quiero pensar en eso. Necesito aire.

Mientras salían, ella lo miraba sonriendo. Una vez fuera, se rió abiertamente.

—Tendrías que verte. Estás pálido —dijo. No era la muchacha tímida y reservada del día anterior. De pronto se puso seria—. Tendrás que quedarte hasta que hablemos con la policía, es seguro que querrán tu declaración. Lo siento, George, ¡quién iba a pensar que pasaría algo así! Necesitamos un hotel.

Subieron al coche y fueron hacia el centro de la ciudad. Encontraron un Holiday Inn cerca de Kastman Park. Ruth insistió en tomar una sola habitación.

—¿Qué voy a decir cuando la policía nos pregunte por qué me vine contigo? ¿Que Ben mató a mi madre?, ¿que me maltrataba? No lo puedo demostrar, y resultaría sospechoso. Pero si pasamos la noche juntos todo se verá normal: un hombre y una chica que quieren divertirse un poco. A ellos no les importará.

George ya se había hecho a la idea de quedar como un pervertido y el plan no le desagradaba, así que fue fácil convencerlo.

Por la tarde Ruth quiso conocer Lubbock, era la primera vez que estaba en esa ciudad. Insistió en hacerlo sola. Recorrió la zona universitaria y llegó hasta las modernas avenidas del barrio comercial. Después volvió al hotel y cenaron en la habitación, con idea de acostarse pronto. George no quiso forzar la situación:

—Dormiré en el sofá —anunció.

—¿Es que no te apetece...? —insinuó Ruth, empezando a desvestirse.

Su cuerpo andrógino, bien musculado y de estrechas caderas, con senos pequeños y turgentes, le produjo una morbosa excitación. Cuando besó sus suaves facciones, casi infantiles, intentó concentrarse para no llegar tan pronto a lo más alto. No lo consiguió y ella se rió, feliz por sentirse tan excitante. El clímax no acabó con el deseo y siguieron jugando. Ruth apagó la luz y George notó la caricia de su boca. Después, inesperadamente le ató las manos al cabezal de la cama y lo azotó con el cinturón, al principio suavemente, después con fuerza, más fuerte,

hasta que sintió arder la piel. En silencio, George se retorcía de dolor y placer. Consiguió llevarlo al éxtasis varias veces durante la noche. Para él era algo completamente distinto de todo lo que conocía. Y era alucinante.

A la mañana siguiente, mientras Ruth tomaba una ducha George encendió el televisor y buscó un canal de noticias. El locutor explicaba las declaraciones del presidente Bush pidiendo calma ante la crisis financiera, aunque el Home Bank se había declarado en bancarrota el día anterior. Cuando terminó, se inició un bloque de noticias locales. Tal como supuso, el incendio fue el primer tema. Repitieron las imágenes del helicóptero y a continuación un reportero entrevistó al sheriff:

«Hemos identificado el cadáver, se trata de Benjamin Slide, el propietario de la casa, que no es un rancho, como se dijo, sino un motel. La autopsia ha revelado que no murió en el incendio: fue acuchillado. Una joven que también vivía en la casa está desaparecida. No se descarta que encontremos más víctimas cuando se retiren los escombros. Afortunadamente, en la gasolinera no había combustible. Estamos investigando, por ahora no sabemos más...».

Se quedó estupefacto. ¿Acuchillado? ¿Qué habría pasado después de que salieron? Aún aturdido por el inesperado giro del asunto, lentamente fue atando cabos. En la casa no había nadie más... ¿O sí? Recordaba a Ruth subiendo a buscar el bolso olvidado y su prisa por salir de allí.

Apagó el televisor y esperó a que ella terminara de ducharse. Apareció sonriente,

envuelta en una toalla. No sabía cómo abordarla. Por fin dijo a bocajarro:

—A Ben lo asesinaron. —Escrutó la reacción de ella.

Tranquilamente, como si no lo hubiera oído, sacó dos cigarrillos de la pitillera de George; tras encenderlos, le tendió uno. Lo miró con firmeza y preguntó:

—¿Cómo te has enterado? ¿Han dicho algo las noticias?

—Lo acuchillaron. Después incendiaron la casa. Te dan por desaparecida.

—Era un viejo tramposo. Quizá tenía enemigos. En realidad, sé poco de él.

—Pero ¿no lo comprendes? ¡Lo han asesinado! Y yo era el único huésped.

Ella seguía callada, con un gesto duro que él no conocía.

—Ruth, el incendio fue al amanecer, justo cuando nos fuimos. ¿Había alguien más en la casa? La policía investigará, acabarán descubriendo la verdad. Yo quiero saberla ¡ahora! ¿Qué pasó?

La chica se sentó en la cama frente a él y volvió a ser la joven dulce de aire ingenuo.

—Te lo contaré, exactamente. Cuando subí a recoger el bolso, Ben se despertó. Oyó el motor en marcha y al verme comprendió que pensaba irme contigo. Se puso como loco y se lanzó sobre mí, enfurecido. Yo sólo me defendí. Después me

asusté y prendí fuego para que pareciera víctima del incendio.

Ruth seguía fumando tranquilamente, como si no comprendiera la gravedad de la situación. George la zarandeó, tomándola del hombro.

—¿Estás loca? ¿Cómo no me lo dijiste antes? Nadie creerá ahora que fue en defensa propia. Estamos perdidos, Ruth, ¿no lo comprendes? ¡Maldita chiflada! —Explotó con furia—. Vamos a ir a la policía y les contarás todo lo que pasó, quizá aún haya arreglo.

Ella le apartó la mano, se levantó despacio y, sin abandonar su aire ingenuo, dijo:

—No pierdas los nervios ni me tomes por estúpida, George. Aquí nadie nos conoce y por ahora nada nos relaciona con el suceso pero, si se llega a saber lo que pasó, no nos creerán y todos pensarán que somos cómplices. Es mejor para los dos que no vayamos a la policía. Yo te quiero, George. Lo hice por ti.

Se acercó y lo besó tiernamente en los labios. Su cara de ángel de ojos negros lo embrujó una vez más y George la llevó sobre la cama. Su furia se tornó pasión y en los brazos de Ruth se olvidó de todas las preguntas.

Ella decía quererlo, que se había enamorado desde el momento en que lo vio, y él se preguntaba qué habría de cierto en ello, después de saber el modo en que lo había utilizado. Era una mujer especial, a pesar de su juventud parecía tener siempre la respuesta a cualquier situación. Mentía con toda sinceridad, como otras

mujeres que había conocido, pero Ruth conseguía confundirlo y ya no sabía qué pensar, ni distinguir lo cierto de lo falso. Se sentía atrapado y su cuerpo era para él como una droga, que le administraba a grandes dosis.

—Saldremos a comer —dijo Ruth después de vestirse—, daremos un paseo y mañana nos marcharemos hacia Nuevo México. ¿No estará preocupada tu familia, George?

—Estoy divorciado, nadie va a echarme en falta en bastantes días —respondió. Ella sonrió, complacida.

Era domingo y la ciudad estaba llena de estudiantes. Ruth llevaba gafas de sol y procuraba disimular su aspecto, de lo que George no terminaba de entender el motivo, si nadie los conocía allí. Las noticias locales no hablaban más que del crimen del motel. Estaban investigando las huellas de neumáticos en el aparcamiento, y también el libro de registro, que había aparecido entre los restos del incendio.

—Si encuentran mi nombre estaremos perdidos —dijo George.

—Ben siempre lo dejaba abierto, esa página es la primera que se habrá quemado. —Lo tranquilizó Ruth—. Pero lo de las huellas me preocupa. Hemos de cambiar de coche. Sería sospechoso cambiar los neumáticos estando nuevos.

—No suelo viajar con mucho dinero. Y tampoco la tarjeta de crédito dará para tanto. —Empezaba a inquietarle el coste de la aventura.

—Por eso no te preocupes —replicó ella sin dar explicación.

Por la tarde fueron a un garaje donde había compraventa de coches usados las veinticuatro horas del día. Ruth eligió un Chevrolet Malibú blanco con pocos kilómetros y discretamente sacó de su bolso seis mil quinientos dólares, el precio que indicaba el cartel sobre el parabrisas. Se los dio a George, que fue a la garita del vendedor para cerrar el trato mientras la joven esperaba junto al vehículo. Explicó que era un regalo para su hija. El hombre ni le escuchó, sólo le interesaba su comisión.

Dejaron el nuevo coche aparcado a unas manzanas de distancia del hotel. En la habitación, después de examinar un mapa de la zona, ella explicó su plan para el día siguiente: «Nos iremos temprano. En tu coche, saldrás de la ciudad por la carretera de Alburquerque y me esperarás en la primera estación de servicio que veas. Yo iré con el Chevrolet y me encontraré contigo allí. No me detendré, pon atención, me seguirás hasta que encontremos el lugar adecuado para abandonar tu auto, sin matrículas, documentación, ni nada que pueda identificarlo». Hablaba como una experta. Mientras la escuchaba, él se preguntaba de dónde habría sacado los seis mil quinientos dólares.

George durmió poco. Se sentía como flotando en un sueño, a ratos pesadilla y a ratos mágico. Le aterraba que en cualquier momento los detuviera la policía y les acusara del crimen. Pero Ruth seguía allí, con sus ojos negros y su olor a lavanda, sus labios carnosos y su cuerpo aniñado

y experto. Él se dejaba arrastrar por el vértigo de sentirla suya, aunque sabía que era ella quien se estaba apoderando de él. La miró mientras dormía. Sería fácil asfixiarla con la almohada y escapar. Por un momento se sintió capaz de hacerlo. Entonces cayó en cuenta de que estaba empezando a pensar como un asesino, y eso lo asustó.

El día amaneció lluvioso. Ruth sacó una gabardina de la mochila y se la puso, después se cubrió la cabeza con un pañuelo oscuro.

—Tenemos suerte. En los días de lluvia nadie se fija en los demás —comentó.

—Aquí no nos conocen. —George no comprendía tantas precauciones.

—Hay que evitar que puedan relacionar los dos vehículos. Siempre hay alguien mirando, hagas lo que hagas. Y la policía no es torpe.

Pagaron la cuenta del hotel, George subió a su coche y Ruth fue al Chevrolet, tal como habían acordado. Él condujo hasta la gasolinera a las afueras de la ciudad. Mientras la esperaba, llegó una patrulla de policía. El corazón se le aceleró cuando los dos agentes se acercaron al aparcamiento. Parecía que buscaban algo concreto, pues iban mirando los coches uno a uno y consultando su bloc de notas. Decidió salir de allí antes de que lo alcanzaran. Maniobró con naturalidad, aunque estaba muy nervioso, y volvió a la carretera por el acceso del extremo opuesto.

El incidente torció los planes; si no encontraba a Ruth, George no sabría qué hacer. Tomó camino

de regreso a Lubbock, esperando cruzarse con ella, lo que sucedió a los pocos minutos. Vio su cara de sorpresa y le hizo un gesto indicándole que continuara. En cuanto pudo, George giró en redondo y en seguida alcanzó al Chevrolet. Pisó el acelerador y lo adelantó.

A medida que se alejaban de la ciudad la carretera se hacía más sinuosa y solitaria. Una hora después atravesaron la frontera con Nuevo México. Entonces Ruth tocó el claxon e hizo señas para que tomasen un desvío de tierra a la izquierda, que bajaba abruptamente hacia una zona frondosa. Era casi impracticable; apenas entró unos metros, George tuvo que detenerse. Ruth descendió de su auto y se acercó.

—Llegó la policía y tuve... —empezó él a decir.

—Te dije que fueras detrás de mí, no delante. —Ruth le tendió un destornillador—. Quita las matrículas y suelta el freno de mano. Asegúrate de que no quede nada dentro y que los cristales estén bajados. Date prisa, si alguien pasara por la carretera podría vernos.

George trasladó el equipaje al otro coche y después empujó el suyo, que en seguida tomó velocidad en la pronunciada pendiente y se fue ladera abajo hasta quedar oculto entre la maleza del fondo. Subieron al Chevrolet y regresaron a la carretera. Al pasar junto a un barranco Ruth lanzó por la ventanilla las placas de matrícula del viejo auto.

Capítulo II

Nueva Orleans, Luisiana. 1985

A sus cuarenta y dos años, Frank Murray lucía un magnífico aspecto. Alto, bien parecido, de cabello moreno siempre impecablemente peinado, era el cliente preferido de las chicas del *Blues Rooster*, un burdel de lujo discretamente situado en el centro de la ciudad, donde gastaba el dinero a manos llenas. Hasta el día en que desapareció y llegaron rumores de que se encontraba en prisión por una larga temporada.

Cuando salió, dos años después, Frank no era el mismo hombre. La privación de libertad para alguien de su temperamento fue un quebranto irreparable. Alumno distinguido de la Universidad Tulane de Nueva Orleans en su juventud, tuvo que abandonar los estudios de ingeniería para empezar a trabajar cuando su padre murió en un accidente, en 1964. No obstante, siguió estudiando computación por su cuenta. Se interesó por los trabajos de John von Neumann, especialmente por su «Teoría y organización de autómatas complejos», donde se demostraba la posibilidad de desarrollar pequeños programas que pudiesen tomar el control de otros. Es decir, de virus informáticos. Comprendió la importancia que tendrían las computadoras en todos los aspectos de la vida y que quienes conocieran en profundidad sus entresijos tendrían una poderosa

arma en sus manos. Su temperamento transgresor lo llevó a apasionarse con la idea de llegar a ser un *hacker* experto.

Después de algunos años en un taller de electrónica, Frank consiguió empleo en el principal banco de la ciudad como encargado del incipiente departamento de computación, un trabajo rutinario que no le satisfacía, pero lo compensaba disfrutando su soltería con una vida personal llena de alicientes y emociones. Cuando, a principios de los 80, llegaron los IBM PC, ya era el responsable de la sección de informática. Entonces pensó que había llegado su oportunidad.

El código que Frank añadió al sistema informático desviaba una pequeña cantidad de cada transacción a una cuenta que por el momento no tenía dueño. Cuando comprobó que no saltaba ninguna alarma, puso la cuenta fantasma a nombre de una falsa identidad: Mark Raunfry. Los pocos centavos, multiplicados por muchos miles de operaciones cada mes, daban cantidades sustanciosas, que retiraba regularmente sin que nadie lo advirtiera. Todo fue bien hasta que en una auditoría apareció una pequeña diferencia contable, una cantidad ridícula. Empeñado en averiguar el motivo, el auditor no cejó hasta descubrir los extraños traspasos de calderilla dirigidos siempre a la misma cuenta, a nombre de un tal Mark Raunfry, nombre que pronto se vio que era un anagrama de Frank Murray. Se contrató a un experto de Nueva York, que tras minuciosas investigaciones mostró en la

pantalla el código del virus con tanta satisfacción como lo habría hecho el mismo Pasteur.

Frank creía que su idea no sería descubierta o, de serlo, no tendría consecuencias graves, siendo tan pequeño cada uno de los hurtos. Nunca imaginó que descubrirían el alcance global, ni pensó que el Amnorth Bank haría de ello una cuestión principal y lo llevaría al límite, con una acusación que le costaría dos años de cárcel. Lo último que le dijo el director fue: «Usted no volverá a encontrar empleo en Luisiana, se lo prometo», y el hombre no mintió, pues todas las puertas se cerraban en el momento en que averiguaban sus antecedentes. Su cómoda vida anterior se convirtió en una difícil supervivencia, a base de cortos trabajos, penosos y mal pagados. En prisión hizo amistad con algunos rateros de poca monta, con los que mantuvo contacto y acabó asociándose como perista. Aprovechando a los viejos conocidos, conseguía vender los objetos de valor que le traían sus nuevos socios, con lo que se ganaba la vida.

Ya no frecuentaba el *Blues Rooster*, sino las angostas calles cercanas al puerto donde conseguía, unas veces pagando y otras sin pagar, lo que buscaba. Paseando una tarde por esas callejas vio a una muchacha de semblante triste que llamó su atención. Se quedó un rato observándola. Trataba de comportarse como una prostituta, mirando con descaro a los hombres, pero a Frank le pareció que había algo diferente en ella, una especie de pudor que la contenía de abordarlos. Tenía claro que las putas estaban

trabajando, de nada valía intentar seducirlas. Por eso fue directo al grano.

—¿Cuánto pides? —preguntó al alcanzarla.

Ella lo miró de arriba abajo.

—Depende. ¿Qué te gusta? —preguntó a su vez.

Frank se rio a carcajadas. La chica pensó que se estaba burlando.

—No sé qué te hace tanta gracia. No me hagas perder el tiempo. —E hizo ademán de marcharse. Él la agarró del brazo, con fuerza pero sin violencia.

—Me río de tus aires de mujer fatal, siendo todavía una chiquilla. Me gustas tú y quiero estar contigo ahora.

Ella siguió en su actitud arisca, intentando soltarse.

—Ven. —La tomó de la mano y entró con ella a un bar próximo. La chica se dejó llevar.

Ocuparon una mesa al lado de la ventana.

—Soy Frank, ¿y tú...?

—Martha —respondió secamente.

—Ya basta de enfado, ¿no? ¿Amigos? —Frank lució su mejor sonrisa. Martha cedió.

Se acercó el camarero y pidieron dos copas.

—No puedo perder la tarde —avisó ella.

—No vas a perderla. Ahora tomaremos un trago y después iremos a divertirnos un rato.

A partir de ese día Frank se encontró con Martha asiduamente. Al principio la buscaba en la misma calle donde la vio por primera vez, ella siempre andaba por allí, pero pasado un tiempo empezaron a citarse en lugares más comunes. Era cariñosa y dócil. Le contó que hacía poco que había salido de su pueblo, al morir su madre. La relación fue estrechándose, hasta que un día la llevó a su casa y le pidió que se quedara. Martha nada tenía que perder y la idea le resultó tentadora.

Pasado el ardor de las primeras semanas, Frank volvió a sus antiguas costumbres: llegaba tarde por las noches, bebía demasiado... La consideraba un objeto más de su propiedad. Por su parte, Martha le tenía aprecio, se sentía segura con él y lo admiraba en muchos aspectos, pero nunca dejó de verlo como a un cliente. Pasaba sola mucho tiempo y se aficionó a la marihuana. Sabía que él se veía con otras mujeres, pero en realidad no le importaba.

Desde que estaba con Martha, los trapicheos de Frank apenas alcanzaban para pagar las facturas. Temía volver a prisión si lo pillaban y sabía que tarde o temprano eso iba a suceder; por experiencia había aprendido que cuando el cántaro hace muchos viajes siempre acaba rompiéndose. Lo único que podría evitarlo era retirarse a tiempo, para lo que necesitaba dar un buen golpe. Pero él no era un atracador, ni un hombre violento; simplemente sabía mover los hilos para que el dinero cayera en sus bolsillos, y esos hilos estaban por el momento lejos de su alcance.

En 1988 Internet experimentó un enorme auge, se abrió al comercio electrónico y las revistas de todo tipo le dedicaron cientos de artículos, por los que Frank estuvo muy interesado. Comprendió que con un simple módem y sus conocimientos sería capaz de manipular cualquier computadora conectada. Los fallos de seguridad de los sistemas operativos eran escandalosos y él sabía cómo explotarlos a su favor.

Por esas fechas se hizo famoso el caso de un tal Armand Devon Moore. Era el empujón que Frank necesitaba. Moore tuvo la idea de robar al First National Bank mediante transferencias electrónicas. Para ello buscó a dos socios empleados del banco. Consiguieron un botín de casi setenta millones de dólares en una hora. Sólo debían retirarlos de la cuenta a la que fueron transferidos, en Viena. Pero Moore no sabía informática; simplemente llevó a cabo un engaño, y cometió varios errores: demasiado ambicioso, demasiadas pistas sueltas, demasiado lento, demasiado lejos. Los detuvieron en el mismo día y acabaron los tres en la cárcel. Frank analizó detenidamente los fallos y construyó su propio plan, sin socios, sin cabos sueltos, limitado a cantidades que no fueran en exceso llamativas y sólo a través de conexiones remotas. Y después, desaparecería sin dejar rastro.

Compró un PC y preparó durante semanas todos los detalles. Rastreó los movimientos de dinero habituales de las compañías que había elegido para simularlos lo más fielmente posible

cuando llegara el momento, aunque dirigidos a sus propias cuentas. El 29 de noviembre de 1988 abrió tres depósitos a su nombre en sendas oficinas bancarias de Canal Street, bastante cercanas entre sí. En la tarde del jueves 1 de diciembre, tras violar los sistemas de seguridad de la red, accedió a los servicios de banca electrónica del Amnorth Bank, el mismo para el que había trabajado, y realizó veintidós transferencias por un importe total de 950.000 dólares. Por la mañana, se vistió con su mejor traje y recorrió los tres bancos, liquidando los depósitos. Poco antes de las diez y media subió al Ford y tomó la calle Doctor Timberlane para abandonar la ciudad.

No sabía cuándo sería descubierto el robo. Con suerte, no antes de mediodía, lo que significaba poner por medio el fin de semana. Por algo había elegido un viernes. Mientras conducía pensó en lo que quedaba atrás para siempre: la tumba de sus padres, los recuerdos de tantos años, no siempre buenos; bastantes amigos, algunos enemigos. Y Martha. Le habría gustado ayudarla y despedirse de ella pero era arriesgado aparecer por la casa y no estaba seguro de poder confiar en la chica. Por diez dólares se podría matar a un hombre, por novecientos mil se haría cualquier cosa. Conocía bien el lado duro de la vida.

Miró por el retrovisor la bolsa colocada sobre el asiento trasero y sintió euforia. Pero no debía echar las campanas al vuelo todavía. Las primeras horas eran decisivas. Sintonizó una emisora de noticias, hablaban de la toma de posesión de Carlos Salinas, en México. Después, en un boletín

local comentaron algunos asuntos de poca importancia. Parecía seguro que aún no se había detectado el robo.

Cuando cruzó al estado de Mississippi se tranquilizó. Al llegar a Jackson aparcó junto a un desguace de coches, en una zona poco transitada. Quemó sus documentos y los sustituyó por los que había preparado minuciosamente antes del golpe. Se cambió el elegante traje por unos vaqueros y una camisa de franela, cogió la bolsa del asiento y se dirigió a pie hacia la estación de autobuses.

Cambió tres veces de línea hasta llegar a Amarillo, en Texas. Examinando el mapa decidió ir a Lubbock, una ciudad cercana en la que muchos de sus habitantes procedían de países latinoamericanos. Un lugar donde sería fácil pasar desapercibido. Una vez allí, alquiló una habitación a un matrimonio de origen mexicano y dejó pasar algunos días. Aunque vivía modestamente para no llamar la atención, el simple hecho de saber que guardaba una fortuna en el armario le hacía sentirse bien. Sólo debía esperar sin cometer errores.

Compró un coche de segunda mano en el que recorría a diario los alrededores, buscando el lugar adecuado donde instalarse definitivamente. Un día, tomando el almuerzo en un bar de carretera se enteró de que, en el condado de Cottle, el motel de los McQuayle estaba en venta. Era un lugar bastante apartado, en dirección a Vernon, cerca de Oklahoma. Fue para allá y le pareció el sitio ideal. El edificio, de dos plantas, era bastante nuevo, confortable, un oasis en una zona aislada.

Los propietarios, un matrimonio de avanzada edad, querían venderlo para trasladarse a Austin con sus hijos.

—Además del restaurante, tiene diez habitaciones en el piso alto —explicó Andrew McQuayle—. Y la gasolinera. Es un buen negocio, se lo aseguro, señor...

—Soy Benjamin Slide. —Se presentó—. ¿Cuánto quiere por él?

—Sólo setenta mil dólares.

—Es una zona muy apartada. No pensaba gastar más de cincuenta mil —objetó Frank.

—Es suyo por sesenta mil. Ni un dólar menos.

Con su nueva identidad, Frank compró el motel, sobre el que puso un enorme rótulo de neón de llamativos colores: «Ben´s House». Él tenía tres obsesiones en su vida: la informática, el dinero y las mujeres. Una lo había llevado a la otra, y ahora iría a por la tercera, a lo grande.

Convirtió el motel en un prostíbulo de los muchos que bordean las carreteras del país. Acondicionó las habitaciones para que resultaran cómodas y excitantes, y seleccionó cuidadosamente a las chicas. El lugar era discreto, los clientes podían acudir a divertirse sin recelo y alojarse en las habitaciones si lo deseaban, teniendo a las mujeres a su disposición, o simplemente tomar unas copas con ellas y disfrutar de un rato agradable. Ben se cuidaba de tener buenas relaciones con la policía y no era raro ver algún coche patrulla en el aparcamiento. Los agentes se convirtieron en amigos bien tratados

que hacían la vista gorda cuando convenía. Eso, además, dio a Ben la seguridad de que su pasado quedara atrás definitivamente.

El negocio funcionaba bien. No sólo no necesitaba echar mano del dinero que trajo de Nueva Orleans —no era fácil ponerlo en circulación— sino que su capital iba aumentando. Aunque pronto sus gastos también crecieron, el dinero estaba muy lejos de ser una preocupación.

Con frecuencia iba a Reno y a Las Vegas buscando diversión e ideas para su local. Gastaba fortunas, sobre todo en los casinos, a los que era muy aficionado. Así pasaron diez años, en una vida como la que siempre soñó.

En la Nochevieja de 1999, se encontraba en el hotel Eldorado, de Reno. Ya era tarde y la mujer que lo acompañaba estaba completamente borracha, recostada sobre la silla. Ben pidió a una de las camareras que la llevara a la habitación, adjuntando una buena propina, y con su bebida en la mano decidió dar un paseo entre el gentío que abarrotaba la sala de fiestas. Al pasar cerca del bar se cruzó con una joven preciosa.

—Feliz Año Nuevo —dijo, levantando la copa.

—¡Feliz siglo! —respondió ella con tono eufórico.

—El siglo acabará el año próximo —corrigió él.

—Pues volveremos a celebrarlo el año próximo. —Ambos rieron.

—¿Puedo invitarte? —preguntó George. Sin esperar respuesta, llamó con un gesto al camarero y pidió una botella de Grande Dame Rosé. El barman la trajo en un cubo con hielo y dos copas.

—Disculpe, señor, pero en esta barra se pagan las consumiciones. Si desea que se cargue en la cuenta del hotel, el camarero se lo llevará a una de las mesas —explicó amablemente el empleado.

Ben sacó un fajo de billetes del bolsillo y pagó. Tras un brindis, ella dijo que su nombre era Romy y estaba de vacaciones con unos amigos, señalando a un grupo cercano.

—Acércate. —Lo llevó hacia donde había señalado.

Alrededor de una mesa se encontraban dos hombres y cuatro mujeres, una de ellas de avanzada edad y vestida con un terno de corte masculino. Los recibieron alegremente.

—Os presento a... —Entonces Romy se dio cuenta de que no conocía el nombre.

—Ben, Ben Slide —continuó él—. Feliz Año Nuevo a todos.

—¿No querrá robarnos a Romy? —bromeó la anciana.

—Ustedes son muchos y yo me quedé solo. No es mala idea. —Ben siguió la broma.

—Ella es mi maestra, Nancy Award. Una pintora famosa, quizá la conozcas —explicó Romy.

Ben no la conocía; apenas sabía de pintura, ni le interesaba. Se sentaron y, en la conversación,

se enteró de que Romy estaba intentando abrirse camino en el difícil mundo del arte.

—Tiene un gran talento —aseguró Award—, sólo necesita un empujoncito. —Y rió, no sin cierta malicia.

—¿Qué es eso de un «empujoncito»? —preguntó Ben.

—Los inicios siempre son difíciles, más aún para una mujer. Si gusta lo que haces, ¡malo!, porque significa que no estás haciendo nada nuevo. Todos los grandes pintores empezaron siendo rechazados: Van Gogh, Picasso, Kandinsky... Se adelantaron a su tiempo. Por eso es necesario alguien que crea en tu trabajo y te dé su apoyo. Un empujoncito. Eso es lo que Romy necesita. —Miró el reloj—. Ya tengo que dejarles, es muy tarde para una joven de mi edad —dijo con sarcasmo.

Nancy se despidió y los demás también se retiraron. Cuando Romy dio la mano a Ben, él no la soltó.

—¿No quieres tomar una última copa conmigo?—propuso.

—He de acompañar a Nancy —adujo ella.

—Me gustaría que me hablaras sobre tu trabajo.

—¿Te parece bien mañana? Podemos comer juntos.

Ben había quedado impresionado por la personalidad de Romy. Estaba acostumbrado a tratar a mujeres bonitas pero con poca clase,

muchas de ellas prostitutas o algo muy parecido. Conocer a Romy le impactó tanto que no podía dejar de pensar en ella. A mediodía se encontraba, nervioso como un colegial, esperándola en el comedor del hotel donde se habían citado. Ella se presentó con algunos de los amigos del día anterior, incluida la anciana, que saludaron a distancia con un gesto, dejando a la pareja a solas. Durante la comida, Ben se enteró de que Romy tenía veintisiete años y había nacido en Cleveland. En el instituto se apasionó por la pintura, especialmente por el nuevo realismo de Alice Neel, lo que la llevó a Nueva York, donde conoció a Nancy Award, también de Ohio, que la tomó como pupila. Influenciada por ésta se decantó hacia el arte feminista, que combinaba con el realismo y el pop art.

—Me gustaría ver algunos de tus cuadros —pidió Ben.

—En mi habitación tengo varias fotografías. A mí también me gustaría que las vieras. ¿Y qué me cuentas de ti? —preguntó Romy.

Ben disimuló su historia.

—Bueno, nada interesante... Soy de Montgomery, en Alabama, y también me fui siendo muy joven. Siempre me he dedicado a los negocios y no me ha ido mal. Ahora tengo un hotel cerca de Lubbock, en Texas. Es un sitio tranquilo —mintió—. Tú... ¿estás casada? —Ben pensaba que no debía de estarlo, pero quería cerciorarse.

—Te seré sincera. No estoy casada pero tengo pareja. Te sorprenderá. —Lo miró, resuelta—. Es Nancy.

Ben, efectivamente, quedó sorprendido.

—¿Quieres decir que...?

—Exacto —cortó ella—. ¿Te parece mal?

—Te iba a preguntar si no te gustamos los hombres.

—¡Oh, sí! Claro que sí. Pero Nancy es diferente. Con un hombre se puede tener una aventura maravillosa, pero no casarse. Sois dominantes, celosos, posesivos y desconsiderados. Una mujer comprende mejor a otra mujer. Siempre.

—¿A ella no le importa que estés con otros?

—Supongo que no le agrada, pero me respeta. Además, se ha hecho mayor y también es muy independiente. Planea retirarse. Ya no se vale bien por sí misma. Dice que donde ella va no es lugar para una mujer joven.

—¿Y tú qué opinas?

—Es realista. Yo he de vivir mi vida y Nancy la ha vivido ya. La visitaré, la ayudaré en lo que pueda, pero no me confinaré con ella. Desde el principio sabíamos que llegaría este momento.

Ben cambió de tema.

—¿Me enseñarás esas fotos?

—Cuando quieras. ¿Vamos?

Fueron a la habitación. Romy sacó un álbum del armario y pasaron un rato mirándolo. A Ben le

pareció que había algo salvaje en aquellas pinturas obscenas, sexualmente grotescas, rabiosas. Mujeres encadenadas por hombres castrados, escenas lésbicas sutilmente sádicas, a menudo rodeadas de estridentes mensajes escritos...

—¿Te gusta? Sé sincero —pidió Romy.

—¿Le gusta a Nancy?

—Sí, mucho. Pero ella, siendo mujer... —Romy se rió—. Es una feminista terrible.

—¿Por qué pintas estos temas? ¿Es así como ves a mujeres y hombres?

—Más o menos. Dime qué piensas tú.

—La primera impresión es incómoda. No entiendo de pintura.

—¿Nunca has estado casado?

—No. Pero he conocido a muchas mujeres y siempre ha sido muy agradable para los dos. Ahora sí querría casarme.

—Comprendo, te haces mayor y buscas a alguien que te cuide. Una criada, una enfermera... ¿Alguien de tu edad? —Había ironía en la pregunta.

Ben parodió una sonrisa.

—¿Entiendes ahora lo que significan mis cuadros?

No contestó. Se sentía turbado. Intuía lo que ella quería decir y contrariaba su modo de pensar.

—Ven. —Romy lo llevó a la cama—. Quiero hacer el amor contigo. —Él se dejó quitar la chaqueta y se tendieron sobre la colcha.

Había conocido cientos de mujeres muy bellas, por eso le sorprendió que Romy le resultara tan especial. El tacto de su piel tenía algo que nunca antes había encontrado. Suave, terso como una fruta recién madurada. Tampoco reconocía su perfume. Ben quedó embelesado. La miró, desnuda sobre la cama, olfateó su piel y dibujó con el dedo el contorno de la silueta.

—Yo... Yo no he conocido otra mujer como tú. No quiero perderte.

—¿Perderme? ¿Crees que soy tuya porque hayas pasado un rato en mi cama? Tienes una extraña forma de pensar.

—Te amo desde que te vi —confesó Ben.

—Eso no es amor. Hablas como un adolescente.

—Es la primera vez que siento algo parecido.

Ben encendió un cigarrillo y cambió de tema:

—No comprendo por qué Nancy no te ayuda. Dices que ella es famosa. Ha de tener contactos.

—Esto no funciona de ese modo. Si me presentara como su alumna, su protegida, nunca sería nada por mí misma. Ella también lo ve así.

—Puedo ayudarte. Te prepararé una exposición en Las Vegas, allí gustarán esos temas fuertes que pintas. Te daré el «empujoncito» que decía Nancy, si tú quieres.

—Una cosa es la pintura y otra la relación entre nosotros. Me agradas, eso lo sabes, pero no voy a ser tu amante y me temo que esos sean los planes que estás haciendo. No vayas a equivocarte.

Ben la miró con un brillo especial en los ojos.

—¿Te casarías conmigo? —preguntó.

—Ya sabes que no.

—Haremos lo siguiente: dentro de un mes prepararé una exposición para ti en Lubbock, no es un gran sitio pero servirá para empezar. Está cerca de donde vivo, así será más fácil. Después, Las Vegas. ¿Te parece bien?

—Me parece bien si lo ves como un negocio. Por ahora no habrá beneficios, eso siempre ocurre al principio. Cuando los haya, iremos a medias. Yo pongo los cuadros, tú cubres los gastos, sólo eso.

Él aceptó, aunque en su fuero interno sólo deseara seguir en contacto con Romy. La abrazó de nuevo y estuvieron jugando en la cama hasta bien entrada la noche. Se sintió seguro de poder convencerla, nunca una mujer se le había resistido y, aunque sabía que ella era diferente, algo le decía que todo saldría bien. Cerraría el burdel, no le importaba, ya estaba cansado de ese tipo de vida y de ese tipo de mujeres. Y debía darse prisa, un mes era el plazo.

Por la mañana, antes de despedirse para regresar a Texas, Ben le dio su dirección, su número de teléfono y un cheque por cinco mil dólares como adelanto para los gastos.

La noticia del cierre fue un terremoto en *Ben´s House.* Las chicas no podían creerlo, el negocio funcionaba de maravilla y ellas serían las más perjudicadas. Pero Ben era el jefe y no había

opción. Compensó el despido con una generosa cantidad a cada una y desmontó la parafernalia propia del local, incluido el gran rótulo de neón, para transformarlo en un pequeño y acogedor hotel. Disfrutaba como un chiquillo preparándolo todo. Quería que causara a Romy el mejor efecto y, a medida que la fecha se acercaba, repasaba cada detalle con una ilusión para él desconocida. Habían hablado por teléfono algunas veces, demasiado fríamente para sus deseos, pero confiaba en que cuando se vieran volvería a aparecer la magia de aquella tarde, en Reno. A fin de cuentas, Romy era toda una mujer, pensaba.

La última vez que habían hablado por teléfono, ella le anunció que salía de viaje. Hacía algunos días que Ben no podía localizarla. Se preocupó, pero quiso creer que estaría atareada con los preparativos. Entonces recibió una carta:

Querido Ben,

Nancy ha muerto. Inesperadamente, soy su heredera. Nunca me lo dijo. Estoy desolada, ahora me doy cuenta de lo egoísta que fui. Me ha dejado una nota sumamente cariñosa y comprensiva, que no puedo parar de leer y releer. Ella... se quitó la vida. No por mí, repite una y mil veces. Me dice que estaba cansada, que vivir ya no tenía ningún sentido. No tengo ánimos para hablar con nadie.

Yo iba a cometer un gran error. Lo siento. Olvídate de mí.

Romy

Junto a esta nota te envío un cheque por el importe que me adelantaste.

Capítulo III

Martha sabía que su relación con Frank no duraría mucho. Era atractivo, amable en la intimidad, atento cuando quería. Después de ocho meses de convivencia se había acostumbrado a él tanto como a las comodidades que disfrutaba. Intuía que Frank tampoco estaba enamorado, pero que la amaba a su manera; él nunca le echó en cara su pasado y a menudo trataba de complacerla con pequeños detalles. Cuando empezaba a hacerse a la idea de que aquello duraría más de lo imaginado, Frank desapareció.

Al cabo de unos días, Martha comprendió que no iba a volver. No pensó que el final sería tan brusco y decepcionante. Mirando a su alrededor no vio más que un piso de alquiler y, en el espejo, a una chica mediocre y desorientada. Poca cosa para retener a un hombre atractivo como él. Pasada una semana se presentaron dos inspectores de policía preguntando por Frank. Revolvieron todo y la interrogaron a fondo, insistiendo en indagar su paradero. Cuando se convencieron de que ella no sabía nada, se marcharon sin dar explicaciones.

Martha volvió a su vida anterior, a las callejas cercanas al puerto donde antes se ganaba la vida.

Pasada una semana, tomando una copa en un bar con un cliente, vio la foto de Frank en una revista sobre el mostrador. Saltó como un resorte. El reportaje explicaba con detalle el sofisticado

robo, las pesquisas de la policía, su completa desaparición... «¡950.000 dólares, y el muy cabrón me deja en la miseria!», se dijo. Lo sintió como un ultraje, como un absoluto desprecio. Días después supo que estaba embarazada.

Liza Mayfield era bien conocida en el barrio. Años antes, tuvo una casa de citas en la calle Saint Maxent, un lugar frecuentado por marineros y gente de paso. Una noche oyó gritos y golpes que provenían de una de las habitaciones. La puerta estaba cerrada con llave, nadie respondió a las llamadas de la dueña así que con su voluminosa humanidad la echó abajo. Encontró a un hombre desnudo, borracho, golpeando furiosamente a la chica que había subido con él, que sangraba en el suelo. Sin pensarlo, le rompió una silla en la cabeza. En realidad rompió ambas cosas: el hombre quedó inconsciente y murió en el hospital aquella misma noche. La policía detuvo a Liza y cerraron el burdel pero la mujer alegó defensa propia y varios testigos lo corroboraron, por lo que quedó libre en poco tiempo y fue absuelta en el juicio que más tarde se celebró. Aunque pudo hacerlo, nunca más quiso reabrir el negocio. Alquiló entonces las habitaciones a prostitutas de la zona, con la advertencia de que no podían, de ninguna manera podían —insistía— subir hombres a la casa. La que lo hiciera sería expulsada inmediatamente y sin contemplaciones.

Cuando Martha se enteró de que una habitación había quedado libre, fue a hablar con Liza y ambas mujeres se entendieron bien. Recogió sus pocas pertenencias de la que había

sido la casa de Frank y se trasladó. Desoyendo los consejos de las compañeras, Martha decidió seguir la gestación. Estaba decidida a tener el hijo que la uniría a esos 950.000 dólares cuando Frank, tarde o temprano, reapareciera. Fueron meses difíciles, disimulando su embarazo mientras fue posible para no ahuyentar a los clientes.

La joven despertó en Liza una profunda simpatía, y también Martha se sentía atraída por el carácter sólido y franco de la patrona. Cuando, avanzada la gestación, tuvo que descansar por un tiempo, Liza le ofreció su ayuda.

—Haces bien en tener a tu hijo. Ya me pagarás cuando vuelvas al trabajo, ahora no te aflijas. No voy a ser más pobre por unos pocos dólares.

—¿Has tenido hijos? —preguntó Martha.

Liza la miró con un asomo de tristeza.

—Sólo uno, y murió muy pequeño. Entonces no había las medicinas que hay ahora. Ni yo hubiera tenido dinero para pagarlas.

—¿Y no más? —insistió la joven.

—No, ¿para qué? No he encontrado a ningún hombre con el que valiera la pena tenerlos. Con un poco de cuidado puedes evitarlo. ¿El padre de tu hijo...?

Martha comprendió la pregunta que Liza dejó en suspenso.

—Sé quién es, sí. Estuvimos casi un año juntos, hasta que desapareció.

—¿Desapareció? ¡Vaya novedad! Todos son iguales.

Martha contó entonces lo sucedido con Frank y el robo del dinero.

—Por eso quiero tener este hijo. Parte de ese dinero es suyo.

—No será fácil. El hijo de una mujer con tu historia... —Liza torció el gesto.

—Demostraré que es el padre.

—Pero, pequeña, ¿no comprendes que a ése no le verás más el pelo? —La mujer acarició el brazo de Martha, mostrando una sonrisa que invitaba a ser realista—. Ten a tu hijo para ti, para no estar sola —aconsejó.

A principios de agosto llegó el momento del parto. Fue difícil, se alargó peligrosamente y el ginecólogo decidió hacer cesárea, que también se complicó. Cuando Martha abandonó el Hospital Universitario, tres semanas después, llevaba un bebé en los brazos y una horrible cicatriz cruzándole el vientre.

Una vez más Liza le demostró su afecto. Dado que era impensable que la joven volviera a su labor habitual en bastante tiempo, le ofreció trabajo en la pensión y la ayudaba también cuidando de la pequeña Ruth. Martha se sentía muy desgraciada, echado a perder su atractivo y atada a una niña que no deseó tener más que por su ansia de venganza. Se veía prematuramente envejecida; aún no había cumplido los veinticuatro y parecía una mujer de mucha más edad. Permanentemente malhumorada, maldecía la hora en que decidió tener a la pequeña, a quien trataba de un modo frío y falto de cariño. Liza la

comprendía, pero esa forma de actuar acabó por distanciarlas y sólo por la niña siguió ofreciéndole ayuda.

A medida que crecía, el parecido de Ruth con su padre se hacía notable. Martha conservaba una foto de Frank, nunca quiso desprenderse de ella aunque en varias ocasiones estuvo a punto de hacerla trizas. A veces se la mostraba a Ruth.

—Éste es tu padre, el hijo de puta que me preñó y nos dejó tiradas. Y tú eres igual que él.

Ruth destacó pronto por su inteligencia. Sin embargo, no era aplicada, no le gustaba estudiar y cuando cumplió dieciséis años decidió que ya era bastante. Ni su madre ni Liza querían que terminara ejerciendo la profesión, pero la chica, aun siendo menor de edad, ya había iniciado algunos escarceos. Prefería a los hombres mayores, según ella menos exigentes, más manejables, a los que podía encandilar con su aparente ingenuidad. Les sacaba cuanto quería, llegando en ocasiones a chantajearles veladamente. Ella no lo consideraba un trabajo sino una forma de divertirse y conseguir dinero para sus caprichos, que no compartía con nadie. La relación con su madre era tensa, con frecuentes disputas que terminaban con un portazo de Ruth, para volver a los pocos días, cuando se le acababa el dinero.

Liza acusaba la edad, ya no era la mujer vigorosa y corpulenta de años atrás, y Martha fue paulatinamente haciéndose cargo de los trabajos de la casa. La tensa relación con Ruth enrareció el ambiente entre las mujeres y puso un punto de

desconfianza en Liza, que controlaba a Martha de cerca.

Algunas pupilas volvían pasado un tiempo a sus lugares de origen; otras, pocas, conseguían casarse; la mayoría de ellas simplemente se mudaban a su propia casa. Por ello abundaban en la pensión las mujeres jóvenes, recién llegadas a la ciudad, que en ocasiones pasaban por algún apuro. La patrona no tenía inconveniente en prestarles algo de dinero, que ellas devolvían con un bajo interés.

Un día se presentó una mujer a la que llamaban «Dallas» porque provenía de esa ciudad. No era tan joven, pero sí exuberante, con grandes pechos y muslos prietos, el tipo de mujer que atrae a los hombres que buscan voluptuosidad. Llegó con lo puesto, que era más bien poco, y un enorme sombrero tejano. Después de ocupar su habitación, habló con Liza.

—Me han dicho que me podría prestar unos dólares, mientras empiezo a trabajar. Se los devolveré en pocos días.

—¿Cuánto necesitas?

—¿Cien? —propuso Dallas.

—De acuerdo. —Pidió a Martha que le trajera los billetes del cajón del aparador.

Dallas sacó su cartera del bolsillo trasero. Cuando la abrió para guardarlos, una fotografía quedó a la vista por un instante. El corazón de Martha dio un vuelco. No podía creerlo: en la foto, Dallas se encontraba al lado de un hombre que le

recordó a Frank. Tuvo la intuición de que era él. Debía cerciorarse.

—¿Eres tú la de la foto? Déjame ver... —El halago siempre funciona, pensó.

Dallas la sacó del plástico que la cubría y la enseñó, complacida.

—Es de hace tiempo, yo era más joven.

¡Era Frank! Sí, con algunos años más, pero a Martha no le cabía duda.

—¡Qué guapa! ¿Y él? —preguntó como de modo casual.

—Un conocido. Me contrató hace unos años en el *Ben´s House*, cerca de Vernon. Un sitio increíble. Y el imbécil lo cerró, ¿puedes creerlo? —dijo de modo despectivo. Guardó la foto y salió por el pasillo.

Las dos mujeres se miraron. ¡Por fin había aparecido Frank!

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Liza.

—Cobrarme lo que me debe ese cabrón —respondió Martha.

Capítulo IV

La decepción de Ben por el plante de Romy fue inmensa. Cuando pensaba dar un giro de ciento ochenta grados a su vida, después de haber cerrado el burdel con todo lo que significaba, se encontró de pronto solo y sin proyecto. Por otro lado, se preguntaba cómo podía haberse hecho ilusiones con una mujer que decía ser lesbiana, que había sido tan cruelmente egoísta con Nancy Award, que pintaba aquellos cuadros que parecían salidos de una mente enferma. Entonces recordaba el tacto de su piel, el olor de su perfume, y una avalancha de sentimientos contradictorios se apoderaba de él. No dejaba de sorprenderle que a sus cincuenta y siete años, un hombre de su experiencia con las mujeres se hubiera comportado como un adolescente. Deprimido, la seguridad en sí mismo que siempre había sentido se esfumó, al igual que su apetito por el sexo, insaciable hasta entonces.

El motel iba de mal en peor. La construcción de una autovía dejó la antigua carretera sin apenas tránsito. El aislamiento que había sido ventajoso para la discreción del burdel se convirtió en un inconveniente para el nuevo enfoque del negocio. Pero a Ben no le preocupaba el dinero. Lo dejó en manos del matrimonio que le ayudaba desde años atrás y alquiló una casa en Lubbock, huyendo de la soledad y de los recuerdos.

Bebía en exceso, una vieja costumbre que se reavivó. Mientras antes lo hacía acompañado,

buscando el placer y la euforia festiva que le producía el alcohol, por entonces bebía en solitario, en umbríos locales donde con frecuencia el camarero consentía retrasar la hora de cierre a cambio de algún billete. Sus escarceos con las mujeres eran esporádicos, las más de las veces simples conversaciones en la barra de algún cuchitril de mala muerte, impregnadas de desvarío etílico. Una de esas noches, Ben salió de un garito muy tarde. No recordaba más hasta que se despertó en una cama del Covenant Medical Center.

Ben pasó en coma cerca de cuarenta y ocho horas. Los médicos le hicieron muchas pruebas y ninguna fue concluyente. No parecía haber lesiones agudas en el corazón, ni en el cerebro, ni en ningún otro órgano. Pero el alcohol, el tabaco y los excesos en general estaban arruinando su salud.

Cuando salió de urgencias, durante unos días compartió habitación con Steve, un marinero algo más joven que Ben, enorme y lleno de tatuajes. Su mera presencia impresionaba, aunque resultó ser una persona amable. Estaba allí por un problema en el pulmón, grave al parecer, pero Steve se las ingeniaba para esconder algunos cigarrillos que fumaban a escondidas durante la noche. El olor los delataba y las enfermeras habían hecho del caso algo personal, pero nunca encontraron el escondite. El asunto incriminaba a Ben, que recibía presiones de ambos lados. Se divertía viendo cómo las enfermeras revolvían una y otra vez las pertenencias de Steve

infructuosamente sin llegar nunca a darse cuenta de que en su mesilla había dos mandos a distancia para un solo televisor. Era un hombre ingenioso y divertido, que no se dejaba amilanar por la enfermedad. A veces hablaban antes de dormir.

—Si no dejé de fumar cuando hubiese valido la pena, ¿para qué ahora? —justificaba, sacando dos cigarrillos del falso mando a distancia—. Pero tu caso es distinto, Ben. Tú no tienes aún mi enfermedad, estás a tiempo. Y no eres calvo.

—¡¿Cómo?! —Ben pensó que Steve desvariaba—. ¡Qué tiene que ver la calvicie!

—Sí, no lo tomes a broma. Me lo dijo un *bokó* hace años: los calvos tienen poder en los pulmones. No enferman como los que tenemos pelo.

—¡Vaya tontería! —resolvió Ben.

—¡No, no! —insistió el otro—. ¿Has conocido a tipos que hayan tenido cáncer de pulmón? Intenta recordarlos. ¿Eran calvos?

Ben recordó a cuatro o cinco hombres que sabía que habían muerto de ese mal. Se quedó boquiabierto al comprobar que todos ellos lucían una estupenda cabellera antes de enfermar.

Cuando Ben dejó el hospital, salió decidido a cambiar de vida. En la clínica tuvo mucho tiempo para reflexionar. Él nunca quiso ataduras y no las tenía; en consecuencia, tampoco tenía el apoyo de nadie. No se podía quejar, todo le había salido bien a lo largo de los años salvo aquel pequeño periodo en la cárcel, que ya apenas recordaba. Y

Romy. No debía tirar por la borda unos años que aún podrían ser buenos.

Se instaló de nuevo en el motel, decidido a llevar una vida tranquila. Recuperó su afición por la informática y pasaba largos ratos husmeando por internet las cosas más diversas, aunque se resistía a dedicar a ello demasiado tiempo. Dos o tres veces cada mes iba a Lubbock, a comprar lo necesario y generalmente estaba allí un par de días. Frecuentaba la única galería de arte de la ciudad donde siempre encontraba la exposición de algún pintor novel. Desde que conoció a Romy sentía inquietud por la pintura, le gustaba interpretar aquellos cuadros que al principio le parecieron incomprensibles, o al menos lo intentaba. En el fondo, tenía la vaga esperanza de que Romy apareciera alguna vez por allí. En una de esas ocasiones encontró una serie de obras tan similares a las de ella que el corazón se le aceleró. Pero no eran de Romy, sino de Sean Cheetham, un joven pintor californiano que ya era bastante famoso. Se quedó conmovido ante uno de los cuadros: representaba a una muchacha vestida con una camiseta corta, negra, decorada con una cabeza *zoombie* sobre la que se leía CRAMPS. La muñeca derecha ceñida por un pañuelo también negro y apoyada en la cintura; la mano izquierda sobre el muslo desnudo del mismo lado. La cabeza, indolentemente ladeada, enmarcada por una corta melena cenicienta. Tenía un extraordinario parecido con Romy. Una braguita en forma de canana con dos hileras de cartuchos remataba la parte inferior. La etiqueta bajo el

marco anunciaba el precio: veintidós mil dólares. Sin pensarlo dos veces Ben compró el cuadro.

Cuando más tarde habló con Sean, le preguntó por la modelo.

—No sabría decirle. Esta obra tiene unos dos años. Son chicas que posan, generalmente estudiantes, a menudo de arte. No suelo tener modelos profesionales —respondió el pintor.

—¿No es algo cara la pintura? —se quejó.

Sean rió a la defensiva.

—Lo que se vende es una obra de arte. No el derecho a verla, a oírla, a tocarla, como en otros casos; ni siquiera el derecho a tenerla en su casa. Usted compra la obra completa y eso es caro, ¿lo entiende?

Ben parecía perplejo ante la explicación. Sean lo aclaró.

—Verá, cuando usted compra una novela, o una grabación musical, usted no compra la obra. La novela o la música siguen perteneciendo a su propietario, que puede seguir imprimiendo ejemplares o grabando discos, o hacer lo que quiera. Sólo compra el derecho a leer u oír. Pero cuando compra un cuadro, usted pasa a ser el propietario de la obra. ¿Lo comprende ahora? Por eso la pintura alcanza precios tan altos.

—Nunca lo había pensado así —reconoció Ben.

—Por otra parte, una vez que los cuadros de un pintor alcanzan un precio, no se puede vender por debajo. Y los míos se cotizan a ese valor. Por ahora. —Sean terminó su explicación con un

guiño—. Y subirán; hace una buena inversión. ¿Conoce usted a la modelo? —preguntó inesperadamente.

—Se parece a una amiga. Mucho. También pinta, se llama Romy.

—¿Romy Leach?

—Sí, Leach es su apellido.

—Romy... —Sean titubeó—. Murió hace unos seis meses, ¿no lo sabía?

Ben sintió un mazazo en el pecho.

—No sabía nada. —Fue un murmullo apenas audible.

—En un accidente, en España. Lástima; era muy buena y empezaba a triunfar.

Al cabo de unos días un furgón descargó el cuadro en el motel. Ben lo dejó en el sótano, embalado tal cual llegó. No quería enfrentarse a los viejos fantasmas. Aquella noche vació una botella de whisky.

Ben se iba convirtiendo en un taciturno. Pasaba las horas y los días solitario bajo el porche, en un motel donde apenas había huéspedes y sólo acudían al restaurante unos pocos trabajadores de los ranchos cercanos. Sus visitas a Lubbock se hicieron más y más esporádicas desde que recibía los suministros en la camioneta de reparto. Pensaba en su pasado y no se reconocía. ¿Qué quedaba de aquel joven estudiante de ingeniería que pensaba comerse el mundo? ¿O de aquel ambicioso informático que no dudó en violar la ley para conseguir lo que quería? Ni siquiera el

nombre. ¿De qué le había servido lo que logró? No podía negar los buenos momentos vividos pero ¿eso era todo? Estaba a punto de cumplir los sesenta, tenía dinero suficiente para hacer lo que quisiera, lo malo era que no sentía deseos de hacer nada.

Andrés, el hombre del matrimonio que le ayudaba, se sentó un día a su lado.

—Verá, señor Murray, Juana y yo querríamos marcharnos. No lo tome a mal, es que nos hacemos mayores. Juana padece de los huesos, le duelen cada noche. Y queremos estar más cerca de la familia. Tenemos algunos ahorros y creo que podremos retirarnos.

Ben lo miró con desaliento.

—Claro, Andrés, no hay problema. ¿Cuándo habéis pensado marchar?

—No hay prisa, patrón. Sólo quería que usted lo supiera y tuviese tiempo para buscar a alguien.

—No hace falta. Yo puedo atender el restaurante. Cerraré las habitaciones; apenas viene nadie. Podéis iros cuando queráis. Conseguiré que alguna de las mujeres del Rancho O´Malley venga a limpiar de vez en cuando.

Capítulo V

Se acercaba la Navidad de 2006 y Ben quería comprar algunos regalos para quienes acudieran ese día especial. Como en los últimos años, vendrían a comer algunas familias de los peones del rancho cercano y quizá algún viajero despistado. Una mañana cogió su destartalado todoterreno y decidió ir a Vernon, una ciudad más pequeña que Lubbock pero más cercana, en el mismo límite con Oklahoma.

Recorrió varias tiendas, compró algunas flores secas, ramos de acebo y otros adornos, también dulces y una muñeca para la niña que vendría con sus padres. Por último encargó el asado, que debían entregarle el día veinticuatro.

Ya se disponía a regresar al auto cuando se cruzó en la calle con un gigante. No podía creerlo, ¡era Steve!, el hombre que estuvo con él en la clínica unos pocos años antes. Al reconocerse, se saludaron alegremente.

—¡Steve!, ¿de veras eres tú? —exclamó jovial.

—¿Hará falta que te enseñe el tatuaje de mi culo, viejo gruñón? —Los dos hombres se abrazaron efusivamente—. Aquí es donde vivo cuando no estoy embarcado —añadió Steve.

—Vamos a tomar una cerveza. Estás fantástico, has engordado. La verdad es que pensé... —Ben no terminó la frase.

—Pensabas que estaría bajo tierra, ¿eh? —Steve hizo un extraño gesto con la mano, como un conjuro—. Ya me ves...

Entraron a un bar y pidieron las bebidas en la barra.

—Sí, creí que lo tuyo no tenía cura. ¡Por la buena vida! —Brindó Ben.

—¡Por la amistad! —Correspondió Steve. Después del trago, siguió—: En el hospital no sabían qué hacer conmigo. Tres meses me daban, quizá seis. Pero yo tengo buena medicina.

—¿Te curaste tú? —Ben se mostró incrédulo.

—Hice lo que me dijeron los *hunganes*. Cada día durante un mes tomé una medicina que sabía a rayos. No quiero ni saber qué era. Pero funcionó. Los médicos tampoco podían creerlo.

—¡Asombroso! —exclamó Ben, y le ofreció un cigarrillo.

—Ya no fumo. Ahora he de cuidarme. —Steve se rió, divertido al recordar a las enfermeras y su búsqueda diaria—. Deberías dejarlo. Tú ¿cómo andas? Tienes buen aspecto, aunque tu mirada es triste.

—Voy tirando. Volví al motel y ahora estoy allí casi todo el tiempo. Ven cuando puedas, haremos una buena barbacoa y me contarás eso de los *hunganes*. ¡Quién sabe si algún día los necesite! Si no tienes plan por Navidad, allí estaré. —Y explicó el modo de llegar a la casa.

—Mañana he de embarcar. Pero iré a verte cuando regrese, lo prometo.

A finales de ese invierno, una mañana Ben vio una polvareda que se acercaba por el camino. Al aproximarse distinguió una moto sobre la que montaba un hombrón enorme: era Steve.

Después de la barbacoa, se sentaron en el porche, como era habitual para Ben, en sendas mecedoras. Hacía frío pero lucía el sol y el ambiente era agradable. Steve prefería el ron y Ben sacó una botella de *Stolen*, un blanco jamaicano que guardaba para una ocasión especial. Relajados en sus asientos, quedaron un rato en silencio, saboreando la bebida. Ben estaba interesado en algo y no sabía por dónde empezar.

—Steve, ¿tú crees en la magia?

—Estoy vivo, ya lo ves. Y no fue por las pastillas que me daban. Casi me matan.

—¿Qué es eso de los *hunganes*?

—Eso... Eso es magia. Magia negra. ¿Tú no crees?

—Nunca he tenido contacto con ese tipo de cosas. La verdad, no sé.

—La magia existe, Ben. Son fuerzas ocultas muy poderosas. Hay personas que pueden usarla. Son los *bokós*, los *hunganes*. Conocí a algunos en Haití, cuando iba con frecuencia a Puerto Príncipe. Mi padre nació allí. Los *hunganes* parecen personas normales, como tú y como yo, pero ellos saben. A dos manos, blanca y negra. Los he visto hacer cosas increíbles. Cuando estuve tan enfermo escribí a uno que es pariente y me respondió

enviándome una caja llena de pasta oscura con una nota: «Toma una cucharada cada día disuelta en ron añejo, de luna a luna, y curarás». Eso decía. Y eso hice.

—¿Y cuál fue el precio?

—Nada. Pero si lo que me preguntas es si he vendido el alma al diablo, queda tranquilo. ¡Ya tenía el infierno bien ganado desde mucho antes! —Steve soltó una carcajada—. No, Ben, eso son leyendas. Sólo hay que creer.

El resto del día voló hablando de las anécdotas del marinero y de los tiempos gloriosos del *Ben´s House*. Cuando oscureció, Ben propuso:

—Quédate a dormir, hay sitio de sobra.

—Estaré un par de días, si no tienes inconveniente. No embarco hasta la semana próxima.

—Ven siempre que quieras. Vivo solo y me gustará recibirte.

Dos días más tarde, cuando Steve arrancaba su moto después de despedirse, el coche de línea hizo parada frente al motel. Descendieron dos mujeres y el autocar siguió su camino. Los hombres se quedaron mirando mientras ellas se acercaban a la entrada. Ben se dirigió a su encuentro y estuvieron hablando. Desde la distancia, Steve no podía oír lo que decían.

Ben no recordaba que antes alguien hubiera llegado al motel en autobús, por eso estaba tan sorprendido. Más aún, por que llegaran dos

mujeres solas. Al acercarse, la cara de la mayor le resultó familiar.

—Hola, Frank.

Al oír su antiguo nombre, un montón de recuerdos se agolpó en su cabeza. ¡Había pasado tanto tiempo!

—No esperaba volver a verte después de tantos años, Martha. Has cambiado.

—Mi vida no ha sido fácil —replicó.

—¿Es tu hija? —Ben señaló a la muchacha que la acompañaba.

—Sí, se llama Ruth. ¿Podemos entrar? Vengo destrozada...

—Claro, claro. —Ben tomó la maleta y los tres entraron a la casa.

A lo lejos, la polvareda levantada por la moto de Steve se iba perdiendo hacia el horizonte.

Martha y Ruth habían salido el día anterior de Nueva Orleans para recorrer en autobús las mil millas que las separaban de su destino. Por el camino, la mujer iba pensando el modo de conseguir de Frank lo que quería. Sospechaba que seguiría siendo el mismo hombre frío y práctico de antaño; enfrentarse a él no daría buen resultado. Debía ser hábil.

—Os prepararé una habitación. Porque os quedaréis a dormir, ¿no?

Sin responder, Martha ocupó una de las mesas del salón.

—Estoy muerta de sed, ¿tienes algo de beber?

Fue tras la barra y volvió con unas botellas de cola.

—¿No tienes algo más fuerte? —pidió Martha—. Y siéntate, hablemos un poco.

Frank trajo una cerveza y quedó en silencio. Ella dio un buen trago y encendió un cigarrillo antes de preguntar:

—Y bien, ¿qué pasó?

—Tuve que huir, nena, sabes que estaba metido en algunos asuntos complicados. No pude hacer otra cosa.

—¿Te costaba mucho haberme llevado contigo, o al menos avisarme?

—No eras mi esposa, Martha. Ya sabías que aquello no iba a durar siempre. —Al momento se arrepintió de haber sido tan duro—. No pude hacer nada. Tuve que cambiar de nombre y esconderme durante todos estos años. Volver por la casa hubiera sido muy peligroso para los dos.

—¿Qué fue eso tan grave por lo que te buscaban? —preguntó Martha con ironía.

—Negocios. Ya sabes, los detalles son lo de menos. Algo salió mal.

La mujer sacó del bolso la vieja revista y la dejó sobre la mesa, abierta por donde aparecía la foto de Frank.

—Ah, no me tomes por idiota, Frank. ¿Crees que no sé lo que hiciste? Te largaste con un millón de dólares y me dejaste tirada.

Ella estaba al tanto de todo, debió suponerlo. De nada valdría negarlo.

—Si ya lo sabes, no entiendo por qué me preguntas. Me porté mal contigo, de acuerdo. Lo siento. Y ¿qué? ¿Vas a denunciarme? Han pasado muchos años, Martha. Podría ir a la oficina del sheriff, gritar que soy Frank Murray y nadie movería un dedo. Si quieres algo de dinero, puedo ayudarte, nena, pero no me vengas con viejas historias.

Martha suavizó su tono y trató de conmoverlo.

—Sufrí mucho cuando te fuiste. Fue muy duro que desaparecieras sin más, te esperé inútilmente durante varios días. Y yo... Yo estaba embarazada. Ruth es hija tuya.

La noticia no sorprendió a Frank. Un sexto sentido, como una premonición lo asaltó cuando vio a la muchacha. Y la edad que ella aparentaba coincidía con su salida de Luisiana. Martha continuó.

—No lo supe hasta que te marchaste. Tuve que volver al puerto, no tenía otro modo de salir adelante, pero por entonces ya estaba preñada. La hija es tuya, Frank, puedes estar seguro.

Frank miró a Ruth, que permanecía sentada al lado de su madre, aparentemente ajena a la conversación. El parecido con él era notable.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—He hecho averiguaciones. Sé que este lugar ha sido un burdel durante muchos años, sé que ahora estás solo y enfermo, y que no hay ninguna

mujer en tu vida. Quiero que seamos una familia. Como si el tiempo no hubiera transcurrido.

—Eso no es fácil. Has cambiado, Martha.

—Tú también has cambiado. Te haces mayor y te conviene tener a tu lado a alguien que se ocupe de ti. Volverás a sentirte bien conmigo, ya verás. Te he maldecido mil veces pero nunca he dejado de quererte. Y tu hija te necesita.

Frank, la mirada perdida, martilleaba la mesa con los dedos, en silencio.

—Intentémoslo. No pierdes nada. Dentro de un tiempo te alegrarás —insistió Martha.

El hombre por fin se levantó; parecía hervirle la cabeza.

—Veo que os quedaréis unos días. Subid a la habitación a dejar vuestras cosas. Ya veremos. ¡Ah!, es mejor que me llaméis Ben. Aquí todos me conocen así.

—Lo intentaré —prometió Martha.

Ruth no abrió la boca hasta que estuvo a solas con su madre.

—¿Hemos venido a formar una familia? —preguntó en tono ácido—. Esto es asqueroso. —Pasó el dedo por encima del lavabo y lo miró con repugnancia—. No cuentes conmigo por mucho tiempo.

—Ten paciencia. Tu padre tiene mucho dinero; valdrá la pena. Si nos enfrentamos no sacaremos nada. Mañana, podríamos levantarnos y no estar él aquí. Ya lo hizo una vez.

—¿Es verdad eso de que nunca has dejado de quererle? —Era un reproche.

Como si no hubiera oído, Martha abrió la maleta y se puso a colgar la ropa en el armario.

—Ese hombre no es mi padre —añadió Ruth con furia—. Es el cabrón que nos abandonó, ¿recuerdas? No esperes que le demuestre otra cosa que odio.

Martha miró a su hija con desánimo.

—Arreglemos un poco todo esto antes de bajar.

Los días siguientes fueron tensos. Ruth, casi siempre callada, seguía ignorando a Ben. Martha intentaba adaptarse y a ratos parecía contenta en el papel de ama de casa que se había asignado. Y Ben, más taciturno de lo habitual, pasaba casi todo el tiempo en la mecedora, sumido en sus preocupaciones. Pensaba en lo que dijo Martha, que siempre le había querido. ¿Habría algo de cierto? Recordaba el tiempo pasado con ella, cuando era joven y atractiva. ¿Llegó a amarla? Creía que no, pues la olvidó en un instante. Le gustaba y era dócil tras su aparente rebeldía de mujer fatal, la misma que tanto lo atrajo al principio. Pero se había convertido en una mujer gruesa, de aspecto descuidado, maltratada por la vida. Sentía repugnancia al pensar en acostarse con ella y Martha parecía no darse cuenta pues ya se había insinuado en un par de ocasiones desde que llegó. «Volvamos a ser una familia», decía. ¿Acaso lo fueron alguna vez? Sin embargo, y a pesar de su enfado inicial, ella seguía siendo una

mujer dócil. En eso no había cambiado. Al cabo de una semana Ben empezó a sentirse cómodo.

Por el contrario, Ruth estaba cada día más inquieta. Veía que su madre había tomado en serio lo de ser una familia y Frank se había dejado convencer, pero no eran esos sus propios planes. Ella estaba acostumbrada a la vida bulliciosa de Nueva Orleans, donde podía permitirse lujos y complacer sus caprichos de todo tipo. Allí se sentía encerrada, se aburría cada minuto y, lo que más la irritaba, debía atender la casa como si fuera una criada. Con frecuencia recriminaba a Martha su pasividad, pero su madre sólo le respondía que tuviera paciencia. Su meta era conseguir que Frank la reconociera como hija, con lo que pasaría a ser su única heredera y eso les proporcionaría mucho dinero.

—¿No hay pruebas médicas que lo pueden confirmar? No necesito estar aquí encerrada para tener mis derechos —argüía la joven. Pero su madre insistía diciendo que era mejor no tener que recurrir a la justicia ni enfrentarse a Frank. No se sabía lo que podría pasar y había demasiado en juego.

Ruth pensaba que Martha seguía en el fondo enamorada, tal como dijo el primer día, aunque ella lo negaba explicando que sólo fue una argucia para convencerlo de que las acogiera. El odio que la madre había inculcado en la joven desde pequeña provocaba un rechazo acérrimo que no podía controlar.

—¿Qué pasaría si Frank muriese antes de reconocerme? —preguntó Ruth.

—Entonces no habría más remedio que acudir al juez y reclamar la paternidad. A un muerto también se le pueden hacer exámenes —explicó Martha, un poco sorprendida por la idea.

—Entonces no sé qué hacemos aquí. Sólo hay que esperar a que él muera.

—Pero ¡Ruth!, ¿qué haremos mientras tanto? Tu padre es muy joven todavía para pensar en eso. Nos quedaremos aquí, quieras o no. Aún eres menor y harás lo que yo te diga —ordenó Martha.

Ruth se dijo que era menor, sí, pero por poco tiempo. En unos meses cumpliría la edad y entonces podría hacer lo que deseara.

Las mujeres llevaban varias semanas en el motel y el nuevo orden se empezaba a convertir en rutina. Cada noche, cuando Martha quedaba sola en el salón dominada por el insomnio, bebía hasta apenas poder subir y meterse en la cama. Era su modo de soportarlo. Un día Ruth se quedó con ella.

—He pensado en lo que dijiste de Frank. Es verdad que es joven todavía. Pueden pasar quince o veinte años antes de que muera —explicó a su madre en voz baja—. Tú serás una anciana y yo una mujer mayor.

Martha fumaba y daba tragos en silencio.

—Eso no nos sirve, madre. Necesitamos el dinero ahora. Frank podría tener un accidente, ¿no te parece? Después yo reclamaría la paternidad y todo sería nuestro —expuso con malicia.

—¡Hija!, ¿qué estás diciendo? ¿Cómo se te ocurre eso? —respondió Martha alarmada.

—Sólo pensaba en voz alta.

—¿No estarás planeando? ¡Oh, Dios mío!, debes de estar loca si piensas así. Más vale que no le pase nada a tu padre porque nosotras seríamos las primeras sospechosas. ¿Serías capaz? Algo en tu cabeza no está bien, siempre lo he sabido, Ruth. Prefiero creer que no lo has dicho en serio. ¡Vete, vete a la cama ahora mismo!

Ruth subió las escaleras y se sentó en su habitación. No había calculado que su madre se opusiera a su plan y habérselo contado era un grave inconveniente. ¡Qué mujer más estúpida!, toda su vida una puta muerta de hambre y cuando se presentaba la oportunidad no sabía aprovecharla. Pero no le permitiría que arruinara su vida.

Martha bebió aquella noche más de lo habitual. La indiferencia de Frank, el rechazo que percibía en su mirada y, sobre todo, las palabras de Ruth le provocaban una ansiedad sin control. Cuando el alcohol la adormeció decidió ir a la cama. Subió tambaleante la escalera. Al llegar a lo alto le pareció ver moverse a una sombra, sintió un fuerte empujón en el pecho y con un grito ahogado su cuerpo rodó escalones abajo.

El estruendo despertó a Ben. Salió precipitadamente al pasillo que, como el resto de la casa, estaba a oscuras.

—¡Martha!, ¡Ruth! —gritó, alarmado.

Encendió la luz y se dispuso a bajar. Cuando encaró la escalera, descubrió al pie el cuerpo deformado de Martha. Descendió con rapidez adonde ella se encontraba. En seguida vio que estaba muerta, con el cuello fracturado por el golpe. No tenía pulso. Al momento Ruth apareció arriba, soñolienta y en pijama. Al ver a su madre en el suelo, bajó dando gritos y se puso a llorar desconsoladamente. Por primera vez desde su llegada Ben la abrazó, intentando consolarla.

La autopsia confirmó que la mujer había muerto por las contusiones producidas al caer, en concreto por la fractura de dos vértebras del cuello. El nivel de alcohol en sangre, muy elevado, explicaba la causa del accidente. Un caso que no necesitó investigación.

La tragedia hizo sentir a Ben algún remordimiento. Sabía que Martha acostumbraba a beber y fumaba marihuana algunas veces, ya desde su juventud, pero también él lo había hecho, y aún lo hacía de tarde en tarde, sin llegar a ese extremo. Pensó en lo desgraciada que debió de sentirse cuando la dejó en la calle, con una hija a su cargo. En lo dura que debió de ser su vida, en lo poco amable que había sido tras el reencuentro. Sin llegar a sentirse culpable, se sentía responsable. Ello lo acercó a Ruth, víctima también de la misma situación. Además, la pérdida de una madre a esa edad era un daño irreparable. Muchas eran sus deudas, pensó Ben.

Al regresar del entierro, Ben le dijo:

—Lamento el accidente tanto como tú, hija. —Nunca antes la había llamado así—. Puedes

quedarte aquí si lo deseas, o puedes ir adonde quieras. Si decides marcharte te daré algo de dinero, pero recuerda que aún eres menor de edad y me siento responsable de ti.

—Me quedaré, Frank. No tengo adonde ir —respondió ella con frialdad.

Ruth seguía siendo reservada y distante, pero se hizo más colaboradora y atendía las obligaciones del motel sin reparos. Si hubieran sido mudos, la casa no habría sido más silenciosa. Sólo coincidían en las horas de comedor, cuando Ben atendía las mesas y Ruth la cocina, para los pocos clientes que solían acudir.

Una semana más tarde Steve volvió a visitar a su amigo. En seguida percibió una atmósfera enrarecida. Ben lo puso al corriente.

—Creo que he elegido mal momento —dijo el gigante—, tienes muchos problemas en la cabeza y no querría molestar.

—Me ayuda compartirlos. Te quedarás a comer.

Steve ocupó una mesa apartada del comedor. Sólo cuando el servicio hubo terminado, Ben se sentó con él a tomar café y unos tragos. Le mostró una foto de Ruth.

—¿A que la chica se parece a mí? —preguntó Ben, con cierto orgullo.

—Es difícil tu situación. No se encuentra uno con una hija así de crecida todos los días.

—Por el momento se quedará conmigo. Ya veremos, después. No quiero pensar, el tiempo lo dirá.

—Ben, eres joven aún. Todavía podrías casarte, o al menos tener a una mujer a tu lado. La chica será un inconveniente si aparece tu oportunidad. ¿Qué pasará si ella se marcha dentro de unos años, cuando tú ya no puedas valerte? Es lo más probable.

—Pues lo mismo que si no hubiera venido nunca, ¿no crees? No tengo suerte con las mujeres.

—Yo tampoco —confesó Steve—, pero quizá la culpa sea mía. Este trabajo me lleva de un lado a otro todo el tiempo. Y nunca he sabido elegir bien.

—¡Por nuestros errores! —brindó Ben con ironía.

Algo más tarde, Steve subió a la moto y se alejó por donde había llegado. Iba preocupado por su amigo. Lo había notado extraño, distante, muy diferente de como lo conocía. Y en la foto de aquella joven que decía ser su hija percibió una mirada de maldad como pocas veces había visto.

Hasta avanzado el verano, la actividad en los ranchos era notable. Los temporeros contratados acudían al restaurante de Ben con frecuencia y el trabajo era una distracción. Pero al acercarse agosto todo quedó en calma y apenas había nada que hacer. Sólo de tarde en tarde llegaba a comer alguno de los trabajadores fijos o algún viajero de paso.

A principios de agosto Ruth sorprendió a Ben con una noticia:

—Frank —nunca lo llamaba de otro modo—, hoy es mi cumpleaños. Cumplo dieciocho; soy mayor de edad. Mi madre me había prometido un coche pero ella no está y me gustaría que tú cumplieras su promesa. Y también que a partir de ahora me pagaras una asignación cada mes. Con un coche y algo de dinero se me hará la vida más fácil.

Ben se alegró de que hubiera roto el hielo y de sus planes de seguir con él en las nuevas condiciones.

—Me parece bien. ¿Has pensado en algún auto? ¿Y cuánto te parece que debo pagarte cada mes?

—El coche que quiero cuesta unos doce mil dólares. De mi sueldo, ya hablaremos. ¿Me das mi regalo? —Al parecer Ruth deseaba el dinero en aquel mismo momento.

—Yo no tengo esa cantidad en casa.

—Sí la tienes —afirmó Ruth con seguridad.

Ben titubeó. Era verdad que la tenía pero ¿cómo lo sabía Ruth? Ella lo sacó de dudas:

—Te vi abrir la caja fuerte que hay tras una tabla, en el sótano. Un día lo hiciste sin darte cuenta de que yo estaba allí limpiando. Y había bastantes billetes.

—¿No estará más seguro el dinero guardado? —adujo Ben.

—Mi madre decía que los regalos deben entregarse en la fecha señalada. No puedes darme el coche pero sí el dinero.

—De acuerdo —cedió Ben—. Haremos una buena comida y después te lo daré. Pero mira de guardarlo bien, y recuerda que es para el coche.

Le pasó por la cabeza que Ruth pensara escapar. No le preocupaba, ella podía irse cuando quisiera y en ese caso él pensaba darle una cantidad incluso mayor. La joven se mostró un poco más locuaz de lo habitual durante la comida. Al terminar, Ben trajo del sótano un sobre con el dinero prometido.

—El sábado iremos a Lubbock a comprar tu coche.

Ruth sonrió. Su plan se iba cumpliendo paso a paso. Ya sólo faltaba que apareciera la oportunidad que esperaba.

Steve había tenido varias ocasiones para visitar a su amigo, que no aprovechó. Le cortaba la situación tensa que percibió la última vez. Por otra parte, le preocupaba que tuviera problemas y su intuición le decía que era así. Al regreso de una travesía, se decidió una mañana muy temprano a ir al motel. Llegó demasiado pronto para una visita, de modo que cuando avistó la casa se detuvo a lo lejos para hacer tiempo contemplando el amanecer, bajo la fina lluvia que caía desde un rato antes. Al fijarse, le sorprendió ver a una persona en el porche. ¿Habría pasado algo? Se acercó a pie y distinguió que se trataba de Ruth, la

hija de Ben. Se preguntaba qué podría hacer allí sola tan temprano, cuando salió un hombre que se dirigió al único coche del aparcamiento. Entonces ella entró al motel, mientras tanto él puso en marcha el motor. Ruth regresó y arrancaron a toda prisa.

Steve volvió a donde estaba la moto. Mientras caminaba, observó que una columna de humo ascendía desde la parte posterior de la casa. Se apresuró pero cuando llegó al motel las llamas asomaban ya por el tejado y alcanzaban también la planta baja. El incendio había prendido en el edificio de madera con sorprendente rapidez, era imposible entrar. Llamó a Ben a gritos sin obtener respuesta. Rodeó el motel dando voces y buscándolo infructuosamente. Después, viendo que nada podía hacer, se alejó de allí con rapidez. Era mejor no meterse en problemas.

Capítulo VI

Conduciendo por carreteras secundarias, Ruth y George atravesaron Roswell y llegaron a Alamogordo. Tenían pensado seguir hacia Arizona pero estaban cansados y decidieron quedarse allí hasta el día siguiente. Se trataba de una ciudad pequeña y tranquila, a unas cincuenta millas de la frontera con México. George daba vueltas en la cabeza a la situación y tenía un montón de preguntas, a las que Ruth contestaba con evasivas o respuestas contradictorias. Si Ben la atacó por sorpresa, ¿de dónde sacó ella el cuchillo? ¿Cómo llevaba tanto dinero encima? ¿A dónde iban exactamente y qué pensaba hacer después? Nada de eso le parecía claro. Sin embargo, ni por un momento se le ocurrió otra cosa que seguir las instrucciones de la joven.

A media tarde se hospedaron en el Classic Inn Motel. Era un edificio de planta baja con apartamentos independientes que daban al exterior. Después de tomar una hamburguesa en el bar del mismo hotel, se dirigieron a la habitación. Antes de entrar, Ruth envió a George a comprar un diario para estar al corriente de las novedades del caso.

Ya sola, Ruth abrió la puerta del apartamento asignado, el 17, dejó la mochila sobre la cama, descolgó el teléfono y marcó 9, 1, 1.

—Emergencias —respondió una voz de mujer.

—Necesito hablar con la policía —pidió Ruth, impostando la voz.

—¿Qué sucede?

—Estoy en el Classic Inn Motel, de White Sands Boulevard. En la habitación vecina, la 17, se oyen ruidos extraños, como golpes y gritos. Creo que alguien debería venir a ver qué sucede.

—¿Ha avisado al encargado?

—No contesta nadie. Debe de haber salido.

—Dígame sus datos —pidió la voz. Ruth colgó.

Calculó que dispondría al menos de unos cinco minutos para prepararlo todo. George llegó con el periódico cuando ella se estaba desvistiendo.

—Estoy rendida, ¿no quieres que nos relajemos? —pidió echándose en la cama. George siempre estaba dispuesto.

—Me ducho y vuelvo en seguida —ofreció él.

—Ven ahora. Me gusta sentir el olor de tu cuerpo. —Fingió estar excitada—. Átame, hoy quiero que me domines.

George sonrió de satisfacción. Tenía algunas fantasías que hasta ese momento no se había atrevido a intentar. Desistió de fumar el cigarrillo que acababa coger y dejó pitillera y encendedor sobre la mesa. Le ató las manos a la cama, concienzudamente. Cuando se disponía a anudar los tobillos, unos golpes sonaron en la puerta.

—¡Policía! ¡Abran!

George sintió pánico. Ruth, fingiendo sorpresa, trató de calmarlo.

—Seguro que no es nada importante. Ve a ver qué quieren y despáchalos pronto. —Lo tranquilizó.

El hombre entreabrió la puerta. Un oficial de policía quedó frente a él.

—¿Qué sucede, agente? Estamos ocupados.

—¿Está todo bien, señor? Hemos recibido un aviso...

En ese momento Ruth gritó con todas sus fuerzas.

—¡¡Socorro!! ¡Ayúdenme! —Y siguió chillando de modo histérico. George se quedó atónito, sin comprender nada.

El agente desenfundó su arma y le apuntó.

—Camine hacia atrás con las manos sobre la cabeza —ordenó. Por el micrófono adosado a la hombrera pidió refuerzos.

George obedeció, y también cuando el policía le pidió que se diese la vuelta y se pusiera de rodillas. Notó cerrarse las esposas en torno a sus muñecas. Entonces el agente fue hacia Ruth.

—Tranquilícese. En seguida llegará una ambulancia y la trasladará al hospital. Ya no se preocupe; está a salvo, cálmese —le decía el oficial mientras ella sollozaba.

En pocos minutos llegaron varios coches de policía. Inspeccionaron el lugar y se llevaron a George detenido.

Después del reconocimiento médico, Ruth prestó declaración. Cuando los inspectores

esperaban un caso de secuestro y abusos sexuales, obtuvieron la extraordinaria historia de un asesinato seguido de una huida rocambolesca. Según explicó Ruth, ella vivía con su padre natural desde hacía unos meses, en un motel al que llegó un viajero para pasar la noche. Por la mañana, el huésped irrumpió en el dormitorio de Ben para robar. Al resistirse, lo acuchilló. Ella había acudido al oír las voces; el hombre la golpeó y la dejó inconsciente. Cuando recobró el conocimiento se encontró atada en el coche del desconocido y el motel estaba en llamas. Bajo amenaza tuvo que acompañarle en su huida durante dos días, sin tener ocasión de comunicarse con nadie hasta que fue milagrosamente liberada. Como se habían cometido delitos en dos estados, el FBI se encargó de las investigaciones.

Ruth contó el modo en que George se había desprendido del coche, que encontraron en el lugar que ella indicó. Escondido en el asiento trasero apareció un cuchillo de los utilizados en el motel con las huellas de George, aún manchado con la sangre de Ben Slide, el hombre asesinado. En la mochila que encontraron en la habitación estaba guardado lo que quedaba del botín, unos cinco mil dólares.

George Vincent fue trasladado a Dallas, donde lo interrogaron. Negó todo lo que había contado Ruth, culpó de la muerte a la chica, dijo que debía de estar loca. No le hicieron caso. En sus antecedentes aparecieron dos delitos de abusos sexuales por los que cumplió condena en el estado de Mississippi, donde había vivido hasta 2006, y

uno más antiguo por trapicheo con drogas. Sin más, se le acusó del crimen y se dictó orden de prisión contra él, a la espera de juicio.

También Ruth volvió a Texas y se instaló en la casa que todavía figuraba alquilada a nombre de Ben, en Lubbock. Su caso, ampliamente difundido por los noticiarios, se hizo famoso; la joven despertaba compasión y simpatías, y las autoridades le facilitaron los trámites legales necesarios. Tuvo que ir a Dallas para entrevistarse con el fiscal, del que era la principal testigo. Así supo que hasta ese momento las investigaciones habían girado en torno a una motocicleta que según las pruebas apareció por el lugar de los hechos poco después de que el coche de George saliera de allí. Ruth disimuló la inquietud que le produjo la noticia.

—Sobre las huellas del automóvil quedaron las de otro vehículo de dos ruedas. Por suerte había llovido y el barro conservó muy bien las marcas —explicó el fiscal—. Por ahora no hemos conseguido averiguar quién iba en esa moto. ¿Tiene usted idea?

—No sé quién podría ser —respondió Ruth.

—Nos interesa mucho encontrarlo. Pensábamos que pudo ser el asesino. Pero quizá fue cómplice, o vio algo... —El fiscal hizo una mueca de resignación—. En fin, el caso está claro y usted es testigo. Y, además, una víctima. Ah, sobre su herencia: he hablado con el juez que lleva el tema. El reconocimiento de paternidad será rápido, aunque el proceso se alargará porque al parecer no hay testamento pero, como usted

vivía en la casa cuando todo sucedió, puede tomar posesión de lo suyo y nadie va a inmiscuirse, ¿me comprende? —El fiscal levantó las cejas, en un gesto cómplice.

—Le estoy muy agradecida, señor Wright.

—Además, eso aliviará el trabajo del sheriff, ya que sus hombres deben custodiar el lugar hasta que alguien se haga cargo. La secretaria le dará la autorización para que pueda entrar.

—No se preocupe, pronto lo haré. Debo decirle algo. —Ruth adoptó un tono confidencial que captó la atención de su interlocutor—. Mi padre no era Ben Slide. —El fiscal dio un respingo. Ella se apresuró a rectificar—. No, no es eso lo que quería decir. Verá, su verdadero nombre no era Ben Slide sino Frank Murray. Llegó aquí desde Nueva Orleans antes de que yo naciera.

—¡Ah!, es eso. Ya estamos al corriente. A pesar de las quemaduras se pudo obtener las huellas del cadáver. Como tenía antecedentes en seguida apareció su identidad. Iba a contárselo más adelante, no quería causarle más pesar estando tan reciente el drama por el que usted ha pasado. ¿Sabe por qué lo hizo?

—Mi madre me dijo que fue para ocultarse de ella —mintió Ruth—. Pero ¿dice usted que tenía antecedentes?

—Nada que ahora tenga importancia. Quede tranquila y vuelva a verme cuando quiera, señorita Murray.

Jeremy Wright observó a Ruth mientras se alejaba por el pasillo. Sin duda la joven tenía un

notable encanto, una elegancia natural. Pero había algo inquietante en ella. ¿Tan tranquila, tan centrada, a su edad, después de haber perdido trágicamente en pocos meses a su madre y su padre y haber pasado el trauma de un secuestro con abusos? Por otra parte, un antiguo delincuente sexual de poca monta ¿de pronto se convierte en un atracador y asesino? Algo no encajaba. Decidió interrogar de nuevo a George Vincent.

El acusado repitió punto por punto lo que ya había explicado: su llegada al motel, el ruego de la chica de que la sacara de allí, el modo en que se enteró del incendio y de la muerte de Ben, el relato que le hizo Ruth de cómo sucedió, la compra del nuevo coche y el abandono del suyo. En ningún momento entró en contradicción, por muchas vueltas que dio el fiscal.

—¿Había alguien más en el motel aquella mañana?

—No vi a nadie.

—¿Por qué no acudió a la policía cuando ella le contó el crimen?

—Me aseguró que fue en defensa propia; un accidente. Dijo que no lo creerían y todos nos tomarían por cómplices. Pensé que tenía razón.

—El vendedor asegura que fue usted quien pagó el vehículo. Además, está lo del cuchillo… ¿Sabe usted algo de una motocicleta?

—¿Moto? No, nada. Ella me dio el dinero, yo apenas llevaba encima mil dólares. El cuchillo... Yo usé un cuchillo igual en la cena, sólo se me ocurre que ella lo guardara. Es muy astuta, créame.

La historia que contaba George no le pareció tan descabellada como a los inspectores que lo habían interrogado antes. Era imprescindible encontrar al hombre de la moto. El examen de la rodada indicaba que era de escasa potencia, adecuada sólo para trayectos cortos. Y las marcas apuntaban en dirección a los ranchos y a Vernon.

La policía hizo averiguaciones, pero en esa zona había muchas motocicletas sin ningún tipo de registro, la mayoría antiguas y destartaladas, que la gente utilizaba para los desplazamientos por caminos rurales, fuera de control. Pese al empeño, la búsqueda estaba resultando infructuosa.

Por las noticias que difundía la televisión, Steve estaba al tanto de lo sucedido a su amigo Ben y desde el principio sospechó de Ruth. Sabía muy bien que su historia era falsa, él mismo la vio salir del motel por su pie; aquello no tenía nada que ver con un secuestro. Ella estaba de acuerdo con aquel fulano, no tenía duda. Cuando supo que la policía indagaba las huellas que su moto dejó junto al incendio, se inquietó. Lo que menos le interesaba era que anduvieran en su garaje, donde guardaba una buena cantidad de pequeños artículos que traía de contrabando en sus viajes hasta que conseguía venderlos. A pesar de la furia que le provocaba el cinismo de la muchacha, decidió callar. Ya encontraría el modo de que ella lo pagara, se dijo.

El agente que custodiaba la ruina del motel aquella tarde reconoció a Ruth por las fotos que habían aparecido en los periódicos. Ella le entregó

el documento que acreditaba su derecho y el hombre la dejó pasar.

—Lleve cuidado, señorita, podría caerse, o derrumbarse algo.

La chica le sonrió y se dirigió a la parte de atrás. Bajó con precaución la escalera de piedra que llevaba al sótano. Allí el incendio no había llegado. Quitó la tabla y apareció la caja fuerte. Cogió la llave oculta en una grieta de la madera y la abrió. Dentro había unos quinientos mil dólares en billetes grandes. Los puso en una bolsa de plástico negro, cerró la caja vacía y la cubrió de nuevo con la tabla. Se disponía a subir cuando un bulto embalado llamó su atención. Rasgó el papel y descubrió una pintura que la estremeció: una mujer con cabeza de serpiente vestida con una túnica sobre la que podía leerse AYIDA-WEDO. Subió la escalera deprisa y se despidió del guardia.

—En unos días me haré cargo de todo. Sólo he venido a comprobar los destrozos y recoger un par de cosas. Es un desastre —lamentó, señalando las ruinas con un gesto de la cabeza.

A George Vincent le asignaron un letrado joven, con pocos años de experiencia y ganas de hacerse nombre en la profesión. Al abogado le preocupaban la notoriedad que el caso había adquirido en la opinión pública y las simpatías que despertaba Ruth Murray. Sería difícil formar un jurado sin prejuicios. En la primera entrevista a solas, Fred Duran fue claro con su cliente.

—Señor Vincent, ha de contarme hasta el último detalle. Lo tiene mal, la prensa ya lo ha juzgado y condenado. Sus antecedentes pesan mucho. ¿Qué fue exactamente lo que usted hizo en Mississippi?

George se sintió incómodo al pedirle que hablara de su pasado.

—Bueno... Yo nunca forcé a nadie, créame, señor Duran, pero hice unas cuantas grabaciones con cámara oculta que salieron a la luz y eso molestó a las mujeres que aparecían en ellas. Me llovieron las denuncias y en un par de casos me condenaron. Por abusos, porque ellas mintieron. No obligué a nadie, pero las filmaciones eran bastante indiscretas y predispusieron al tribunal en contra de mí.

—¿En casa de usted?

—¿Qué quiere decir?

—Si las filmaciones las obtuvo usted en su casa o en las de ellas.

—Oh, no. Todas en la habitación de algún hotel.

—¿Con cámara oculta? ¿Cómo lo hacía?

—Verá, yo entonces tenía una pitillera que escondía una cámara diminuta. Un juguete muy útil. Sólo tenía que dejarla sobre cualquier mueble, no levantaba sospechas. —Sonrió al recordarlo.

—Comprendo. —Duran tuvo una intuición. Abrió el expediente y lo hojeó hasta dar con el dato que buscaba—. Entre los objetos que llevaba

usted cuando le detuvieron figura una pitillera —hizo notar.

George se revolvió en su asiento.

—Soy fumador, es algo corriente.

—La examinaré.

—Pero ¿es usted mi defensor o ayudante del fiscal? ¿Qué interés tiene en destapar antiguos problemas? —preguntó George, molesto.

—Parece que no comprende, George. Si le condenan, no le van a caer unos pocos meses de cárcel como entonces. Podría costarle la vida.

—Pero lo que dice esa chica no tiene pies ni cabeza. No pueden condenarme. Yo nunca he sido violento, quienes me conocen saben que no haría algo como lo que ella cuenta. Y parece que hay más sospechosos, el fiscal me preguntó por una moto —respondió George, escéptico.

—Olvídese de la moto. Todo le incrimina, George. Ella ha urdido muy bien la trama mientras usted se ha comportado como un verdadero estúpido. El jurado la creerá a ella, esté seguro. ¿Esa pitillera es la que contiene la cámara? —preguntó directamente el abogado.

George dudó antes de contestar.

—Lo es —reconoció.

—¿Y hay en ella alguna grabación de Ruth Murray?

—Ya me condenaron por eso dos veces, sería la segunda reincidencia, ¿no lo entiende?

—¿Hay o no filmación? Si no colabora me apartaré del caso —amenazó el abogado.

—Las hay —admitió por fin George, avergonzado—. Nunca he dejado de hacerlas, aunque ahora, sólo para mí. Sé que es ilegal pero esos vídeos me excitan más que ninguna otra cosa.

—Por su bien espero que no se hayan borrado. —Duran apretó los labios con un gesto de triunfo.

Una hora después, el abogado y el fiscal se encontraban reunidos en la oficina de este último, frente a un pequeño monitor de vídeo. Wright dictaba el informe a su secretaria:

«Aparece Ruth Murray, desnuda sobre una cama. Entra en escena George Vincent y comienza a atarle las manos al cabecero, mientras ella gime y pide que lo haga con fuerza. Al cabo de un momento se oye unos golpes y una voz: "¡Policia, abran!". Entonces ella dice: "Seguro que no es nada importante. Ve a ver qué quieren y despáchalos pronto". Vincent sale de la escena y se escucha un murmullo ininteligible. De pronto Ruth Murray empieza a pedir auxilio a gritos. Poco después, un agente de policía la cubre con la sábana».

El fiscal cortó el vídeo, con gesto preocupado.

—La prueba es demoledora —reconoció—, pero extraordinariamente incómoda en un juicio del que toda la opinión pública está pendiente. Algo así tendrán que verlo el jurado y el tribunal a puerta cerrada.

—De no ser que se llegue a un acuerdo —sugirió el abogado.

—En un caso de asesinato nunca es fácil.

—El vídeo demuestra que Ruth Murray ha mentido. No fue secuestrada, ni mi cliente la obligó a nada. Toda la acusación se basa en lo que ella contó y su credibilidad nace del modo en que fue encontrada y rescatada por los agentes. Eso se viene abajo con lo que acabamos de ver.

—Pero no demuestra que Vincent sea inocente, sólo que no secuestró a Ruth. Posiblemente sean cómplices. Por otra parte, un abogado hábil podría conseguir que se desestimara la prueba —comentó Wright, pensativo—. Interrogaré a Ruth de nuevo.

—¿No va a detenerla? Está claro que ha mentido.

—Hay que revisar el caso, no debemos precipitarnos. Veamos qué dice el juez.

Esa misma tarde Ruth acudió a la oficina del fiscal. Wright le mostró los primeros segundos de la filmación e interrumpió el vídeo.

—¿Quiere ver lo que sigue, o ya lo recuerda? —preguntó con ironía. El rostro de Ruth se encendió de ira al sentirse descubierta. Su actitud se hizo hostil.

—Eso sólo demuestra que ese hombre es un cerdo.

—Demuestra que el señor Vincent no la retenía contra su voluntad y que usted montó una farsa. ¿Qué le parece si me cuenta la verdad?

—Él me amenazó de muerte, tenía que seguirle el juego —intentó justificar Ruth.

—Él hizo sólo lo que usted pidió, no pretenda seguir engañándonos. Creo que usted fue cómplice y las pruebas lo demostrarán. Busque un abogado porque va a necesitarlo. Y no salga de la ciudad —concluyó el fiscal.

Cuando Ruth abandonó el edificio estaba furiosa. George y su maldita cámara habían echado por tierra lo que tan minuciosamente había planeado durante meses. Comprendió que su versión no se sostendría. Ella podría incriminar a George, pero no se libraría de que la acusaran también. En cuanto el juez ordenara su arresto no tendría escapatoria. Debía huir mientras pudiera. Si se apresuraba podría estar en Lubbock en cuatro o cinco horas, recoger el dinero que sacó del motel y poner tierra por medio.

Llegó a medianoche. Frente al edificio vio aparcado un coche de policía. Pasó de largo. Unas travesías después, estacionó para aclarar sus ideas. No había duda de que ya la buscaban. Si encontrara la forma de entrar a la casa... ¡Había luchado tanto por ese dinero! Pero no debía correr riesgos. Miró en su bolso. Llevaba unos mil dólares, suficiente para llegar a Nueva Orleans, donde podría esconderse. Ya pensaría algo más adelante, se dijo.

Una semana más tarde, Ruth deambulaba por las callejas cercanas al puerto de Nueva Orleans.

Un hombre enorme, con aspecto de marinero, se acercó a ella.

—¿Cuánto pides?

Ruth lo miró de arriba abajo.

—Depende. ¿Qué te gusta hacer?

—Iremos a mi barco. Te va a encantar, preciosa. —El hombretón soltó una carcajada.

Cuatro días después, el fiscal Wright recibió una carta en su oficina. La firmaba Ruth Murray, y era la confesión del asesinato de su padre y todos los pormenores de su huida. Los detectives la buscaron intensamente durante meses, sin éxito. Parecía que se la hubiera tragado la tierra.

Las ruinas del hotel de Ben quedaron abandonadas. Los lugareños decían que en ocasiones oían siniestros ruidos procedentes del sótano. La policía lo investigó varias veces, sin encontrar nada fuera de lo normal. Pero los extraños ruidos continúan escuchándose, hasta muchas millas de distancia...

***

HISTORIAS DE AQUÍ Y DE ALLA

Mario Archundia

© Mario Archundia - México

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

HISTORIAS DE AQUÍ Y DE ALLÁ

—¿Tienes muchas historias que contar?

—Algunas —contesté.

La pregunta venía de un chamaquito chamagoso y pequeño. Tras el polvo y la mugre se adivinaba una inquietud precoz.

—¿Cuántas? —inquirió, molesto, como si esa no fuera la respuesta que esperase.

—¿Cuántas quieres oír? —le pregunté automáticamente.

—Yo no quiero oírlas; son para mi abuelo, ese hombre que vive allá. —Señaló una casucha de cartón negro y cortinas de tela, igual de sucias que el pequeño niño—. Me aburren las pláticas de los grandes, prefiero salir y jugar con mis cuates, aunque a veces por chambear no "ahiga" tiempo para jugar... Pero a mi abuelo le gusta oír esas cosas.

Yo solo iba a preguntar por una dirección, Xaltenco, manzana 2, lote12, barrio Pescadores. Y antes de cualquier indagación, apareció este muchachito. Sin pensarlo, caminábamos rumbo al abuelo que le gustan las historias pasadas.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, superada ya la primera impresión.

—Juan Palomar Rodríguez.

Lo dijo con tanto orgullo que me pareció gracioso, como si se tratara más de un título nobiliario que de un simple nombre vulgar. JU-AN PA-LO-MAR RO-DRI-GUEZ, lo repetí mentalmente. Tendría entre siete y ocho años, con tanta desnutrición la edad de estos niños se vuelve confusa y engañosa.

—¿Y tu abuelo?

—¡Ah! Él se llama como yo, Juan Palomar; pero su otro apellido es Pérez.

Volví a sonreír. No sé si de un simple Pérez a Rodríguez da más prestigio. Más renombre. Y prosiguió su plática, sin pedírselo.

—Mis padres se fueron hace tiempo. Uno murió y mi madre se fue con otro; o al revés, ¡qué importa! Yo me quedé con mi abuelo; a mi hermana Anastasia se la llevó mi tía Rosa y nunca más la he visto. Y, la verdad, así estoy bien. El viejo ya no ve y casi no oye, pero tiene esa cosa de escuchar historias y es cuando se le aclara el oído. Y luego las repite como si en verdad él, y no otros, las hubiera vivido. Así ha sido desde hace ya varios años, desde que mis padres se fueron de aquí.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté.

—¿Yo? ¡Újule!, igual usted creyó que estoy muy chiquillo. La gente de por aquí piensa que tengo ocho o menos. Pero no, lo que pasa es que crezco poco a poco; como casi no como carne, pues no crezco. Pero ya tengo mis diez años bien cumplidos, de eso sí estoy bien seguro. Mi abuelo me lo platica, me da fechas, horas y días de

cuando nací. Hasta me dice con orgullo que él mismo ayudó a mi madre a salirme de su panza, pues mi tía Rosa no llegaba y mi padre ¡pos siempre borracho, qué la iba a estar ayudando! Así que él solito y mi madre me tuvieron. Creo que por eso mi abuelo me agarró cariño, pues soy su hijo más que su nieto.

Asentí con la cabeza, pensando el horror que debieron pasar tanto la madre como el abuelo. Y cómo esa gente curtida al sol y al polvo de por aquí hace caso omiso al dolor de parir.

—Sé leer y escribir —me dijo con presunción y orgullo—, aunque soy medio menso para las cuentas; siempre pierdo a la mera hora de llevar mi cartón y mis botes de aluminio al depósito de don Blas ¡Pero si a todos se hace guajes!

Seguimos caminando rumbo al jacal, que cada vez se hacía más grande, y más grande su pobreza. Varios perros roñosos y enflaquecidos, cruces y cruces de perrillos tan corrientes como sus predecesores, nos hacían una escandalera, un ladrar que, para mis adentros, parecía advertirme de algo, no sabía bien de qué, pero ellos seguían su letanía. Entramos por un portón de láminas oxidadas, parecía una escenografía mal montada; dentro, un hombre momificado, tal vez desde hacía años, abstraído en sus pensamientos, en sus sueños: era el abuelo.

—¿Eres tú, Tomás?

—Sí, abuelo.

—¡Buenas tardes, señor!

—¿Quién es, Tomás? Te he dicho muchas veces que no metas aquí a tus compañeros; a luego me hacen puros destrozos.

¡Pero si aquí todo ya está todo destrozado!, pensé.

—No, abuelo, es un señor que sabe de historias, como a ti te gustan.

—Oye, ¡no!, espera, niño. Yo solo quiero saber una direc... —protesté, pero el abuelo me interrumpió, sin hacer caso.

—¡Estupendo, hijito! ¿Cómo se llama el señor?

—¿Cómo se llama usted?

—Ernesto. Ernesto Gutiérrez; pero yo solo deseaba...

—¿Ernesto Gutiérrez? Hace mucho tiempo tuve un amigo con ese nombre.

—Señor, sólo deseo saber...

—¿Ernesto, dice?

—Sí, señor, así me llamo, pero déjeme explicarle...

—Tomás, ofrécele una silla al señor Ernesto, ¡anda, chamaco!

El chamaco me miró con fastidio, molesto; al juzgar era siempre así con los visitantes de su abuelo. Pero ¡atiza!, yo solo quería la dirección, o mejor aún la ubicación de esa dirección, nada más.

—Usted perdone, abuelo, pero sólo deseo saber dónde está este...

—Tome asiento, señor; ahorita lo atiendo como es debido. ¡Tomás!, hijo, ¿dónde te metes?

—Aquí, abuelo. —El niño reapareció con el baúl café.

—Eso, hijo. Ya sabes ¿verdad? Has de estar ya aburrido, siempre es lo mismo. Soy un viejo molesto.

—No, abuelo, ¡cómo crees! Toma, aquí está.

—¡Ah!, gracias hijo. Si no fuera por ti, yo no sabría qué hacer. No te vayas, hijo.

—No, abuelo, aquí estoy; no me iré.

—Es un buen muchacho, ¿no cree, señor Ernesto?

—Ya lo creo —contesté.

Realmente el chamaquillo tenía mucha paciencia con su anciano abuelo. Algo inusual para un niño de su edad. El abuelo abrió con sumo cuidado el baulito café; al hacerlo un peculiar olor a papel viejo picó mi olfato. De algún modo el anciano percibió mi molestia, pues dijo:

—Los papeles son viejos, como las historias que cuentan, y lo viejo con el tiempo se hace polvo. Nunca he sido bueno para las metáforas. En este momento, hablando de tiempo, es de lo que más carezco.

—Señor Juan, perdone mi descortesía, pero yo simplemente deseo...

—Mire, observe estos manuscritos; están un poco borrosos. Hace mucho tiempo fueron escritos con tinta china y pluma fuente. ¿Se da cuenta de

ello? Realmente son viejos, ya casi nadie usa la pluma fuente. Quizá algún escritor... ¿Se da cuenta de eso, mi estimado señor Ernesto?

—¡Claro, abuelo!, algo sé de escritores y escritos —contesté.

Y pensé "¡Por Dios!, ¿qué estoy haciendo aquí? La tarde cae, y yo atorado con este vejete y su baúl lleno de viejos papeles escritos con tinta china, junto a un mocoso que me mira con extrañeza. ¡Qué absurdo todo esto!... ¿Qué dice aquí...?"

«Alguna vez fui joven. Cuando el sol calentaba mi rostro y el trino de las aves despertaba mi deseo por vivir. Hablé con mi padre; una plática breve. Él me dijo: Hace muchos años yo hice lo mismo. Solo me pidió que nunca olvidara el amor de mi madre y el ejemplo de mi padre...».

¡Qué raros son estos escritos!, pensé por un momento.

—¿Pasa algo, señor Ernesto? Lo siento un poco turbado.

—No, no, nada. Sólo que se me hace tarde. —¡Tomáaas!

—¿Sí, abuelo?

—Tráele algo de tomar al señor Ernesto.

Al azar agarré otro pliego de hojas amarillas y leí:

«Quien crea que la vida es sólo canto y baile, es que aún no ha tenido la oportunidad de vivirla. Mis lágrimas queman mi rostro. El descubrir de tu engaño, me dolió hasta el alma. Lo único que

detenía mis pasos aquí, unos besos de ceniza, han liberado mis promesas del corazón. En el tren de las ocho parto hacia Orizaba...».

—Tome, señor.

—¡Oh! Gracias, Tomás.

—Relájese, señor Ernesto. La vida se vive una sola vez.

A lo lejos sonó el silbato de un tren. Miré mi reloj: las ocho en punto. Sorbí dos tragos de mi bebida; no distinguí el sabor pero sentí una rica sensación. Tomé otras hojas impresas en tinta china:

«Hay cosas que uno no se explica, como el avanzar de las manecillas del viejo reloj o el morir de los amigos. Pancho, el mejor amigo que haya tenido, el muchachito de semblante triste y palabras cortas, el mismo que me seguía en mis correrías, murió. Ya no era el jovencito de hace unos años. ¿Tal vez fue la nostalgia del tiempo ido? ¿O tal vez el balazo que se dio en la cabeza? Fue el mejor amigo que tuve».

¿¡Pancho!? Sentí un estremecimiento por todo el cuerpo. Miré alrededor: sólo miseria, un hombre encorvado y la mirada brillante de un pequeño. No sé de dónde lo sacó el viejo pero, la cosa es que, entre sus labios, sostenía un puro grueso que aromatizaba el lugar. Su olor acre llenaba los pulmones de humo viciado; aun así, era delicioso sentirlo. Otra hoja leí:

«Córdoba: fue una ciudad hermosa, sin embargo los recuerdos se amontonan en tal grado que no logro caminar con presura por sus calles.

Unos compañeros de acechanzas dicen que se van a Cuba. Mejor me voy con ellos. Cuba, sus playas, su malecón, sus calles viejas, el correr de sus niños; el embrujo de sus mujeres...».

¿Sus mujeres? Seguí leyendo:

«Fue allí donde conocí a Toña, una mulata de la calle Villegas, a unos cuantos pasos de la Plaza del Cristo. Morena, de carnes gruesas, siempre contenta, siempre con la sonrisa en labios rojos. Obviamente trabaja en lo único bien renumerado de la isla: de meretriz, aguantando borrachos, gente indeseable que por unos cuantos billetes tienen una hora para conocer el paraíso sin pasar por el purgatorio. A mí la regia negra no me cobra; diré que fue mi carita de niño la que la cautivo, ¡o sepa Dios qué! Pero con ella supe lo que es el amor de los cuerpos. Lo juro, sentí el aroma salado del puerto Trinidad, sentí arder mi ser en las carnes prietas y sudorosas de la Toña...».

Tuve que apurar mi trago, pues un sudor resbalo por mi frente. Más adelante decía el manuscrito:

«Se fue mi Toña. Se fugó de la isla en un buque cisterna. Un marinero, paisano avecinado en Tamaulipas, se la llevó, el muy cabrón. ¿Qué va a ser de sus clientes?, ¿con quién van a soñar en esta pesadilla que es vivir? ¿Y de mí, que ya empezaba a amarte...»?

Los placeres no son para toda la vida, pensé. Se había hecho de noche. Remiré mi reloj, indicaba las nueve. Me giré hacia mis anfitriones.

—No se preocupe, señor Ernesto, cuando se está en estos extremos el tiempo no cuenta mucho —me dijo.

Sin duda, ¿qué podría el viejo esperar de la existencia que no hubiera ya tenido? Y el niño, con todo aún por vivir... Y yo en medio de esa brecha sentí nostalgia.

—¿Le recuerda algo, señor Ernesto? ¿Algo le viene a su mente?

—No, creo que no —respondí.

«Han pasado dos años y no logro olvidar a Toña, realmente se clavó en el corazón. Mis compañeros con los que vine, ya casi se fueron todos, desilusionados. Cuba no es el paraíso que nos quieren vender, está lleno de miseria, de la pobreza triste que nos deja la soledad».

Saqué el papelito arrugado de mi camisa, lo leí muy en silencio: calle Xaltenco, lote 12, barrio Pescadores.

—¿No sabe dónde queda? —pregunté.

—¿Dónde queda qué? —replicó el abuelo.

—No, nada... Olvídelo.

—Hijo, calienta café para el señor. Vamos a merendar.

—Sí, abuelo.

—Por mí no se molesten, creo que ya es tarde... —Ni me escuchó.

«Nuevamente Veracruz. Solo de paso, pues nada de aquí me interesa en este momento.

Camino hacia las vías del tren, único medio seguro de ir a ningún lado...».

El paso rápido de otro furgón me despabila de mis lecturas.

—Tenga, señor.

Una taza percudida por el uso exagerado contiene un café de dulce perfume y exótico sabor; unas conchas recién horneadas hacían de nuestra cena la envidia de cualquier corte europea. Comí con verdadero deleite; tiempo hacía que no probaba algo tan suculento. Continué leyendo y lo que leí me asombró sobradamente.

«Llegué a un café de chinos en la noble Ciudad Victoria, con la ferviente idea de encontrar a la Toña, mi adorada mulata. Ahí me sirvieron café negro y unos bizcochos llamados conchas, verdadero manjar de sultán. Los devoré con ansia y deleite...».

¡Deleite! Desconcertado, miré al niño.

—¿Quiere más café?

—Sí, un poco más. Sólo un poco.

«Según mis reportes, el marinero que llevaba por nombre Pedro se la llevó a esa populosa ciudad. No tenía más datos que esas endebles filiaciones: Toña, Antonia Torreblanca...»

—¡¿Antonia Torreblanca...?! —exclamé con sorpresa.

—¿Quién es Antonia Torreblanca, señor Ernesto? —preguntó el abuelo.

—Una mujer que conocí hace muchos, pero muchos años.

—Qué extraño, ¿verdad?

—Sí. Muy raro —musité con descuido.

Todo aquello parecía un rompecabezas cuyas piezas poco a poco se iban acomodando. ¿Cuál sería la siguiente?

«Pobre Toña, ¡en qué acabaste!, en una puta de cantina. Maldito marinero, maldito Pedro; sólo te explotó, sólo para eso te trajo. Ya ni me reconoces, hundida en la bebida se te acaban los años, se te acaba la vida».

Antonia Torreblanca. ¿Aún vivirá?, me pregunté. No lo creo.

«Me regreso a México. Tal vez aún vivan mis viejos. El Zócalo, el Palacio de Gobierno, la Catedral. La torre, tan alta, que ni lo es tanto. Mi México; ahora sí puede que halle la felicidad. Tomo un taxi de tantos, me mira con desconcierto: "¡Újule! Joven, esa dirección ni existe ya; en su lugar hay metro, o sepa su madre qué construyeron ahora. Pinche Gobierno todo lo pone al revés". De todos modos, vamos. No había metro ni jardines; sólo un lote baldío, lo que dejan los temblores de por acá...».

Recordé al momento algo ya olvidado. NO OLVIDES EL AMOR DE TU MADRE Y EL EJEMPLO DE TU PADRE. Miré al abuelo; sin duda él todavía guardaba esa vieja conseja.

—Se equivoca —mencionó.

—¿Qué dijo?

—Que se equivoca usted a leer. A lo mejor la letra esté un poco borrosa, y la luz de por aquí es tan pobre que algún día se quedará ciega como mis ojos.

—No, abuelo, la lámpara alumbra bien; hoy no llovió y la luz no se ha ido —dijo el chamaco.

—¡Qué bueno, hijo! Continúe, señor Ernesto.

«De mucho buscar, hallé un familiar; una tía persignada, de ésas que se niegan a morir y que aún tienen en la cabeza que el movimiento del 68 fue sólo pretexto para darse en la madre un montón de güevones. "¡Ay, hijo!, pero mira nomás cómo te ha tratado la vida. ¡Qué bárbaro y qué ingrato! Tus pobres padres murieron sin el consuelo de saber si vivías o no. Bueno, bueno... eso ya como sea pasó. Pásate, muchacho. ¿Qué te tomas? ¿Una cervecita? ¡Órale pues! Pero cómo estas cambiado, ¡y cómo no!; si te fuiste siendo un pollito. Así de chiquitito. Eras el orgullo de tu padre", decía. "Cuando mi hijo sea grande será alguien muy importante". Sueños guajiros, le decía yo al Fernando, ¡ah, que mi cuñado!"»

¡¡Fernando!! Es el nombre de mi padre muerto.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó el abuelo.

—¿Qué está pasando, abuelo? ¿Qué significa esto?

—Nada, señor Ernesto. ¿Se le hacen familiares los personajes?

¡No, claro que no! No era posible, se trataba de coincidencias; sí, eso, coincidencias. Por un momento me sugestioné. ¡Qué tonto...!

—Hijo, prende la radio para que escuche algo el señor Ernesto mientras sigue leyendo.

—Sí, abuelo.

«"No puede ser, somos primos, tu madre fue la hermana de mi madre. Esto está mal", me dijo mi prima Clara mientras yo besaba con delicadeza sus pechos virginales. Un estremecimiento la envolvió. Abandonados en ese cuartucho de hotel, la llevé por un sendero de infinito placer. Una y otra vez poseí con vehemencia su ser. "Mi amor, mi vida, ¡cuánto te amo!", me decía, le decía».

Ya no quise pensar, sólo adelanté más hojas...

«"¡¡Malnacidos!! ¡¡Cerdos malditos!! Cómo fue posible que me hicieran esto. Yo que abrí las puertas de mi casa, yo que te creí un hombre sano, íntegro por ser el hijo de mi hermana... Y tú, pinche perra caliente, te revolcaste con el hijo de mi hermana. Ingrata, mala hija. ¡Desgraciada! Tú y el hijo de tus entrañas lárguense de aquí, no quiero verlos nunca. ¡Váyanse, malditos puercos! No sigan manchando esta casa. Mal haya el día que te parió tu madre, infeliz". Tomé en mis brazos a Clara y nos fuimos de allí».

—¿Está temblando, señor Ernesto? Anda, Tomás, trae una cobija para que se cubra un poco el frio del alma.

—¿Del alma, dice?

—No haga caso, ya ni sé lo que digo.

La cobija olía a rancio, a sucia, al sudor que despide uno de tanto trabajar. No sé cómo la acepte. Y sin embargo sentí un agradable

calorcito. Mis temblores cesaron y empecé a sentirme mejor.

—¿Le molesta la cobija, señor? —preguntó tímido el chiquillo.

—No, hijo, claro que no.

—¿Ve usted?, somos pobres, pero lo que tenemos lo damos de corazón.

—Ya veo, gracias. Son muy gentiles.

—Prosiga usted, por favor.

Sólo pasé dos páginas:

«Al fin logré encontrar un trabajo estable. Clara, cada vez se pone más fastidiosa, no entiende o no quiere entender que yo no nací para ser un simple peoncito, o un mediocre maridito. A mí me gusta viajar, conocer, descubrir... Al menos ya nos perdonó mi tía; y cómo no va ser eso, si toda la cara de la niña es de ella. De la noche a la mañana se ha convertido en su hada madrina. Y yo cada vez estoy peor, me ahogo, me asfixió entre esta cotidianidad que he comenzado a aborrecer...».

Corrí más hojas marchitas por el tiempo; aún encontré algo sobre Clara:

«Lo siento, pero tú, tu hija y tu madre serán más felices sin mí que conmigo. Adiós».

Eso es todo. Que fácil, pensé, hacemos y deshacemos vidas.

—¿No se van a dormir? Al menos el niño —pregunté.

—No se preocupe, señor Ernesto, mi nieto se ha acostumbrado a estas veladas.

El niño asintió con la mirada. Sirvió más del delicioso licor.

«Voy sobre las vías del tren, como otras veces. Sin embargo, no me siento contento; no hay alegría. Sólo el deseo de huir de mí mismo...».

—Dígame, Juan, ¿a quién pertenecen estas memorias?

—Él no las escribió. Mi abuelo sólo escucha las historias de los demás —contestó el chamaco.

—Tomás, acompaña al señor a su coche que ya es muy tarde. Anda hijo, ve.

El reloj marcaba las dos de la madrugada, habían pasado casi ocho horas, y para mí había pasado una vida. Por última vez recogí unas hojas; ya no tantas como al principio. Tomé una, siempre al azar:

«No es que comiences una nueva vida, sino que ya te ganó el olvido. Toma, apunta mi dirección, calle Xaltenco, manzana 11 lote 12. Barrio Pescadores. Cuando regreses de tu largo viaje, búscame. Tal vez podamos ser felices; pues tú te vas y yo me quedo. Me quedo con el presentimiento clavado en el alma. No vas a regresar; lo sé. Sería lo mejor. Me has hecho mucho daño, mas te amo. Siempre seré tuya. Recuérdalo, Ernesto. Adiós. - Perla».

Yo estaba perplejo, atónito, mudo por dentro y por fuera. El niño tomó mi mano, Me dejé conducir mansamente hasta el auto estacionado, más

abajo. Observé la pila de casuchas negras con sus luces prendidas. Cuando iba a despedirme de mi amiguito, no estaba; se esfumó. Arranqué y me alejé presuroso de allí.

EPÍLOGO: Han pasado unos días y he vuelto al lugar del misterioso encuentro, en donde estaba la casucha del abuelo Juan y su nieto Tomás. Sólo veo montones de basura hedionda. He tenido cuidado de preguntar la dirección del arrugado papel a vecinos del lugar ya arraigados de mucho tiempo, tengo la increíble sensación que voy por buen camino. De todos modos, agradezco al abuelo haber escuchado mi historia.

***

¡INSOPORTABLE!

Luisa Méndez Fernández

© Luisa Méndez Fernández - Asturias

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

¡INSOPORTABLE!

Cuando el bisbiseo de mis vecinas, la señora Maruchi y su amiguita, la señora Puri, llegó a mis oídos, me enfurecí. Rápidamente dejé sobre la mesa de la cocina la compra que acababa de adquirir en el mercado y me despojé de la ropa de abrigo. Sin pérdida de tiempo, vestí un pantaloncito corto, una camiseta, calcé unas playeras y me lancé calle arriba, calle abajo, hasta que el cansancio se infiltró en todo mi cuerpo. Estaba dispuesta a lanzarme a un maratón de los duros con tal de no caer en el desánimo de la incredulidad. No iba a sucumbir a la rabia que mordía mis entrañas.

No daba crédito a lo que esas lagartonas cuchicheaban a mis espaldas. Tomé un sorbo de agua y con unos pañuelos desechables retiré los goterones de sudor que amenazaban con introducirse en mis ojos. Respiré hondo antes de reanudar la marcha, esta vez sin la premura del primer momento. Calma, calma, me repetía mientras continuaba absorta en mis pensamientos.

El incordio del cotilleo venía desde el rellano de la escalera. La señora Puri se desternillaba de risa escuchando a la Maruchi que, según ella, lo había visto con sus ojos. Murmuraba que algo muy gordo se avecinaba. Estaba segura que muy pronto saldría a la luz, de eso no le cabía la menor duda.

Claramente las percibí pletóricas disfrutando con el novedoso descubrimiento. “Sin duda, iba a suponer un revés para mí”. Ya ni tan siquiera se molestaban en bajar la voz. Pues vale. No estaba dispuesta a dar pábulo a las viperinas cotillas.

No tardé en descubrir lo que, según ellas, no sería grato para mí. Casualmente habían presenciado que la gatita Missi, mi pequeña gatita, criada entre almohadones y preservada del latifundio de cualquier mequetrefe, se contoneaba descarada a un palmo del gato tontorrón de mi ex amiga, la señora Maruchi. Cuando ambas íbamos al Instituto, y de esto han pasado dos décadas, se las había ingeniado para llevarse a mi novio Juan, a su huerto Y ahora, su gato Anacleto, el más feo y descarado que una se pueda imaginar, ronronea meloso a mi gatita. Y, lo más grave, parece que a Missi le gustan los ronroneos de Anacleto. ¡Insoportable!

LA ESCALINATA DEL HILO ROJO

Juan Antonio Marín

© Juan Antonio Marín - Rioja (Almería)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

LA ESCALINATA DEL HILO ROJO

¿Sabes qué en Aarhaus, la segunda ciudad más poblada de Dinamarca, las bicicletas y el cine son gratis?, le decía siempre Luna. Por eso adoraba aquella ciudad. Dos cosas le recordaban a Luna: un Cinexin roto y la vieja BH. Luna le enseñó que no era necesario más para ser feliz que un vehículo para desplazarse y un artefacto para inmortalizar los sueños que fabricamos para difuminar la dureza de la vida. ¡Porque la vida es demasiado real para nosotros! También le enseñó que hay manos que nunca deben soltarse. Promesas que no se debe incumplir. Que existen trenes cuya trayectoria es un hilo de color cobrizo como el cabello de Luna. Me dirijo a ti, ¡sí , a ti, director! ¿No es este el personaje que se resiste en tu historia? Sus ojos, azules; su piel blanca, pecosa y, a pesar de ello, la entristece el blanco. Las notas musicales son negras y blancas. Blanca es la bandera del vencido, incluso lo ha sido este folio antes de que lo empezase a emborronar. Ella temía que el paso del tiempo tornase blancos sus cabellos. Dicen que el único color donde no se refleja el arco iris es el negro, como si no se dejara querer. El silencio también es negro, como el vacío. Negra es la noche, como algún día lo será la penumbra que ilumina la séptima fila de nuestra escalinata.

Los cinco miembros del jurado han sido ecuánimes. *La escalinata del hilo rojo*, es la ganadora del concurso de microrrelatos "Tu

historia para un cortometraje", cuyo premio es la realización por parte del afamado director de cine Miguel Beltrán.

Semanas después, un Audi se adentra por el carril de servicio de la avenida Diagonal. El director no pierde detalle de lo que su jefe de fotografía le comenta mientras le enseña diversos fotogramas con perspectivas de la plaça del Rei. «Mire esta, señor Beltrán, la he ampliado para que pueda observarla mejor. Séptima fila, desde abajo, cuarto adobe como me pidió. ¿Lo ve? Es muy bonita esta plaza. Sin duda, un magnífico enclave para rodar el corto. Pero ¿por qué aquí?» El director no le contesta. A la altura de Francesc Maciá pide al chofer que aminore la velocidad. Al llegar a la calle Muntaner le ordena detenerse. Abre la puerta y desciende del Audi. Teme que la ciudad haya cambiado tanto o más que ellos; que no sean capaces de reconocerse. Hace mucho tiempo que necesitaba regresar al sitio que preside el puesto de honor de su memoria, donde todo empezó, cuando las ilusiones de la juventud eran distintas. El tic-tac de aquellos paseos, cuyo punto de partida era Montjuic, le servían de metrónomo marcándole la cuenta atrás del temido paso del tiempo. Miguel Beltrán, pensativo, no deja de repetirse en su interior: un concurso. Ha tenido que ser un maldito concurso lo que me haga regresar. Y le da vueltas a una frase del relato ganador: *Las promesas no se hacen para incumplirlas*. Empieza a caminar. Cuando llega a Balmes, gira a la derecha y pone rumbo al mar.

La primera vez que la vio fue en la Plaça del Rei, lugar predilecto del barrio gótico que ejercía de válvula de escape, donde Miguel Beltrán acudía cada tarde. En ese emplazamiento, era fácil encontrar la inspiración que necesitaba. Empezó escribiendo en las partituras para luego hacerlo en cuadernos Lamela. Historias que dormían en el cajón de su escritorio a la espera, de que algún día se convirtieran en obras del séptimo arte. En aquellos cuadernos anotaba todo con pulcritud. Tenía una urna llena de bolitas en cuyo interior estaban escritas las características a asignar. Cada día jugaba a sacar un par de ellas. Las abría y leía el papel con las descripciones: pelirroja, pianista y soñadora. Director de cine, músico e infeliz. Luego salía a pasear por la ciudad para encontrar a quien coincidiesen con las mismas y escribir sobre ello.

Luisa Navarro, o Luna como le gustaba que la llamasen, junto a su familia llegó a Barcelona un año atrás, al obtener su padre plaza de profesor en el Conservatorio Superior de Música del Liceo. Pero meses después el destino les asestó un duro golpe. La muerte repentina de la madre llevó a Luna a comenzar estudios de piano para poder eludir tanto dolor y, sin darse cuenta, aquella ciudad, atrapada entre el mar y la montaña, le tendió la mano. Barcelona, diseñada de manera cuadriculada para atrapar la luz, que arrincona silencios, que ahuyenta los miedos, que diversifica la soledad. La ciudad donde querrás quedarte, una vez que os conozcáis, porque sencillamente… no querrás ni te dejará ir. Vivieron en un piso del carrer de San Pau. Debieron pasar cuatro años para que conociera a Miguel Beltrán una tarde

mientras Luna interpretaba a Mozart, Sinfonía n.º 40 en G menor, al piano que habían instalado en el centro de la plaça del Rei, con motivo del certamen internacional "María Canals" de música en la calle. Miguel Beltrán se acercó hasta ella y se puso a acompañarla tocando su guitarra. Por fin había encontrado a la pelirroja que llevaba buscando desde años por el capricho de una bolita que confabuló con el destino. Se hicieron amigos. Él quería ser director de cine y ella concertista famosa. Transcurrieron meses cargados de complicidades, de miradas robadas, de aperturas del alma… pero llego el día en que el padre empezó a darse cuenta del bajón de rendimiento de su hija. Cada vez eran mayores las exigencias de las clases en el conservatorio y no iba a permitir que ninguna causa la distrajese de los estudios ni que le apartase del prometedor futuro como concertista. Las discusiones entre ellos eran continuas, pero Luna, a pesar de su juventud, comprendía que su padre tenía razón; además había hecho una promesa y estas no son para incumplirlas. Comenzaron los viajes, los certámenes de jóvenes músicos, las audiciones, el trabajo muy duro para convertirse en la número uno. Y, al final, llegó el momento en que pasó de querer comerse la vida a ser engullida por ella. Los encuentros con Miguel Beltrán fueron a menos. Habían ideado un método para mantener el contacto. Fue Luna quien descubrió aquel hueco entre los muros de la capilla de Santa Ágata. A partir de entonces se intercambiarían notas colocadas en él. Seis meses después ella se marchó a New York con una beca, sin saber que

Miguel hacía semanas que había dejado la ciudad condal.

El director odiaba los planos y las guías turísticas de la ciudad. ¿Para qué? Una ciudad se conoce perdiéndose por sus calles —defendía. La calle Balmes resultaba interminable, quizás no recordaba la longitud de la misma. Durante uno de los muchos paseos por aquella calle, Miguel Beltrán le contó a Luna acerca de un sueño repetitivo. «Algún día, cuando sea el mejor director de cine, rodaré un corto en nuestra plaza y lo haré sobre la leyenda del hilo rojo. De nuestro hilo rojo». Ese era el sueño. «Estupendo, —respondió ella—, y yo te haré la banda sonora del mismo». Aquella noche sus cuerpos se fundieron en uno.

A pesar de haber transcurrido una veintena de años, al director, le continúa embriagando las mismas sensaciones, como antaño cuando caminaba por aquellas calles, guitarra al hombro. Añora las tertulias en la Casa del Agüelo en el Carrer d´Avinyó, las vistas del Tibidabo, los conciertos en las cocheras de Sants, las mansiones del Carrer d´Montcada y las sesiones continuas en el cine Rovira. Ensimismado hace minutos que se ha adentrado en el barrio gótico. Comienza a impacientarse por rodear la catedral. Volver a sentarse en la escalinata. Muy cerca de allí, en un ático de Vía Laietana, Luisa Navarro no puede dar crédito a la noticia de cultura que publica La Vanguardia en el día presente: "el famoso director de cine, Miguel Beltrán, dará una rueda de prensa hoy, a las ocho de la noche, en la Plaza Padellàs,

como parte de los actos programados por el XV Concurso de Relatos Tu historia para un cortometraje, cuyo primer premio ha recaído en la joven barcelonesa, Marieta Navarro, con el relato La escalinata del hilo rojo”. Su pequeña, Marieta, ganadora de un premio. «Es otra manera de amar el arte, madre. Usted con la música, yo con las letras», le insistía. Luisa no lo recordaba, pero la pequeña Marieta, a su manera, la había avisado: Si no lo hago, voy a perder una oportunidad única de conocerlo. Sabía que era una traición sacar a relucir el pasado en aquella historia, pero ¿y él, y ella? El director está girando por el Carrer de la Pietat. Consulta su reloj de pulsera. Son las seis y cincuenta de la tarde. Unos metros más y … La Plaça del Rei se muestra altiva ante el director. Cruza la misma. Llega hasta la escalinata. Se sienta en la séptima fila. Palpa el muro hasta dar con el hueco. Encuentra lo que ha ido a buscar y se guarda en el bolsillo un papel envejecido por el paso del tiempo. Se deja llevar por los recuerdos. Las campanas de la catedral acaban de dar las siete en el instante en que una mujer de cabello cobrizo se sienta a su lado.

LIVERPOOL SONG

Juan Antonio Marín

© Juan Antonio Marín - Rioja (Almería)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

LIVERPOOL SONG

Viena. 14 de junio de 2016

Franz Leisser entró al portal de su vivienda, abrió el buzón y recogió la correspondencia. Entre ella, una carta le llamó la atención. Buscó al remitente. La abrió, la leyó por encima y la guardó en el cajón del escritorio, junto a unas partituras y un pasaporte caducado. Solo prestó importancia a la fecha de la citación: veintiuno de junio de dos mil dieciséis. El escudo del Ministerio de Asuntos Exteriores cubano que venía en el sobre fue el causante de muchas noches en vela. Solo una pregunta le rondaba por la cabeza: ¿por qué ahora? Veinte años es mucho tiempo.

La Habana. Diciembre de 1996

Chico Puertas miró a través de la ventana. Había empezado a llover. Se mesó el cabello y se puso el gabán. Llenó de comida y de agua los platitos del gato. Apagó la luz del salón y salió sin mirar atrás. Cerró con llave lentamente e inspiró hondo. En la calle, sintió el frío. Era de noche y la lluvia llenaba los charcos de pompas. Se levantó el cuello del gabán y puso rumbo al Oporto, el club de la calle 54. El trayecto le llevó apenas veinte minutos. Acarició la funda de la Epiphone Les Paul

Ultra III y recordó que no había cambiado el tercer bordón, aunque le consoló del olvido el convencimiento de que todavía resistiría una actuación más. Al doblar la esquina de la 53, vislumbró la cola para acceder al club.

—Perdón, dejen pasar. Disculpe, señora.

Guzmán, el portero, que rondaba los cincuenta años aunque su aspecto fuese el de un treintañero, hizo una especie de mueca al abrirle la puerta.

—Parece que esta noche esto va a estar a reventar. Ya te puedes lucir, Chico.

—Gracias, Guzmán. Eres muy amable. Luego te doy esas entradas que me pediste para el Ballet Nacional de San Petersburgo.

—Disculpe, ¿es usted Chico Puertas? —Quien preguntaba era una joven que lo miraba fijamente.

—¿Quién es? —le preguntó a Waldo.

—La llaman Liverpool. Es la nueva corista.

La Habana. Septiembre de 1997

El club estaba a rebosar. El ambiente era ruidoso. Waldo dio la bienvenida a los asistentes y presentó a los miembros de la orquesta, uno por uno. La misma rutina de siempre. *My way* fue la primera canción del repertorio. Algunos clientes alzaron sus voces intentando acoplarlas a la música. Pasaron las horas. Al fondo, ajeno a todo

cuanto le rodeaba, un hombre vestido de negro observaba la actuación. Chico lo vio en cuanto entró al local. No miraba fijamente, pero sabía que les observaba, especialmente a Liverpool. Cuando ella se dio cuenta, la voz se le quebró en el escenario, en medio de una canción. Se quedó de pie, asustada, sus grandes ojos inundados. Al acabar la canción, Chico, con un gesto de la cabeza, le indicó que se fuese a bambalinas. Liverpool, con una sonrisa en los labios que ya era mueca, abandonó el escenario instada por la determinante indicación de Chico, que pudo oler el miedo que aquel hombre causaba en la joven. Por un instante, Chico olvidó el suyo. Se decía para sus adentros: «No pasa nada. No va a pasar nada». Pero sí sucedió. Al acabar la actuación, el hombre de negro insistió en que la niña Liverpool debía de acompañarlo a comisaría.

—Usted —dijo, dirigiéndose a Chico—, no ponga impedimentos o se viene con nosotros también. Usted tiene solicitado un pasaporte nuevo, ¿es cierto? No querrá ningún contratiempo en el trámite, ¿verdad? Soy el inspector Flores, de la DIIE.

Buenos Aires. Septiembre de 2011

El joven Darío no sabía mucho de jardinería, pero dos veces por semana se encargaba del mantenimiento del jardín familiar, y una vez al mes recortaba la enredadera que iba adueñándose de la fachada de la casa. Su madre, Súgar Ortiz, le

dejó la semanada sobre la encimera de la cocina. Apenas coincidían, Súgar tenía demasiado trabajo en la ONG en la que colaboraba como psicóloga. Pero ese día, que tenía libre, esperó a Darío en la cocina.

—Mi amor, tengo que hablar contigo. Verás, llevo meses dándole vueltas a la cabeza y creo que es una pena que malgastes tu talento y tu vida quedándote conmigo. Yo cada vez tengo mayores ocupaciones laborales y apenas nos vemos. En La Habana trabajé con un extraordinario compositor y pianista. Este hombre era una promesa pero, por unas circunstancias que no vienen al caso, tuvo que abandonar lo que más amaba en su vida. Yo, a raíz de aquello, dejé la Habana y vine a Argentina. Ambos perdimos mucho entonces. Ya ves que no eres el único que tienes secretos. Tú creías que el tuyo estaba a buen recaudo. Sé que estas tomando clases de música. Verás, me han ofrecido la oportunidad de que puedas estudiar y perfeccionar esta afición. A través de un antiguo amigo, Waldo, que imparte clases en el conservatorio de La Habana, sé que hay unas becas para jóvenes de ascendencia cubana. He hablado con él y te hemos matriculado. Te harás pasar por sobrino suyo y te llamarás Waldo Ortiz. Serán, en un principio, tres años. Cinco, si decides acabar la enseñanza superior, que es lo que duran los estudios del conservatorio.

Dos semanas después, Darío dejaba atrás un Buenos Aires que lo consumía y partía rumbo a La Habana.

La Habana. Diciembre de 2014.

Los tres primeros años pasaron muy rápido. Al principio le costó adaptarse. Una tarde, mientras paseaba por el Malecón, un compañero de estudios lo invitó a unirse a ellos. Cuatro jóvenes formaban una especie de trova callejera.

—Nos falta un saxo bueno. Venga, Waldo, no seas tímido. Venga, solo un par de canciones.

Se dejó convencer y las dos canciones se convirtieron en varias horas de música. Al acabar la actuación, un hombre se le acercó, llamándole por el nombre de Chico.

— Disculpe, señor. Debe de confundirse, me llamo Waldo. Waldo Ortiz.

—Sí, me habré confundido, eres muy joven —dijo el desconocido—. Uno es mayor, y esta maldita cabeza me juega malas pasadas de vez en cuando. Me llamo Guzmán Velasco. ¿Puedo invitarte a una copa? Hace mucho que no escucho tanto talento. ¿Sabes que tienes un don, muchacho? Tocas con un sentimiento que solo antes había visto en un hombre que fue amigo mío.

Waldo se sonrojó.

—Gracias. Será porque he tenido un gran maestro. Estudio en el conservatorio de aquí.

—Conozco a tu profesor.

Guzmán le habló de la niña Liverpool, del joven Chico Puertas. De las noches de esplendor del Oporto, que llegó a ser considerado el mejor club de toda La Habana.

—¿Sabes que tu profesor, Waldo, formó parte de aquel grupo de tocados por la gracia divina? Ven a casa. Nos tomamos la última copa y te enseño algunas fotografías y recuerdos que guardo de aquella época.

Waldo quedó sorprendido por la decoración de la vivienda de Guzmán, en la Habana vieja. Su piso, un segundo en la calle Alameda de Paula, evocaba una paz que a Waldo le hacía sentirse bien. Se acercó a la vieja gramola. Buscó entre los singles y eligió uno titulado Liverpool song. El corazón le dio un vuelco cuando reconoció a una mujer en la foto de la portada.

—¿Quién es esta chica? —le preguntó a Guzmán.

—Es la niña Liverpool —contestó—. Aunque su verdadero nombre era Súgar. Es guapa, ¿verdad? Desapareció una noche y no se volvió a saber más de ella. Era la novia de Chico. Se iban a casar. Esta canción la compuso para ella.

—¿Qué sucedió? —quiso saber Waldo.

—Un problema con el Departamento de Inmigración. Al parecer, un inspector de la DIIE estaba enamorado de ella. Al no verse correspondido, amenazó con deportarla a su país. Cerró el Oporto. Alegó que allí se trapicheaba con alcohol y que trabajaban varios inmigrantes ilegales. A Chico se le acusó de tener amistades americanas.

Guzmán volvió a llenar los vasos de ron y salieron al balcón.

—Cierra los ojos, Waldo. Quiero mostrarte algo. ¿Lo sientes?

El rumor del mar y la música llegaban a sus sentidos de un modo especial. Cuando abrió los ojos, una nueva sensación se acopló a las de antes. Pudo contemplar la puesta de sol más bella del mundo.

—¿Puedo llevarme el single? Se lo devolveré cuando le haga una copia.

Waldo escuchó aquella canción varias veces. No se cansaba de oírla. ¿Dónde la había escuchado antes? Y lo recordó. Era la voz de su madre cuando la tarareaba para que él se durmiera.

Embajada de Cuba en Viena. 21 de junio de 2016.

Franz llegó caminando. Le gustaba pasear a primera hora de la mañana. Cariacontecido, miró por la ventana de la sala de espera, pero solo contempló la pared de ladrillo blanco del edificio de enfrente. Intentó calmar sus nervios. Lo recibió el secretario a cargo de asuntos consulares, el señor Vizcaíno. La Habana regresaba a su vida en pequeños flashes difusos en su memoria.

—Por eso lo anoto todo, señor secretario. Palabra por palabra, frase por frase, todo aquí, en esta libreta de color azul. Lo tengo que anotar para cuando llegue el día en que ignore quién soy. Abrió una página al azar y leyó:

«¿Sabes una cosa, Chico? Si yo pudiera elegir dónde vivir, a dónde viajar, sin dudarlo sería en el Transiberiano o cualquier otro tren de largo recorrido, le comentó una noche, la niña Liverpool.

Estaba tumbada en la chaise longue, con la cabeza apoyada en la ventana, mirándole sentado al Steinway interpretando la canción que le estaba componiendo. Liverpool song. Así la tituló. Sus dedos volaban por el teclado. Aquella canción y su melodía eran mágicas. Sentía como sus notas y su letra hacían creer a Liverpool que, por fin, lograría cumplir sus sueños».

Franz devuelve a Vizcaíno el pasaporte con el visado que recibió junto a la carta el pasado 14. Le autorizaba a pisar suelo cubano con motivo de la actuación de la Filarmónica de Viena, de la que es asesor cultural.

—Mírelo como un acercamiento del gobierno cubano, hacia usted, camarada Chico, sobre todo ahora que ese pasado del que rehúsa va a regresar a su vida.

—¿Qué ha querido decir, señor secretario? ¿Qué queda de aquel pasado en el que me vi obligado a abandonar mi país, como un apestado en vida? Entonces no se preocuparon por mí, y hoy, soy yo quien no necesita a mi patria. Viena me acogió, en Viena he sido feliz. Me llamo Franz Leisser, señor secretario. Chico Puertas es pasado. Murió en La Habana, la noche en que Flores le obligó a tomar aquella decisión. —Se levanta de su asiento y sale de aquel despacho.

Franz llega al conservatorio. El joven bedel le abre la puerta.

—Buenos días, señor. ¿Todo bien?

Franz tarda un instante en responderle. Aun tiembla, a pesar de que hace rato que abandonó la

embajada. Una sensación extraña le acompaña desde que salió de casa. Los edificios que divisa desde su despacho, erigidos orgullosos de rozar el cielo, le contemplan altivos. Las fachadas parecen estar pintadas en acuarela, le causan la sensación de que se van a diluir en escasos segundos. Apenas pasan coches, solo algunas personas, cuyas siluetas parecen estar absorbidas por la inmensidad de los edificios.

Tocan a la puerta del despacho. Entran dos personas. Yuri, el subdirector, acompañado de un muchacho bastante joven. Cierran la puerta tras de sí. Apenas ha tenido tiempo de guardar el vaso en el cajón del escritorio. Cree que no se han dado cuenta. Levanta la cabeza y conduce su mirada hasta la de Yuri que, como de costumbre, le reprocha sus actos. Franz le responde, asegura que aquella será la última copa que tomará jamás. Yuri le da un dossier a la vez que presenta al joven.

—Este es Waldo Ortiz. Viene con una recomendación del Ministerio de Cultura de Cuba. Dicen que es una joven promesa a la que hay que terminar de pulir. Ahora, con la política de apertura de Castro, los jóvenes talentos pueden perfeccionar sus conocimientos en entidades de prestigio. Él quiere aprender contigo.

Waldo le tiende la mano. Franz, la rechaza.

—¿Qué instrumento toca usted?

—Saxofón. —Contesta Waldo.

—Improvise algo. Este será su examen de acceso. Me da lo mismo quién lo apadrine. Si creo

que no tiene la calidad suficiente para estudiar en mi conservatorio, regresará a su país de origen. ¿Lo ha entendido? Sígame.

Los tres salen del despacho y se dirigen al aula de ensayo. Una vez allí, Franz Leisser se acerca a un alumno que tomaba sus clases.

—¿Me permite usted su instrumento?

Es domingo. Franz recorre la Inner Stadt dando un paseo. Llega hasta la catedral de San Esteban, sitio que sirve de partida y finalización de cuantos visitan Viena, cuando le llega una suave melodía, algunos turistas fotografían el monumento en todo su esplendor. Entonces reconoce a Waldo, que estaba tocando el saxofón junto a otros jóvenes. Un japonés al chelo, un francés al violín y un español a la guitarra. Un viejo piano está cerrado, sin que nadie lo toque. Ninguno de ellos se conocía, pero la música los ha unido. Waldo les reparte una partitura. A la de tres, empiezan a tocar. Pero Franz los detiene en seco. Su tez se ha vuelto blanca de repente. Se acerca a ellos sorteando los charcos. Mira al cielo y sabe que volverá a llover, quizás por eso se apresura. Franz se aproxima al piano. Levanta la tapa y, marcando el ritmo con la mano izquierda, da la señal de comenzar.

—Espere, director. Tenga la partitura.

Pero a Franz no le hace falta. Conforme van tocando, el público aumenta. Al acabar la canción Franz se levanta. Hace una reverencia y aplaude en dirección a los jóvenes. Todos se miran extrañados sin comprender nada. Franz Leisser se

acerca a Waldo. Le pregunta por qué esa canción. Waldo le responde.

—El mundo se merece esta canción. Mi verdadero nombre es Darío Ortiz.

Franz lo abraza con lágrimas en los ojos y le dice:

—El mío es Chico. Chico Puertas.

MALDITA PETENERA

Milagros García Zamora

© Milagros García Zamora - España

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

MALDITA PETENERA

No era cosa de dormir esta noche. Mientras Farruco permanecía sentado en la taberna bebiendo un vaso de vino y pensando en Rocío, a su mundo le habían salido hendiduras por todos los sitios que estaban a punto de romperlo en mil pedazos. Con el padre de Rocío —Paco Heredia—, había tenido una vieja deuda de jóvenes. Cosas de hombres y de amores por la misma mujer —Candela—a la que él se había llevado con acordes de guitarra y palabras zalameras. La deuda fue saldada cuando Paco Heredia conoció a otra y se marcharon por los caminos en una furgoneta destartalada para vender ropa en los mercados ambulantes.

Farruco evoca la escena de despedida sin un apretón de manos entre ambos, como desconocidos que nunca hubieran sido amigos. Que el recuerdo sea fiel o no, carece de importancia ahora. Termina el vino y pide otro. Lo peor ya se ha producido, o puede que lo peor sea lo de después, piensa. A escasos metros está Candela en el dormitorio de su casa con los pulmones deshechos. Son ya tres años de entrar y salir de hospitales, muchas noches de velarla, demasiados días en los que su cuerpo de hombre se despierta queriendo vivir.

Mala hora escogió Paco Heredia para volver con su hija y las costumbres cambiadas por el

trato con los payos[2]. Salió orgulloso y trabajador para regresar *chalao*[3] taconeando por los bares. Mientras hubiera un litro de vino y cantes por *granaínas*[4], no se podía hacer nada con él, las piernas se le iban solas tras la música y así pasaba el tiempo.

Afortunadamente, tenía a sus hijos para la venta y a su mujer para cocinar el puchero[5]. Frente a Farruco, las ramas de los árboles abrasadas por el sol cuelgan en mechones pálidos como el rostro de Candela con la palidez del sufrimiento, marchitas las mejillas y con los grandes ojos convertidos en cuencas negras. Más allá está la mirada brillante, la sonrisa en los labios y el cuerpo reconocible entre mil de Rocío. Vivo, exuberante e inundado de coquetería al marcar los tiempos al bailar. Con sus senos como flanes de vainilla y la carne prieta que se le ofrece cada noche en el jadeo de su danza como simulacro de otra. Con los brazos abanicando el aire, con el alma entregándosele por fandangos[6].

Los veinte años de matrimonio con Candela pasaron rápido. Fue mucho el tiempo de estar pensando que se moría lo que más quería, era ya mucho el tiempo de que el lamento de la guitarra se le metiera por la oreja y se le enrollase por las piernas que no se mantenían quietas, son ya muchos los días saliéndole la picazón del deseo de macho alborotado. Le atormenta contemplar la

---

[2] Que no son gitanos
[3] Loco, en lengua gitana
[4] Fandangos de Granada a los que se ha despojado de todo ritmo
[5] Especie de cocido andaluz y la olla donde se cuece.
[6] Palo del flamenco con un compás de ¾. Los de Huelva son los más populares.

transformación de su esposa en pájaro escurrido, pero cuando ve a Rocío reír echando la cabeza atrás y mostrando su garganta de paloma, no puede resistirse a picotearla hambriento, como si quisiera apropiarse de su risa, su cuello y de las palabras que ella le dice.

Yo no encuentro explicación
a lo que tengo contigo
unas veces te maldigo
y otras veces, corazón,
lloro si no estás conmigo.

Es mucho el dolor de permitir que Candela y Rocío habiten en dos partes de su cuerpo: una en el sótano, otra en el zaguán. Es mucho el tesón por quitarse de la cabeza a la joven gitana renegada.

La petenera[7] estalla en el aire con acompañamiento de palmas de manos y él recuerda la voz de Candela diciendo:" Me ahogo, Farruco, me ahogo".

Deja el precio del vino en la mesa y se encamina a su casa. En el camino se cruza con Rocío y vuelve la cabeza para no mirarla, ciego por las palabras de la petenera:

---

[7] Palo del flamenco que se basa en una estrofa de cuatro versos octosílabos que se convierten en seis o más por repetición de algunos de los versos y el añadido de otro a modo de ripio. Durante varias décadas del siglo xx no faltaron tampoco leyendas sobre la mala suerte (el mal fario) que traía interpretar este estilo.

... que yo te lo he "dao" todo
y me dejas por cualquiera...

Cuando se acuesta junto a Candela, ésta busca su pecho con la mano. Él la cubre con sus dedos y dice: «Descansa, gitana; esta noche el fuelle dejará de ahogarte».

¡Maldita petenera!

MALENA BAJO LA LLUVIA

Juan Antonio Marín

© Juan Antonio Marín - Rioja (Almería)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

MALENA BAJO LA LLUVIA

El hombre del sombrero negro vio a través de la cristalera biselada del primer piso cómo Walter introducía lo que parecía ser un libro en un portafolio. Acto seguido lo vio hacer una llamada telefónica, al parecer no muy amable, por su forma airada de gesticular. Cuando Walter colgó el teléfono y se acercó a la ventana del despacho, saludó al hombre del sombrero que lo observaba con una breve inclinación de cabeza. Éste, sintiéndose descubierto, le devolvió el saludo.

Walter tiene su domicilio en el viejo San Juan de Puerto Rico, donde comparte su soledad con Literato, el gato que no sabe llorar. Desde la habitación principal se puede contemplar en su totalidad el tranquilo Parque Colon, contiguo a la Casa Rosada, hacia el este, en el tranquilo barrio de Montserrat. Walter se arrellanó en uno de los sillones que adornaban la habitación, frente a la puerta, como protegiéndose de cualquier inesperada intrusión. Mesó su larga y canosa melena con manos temblorosas que solo se relajaban cuando sostenían una copa de ron. Con la derecha palpó el escritorio para comprobar que el manuscrito seguía en su sitio, mientras contemplaba la luminosidad que entraba desde más allá de los amplios ventanales, desde los que se podía apreciar cómo el viento jugaba con las hojas de los árboles desprendidas al atardecer.

Walter, muy enfermo, apenas sale a la calle. La mañana del día anterior había recibido una invitación para acudir a la presentación de la nueva novela escrita por su viejo mentor: "Los gatos no saben llorar". El semblante de Walter se volvió más serio de lo habitual y su tez, ya de por sí blanquecina, palideció aún más. Su mentor y viejo amigo, con quien había compartido no pocas tertulias y muchas horas en talleres literarios hasta bien entrada la madrugada, había regresado.

El hombre que una vez convirtiera a Walter en el brillante y famoso escritor que es, desapareció sin ninguna explicación. A partir de aquel día Walter dejó de escribir. De ello hará un lustro, justo el tiempo que llevan sin verse. El mismo que ha pasado rodeado de libros, traducciones y prólogos en estrechos pasillos llenos de polvo de muchas librerías. Y fue en una de ellas donde una tarde de 1985 comenzó su locura. Su memoria empezó a recrear, con gran esfuerzo, la historia de Malena. Una historia que quería hacer desaparecer. Imagen a imagen se dejó abandonar por el recuerdo de un pasado que lo desconcertaba, en un movimiento en espiral que lo llevaba una y otra vez al borde de la desesperación. Y su mente retrocedió en el tiempo hasta el atardecer donde comenzó su desidia.

La puerta de la librería se abrió con lentitud y Malena apareció ante él con rostro sonriente. Su aspecto juvenil lo hipnotizó en el acto. Walter hacía dos meses que había llegado a San Juan para reencontrarse consigo mismo, huyendo de un

pasado que lo ahogaba. Ocupó su apartamento del barrio de Montserrat y se propuso impregnarse de la vida bohemia de tiempos pasados. Dormía de día y exprimía la noche en cafés y clubes, anotando en sus cuadernos todo lo que pasaba delante de su vida. Escribía sin cesar, pero no lograba encauzar ninguna historia porque su personaje principal aún no había aparecido. Hasta que una noche la vio pasear bajo la lluvia. La luz tenue de las farolas reflejaba su silueta en el brillo de las calles mojadas. Acabó el capuchino de un trago, dejó unas monedas sobre la mesa y se dispuso a seguir a esa muchacha que, como a él, también le gustaba caminar bajo la lluvia. Al salir de la cafetería, una ráfaga de viento y agua lo abofeteó. Entonces se dio cuenta de que había salido sin abrigo, así que buscó refugio en un pequeño local, la vieja librería llamada Martín Fierro que, con un antiguo rótulo, ofrecía libros de ocasión a un precio razonable. Malena se refugiaba de la lluvia bajo el dintel del viejo portón azul pero, al verlo resguardado en el zaguán del local, comenzó a caminar con decisión hacía él. Trataba de abrigarse del viento con un foulard negro que, al igual que su vestido de idéntico color, estaba empapado. Era joven, morena, delgada, llevaba el pelo suelto por encima de los hombros y cubierto con un gorro de lana rojo. Al llegar a su altura aceleró la marcha y después de pasar a su lado desapareció al doblar la esquina. Había dejado de llover. Y entonces supo que había encontrado la protagonista que se le resistía; aquella muchacha le inspiró y esa misma noche la dedicó a escribir un primer boceto: la historia de la muchacha que

salió de la nada para llenar el vacío de su soledad y desapareció bajo la lluvia. Imaginó que era una bailarina famosa, que daba clases de baile en el San Juan Resort & Casino y empezó a recrear una vida que, de alguna manera, sentía que formaba parte de la suya. Creó un personaje masculino inspirado en él, un joven escritor y profesor de música que la enseñaría a tocar la guitarra y el piano como los ángeles. La chica del gorro rojo se enamorará del profesor, pero este no le corresponderá, él abandonará el país y ella, despechada, se suicidará. Ya tenía pensado hasta el título: "Los gatos no saben llorar". Escribió hasta altas horas de la madrugada. A la mañana siguiente se encontró con la sorpresa de que los cuadernos estaban en blanco. Todo lo escrito durante la noche había desaparecido. Salió a dar una vuelta y por inercia caminó hasta la librería Martín Fierro. Estaba muy concurrida, llena de personas que deambulaban entre los montones de libros y estanterías sin tener muy claro que querían. Parecían figurantes ¡cómo en las películas! Llegó hasta la tienda y se dispuso a entrar cuando ella volvió a aparecer. La calle se vació de transeúntes. Sólo estaban los dos, Walter y Malena. Llevaba el mismo gorro rojo. Cargaba a su espalda una guitarra en su funda y sujetaba unas partituras en la mano derecha. Pasó a su lado de nuevo; una leve sonrisa apareció en sus labios entreabiertos y, como sucedió la noche anterior, desapareció al doblar la esquina. Su mente intentó reaccionar de manera cabal, la calle volvió a estar repleta de gente. Entró en la librería donde pasó casi toda la tarde entre antiguos

libros. Detrás del mostrador un hombre con sombrero negro atendía a dos clientes que estaban interesados en unos tratados de la época colonial española. Varias goteras indicaban que afuera llovía con intensidad. Cuando los dos clientes se marcharon, Walter se acercó al hombre del sombrero negro y le preguntó por la chica morena que cada día salía de esa librería.

—¿Qué muchacha? Aquí solamente trabajo yo y no conozco a ninguna joven de las características que usted indica.

Aquella muchacha a la que él puso el nombre de Malena se había vuelto una desconocida, pero no podía ser. Malena era su personaje principal, era la chica del gorro rojo que camina bajo la lluvia; imaginaba sus emociones, compartía sus sueños, sabía el color de sus ojos y una noche le había obsequiado una sonrisa. Todo en ella era real, y él iba perfilando, palabra a palabra, una vida que tomaba cuerpo en su mente y que imposibilitaba dejar de pensar en ella.

La voz del camarero le sacó de su ensimismamiento. Entonces descubrió que había escrito un cuaderno completo, que no estaba en ninguna librería y que se había enfriado el café que, intacto, permanecía en la taza. Pagó la cuenta y salió a la calle vacía y solitaria.

Durante semanas no pudo escribir, las mismas que no supo nada de la muchacha. Hasta que una tarde escuchó música en la calle. Se asomó a la ventana y allí estaba ella, sentada en la acera tocando su guitarra. Bajó con rapidez y la observó desde el portal. Llevaba puesto un jersey azul de

lana, el mismo con que la había soñado dos días antes, tal como lo había escrito. Siguió mirándola hasta que sus miradas se encontraron. Cuando ella lo vio se levantó, dejó la guitarra en el suelo y comenzó a correr hacia él para perderse entre la multitud que transitaba la calle.

Walter empezó a sentirse mal. Sintió cómo su cuerpo empezaba a desplomarse. Un dolor lo recorría, dolor que hubiese cambiado por las caricias soñadas, enredadas en su cuerpo, de su querida, Malena. Cerró los ojos y se vio caminando hacia la librería. La sangre le golpeaba las sienes galopando con furia hacia su cerebro donde le llegaba el sonido de una voz dulce, femenina; luego, murmullos de gente, ruidos de pasos de baile en un club, risotadas, incluso el sisear caliente del aire que salía de los antiguos ventiladores que colgaban del techo del casino que en el futuro sería su lugar de trabajo. Pero antes debía subir, por la escalinata adornada con una alfombra roja, al piso superior donde se pudo contemplar a sí mismo sentando al piano tocando, acompañado por una joven morena a la guitarra.

Abandonó el hospital quince días después. Parecía que todo había vuelto a la normalidad, hasta que un atardecer entró en su piso el gato que no sabía llorar. Llevaba un collar con un colgante en forma de clave de sol.

Walter entró a su despacho y saco de un cajón del escritorio el manuscrito. En la página doscientos veintitrés estaba escrita la escena cuando el gato que no sabía llorar se colaba por la ventana. Pasó un par de páginas más que

resultaron ser las últimas escritas y encontró un papel con una dirección manuscrita a la cual debía acudir. La dirección estaba en una calle desierta, donde el único edificio que sobrevivía le era conocido. Abrió el viejo portón de color azul y entró a una tienda que, antaño debió ser una librería. Su querida Malena estaba enfrente de él, organizando algunas partituras que con delicadeza puso dentro de una carpeta.

A pesar del rápido deterioro de su salud Walter terminó la historia de la chica del gorro rojo. Se inventó el supuesto futuro que a ella le hubiese gustado vivir. Una vez acabada se la enseñó a su mentor, que se sintió defraudado por la escasa calidad de la novela que, según él, envió a varias de las editoriales con las que mantenía relación. Algunas no quisieron publicarla y otras se negaron a aceptar siquiera el manuscrito.

Empezaba a llover sobre el viejo San Juan. Sonó el timbre, devolviéndolo a la realidad. El hombre del sombrero negro era quien llamaba a la puerta con insistencia.

—Es la hora, Walter, acompáñeme.

Walter abrió el portafolio y comprobó que su manuscrito seguía allí. Descolgó el teléfono y marcó el último número al que había llamado. Una voz de mujer le daba instrucciones.

El hombre del sombrero negro ayudó a Walter a bajar las escaleras y a introducirse en el coche que permanecía unos metros más abajo con el motor encendido. Veinte minutos después llegaban a la biblioteca pública donde iba a tener lugar el

acto de presentación del libro; ¡de su historia! Al llegar a la puerta principal, dos hombres vestidos con abrigos grises se dirigieron a él y cada uno se colocó a un costado. Su viejo amigo firmaba autógrafos y dedicatorias a todo aquel que lo solicitaba. No lo vio entrar, pero Walter sí lo tenía en su campo de visión. Cuando llegaron hasta él, uno de los dos hombres le mostró una placa que lo identificaba como policía y le entregó una citación del Juzgado. En ella se le acusaba de plagio, y suspendió el acto. ¡No se molestó ni en cambiarle el título al libro!

Malena lo observaba desde la escalinata, a la derecha del salón. Se echó su guitarra al hombro y desapareció junto al gato que no sabía llorar, escalera arriba.

Walter siempre había pensado que estaba loco. Lo sufrió en silencio. Pero estaba convencido de que su historia era real, a pesar de que le hicieron creer lo contrario. Llegó a luchar muy duro contra la rara demencia que desde hace años lo está consumiendo. Pero el estímulo que lo llevó a no abandonar fue Literato, el gato que no sabía llorar, quien le hacía compañía cada noche desde aquel atardecer que apareció con el colgante que Malena llevaba siempre al cuello. La felicidad es una quimera, pensó, mientras las palabras de sus libros se iban marchitando.

Relato ganador del segundo premio en el III Concurso de Relato Corto Rioja.

MAÑANA VOLVERÉ

Juan Antonio Marín

© Juan Antonio Marín - Rioja (Almería)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

MAÑANA VOLVERÉ

Buenos Aires. 1970

Me estoy sintiendo viejo
detrás del alba se va la vida.
Hoy me miré al espejo
y siento mi alma que está vencida.

Armando Puertas suele entonar la misma canción cada amanecer. Su voz, a consecuencia de tanto alcohol, ya no es aquella que lo hizo famoso. Él lo sabe. La noche es para algunos el preludio más romántico del día; pero también, es cuando la tristeza y la soledad desgarran el alma.

Armando actúa cada noche de sábado, en cualquiera de los cafetines del barrio de la Ribera o los del Bajo. La Queca lo acompaña al baile y el maestro Greco, al bandoneón. Armando, fracasado compadrito, está enamorado de la Queca y piensa que su talento como guitarrista y pianista, además de gastar buena percha, será suficiente para conquistarla. Después de cada actuación espera a la Queca, en la esquina de las calles Suárez y Nicochea. Ella siempre sale acompañada por el galán de turno.

Armando baja la mirada hacia el suelo, se levanta el cuello de su americana; acopla la funda de su guitarra al hombro y camina calle abajo en busca de algún bar donde pueda confundir la

realidad de su existir con los sueños perdidos. La suerte hace que entre en uno frecuentado por lunfardos; donde es reconocido. A cambio de unas copas, le piden que enseñe a la Susi, una española hija de emigrantes almerienses que es la novia del barman, todo el arte del tango. Para ellos es un honor la presencia de Armando.

El paseo, el corte, el medio corte, la media luna, la media vuelta, el ocho, el volteo, la tijera, la rueda, la marcha, el cruzado, la resbalada, la corrida garabito, la parada, la quebrada, el paso atrás, la corrida de chipé... se mezclan con el sudor y el humo de los pitillos.

Sale a la calle, necesita respirar aire fresco y es cuando ve pasar a la Queca montada en un típico descapotable americano, dejándose acariciar más de lo permitido.

Regresa al interior. La Susi vuelve a meterse entre sus brazos y piernas robándole un beso prohibido que Armando, en un principio acepta por necesidad, para arrepentirse acto seguido. Piensa en la Queca. Su mente lo traiciona. Armando la abofetea dos veces y la empuja con tal brutalidad que acaba tirada por los suelos. Armando busca impaciente algo entre su chaqueta. Navaja en mano se acerca hasta la Susi que, asustada, no logra controlar su llanto. Uno de los lunfardos que observa la escena echa mano del revólver;

Armando se protege amenazando con rajar el cuello de la Susi…

Almería, 2012.

Cuando visito Almería me gusta entrar por el puerto. La vista es preciosa con la Alcazaba en alto, vigilante y protegiendo la ciudad, con el mar a sus pies.

Desde hace una semana un fuerte viento se ha acoplado a la ciudad y el mar está más bravo que de costumbre. Quienes más lo han notado han sido los pescadores que llevan varios días sin poder faenar. Hombres valientes, de espíritu aventurero que miran impacientes que regrese la calma a la belleza de la Bahía de Almería donde los barcos anclados fondean las serenas aguas del puerto pesquero. Los veo sentados en algunos de los bancos del parque Nicolás Salmerón a la altura del barrio de Pescadería, o tomando una caña en Los Sobrinos. El día llega a su fin agotando las ilusiones al igual que la intensidad de la luz que, a partir de la víspera de San Juan, hace más bellos los atardeceres si se divisan desde el Faro del Cabo de Gata o desde el Faro de Mesa de Roldán y la noche amenaza con una lluvia de estrellas, mientras los delfines juegan con el reflejo de la luna en las cristalinas aguas de la playa de Mónsul.

Es julio, la semana cultural acaba de terminar: cine al aire libre, campeonatos de mus, dominó y, para los más atrevidos, una actividad de senderismo por las Alpujarras almerienses en tres etapas: Almería-Rioja, Gador-Canjayar y Canjayar-Alcolea.

Pero sin duda alguna, el plato fuerte fue la actuación de *La cumparsita*, como se suele conocer cariñosamente al ballet nacional de Buenos Aires, donde el tango fue el principal protagonista en todos sus aspectos. Tangos, tanto de la vieja guardia como de la nueva.

Y si hay alguien que conoce todo acerca del tango, así como cada rincón de nuestra provincia, es Néstor el feriante. Néstor llegó de Argentina hará unos treinta años, pero aún conserva intacto el acento argentino. Lo puedes encontrar al frente de su pequeña noria y su puesto de algodón dulce, en las fiestas de cualquier pueblo, tanto costero como del interior.

Néstor suele contar miles de historias y anécdotas acontecidas a través de tantos años como vendedor de ilusiones, tanto a los más pequeños como a los mayores. Sus favoritas son aquellas en las que participó como extra en varias películas rodadas en el Mini Hollywood y en el Rancho Leone en Tabernas donde se vanagloria de haber compartido mesa y alguna que otra juerga con algunos de los actores más celebres del cine mundial.

Pero la noche de la actuación de *La cumparsita*, un fantasma del pasado regresó más letal que nunca apenándole el alma. Una de las bailarinas era la viva imagen de una persona que creyó desterrada de un pasado que hasta esa noche creyó enterrado para siempre.

Al día siguiente fue y preguntó en la concejalía de cultura del Ayuntamiento de Almería y allí le informaron que la próxima actuación del ballet sería el próximo fin de semana en San José con motivo de las fiestas patronales. Tenía unos días para decidir si obviaba el pasado o si se dejaba arrastrar por él.

Aprovechó que tenía un par de días libres y se marchó hasta la villa turística de Laujar, le encantaba el contacto con la naturaleza cuando tenía que tomar cualquier decisión importante. Un poco de ciclismo y senderismo recorriendo Fondón, Fuente Victoria, Padules hasta llegar a Canjayar... y para reponer fuerzas un plato alpujarreño y vino de la zona.

En Canjayar acudió al ayuntamiento y solicitó información acerca de dos familias que emigraron a la Argentina en los años treinta a hacer las américas. Los Carretero y los Puertas. Supo que aún vivía una tía paterna que rondaba los ochenta y seis años, doña Alfonsina Puertas, antigua profesora de primaria que pasó parte de su vida laboral en Reus (Tarragona). El funcionario encargado del registro le comentó que era la

segunda persona que había solicitado información acerca de las mismas familias. Una chica morena, bastante atractiva, sin duda era argentina, por lo menos el acento lo confirmaba, quiso saber el origen de sus antepasados que remontaban de Canjayar.

Esa información lo entristeció aún más, sin duda era ella, lo supo la misma noche que la vio bailar, cuando el corazón le dio un vuelco y en esos asuntos, el corazón no suele fallar.

Agradeció al funcionario la amabilidad con que fue tratado y se marchó triste, cariacontecido y enfadado con un destino, que más que ayudarlo se había empeñado en amargarle la existencia.

Llegó el día esperado, Néstor se vistió para la ocasión, aunque nadie conocía su faceta de músico, por eso sorprendió que llegará acompañado de un bandoneón. Esperó a que la actuación hubiese acabado y entonces Néstor el feriante se transformó en Armando Puertas, el compadrito. De inmediato los componentes del ballet se acercaron a él y se dejaron llevar por el buen hacer de Armando, y entonces sus ojos se encontraron. Esa noche, Armando fue el auténtico protagonista de la velada. La muchacha se llamaba Eva, le pusieron ese nombre en homenaje a Evita Perón, su madre se llamaba Susana Aguirre y fue una bailarina famosa en Buenos Aires. De su padre no sabía nada, sólo le contaron

que un día desapareció. Supieron que estaba en España porque cada mes, de manera puntual y desde diversos pueblos o ciudades, les enviaba un tal Néstor López.

Como buen profesor, Armando le enseñó a Eva todo lo que sabía acerca del tango. Y se quitó una espina que desde hace mucho tiempo llevaba clavada en su alma, por fin había cubierto el vacío que durante años lo ahogaba con cada despertar. Caminaron por la playa, se sentaron en la orilla, ella se bañó mientras él la observaba sumergirse en el mar y recordó la primera vez que piso aquella playa.

Almería, 1970.

Sintió el vacío de su vida cuando descubrió que no tenía un nombre que gritar al viento. Salió en su búsqueda. La estela de los sueños lo llevo a San José. Conoció el mar, se sentó en la orilla y contempló la luna jugando con delfines entre las olas. Rezó para que una noche ella fuese junto a él a pronunciar su nombre.

MÁS ALLÁ DE MAR ADENTRO

Título original: Més enllà de mar endins

José García Montalbán

Hay días en los que el mistral del otoño cambia de rumbo, como si de pronto volviera hacia atrás, arrepentido por no haber acariciado la dorada arena de la playa con la acostumbrada delicadeza. Pero al dar media vuelta, su fuerza crece y crece empujado por el mar. Es entonces cuando lo conocemos como levante.

© José García Montalbán

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

Capítulo primero

El rugir del levante.

La mañana había despertado luminosa y con un cielo azul, limpio, sin una nube en toda la amplitud que la vista abarcaba. Al abrigo del mistral que ofrecían las casas del puerto, Sisquet, un niño de carácter introvertido con aspecto de gitanillo, volteaba las estrellas de mar que su padre había dispuesto sobre la barca de pesca para que se secaran al sol y a la brisa. Más tarde, el niño las colgaría en la fachada de su casa que, como el resto de las viviendas, miraban hacia la línea azul del horizonte.

Siempre solitario en su barquita, mientras su padre dormía y la madre lavaba la ropa a la puerta de casa en un barreño, contemplaba a lo lejos a los niños y niñas del barrio marítimo que jugaban junto a la vieja torre de defensa, conocida como la «Torre de los Moros», en incansable algarabía.

—Sisquet, ven a jugar con nosotros. —Marina le hacía señas con las manos, vestida con un babi largo a cuadros.

Él, levantando la cabeza por encima de la barca, contestó tímidamente con sus gestos que no, como si se avergonzara, y marchó hacia su casa.

—No entres, tu padre está durmiendo —le pidió su madre.

El niño hizo un movimiento de cabeza, de un lado a otro, para confirmarle que de ninguna manera entraría en casa hasta la hora de cenar, sobre las seis, cuando su padre se levantara.

—¡Vete a jugar con los otros niños! —le recriminó su madre—. O, mejor, coge el cubo y tráeme agua de la Fuente de las Balsas. —La mujer, agachada, restregaba una y otra vez la ropa sobre la tabla de lavar.

Con su manera de gesticular, Sisquet decía que no tenía fuerza suficiente para traer el cubo lleno desde la lejana fuente situada a las afueras del barrio.

—Está bien, déjalo, ya iré yo. ¡Dios mío, qué paciencia! —dijo ella alzando la voz.

Él lo notó. Lo vio en su cara, y unas lágrimas amargas le humedecieron los ojos bajo las gafas. ¿Por qué era diferente de los otros niños? ¿Qué había hecho mal en la vida para que esta le negase el don de oír y, por este motivo, el don de hablar que el resto de sus compañeros sí tenían? ¿Por qué era pequeño y débil, sin fuerza en los brazos? ¿Por qué él y no otro?

El modesto barrio marítimo se sumía en su cotidiana quietud, ajeno al despliegue de las tropas y las luchas en otras zonas del territorio. La guerra civil continuaba de manera salvaje su poder destructivo, sembrando la muerte y el dolor. Unos meses antes, el pueblo había sido bombardeado por primera vez, causando varios muertos, destrozos y mucho miedo. A todo lo

ancho del país, la guerra llevaba más de un año de ataques aéreos, desembarcos y luchas cuerpo a cuerpo.

En la tranquilidad del puerto, los niños desconocían la gravedad de la situación y continuaban con sus juegos; mientras, sus padres, con el riesgo de ser bombardeados por sorpresa en cualquier momento, marchaban cada día a las saladas aguas en busca del alimento que permitiera a sus familias la alegría de comer alguna cosa, aunque fuesen unas sencillas sardinas asadas.

***

El refugio portuario estaba abrazado por dos muelles en construcción. El mayor quedaba a estribor, saliendo por la bocana que aún no estaba completamente definida, y protegía las embarcaciones del temporal de levante, el que más daños solía ocasionar.

Las casas blancas de los pescadores —en su mayoría de dos plantas—, sometidas al deterioro del sol y la humedad del viento salobre, se alineaban unos metros por encima del nivel del agua. Frente a ellas, el terreno descendía en suave pendiente, con un suelo de arena, guijarros y restos marinos, hasta un muelle de amarre.

Cada día, excepto los domingos en los que las familias asistían a misa por la mañana, las mujeres de los pescadores reparaban las redes de pescar, extendidas en la dársena para secarse,

que cosían pacientemente sentadas en unas sillas bajas con el asiento de anea.

En la parte contraria del puerto había una playa pequeña conocida como el Sorral, y en la zona central, en unas atarazanas de dimensiones reducidas, los carpinteros tenían siempre alguna barca en construcción; un lugar donde también se reparaban y limpiaban las embarcaciones.

Entre las barcas amarradas al muelle, destinadas a la pesca con luz, había otras más pequeñas con fanales de carburo. Una de estas barquichuelas auxiliares pertenecía a Francisco, padre de Sisquet, y marido de Rosa. Vivían en un habitáculo humilde situado en la planta baja de una de las casas frente al embarcadero. A parte del comedor y la cocina, la vivienda disponía solo de un dormitorio. Mientras Sisquet fue pequeño durmió en la habitación de los padres; pero al crecer, su madre le habilitaba cada noche una litera en el comedor.

Rosa era hija de pescadores, nacida en el pueblo. Un día se enamoró de un joven que trabajaba en las atarazanas, rascando la broma marina adherida a la carena de las embarcaciones o dando manos de pintura. Era una muchacha alta y delgada, con el cabello largo de color negro y ligeramente rizado, de piel morena y sonrisa agradable. Con una mirada misteriosa que recordaba la que tienen las mujeres del sur.

Francisco procedía de Tabarca, una minúscula isla frente a la costa de Alicante. Quedó huérfano siendo un chiquillo a causa de una enfermedad mortal que sufrieron sus padres. A sus hermanos y

hermanas los distribuyeron en casas de familiares, pero él prefirió marchar a la aventura. Se embarcó de grumete en un buque de cabotaje anclado en el puerto de la ciudad. De esta manera, el niño aprendiz de marinero, lavando platos y ayudando en las labores de abordo, fue a parar a la población pesquera donde conoció, años más tarde, a Rosa; con quien se casó y con la que tuvo un hijo, Sisquet: un niño enfermizo y débil que el destino quiso que fuera sordomudo.

Francisco, un hombre rudo de piel curtida como la gente del mar; de pelo rubio, fuertes brazos y manos grandes; robusto y atractivo, no comprendía cómo de su semilla había salido un hijo tan diferente a él. A pesar de ello, era su padre, lo quería con locura y era capaz de hacer lo que fuera por él.

Algo más tarde, Sisquet volvía a su refugio, a su barca, mientras los niños continuaban con sus juegos cotidianos. Las escuelas habían cerrado. Eran tiempos de guerra; a pesar de que, en la luminosa mañana, no se viera ningún avión surcar el cielo, dispuesto a dejar caer su carga destructiva sobre la población.

Las horas pasaban con lentitud. Sisquet, sentado en la cubierta de la barca, observaba la «Torre de los Moros». La emblemática construcción situada en mitad del puerto, con sus reminiscencias defensivas ante la piratería de tiempos pasados, miraba al mar con la serenidad que da la piedra envejecida y la experiencia de los siglos.

El puerto estaba en calma. Las barcas de arrastre habían salido temprano y las de la luz, tras iluminar la oscuridad nocturna con sus fanales encendidos, descansaban en la tranquilidad del recinto portuario.

El niño las miraba y recordaba pensativo las palabras de su padre que había memorizado: «La mar tenemos que respetarla siempre, sobre todo cuando nos enfrentamos a su poder y a su fuerza».

No era consciente del alcance de aquella frase. Para él, la ilusión de su vida era poder salir a pescar.

Un día, su padre le hizo un regalo especial y se lo llevó de pesca por la noche. La sensación de bogar en la oscuridad le resultó extraña. Parecía que de pronto surgirían del negror enormes peces que, abriendo sus bocazas, devorarían la barca y a sus ocupantes.

En otro momento, con el continuo vaivén, el niño imaginó que llegaría una ola gigante, como las que veía a veces saltar por encima de la escollera, y volcaría la débil embarcación.

Eran los acostumbrados temores infantiles. Sisquet sabía con certeza que tan cerca de la costa no llegan los peces enormes que vagan por alta mar. Por otro lado, si a su padre nunca le habían atacado, ¿por qué tendrían que atacarle a él?

Sí, ya lo tenía claro y decidido. Cuando fuera mayor saldría a pescar solo. Cogería tantas sardinas que impresionaría a su padre, que orgulloso le dedicaría una sonrisa de complicidad.

Después las enseñaría a su prima, Marina. Una niña encantadora a quien convertiría en su pareja, en su novia, cuando fuese mayor. En sus fantasías infantiles se lo había declarado muchas veces, sujetando su mano e introduciendo en el dedo un anillo de prometidos. ¿Lo aceptaría ella como novio a pesar de su deficiencia auditiva? No lo tenía muy claro. De hecho, nunca se lo había preguntado. Su relación se limitaba con frecuencia a largos silencios. Toda su vida era un continuo silencio... Pero Sisquet, consciente de que sus deseos quizá nunca se harían realidad, prefería seguir soñando, con el mar ante él como cómplice de sus sueños.

Miraba a la lejanía y a continuación cerraba los ojos con fuerza para poder ver, en aquella explosión de nubes que se formaban en sus pupilas, el futuro que imaginaba. Luego, ilusionado, comenzaba a formar con conchas un corazón sobre la cubierta de la barca.

«Por qué cuando quieres a alguien se dibuja un corazón» —se preguntaba, y un sinfín de respuestas acudían a su mente. «Pues, será porque el amor sale del corazón». Pero, ¿qué cosa es el amor? ¿Sería aquella atracción que sentía hacia su prima? No, no podía ser tan fácil y sencillo. El amor solo existe cuando dos personas unen sus labios con pasión. Sus padres lo hacían. Ellos se querían de verdad. Cada mañana, cuando su padre volvía de pescar, lo primero que hacía era besar a su madre.

Y después de formar un corazón interior, luego otro más grande, y a continuación otro más

grande que el anterior, hasta donde el brazo le alcanzaba, los castillos de sus sueños se hacían más y más grandes. Pasado un rato, recogía con lentitud las conchas y las ponía dentro de una caja de madera, donde guardaba también todas sus ilusiones.

En el lejano azul se veían las barcas pescando. Unas, con velas; otras, con ruidosos motores. Era consciente que vivía cara al mar y de espaldas al pueblo, situado unos cientos de metros hacia el interior. ¿Cómo era posible que los niños del pueblo ignorasen el mar y nunca viniesen a jugar con ellos? Solo los domingos por la mañana se les veía pasear por los muelles, acompañados por sus padres y todos bien vestidos; pero nunca se acercaban al atardecer, cuando el sol rojizo se esconde poco a poco tras las montañas.

¿Qué les costaba bajar corriendo por la riera que discurría junto al pueblo para encontrarse con los niños del barrio marítimo? ¿Cómo podían vivir ignorando el mar y cómo podían ir a la cama cada noche sin sentir aquel olor tan particular que tienen los puertos? Sin sentir esa mezcla de olores entre el pescado fresco y las escamas resecas al sol; entre el humo de los motores de las barcas que queman un gasoil negro y el olor a brea que cubre las cuadernas de las embarcaciones; entre el aroma del aire salino y la humedad que se respira en el crepúsculo vespertino; cuando el viento se ha calmado después de esconderse entre la luz de los faroles de las calles del pueblo, y la leve oscuridad de las callejuelas del puerto…

Aquellos niños no veían cada mañana, como él, aparecer el sol con la luz suave del amanecer, cuando su padre regresaba de pescar toda la noche.

¡Qué inmenso era el mar! ¿Cuánta agua contendría y cuántos peces albergaría en sus profundidades? Y si todas las aguas de las tormentas iban a parar allí, bajando por las rieras hasta el mar, ¿por qué era salado si el agua de lluvia no tiene sabor?

En una ocasión se lo preguntó a su padre, que le respondió con un bonito cuento:

«Un joven pescador que se había internado muy adentro en el mar para pescar, notó como las redes pesaban más que de costumbre. Cuando pudo subirlas a la barca, después de grandes esfuerzos, comprobó que había pescado una joven sirena de cabellos dorados que, profundamente dormida, no era consciente de encontrarse fuera del agua. Al despertar, muy asustada, le rogó al pescador que la dejara marchar; ella, a cambio, le cantaría unas melodías preciosas cada vez que se lo encontrara en alta mar.

Pero el pescador le pidió que se quedara con él para siempre. Eso no es posible, le contestó ella, temblorosa de miedo. Soy la única hija del rey de los mares. Mi padre se encuentra solo y está envejecido; déjame volver con él, por favor.

El joven no estaba dispuesto a dejar marchar a la bella sirena y quería quedársela para siempre. La situó con delicadeza en la sentina de la barca y comenzó a remar con fuerza hacia la costa.

Pero ignoraba que las sirenas no pueden pasar mucho tiempo fuera del agua. Las preciosas escamas de su cola, de colores verdosos y plateados, se secaron poco a poco y, lentamente, la sirena murió.

La tristeza del pescador fue muy grande cuando comprobó que la sirena estaba muerta. La depositó con suavidad sobre el agua, arrepentido por no permitirle marchar.

Pero el dolor de su padre, el rey de los mares, todavía fue mayor cuando conoció la triste noticia. Continuó llorando y llorando la pérdida de su hija durante mucho tiempo; mientras, el pescador, entristecido por su egoísmo, hacía lo mismo cada vez que salía a pescar.

Tantas fueron las lágrimas derramadas, que el agua del mar que antes era dulce, se convirtió en salada para siempre». (Inspirado en el cuento de Oscar Wilde: El pescador y su alma).

Sisquet observaba aquella llanura que le atemorizaba y se hacía más y más preguntas en su mente: «Si el agua es una cosa transparente, ¿por qué su color se veía azul?».

Era precioso ver cómo las velas de las embarcaciones se alejaban de la costa, surcando las crestas blancas de las olas; o aquel fastuoso bajel que se divisaba en la lejanía. ¿Qué sucedería si al hacerse oscuro no hubiese arribado a puerto? ¿Sería engullido por las tinieblas?

Su padre salía a pescar por la noche, pero siempre se mantenía cerca de la costa; además,

su barca tenía luces: unos fanales que iluminaban el fosco mar nocturno, como pudo ver la noche que lo acompañó a pescar.

La vista perdida en el horizonte e inmerso en su soledad, el niño continuó con sus pensamientos, como hacía cada día excepto los domingos, cuando su madre lo vestía con su mejor ropa para ir a misa a rogar a san Pedro, el patrón de los pescadores.

***

Al comienzo de la tarde, el ligero mistral que soplaba por la mañana se había calmado. Un agradable sol lucía toda su intensidad y se reflejaba en el agua en incontables destellos. Sisquet, sentado sobre la barca, comía el bocadillo que su madre le había preparado. Dejaba caer las migas al agua y lanzaba de vez en cuando algún trozo de pan. Luego se tumbaba boca abajo para observar la lucha entre los diminutos peces por comerse el pan, y la rapidez como nadaban. Pronto cumpliría siete años y él también lo haría. Su padre le prometió que, cuando pasara el invierno, le enseñaría a nadar en la zona protegida del Sorral.

Marina, la prima hermana de Sisquet, de edad parecida a la del niño y también hija de pescadores, caminaba descalza por la pendiente situada frente a las casas. Saltaba de piedra en piedra como si se tratase de un juego de equilibrio. Saludó con la mano a Sisquet y se

acercó. Él le preguntó a su manera, con gestos, si no había comido todavía.

—No. No me gusta lo que hay para almorzar —respondió la niña.

Sisquet mostró las palmas de las manos e hizo un rictus de curiosidad. Luego fijó la vista en los labios de ella para comprender lo que decía.

—Lo de siempre, pescado.

El niño separó las manos para preguntar si era grande.

—No. Cangrejos, sopa de cangrejos… ¡Buah!

Sisquet le ofreció el panecillo con tortilla, por si quería un trozo. Marina se encogió de hombros. Entonces, el niño le indicó que esperara un momento. Desligó la cuerda que amarraba la barca al pequeño noray del muelle y, con sus pocas fuerzas, tiró de la cuerda para acercarla al borde. Marina accedió de un salto a la embarcación y se sentó en un lateral con las piernas colgando sobre el agua. Sisquet amarró como pudo de nuevo la cuerda a la barca, se situó junto a la niña y le dio parte de su bocadillo.

Siempre habían sido buenos amigos. Marina era la única persona entre los niños del barrio que, con la gesticulación corporal y los labios, era capaz de hacerse entender y entenderle.

Los dos continuaron en silencio, mordían el pan y observaban los peces en el agua. La madre de Sisquet los vigilaba de vez en cuando a través de la ventana del comedor. De pronto, la niña se puso de pie sobre la barca y preguntó:

—¿Tú qué crees que hay allá, detrás de aquella línea azul?

El niño también se levantó. Miró a través de la bocana hacia la lejanía y contestó con un movimiento de manos a la altura del pecho, como si nadara.

—Sí, ya lo sé que hay agua —exclamó Marina—, pero mi padre dice que más allá de aquella raya hay una isla muy grande, con pueblos como este, con casas y con barcas.

El niño asintió con la cabeza. Luego, señaló su barca e hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Con esta no, claro —confirmó ella—, pero con una más grande como aquellas de arrastre, sí que se puede llegar. ¿Son tuyas las estrellas de mar?

Sisquet respondió afirmativamente.

—Son preciosas. ¿Me regalas una?

El niño extendió las manos para indicarle que cogiera la que gustase. Ella se decidió por una pequeña, que era diferente del resto de las estrellas.

—Bueno, tengo que irme a casa. De postres había manzanas, pero mi madre me ha dicho que si no me acababa la comida, no tendría postre.

Sisquet volvió a desligar la cuerda, tiró de ella y acercó la barca al muelle para que Marina pudiera saltar de nuevo. El esfuerzo realizado lo dejó sin fuerzas para volver a enrollar completamente el cabo a la barca. Le dio un par

de vueltas y optó por hacerlo más tarde, cuando se hubiera recuperado. La niña le hizo un gesto de adiós y el niño se sentó en el fondo de la barca para continuar con sus pasatiempos en soledad.

***

A media tarde, una ligera brisa de mar comenzó a soplar como presagio del cambio de tiempo que pronto se produciría. El aire adquirió un tono grisáceo. Las nubes oscuras procedentes del mar se arremolinaron sobre la comarca, encapotando el cielo con un gigantesco sombrero hasta las montañas cercanas. De repente, se escuchó el retumbar del trueno que hizo vibrar los cristales de las casas. Rosa miró por la ventana para asegurarse que Sisquet no se encontrara en la barca. Estaba claro que se acercaba una tormenta y, al no verlo, pensó que habría marchado con Marina, a casa de su hermana.

En poco tiempo, un aguacero, acompañado de incesantes relámpagos y fuerte viento, se abatió sobre la costa. El color blanco de las gaviotas, que se esforzaban por mantener el vuelo, contrastaba con el fondo negruzco del cielo. El mar se encrespó y adquirió un tono amarronado, y las olas comenzaron a romper por encima de la escollera para ir a morir dentro del puerto.

La noche se había avanzado súbitamente y la oscuridad se hizo cada vez más profunda. Los continuos relámpagos, que iluminaban todo durante segundos, parecían fantasmagóricos faros que girasen enloquecidos. En solo unas horas, la

placidez de la mañana había desaparecido, y la furia de la naturaleza se mostraba implacable y sin control; como una lucha feroz de gigantes, entre el cielo, el mar y la tierra.

Poco a poco la precipitación ganó en intensidad, las gotas de lluvia se hicieron cada vez más grandes y su fuerza más portentosa. Las olas que saltaban por la escollera, convertidas en espuma blanca tras golpear contra las rocas, aportaban al ambiente un fuerte olor de algas y de mar, que terminó por cubrir el suave aroma que desprende la lluvia al caer sobre el terreno seco.

La fuerza del levante bramaba sin cesar y se colaba por las grietas de las ventanas y puertas. Mientras tanto, Sisquet, atemorizado, se había refugiado en el fondo de la barca. Buscó la tapa de la trampilla para evitar que entrase el agua, pero no la encontró sobre la cubierta de la embarcación. Recogió las estrellas de mar para que el temporal no las arrojara al mar y las guardó en el interior del bote, junto a las redes y otros aparejos de pesca. Estaba atemorizado por las vibraciones de los truenos y por los relámpagos.

El niño no se dio cuenta, pero la barca bailaba sobre el agua, acompasada por el sonido del vidrio que emitían los cuatro fanales que llevaba. Parecía realmente que el cielo hubiera abierto sus compuertas.

***

El ensordecedor ruido del granizo comenzó a golpear sobre los cristales de las ventanas. Rosa, entre tanto, preocupada por el niño, esperaba que encalmase un poco. Media hora más tarde, el fuerte viento comenzó a menguar y la lluvia a caer con menor intensidad. Fue entonces cuando Rosa, con un mantón de lana sobre la cabeza, marchó a casa de su hermana Carmen, a recoger a Sisquet. Pero… allí no estaba el niño. Sorprendida y asustada empezó a buscarlo bajo la lluvia, con la leve la protección que las casas le ofrecían. Su sobrina Marina le comentó que la última vez que vio a Sisquet estaba dentro de la barca, jugando con sus estrellas de mar.

Rosa observó las embarcaciones, concentró su mirada en un punto concreto, y sin acabar de creer lo que sus ojos veían, exclamó: "¡Dios mío!". Aquel vacío en el muelle… Después de acercarse para comprobar sus temores, corrió entre las piedras hacia la casa. Sujetaba el mantón y llevaba las manos apretadas contra el pecho, temiendo una desgracia.

—¡Francisco, levántate, rápido! La barca no está en su lugar, probablemente ha golpeado contra el muelle y se ha hundido; y no encuentro a Sisquet. Pensaba que se encontrase en casa de mi hermana, pero allí no está. La última vez que lo vieron estaba en la barca.

Francisco se levantó de un salto, se vistió de cualquier manera y marchó corriendo hacia el embarcadero. La cuerda seguía allí, con el lazo alrededor del noray, pero su barca no. Miró hacia abajo y vio algo que relucía entre las piedras. Sin

pensarlo dos veces, se lanzó al agua y consiguió hacerse con el objeto. Eran las gafas de Sisquet. Un sentimiento de impotencia se apoderó de él. Volvió a sumergirse para buscar en la oscuridad la barca afondada. Su cuerpo temblaba. «Mi hijo podría estar aquí, a punto de ahogarse —pensaba—, o quizá ya es demasiado tarde… Dios mío… ¡no!, no quiero imaginarlo».

Mientras, alertada por los gritos de su hermana, Carmen se había acercado al muelle. Al conocer la desgracia, fue corriendo a avisar a su marido, a quien explicó lo sucedido en pocas palabras. Él, sin esperar un momento, marchó hacia su barca amarrada siempre junto a la de Francisco; abrió los conductos del acetileno de los fanales y los encendió. Instantes después, la claridad de la luz iluminó el vacío dejado por la embarcación desaparecida.

Francisco se sumergía una vez tras otra en el agua fría. Hacía pausas para tomar aire y volvía a bajar a la oscuridad del fondo donde solo encontraba fango, hierros oxidados, redes viejas y piedras.

Rosa, entre llantos, abrazada por su hermana, esperaba el desenlace. Mientras tanto, la gente que vivía en el barrio marítimo se acercaba al lugar alertados por los vecinos, bajo una lluvia insistente y un cielo plomizo y macabro.

***

Mucho antes, la barca de Francisco, después de desligarse y pasar un buen rato balanceándose

como una cáscara de nuez en el centro del puerto, fue arrastrada por el viento y las corrientes, que finalmente acabaron por empujarla hacia la bocana del puerto, golpeando su quilla contra las rocas para luego ir a parar fuera del pequeño recinto portuario, donde quedó a merced de los elementos.

Sisquet, atemorizado, refugiado en el interior de la barca y escondido entre las redes de pesca, cerraba los ojos para no ver los relámpagos. No fue consciente de dónde se encontraba hasta tiempo después, cuando calmó la tempestad. Unas luces tenues se veían entre la neblina, dispersas en la lejanía, que centelleaban y destacaban sobre el perfil del litoral. Fue entonces cuando comprendió lo que había sucedido. El recinto portuario se encontraba lejos y, entre el puerto y la barca, un mar removido y encrespado se extendía ante sus ojos, a su alrededor. Asustado, se puso a llorar amargamente. Poco después, completamente mareado, se acercó al borde de la embarcación para vomitar el reflujo que le venía desde lo más profundo del estómago; mientras, el atardecer comenzaba lentamente a cubrirlo todo con su aliento gélido y neblinoso.

Capítulo segundo

Mar adentro.

El sol emergía con timidez del abismo y reflejaba sus rayos en la inmensidad sin fin. Agua a un lado y a otro, hasta donde la vista alcanzaba.

El mar y la barca se acariciaban mutuamente sobre las olas rizadas, entre ligeros murmullos, con suavidad, susurrando; como la madre que mece a su bebé, con ternura, delicadeza y amor.

Poco a poco, la madrugada se convirtió en día, y el astro rey sorprendió a la barquichuela, insignificante y perdida, en una llanura infinita que solo se podía percibir desde lo alto en toda su extensión.

Las corrientes y el terral que soplaba suave empujaban la barca cada vez más lejos de tierra firme, hacia adentro, donde residen las feroces bestias de las leyendas escondidas en las profundidades. Allí es donde también se cree que viven los antiguos dioses de una mitología olvidada, ocultos en los abismos tenebrosos; habitantes de vetustas naves afondadas que duermen su sueño eterno sobre un lecho de arena y praderas de posidonia.

A babor y a estribor, a proa y a popa, la grandiosidad del color sin límites asustó a Sisquet cuando sacó la cabeza por la escotilla de la barca. Había llorado tanto aquella noche que por sus

mejillas ya no resbalaban las lágrimas. Apoyó los brazos sobre la madera envejecida por la sal y miró hacia lo lejos, convencido que aquella lejana isla de la que Marina le habló, se haría visible de un momento a otro. Las palabras de la niña, memorizadas en su cerebro, se lo recordaban: «Mi padre dice que más allá de aquella raya hay una isla muy grande, con pueblos como este, con casas y con barcas». Tenía la convicción de que no le dejarían morir. Un aliento de supervivencia le decía que, antes o después, aparecería la isla, y que los lugareños lo devolverían a casa de sus padres. Dirigió la mirada hacia el fondo del mar que era oscuro y profundo, de un azul intenso, y sentado en la cubierta para no verlo, dejó pasar la mañana.

De vez en cuando acercaba sus labios al borde cortante de un bote que contenía agua de lluvia mezclada con la sal omnipresente. No le calmaba la sed, todo lo contrario, le hacía beber más, pero era lo único que podía hacer para aplacar el deseo y mantener los labios humedecidos.

De pronto, como si se le hubiera formado un agujero en el estómago, apareció el hambre. Sisquet observó las estrellas de mar que flotaban en el interior de la barca en su consumada agonía. Cogió una y se la llevó a la boca. Ya conocía el olor desagradable de las cosas mortecinas que con el paso del tiempo el mar purifica. Hizo varios intentos hasta que por fin la náusea perdió la batalla ante la apetencia. Masticó la materia dura

y pestilente una vez y otra hasta que, convertida en una pasta blanda y triturada, se la pudo tragar.

***

El día transcurrió tedioso, desesperante, y a la caída del sol el niño se despidió del atardecer. Imaginó que sería la última luz que vería en su vida. Al dormirse, los monstruos marinos de las profundidades sacarían sus largos tentáculos y lo devorarían. De todas maneras, aquello podía ser tan solo un sueño, tenía que serlo. Antes o después despertaría. No podía creer que iba a morir. ¿Es que nadie se preguntaría, llegada la noche y sin regresar a casa, dónde está Sisquet? El niño recordaba las palabras de su padre y comprendía su significado real: «El mar tenemos que respetarlo siempre, sobre todo cuando nos enfrentamos a su poder y a su fuerza». También se acordaba que a veces, acompañado por otros niños, se había sentido enormemente solo en su mundo. Perdido en la inmensidad, en el silencio total como siempre había estado, volvía a sentir la soledad. Era consciente que el dolor era la prueba palpable de que continuaba vivo. Nunca perdería el convencimiento de sobrevivir y, por supuesto, no se daría por vencido.

Recitó con sonidos casi inaudibles, entre temblores y con las manos juntas, la oración que aprendió día tras día de su madre: «Ángel de la guarda, dulce compañía, no me dejes solo ni de noche ni de día; no me dejes solo, que me perdería».

El sol, surgido de los abismos por la mañana, convertido en una gran bola de color rojo, volvió a sumergirse. Lentamente, el cielo y el mar se convirtieron en una sola cosa. La luna, perezosa aquella noche, no había empezado su guardia, y la barquita prefirió sosegarse al aprovechar que el viento se había calmado. El niño, atemorizado, cansado y hambriento, se recostó de nuevo entre las redes de pescar con las que formó una pequeña cama y se cubrió con la chaquetilla de lana que su padre guardaba en la barca. Los ojos le escocían; mojaba su mano en el agua estancada en la sentina para pasarla por los labios resecos. Tanta era la calma y la quietud reinantes, que sus miedos y temores acabaron por desvanecerse.

¿Volvería a ver a sus padres? No pudo evitar unos gemidos de angustia al pensar en ellos. En su aislamiento, gritó sin saber si aquellos lamentos los escucharía alguien y si realmente habían salido de su garganta. Convencido de lo inútil que era esforzarse en chillar o llorar, se arrebujó porque el sueño le vencía; hasta que, con la cabeza apoyada sobre las manos juntas, se durmió.

Horas después lo despertó una tenue luz blanca que entraba por la escotilla. Tenía la boca seca y mucha hambre. Recordaba que entre sueños había llorado con espasmos temblorosos de frío y soledad. Se asomó y vio que la luna se reflejaba sobre el espejo del agua y se convertía en miles de lunas que bailaban al unísono. Unos delfines traviesos saltaban como si desearan jugar

con el astro blanco, inalcanzable, colgado en lo alto. Sisquet, con la vista borrosa, los observó largo rato, mientras una ligera sonrisa se dibujaba en sus labios inocentes. Imaginaba que era con él con quien querían jugar aquellos peces tan grandes. Pensó que el día que su padre le enseñase a nadar, iría tras ellos para compartir la sensación de deslizarse en el agua. Miró al firmamento, en el que incontables puntos luminosos se encontraban colgados de una cúpula gigante. De vez en cuando, alguno de esos puntos se desprendía y volaba de un extremo al otro del cielo, dejando tras de sí una preciosa estela resplandeciente. Quedó extasiado al contemplar toda aquella luz difuminada que con su claridad ocultaba las sombras. No había sombras que lo atemorizaran, y convencido se volvió a recostar en su rincón para terminar de afrontar la segunda noche.

***

Pasadas unas horas despuntó el nuevo día. Sisquet sacó la cabeza por la escotilla cuando el sol se encontraba ya alto. De nuevo, la calma y la soledad infinita le acompañaban. Algo reclamó su atención en la lejanía. Unas gaviotas escandalosas peleaban entre ellas y en su revolotear volvían de nuevo al mismo lugar, donde flotaba algo. Agarró con las dos manos uno de los remos sujeto al escálamo y probó a bogar en aquella dirección. La pala y el agua pesaban como el plomo; tras enormes esfuerzos, solo consiguió que la barca girase sobre sí misma. Volvió a intentarlo, pero fue

inútil. Contrariado, decidió esperar por si el azar acercaba la barca hasta aquello que hacía enloquecer a las gaviotas. Sentado sobre la cubierta dejó pasar el tiempo, hasta que observó que las aves se posaban sobre los fanales y lo miraban expectantes. Además, la cosa que flotaba lejos, parecía aproximarse cada vez más. Hasta que pudo divisar que se trataba del caparazón de una tortuga. Lo acercó con la ayuda del remo y alargó los brazos para poder atraparlo. Al cogerlo, el armazón se dio la vuelta, de forma que quedó a la vista su cuerpo deshecho y lo que un día fueron las extremidades. Ante la imposibilidad de subirlo a la barca, Sisquet cogió un cordel, hizo un lazo y probó a sujetar la tortuga por una de sus patas. Una vez conseguido, fijó el extremo del hilo a la proa de la embarcación, con la intención de izarla a bordo una vez repuesto del esfuerzo. No le resultó fácil pero consiguió subir el caparazón a la barca. El niño miraba la carne blanquecina y deshecha. Arrancó una tira y la llevó a la boca. La textura gelatinosa le produjo náuseas en un primer momento, pero poco a poco se familiarizó con el gusto. El sabor era salado y continuaba siéndolo después de enjuagar la carne en el agua de la sentina; pero le calmaba el hambre, aunque le aumentase la sed. Cogió de nuevo el bote que tenía en el interior de la barca y bebió del líquido cada vez más sucio y salado, a causa de las infiltraciones del agua de mar por las juntas de las cuadernas.

Un griterío de gaviotas se formó sobre la embarcación. Sisquet no lo notó hasta que el revolotear de tantas aves le llamó la atención. No estaba dispuesto a compartir la poca comida que tenía y, sin desatar el cordel de la embarcación, lanzó la tortuga de nuevo al agua, procurando que su caparazón quedase hacia arriba, e impedir que las aves marinas le robasen su alimento. Sin proponérselo, había hecho lo más conveniente, pues de esta manera, la carne se conservaría medianamente con el agua salada. Así, cada vez que tenía hambre, hacía un esfuerzo y subía de nuevo la tortuga a la barca para arrancar un trozo de carne y comérselo.

Las horas pasaban lentas, con una sensación de total impotencia. Los ojos le escocían cada vez más y su boca parecía que no existiera. Sentía la sensación de frío y calor al mismo tiempo. Tras estornudar, un líquido viscoso goteó sin parar de su nariz. Se enjuagó con agua y, tumbado boca abajo sobre la cubierta, a pleno sol, cruzó los brazos por debajo de la cabeza.

No supo cuánto tiempo pasó, hasta que el helor del atardecer le despertó. Se encontraba débil y le dolía todo. Alzó la vista para mirar a un lado y a otro y buscar en la lejanía la isla perdida. ¡Nada! Solo agua en la total inmensidad. Un azul de diferentes tonalidades roto de cuando en cuando por el blanco espumoso de una onda perdida; un mar sereno, desmesuradamente vasto, sin final.

***

Al anochecer, después de recitar su oración, se guareció en el fondo de la barca a esperar pacientemente. Recordó a su madre y a su padre, a Marina, y también a aquella gatita atigrada que a veces venía a visitarlo al muelle, y que con su maullar le solicitaba una espina de pescado que él siempre le guardaba.

Durante la noche se despertó con frecuencia. Las horas dormidas por la tarde le quitaron el sueño. El mar estaba ligeramente rizado, y cada vez que se levantaba, volvía a acostarse mareado. La tos y los temblores eran cada vez más frecuentes. La fiebre no tardó en aparecer y lo sumió en un mundo de sudores, fantasías y pesadillas. La piel de los labios se deshacía en tiras finas que le causaban dolor y sangre. Su pequeña boca se llenó llagas. Comprendió que había llegado el final. La isla que nunca apareció en el horizonte, es probable que no existiera. De seguro, que más allá de aquella raya lo único que había era más agua; y más allá, todavía más agua, hasta el borde de los abismos de donde emerge cada día el astro Sol.

Con lentitud, a medida que pasaba la noche sin que la luna apareciera, la oscuridad profunda extendió sus velos enlutados para proteger al niño, envolverlo de negro y entregarlo a la muerte; que a su vez lo llevaría en apacible vuelo hacia el paraíso, donde viviría feliz para la eternidad.

***

Si Sisquet hubiera despertado al alba, habría visto alzarse en la distancia, de forma majestuosa por encima del mar, el perfil difuso de una isla coronada en su centro por una gran mole de piedra. Su cordillera, expuesta al viento de tramontana, apareció con mayor claridad en la lejanía a la luz que comenzaba a iluminarlo todo. Aquella era la isla de la que Marina le había hablado. Sí, sí que existía, pero por desgracia para el niño ya era demasiado tarde. Ni esa mañana, ni las siguientes, sus ojos se alegrarían al contemplar un color diferente. Sisquet continuó durmiendo su imperturbable sueño. Un sueño en el que se mezclaron extrañas sensaciones.

De manera inconsciente, el olor de sus defecaciones de incontinencia le llegaba al cerebro y despertaba los instintos adormecidos, pero era incapaz de moverse o reaccionar. La fiebre, lejos de desaparecer, aumentó, y las pesadillas se apoderaron de su mente y lo sumieron en un mundo de fantasías prodigiosas.

«Los temidos tentáculos de los monstruos marinos, que de seguro lo vigilaban desde el fondo del abismo, acariciaban la carena de la barca sin atreverse a salir a la superficie. Sentía sus golpes en la embarcación; por suerte, la luz solar los mantenía a raya. Pero… ¿qué pasaría al llegar la noche? Se desplazarían con suavidad por la madera, buscarían por la sentina, lo encontrarían y se lo comerían. Tenía que remar y calcular bien

la dirección. Debía seguir el recorrido del sol, de esta manera, nunca se haría de noche.

Los brazos le dolían. Primero bogaba con el remo de babor, luego con el de estribor; el sudor le empapaba el cuerpo y la ropa. En el delirio, sentía que sus padres lo llamaban: ¡Sisquet! ¿Adónde vas, Sisquet? ¡Vuelve con nosotros! Él, por su parte, continuaba remando y remando, cada vez con más fuerza, sin perder de vista el sol que le cegaba.

Los ojos le dolían, casi no podía abrirlos, pero tenía que seguir remando. Al silencio de su mundo se unía ahora la oscuridad. De los sentidos primordiales, solo le quedaba el tacto, pero no desfallecería. Pasó la mano por la frente para quitarse el sudor; iba de un lado a otro de la embarcación y bogaba de manera que la barca continuase adelante. Mantenía los ojos cerrados para evitar que los rayos de sol le deslumbraran y sentía un intenso dolor que procedía del interior de su cabeza.

De repente, notó que la barca se inclinaba. Abrió los ojos y lo que vio le asustó tanto que se desmayó sobre la cubierta y perdió el conocimiento. ¡Aquello era el fin del mundo! Una cascada gigantesca arrastraba la barca para empujarla con fuerza hacia el fondo de los infiernos. Entonces, una legión de ángeles blancos como las nubes, se acercaron batiendo las alas. Con la sonrisa llena de ternura, cogieron al niño inconsciente y lo llevaron en volandas hacia el cielo; allá arriba, por encima del firmamento».

Capítulo tercero

Más allá de mar adentro

Las velas latinas destacaban como pinceladas blancas aquí y allá sobre el azul oscuro del mar, donde, entre las suaves olas, avanzaban las barcas de pesca con elegancia.

Cada mañana, Lluc Estades, un pescador de toda la vida, se hacía a la mar. Con las capturas de la pesca artesanal podía alimentar a su familia y las de sus dos hermanos que siempre le acompañaban. Lluc vivía con su mujer y siete hijos en una población marinera situada en una gran isla, a unas ciento doce millas náuticas de la costa peninsular; al pie de los valles donde la sierra de Tramontana, de manera abrupta, se precipita al mar.

Protegido por una bahía, su puerto había conocido tiempos más prósperos. Los valles, favorecidos por la suave climatología de su ubicación, eran ricos en cultivos. Destacaban los milenarios olivos, los bancales de naranjos y limoneros, así como un abanico de árboles frutales. El transporte de los productos a través del mar facilitó que las relaciones comerciales con la capital de la isla, y con otros países, fuesen muy importantes.

El paisaje era uno de los más apreciados de la isla. Por este motivo, a principios del siglo XX se construyó un ferrocarril para enlazar el pueblo,

que se encontraba unos kilómetros por encima del puerto, con la capital situada en la parte opuesta de la isla. Desde el pueblo, para llegar a la zona portuaria, unos tranvías hacían el transporte de personas entre los dos puntos.

Fuera de la calma que ofrecía la bahía, el mar, a menudo rizado a causa de los vientos que soplan con suavidad, se encrespaba al chocar contra la costa rocosa.

A lo largo del litoral se podían apreciar las viejas torres de defensa, que siglos atrás habían sido de vital importancia ante las incursiones piratas. A ambos lados de la entrada a la bahía, los faros eran un punto de referencia para los barcos cuando navegaban inmersos en la oscuridad de la noche. El más emblemático, conocido como faro de Cap Gros, se elevaba majestuoso sobre la colina que coronaba el acceso a la bahía; rodeado de amplios pinares que exhalaban efluvios mediterráneos, y remataban con su verdor las paredes de los acantilados.

En el barrio de santa Catalina, situado en un extremo del puerto, se alzaban las casas de los pescadores. Cada día, las barcas marchaban a la pesca; pero desde hacía un año, la guerra estaba cambiando la fisonomía de la bahía y la tranquilidad que siempre reinó entre sus gentes.

Los muelles del puerto empezaban a militarizarse. Debido a su ubicación, se quería convertir el lugar en un punto estratégico para la Armada Nacional, pues desde allí se podían controlar gran parte de las aguas insulares.

Lluc era dueño de un laúd, una embarcación de casco alargado equipada con vela latina, de las más grandes que había en el puerto. A pesar del peligro que suponía hacerse a la mar, al despuntar el alba, se internó con sus hermanos muchas millas mar adentro. Conocían bien los caladeros adecuados en cada temporada. Empleaban un arte de pesca conocida como trasmallo; otras veces usaban el palangre.

Horas más tarde, los tres hombres recogían la vela a la antena y se dedicaban a triar las capturas que depositaban en cajas. Los peces, enganchados a la red principal formada por orificios en forma de rombo, tenían que liberarlos uno a uno. Las artes de pesca las amontonaban después en la proa junto a los flotadores de corcho. A su llegada a puerto, las extenderían sobre el muelle para limpiarlas de los restos marinos.

La pesca era buena y abundante, y el mar se encontraba aquel día en calma.

A Lluc le dolían las manos tras horas de pesca, de lanzar y recoger los trasmallos. Las cuerdas salitrosas y húmedas le quemaban los dedos. La espalda también le dolía, a pesar de estar acostumbrado a levantarse y agacharse continuamente. Sus ojos, entreabiertos para evitar deslumbrarse con el sol y los reflejos del agua, miraban con satisfacción los peces enganchados a las redes; mientras, el ligero vaivén de las olas convertía a la embarcación en una plataforma

insegura, en la que los pies buscaban de continuo el equilibrio.

Los años sobre el laúd empezaban a pasarle factura. Desde hacía unas semanas, un dolor agudo, diferente, le subía por la espalda de manera constante. Sabía que lamentarse no servía de mucho. Sus jadeos, resoplidos y maldiciones, en las que se veían implicados santos, dioses y vírgenes, eran ignorados por el mar y por sus hermanos que, moviendo la cabeza de un lado a otro, sabían con certeza que tarde o temprano les llegaría a ellos.

El mundo de la mar es duro y lo sabían. Es una lucha desigual entre el hombre y los elementos, en un continuo tira y afloja; entre la bonanza y el mal tiempo; entre salir a desafiar las fuerzas de la Naturaleza o quedarse en puerto, mientras los hijos piden al llegar a casa el pan nuestro de cada día.

Lluc vio en la distancia una barca que, por sus dimensiones reducidas, no era lógico que se encontrase allí, en mar abierto. Tardó unos segundos en reaccionar. Sintió curiosidad y lo comentó con sus hermanos. Aquello no era normal. Además, la barca parecía ir a la deriva. Subieron la antena y fijaron la vela. Poco después, el laúd se enfilaba hacia la pequeña embarcación.

Cuando consiguieron acercarse, Lluc saltó sobre la barca y miró en su interior donde no vio nada de particular, solo redes, agua y un olor desagradable. Fijó un cabo a la proa de la embarcación y lo ató a la popa del laúd para

remolcar la barca hasta el puerto, una vez terminada la pesca.

—Es extraño el nombre que lleva —comentó Lluc—. Isla de Tabarca no se usa por aquí. Es probable que proceda de la costa peninsular. Tabarca se encuentra frente a Alicante.

—Podría venir de algún puerto de la comarca de la Marina —aventuró uno de sus hermanos.

—No creo que pertenezca a los «blavets» —aseguró Lluc.

—¿Por qué?

—Por las corrientes. Si ha sido arrastrada por el mar desde la costa, debería ser por encima del cabo de San Antonio. Las corrientes al norte de este cabo se dirigen hacia nosotros, mientras que más abajo, en la zona de la Marina, las corrientes viran hacia el sur, hacia la costa africana.

—También podría tratarse de un bote auxiliar que alguien abandonó porque no le servía o le molestaba.

—No estoy seguro. No lo creo, eso es imposible —dijo taxativamente Lluc—. La barca está en buen estado y los fanales también. Además, lleva algunas redes en la sentina que no están viejas. Lo encuentro muy extraño. Nos la llevaremos hasta la bahía y avisaremos al cuartelillo.

***

A su llegada a puerto, Lluc se dispuso a amarrar la embarcación al noray del muelle, con la ayuda de sus hermanos. A continuación, acercó la

barca a la parte de estribor para que no molestase, y ató la cuerda al laúd. Los tres hombres comenzaron a descargar las cajas repletas de pescado que situaron sobre la andana del muelle, para llevarlas a continuación a la lonja. A Lluc le tenía obsesionado el desagradable olor que salía del interior del bote. Desligó la cuerda y arrastró la barca hasta el varadero. Con la ayuda de otros marineros, la deslizaron sobre unos palos redondos que situaron bajo la quilla. Una vez fuera del agua, el hombre se dio cuenta que llevaba el armazón de una tortuga atado a la proa, cosa que también encontró extraña. Después, examinó con detenimiento y descubrió algo en su interior que lo dejó sin habla. Al fondo de todo, envuelto con las redes, se hallaba un niño que parecía estar muerto.

Quiso bajar a la sentina para inspeccionar mejor, pero no tuvo el valor necesario. Asustado, dejó a sus hermanos descargando el pescado y marchó rápido hacia el cuartel de los carabineros a informar de su descubrimiento.

Poco después, la pareja destinada al control de la zona portuaria registró el bote y sacaron al niño de su refugio, inconsciente y con los pantalones llenos de manchas de excrementos.

—Todavía respira —exclamó uno de los guardias—. ¡Rápido, démonos prisa! Hay que llevarlo a la Casa del Mar. Si nos damos prisa, quizá no sea demasiado tarde.

***

La Casa del Mar es un dispensario muy común en las poblaciones marineras. Por suerte, en aquellos momentos había un médico pasando consulta que enseguida se hizo cargo del pequeño. Después de auscultarlo y asegurarse que su vida no corría peligro, lo entregó a las enfermeras para que lo lavasen y le cambiasen la ropa.

Lluc, y la pareja de carabineros, se sentaron en el vestíbulo a esperar noticias sobre el estado del pequeño. Casi una hora más tarde, apareció el doctor para informarlos.

—El niño se encuentra bien de salud —dijo el médico—. Una vez hecha la revisión, hemos constatado que está muy debilitado, tiene fiebre y sufre una fuerte deshidratación. Probablemente ha estado varios días a la deriva, pero con los cuidados adecuados pronto se pondrá bien. De momento sigue inconsciente, por este motivo pasará la noche en observación. Si mañana vienen ustedes por aquí, podremos concretar qué hacer con él, una vez se encuentre bien y recuperado.

A continuación, la pareja de carabineros decidió marchar a seguir con su faena, después de acordar con Lluc que, una vez normalizada la situación, pasase por el cuartel para explicarlo todo con más detenimiento y así poder redactar un informe.

—Y cuando el niño esté bien ¿quién se hará cargo de él? —preguntó Lluc.

—Eso ya lo veremos —respondió uno de los guardias que parecía tener un cargo superior—. De momento, lo importante es que se recupere.

Después, ya buscaremos la solución adecuada. Una cosa está clara: en el cuartel no se puede quedar. No sabemos el tiempo que pasará hasta que lo reclamen sus padres. ¿Tú no tienes hijos?

—Por supuesto que tengo. Siete. —Contestó Lluc.

—Pues mira: donde comen dos, comen tres…

Lluc, visiblemente contrariado, se dirigió a su casa, tras asegurarse que el pescado se había descargado y sus hermanos lo habían llevado a la subasta. Al llegar a la vivienda, comentó a su mujer lo sucedido. A ella no le hizo mucha gracia el hallazgo de la barca, ni que dentro de la misma hubiera un niño.

—¡Éramos pocos y parió la abuela! —dijo, bastante molesta.

Cuando se enfadaba le salía a menudo el carácter manchego de sus orígenes, a pesar que desde muy pequeña se crió en la isla. Lluc, empezaba a estar harto de proverbios y refranes, y su hijo, Bartomeu, que escuchaba la conversación en silencio, para acabar de liarla, se puso a favor del niño desconocido.

—Sí, madre, yo quiero que se quede con nosotros. Así podremos jugar juntos —exclamó Bartomeu.

—¿No tienes suficientes hermanos para jugar? ¿Todavía necesitas más? —preguntó la madre, alzando el tono de voz.

Bastante alterada, la mujer marchó a la cocina a preparar el pescado que uno de sus cuñados le

había traído. Criar siete hijos requería de paciencia y sacrificio, y si todo iba como previsto, pronto serían más, otra boca para alimentar.

Pero quien realmente se enfadó fue Lluc. Después de guardar silencio durante unos minutos, no se pudo contener y explotó. Quizá por el hecho de cargar con una responsabilidad innecesaria que él mismo se había buscado. Se quitó la ropa de pescar y la lanzó sobre la cama de su cuarto con furia, para descargar así toda la tensión acumulada.

—Escucha lo que te digo —dijo gritando—. Cada madrugada arriesgo la vida y me hago a la mar para que no os falte la comida. Un día de estos, los hidroaviones que me pasan por encima dispararán y todo se acabará. ¡Y ojalá sea pronto! Porque, como los dolores de espalda continúen, no sé cuánto tiempo lo podré aguantar.

—Mira, más a mi favor —respondió la mujer—. Ya sabes lo que tienes que hacer. Ve al oratorio de san Ramón, habla con el cura, y que sea él quien busque una solución. Tanta caridad y tanto cuento… Pues ahora tiene la oportunidad de demostrarlo: que acoja a un pobre niño perdido y desvalido.

—¿Es que no sabes que el oratorio está cerrado? —continuó Bartomeu.

—No, no lo sabía. No tengo otra cosa que hacer todo el día que pasearme de casa al oratorio y del oratorio a casa —respondió ella, alzando la voz—. Y el cura, ¿dónde coño se ha metido?

—¡Y qué cojones sé yo! Estará escondido en alguna iglesia o convento. ¿Quizá no sabes que estamos en guerra?

—¡Pues no! Con la paz y este silencio que tengo en casa… no me había dado cuenta que estamos en guerra —dijo la mujer con ironía.

—¡Pues lo estamos! Y si ahora mismo no estoy en el frente, o quizá muerto, es al mosén y a sus superiores a quienes tienes que agradecerlo. ¡A esos que tanto odias!

Bartomeu, en silencio y con la cabeza gacha, se acercó a su madre para hacerse cargo del pequeño de pocos meses que llevaba en brazos. La miró a la cara, a los ojos húmedos. Luego ella se dispuso a quitar las escamas del pescado que estaba sobre el mármol del fregadero, con un cuchillo viejo.

—No te preocupes, madre —dijo Bartomeu—, ya me ocuparé yo del niño ese hasta que sus padres vengan a buscarlo. Verás como no será más trabajo para ti.

—Di a tus hermanos que paren de una vez de pegar botes sobre las sillas y preparen la mesa. La cena estará pronto lista —añadió la mujer, visiblemente afectada y estresada.

A pesar de su corta edad —solo tenía ocho años— Bartomeu era entre los hermanos y hermanas quien más ayudaba a su madre. Un niño con valores humanos que destacaba por encima del resto de los niños de su edad.

***

A la mañana siguiente, Lluc se dirigió al hospital para tener noticias sobre el estado del pequeño. A su llegada a la Casa del Mar, una enfermera lo acompañó hasta la habitación donde se encontraba el enfermo y comentó que se estaba recuperando muy bien, que la fiebre había remitido y que había desayunado algo.

—¿Sabía usted que el niño es sordomudo? —le preguntó la enfermera—. El castellano no lo entiende bien, y con la lengua local también tiene problemas. He probado a entablar conversación y, después de mirarme fijamente para leerme los labios, he llegado a esta conclusión.

—No, no lo sabía —contestó el hombre—. ¿Así que el niño es sordomudo y nunca sabremos de dónde viene y cómo se llama?

—Con la ayuda de los signos hemos podido averiguar algo —continuó ella—. Ha pasado varios días a la deriva. Sus padres viven en un puerto con muchas barcas, probablemente de la costa peninsular, y su nombre es Sisquet. Esto lo sabemos por un garabato que nos ha hecho en un papel. Pase si quiere; el doctor no tardará en llegar y podrán hablar con tranquilidad. Él le explicará también que, por lo que parece, sufre una ligera miopía, y en un reconocimiento corporal más exhaustivo, ha constatado que tiene fimosis.

—¿Y eso qué es?

—Nada grave —respondió la enfermera—. Ya se lo explicará el doctor.

Cuando Lluc entró en la habitación, el niño se asustó y escondió la cabeza bajo la sábana.

—Es muy tímido y algo introvertido, pero buen niño. El pobre ha tenido que pasarlo muy mal —dijo otra enfermera que lo atendía.

Lluc prefirió esperar en la sala hasta que llegase el médico, para no alterar al enfermo. Ese día no había salido a pescar pues hacía mala mar, tras varios días de calma. Además, no quería desentenderse de su responsabilidad. Por fin estaba convencido que la mejor solución era acogerlo de momento en su casa, junto a los siete hijos. Confiaba que los carabineros se movilizarían para encontrar a los padres del niño; entretanto, qué le importaba alimentar una boca más o menos durante unos días… Una vez lo llevara a casa, su mujer lo atendería con afecto. Ella se lamentaba de continuo, esclava como era de la familia numerosa que Dios les había dado; pero en su papel de madre, antes o después se conmovería ante la desgracia del pequeño. Estaba seguro que el día que el niño tuviera que marchar, cuando sus padres viniesen a buscarlo, le dolería despedirse de él. Su instinto maternal se impondría por encima de cualquier otra circunstancia.

***

Poco a poco, Lluc consiguió ganarse la confianza del pequeño. Cada día le llevaba al hospital caramelos y golosinas que compraba en una tienda del puerto. Sisquet, a pesar de su débil constitución, dio pruebas de una fortaleza física y

moral dignas de admirar. Por eso, unos días más tarde, el niño pudo dejar el hospital y fue trasladado a casa de la familia Estades, siguiendo las recomendaciones de los carabineros. Almudena, la mujer, al principio se mostró algo distante y se limitó a cuidarlo y alimentarlo, sin darle muestras especiales de afecto. Pero el comportamiento de su hijo Bartomeu hacia el niño, le hizo reflexionar y cambiar su actitud.

Sisquet abrió su carácter cerrado. Nunca tuvo hermanos, y la algarabía que reinaba en la casa fue algo nuevo para él, que terminó por integrarlo socialmente, protegido por la compañía de Bartomeu.

Lluc pasaba a menudo por el cuartel para informarse si habían recibido noticias de los avisos enviados a varios cuarteles; pero por desgracia, y debido sobre todo a la deficiente comunicación con la costa peninsular en manos de los republicanos, no obtuvieron respuesta.

La guerra continuaba. Los bandos enfrentados se ensañaban con bombardeos, y la capital de la isla tampoco se libró de la barbarie y la destrucción. Es por este motivo, que las fuerzas nacionales que controlaban la isla convirtieron aquel enclave paradisíaco, la protegida y profunda bahía, en un lugar militar de primer orden.

En el extremo del puerto, junto al barrio de pescadores, el ejército construyó una base naval de submarinos, con grandes muelles y fortificaciones que con el paso del tiempo llegarían a albergar a un millar de soldados.

El mar se convirtió en zona restringida y la bahía en un punto estratégico de defensa, desde el que se podía controlar una gran extensión de las aguas insulares.

Lluc siempre relataría a sus hijos que por el pueblo, curiosamente, nunca pasó la guerra; o al menos, la miseria y la muerte que siempre la acompaña.

La prohibición de salir a pescar con las barcas, a causa de las restricciones militares, se mitigó con la bonanza económica que significó para la población tener destacamentos de soldados, a los que el ejército debía alimentar a diario. Esto ayudó a la economía local y evitó que se hundiera en la penuria. Las salidas de los militares en sus paseos por el puerto, o en sus permisos, con todo lo que ello comporta, ayudó a aumentar el nivel económico de la zona; por lo cual, una vez acaba la contienda, la posguerra no supuso para la población la miseria que se vivió en lugares más desfavorecidos.

Si buscar a los padres de Sisquet resultó infructuoso durante la guerra, después aún lo fue más. El país quedó destruido y arruinado. Pero por suerte para Lluc, los vencedores los tenía cerca.

Y como el hambre agudiza el ingenio, fue en la misma base naval donde consiguió trabajo, y donde pudo sacar partido de manera inteligente a la nueva situación. Tanto, que un día se enteró que la Escuela Nacional de Sordomudos había enviado a la base un profesor especializado para dar clases particulares al hijo de un alto mando. Se estaba introduciendo el nuevo método de

aprendizaje, que poco a poco se tendría que perfeccionar con las experiencias de los diferentes profesores repartidos por el ámbito nacional.

Sin pensarlo dos veces, Lluc lo comentó con el capellán de la base. Le dijo que tenía en casa un niño adoptado que también era sordomudo. Imploró la caridad del clérigo, y consiguió un trato especial para que Sisquet pudiera asistir a la escuela que frecuentaban los hijos de los altos mandos; para así compartir las clases con el hijo sordomudo del militar.

Los inicios fueron duros. El proceso de "desmutización", en el caso de Sisquet no funcionaba. Paso a paso, de manera lenta y con la ayuda de fotografías, conoció las vocales castellanas, las consonantes y la asociación de palabras concretas del género masculino y femenino. El niño puso mucho interés para conseguir su completa "desmutización" como paso previo en su deficiencia auditiva. Durante meses, el profesor le corrigió la torpeza de movimientos y sus extrañas reacciones algo introvertidas en el aspecto social. Con mucha paciencia por su parte, y mucho sacrificio por parte del niño, consiguieron grandes avances. Sisquet aprendió los números y a diferenciar los tiempos verbales, el presente y el pasado; con láminas y dibujos de diferentes formas y colores, comprendió el significado de los adjetivos. A pesar de ello, todavía estaba lejos de emitir correctamente los sonidos, pues le faltaba la referencia fonética que lo dificultaba mucho.

***

Pasaron los años y Bartomeu se casó. A su nueva casa, situada en el barrio de pescadores, se llevó a vivir a Sisquet, que ya no era un niño, sino un hombre maduro. Se reinició la actividad pesquera, al tiempo que la base naval perdía importancia día a día.

Durante mucho tiempo dedicó su vida al mar. Salía cada mañana a pescar en la barca de arrastre que Bartomeu se compró, después de obtener el título de patrón.

Sisquet era feliz a su manera, no le pedía nada más a la vida; se sentía cómodo en el transcurrir monótono de los días, pero sin olvidar nunca sus orígenes inciertos. Participó activamente en los trabajos domésticos y ayudó a cuidar a los hijos que Bartomeu y su mujer tuvieron.

Definir quién era Sisquet fue siempre fácil de explicar para Bartomeu y los suyos. Sisquet era uno más de la familia, una buena persona, inteligente, trabajador, culto, amigo de sus amigos; de esta manera, su deficiencia auditiva pasaba muchas veces desapercibida.

Con el paso del tiempo, transcurridos muchos años, Sisquet se convirtió en Sisco, un hombre cincuentenario que, a pesar de su edad, con la llegada de la democracia al país, consiguió una beca que el Gobierno Insular le asignó para que pudiera estudiar en la capital de la isla; en un centro especializado donde aprendió a leer y escribir la lengua local, ampliando de esta manera los conocimientos gramaticales adquiridos en su niñez.

Capítulo cuarto

Radio Marítima.

El alba era cada vez más madrugadora y la primavera avanzaba segura y alargaba los días. El sol no se vería hasta elevarse por encima de la sierra y calentar con sus rayos las casas, el puerto con las embarcaciones, y todo aquello que oliese a mar.

Los años habían pasado demasiado rápido, o al menos esa era la sensación que Sisco sentía cuando marchaba atrás en el tiempo con los pensamientos; cuando se miraba al espejo y observaba sus cabellos grises y la piel tostada y envejecida por el sol, en un rostro lleno de arrugas. Luego, se acercaba a la ventana y extendía la mirada por aquella bahía de su niñez para recordar con nostalgia los laúdes con vela latina ya desaparecidos, que descansaban sobre la orilla arenosa de la playa o fondeados en el muelle.

Pasadas unas horas, empezarían a llegar los primeros turistas en el tren de época procedente de la capital de la isla; que después de descender en la estación del pueblo, se subirían en los viejos tranvías de madera para llegar hasta el puerto. Una atracción turística que se vanagloriaba de ser uno de los medios de transporte de personas en funcionamiento más antiguo del continente.

Pero antes de que las embarcaciones turísticas del puerto llenasen sus asientos con seres ávidos por divisar desde el mar los acantilados del litoral, las barcas de pesca salían con su acostumbrado ritual por la bocana de la bahía, una tras otra, hacia sus caladeros, acompañadas por el griterío de las gaviotas que parecían saludar y desearles buena pesca.

El sonido trepidante de los motores de las barcas de arrastre tiene algo especial cuando rompe el silencio del alba. Es un temblor que entra por los pies y sale por la cabeza; que incita a subir a la barca y marchar fuera, lejos de todo convencionalismo, hacia mar abierto, donde los sentimientos de libertad afloran a la piel que se eriza en cada vello del cuerpo.

Sisco conocía bien ese sonido. Se había hecho a la mar con frecuencia junto a su hermanastro Bartomeu. Ahora, con el paso de los años, ya no lo hacía. Pensaba que, en lugar de servir de ayuda, sería una carga para la tripulación. Tenía que dejar paso a las nuevas generaciones. Bartomeu también lo pensaba pero, después de tantos años, le costaba aceptarlo cuando permanecía en casa y dejaba que su hijo Marcel —el único entre los hermanos que quedaba en el pueblo— cargase con la responsabilidad de la pesca. Por ello, Bartomeu, a pesar de encontrarse jubilado, se ponía de cuando en cuando la gorra de marinero, se transformaba en el patrón que siempre fue y utilizaba su experiencia para buscar los caladeros

adecuados y obtener así unas capturas excepcionales.

—Padre, el mar ya no es lo que era —le decía su hijo, Marcel.

Pero él, terco por naturaleza, se empeñaba en no hacer caso; y en su testarudez, a veces conseguía regresar a puerto con una buena captura de gambas.

De esta manera, ese día, Bartomeu hacía de amo y patrón de la «Quatre vents», una de las siete barcas de arrastre que formaban la pequeña flota con base en el singular puerto. Su hijo era el segundo de a bordo, quien tenía bajo su mando a tres trabajadores inmigrantes y un ayudante de máquinas oriundo del país que también les acompañaba. Un viejo lobo de mar con aliento a carajillo matinal y los dientes ennegrecidos por la nicotina, en una dentadura que pedía a gritos una cepillada. El marinero, amigo de Bartomeu, trabajó en la antigua Base Naval que estaba fuera de uso y en vías de demolición. El viejo no se embarcaba si Bartomeu no se lo pedía como un favor. A su avanzada edad, Faustino, ya no se encontraba con ánimos para luchar contra las máquinas, pero algo en su interior lo arrastraba a continuar con aquello que hizo toda la vida.

Después de navegar casi dos horas llegaron al caladero y comenzaron a preparar los aparejos para un primer lanzamiento. El fondo marino era el adecuado: un cañón submarino bien conocido por Bartomeu. Mientras echaban las redes, él no quitaba ojo del sonar. Su hijo Marcel se encontraba en la popa y vigilaba los cables y su

obertura correcta para que no se enredasen con las “puertas”.

Más tarde, el tiempo pasaba con lentitud y arrastraban el arte del «bou» por el fondo marino a una profundidad cercana a las cuatrocientas brazas. Lo que más les interesaba era la pesca selectiva de la gamba, a pesar de que también pescarían cantidades marginales de otras especies que, después de una ligera tría, lanzarían al mar.

Las gaviotas seguían de cerca a la embarcación entre graznidos, seguras de que antes o después recibirían su ración de pescado. Mientras tanto, Bartomeu controlaba en la sonda que la profundidad fuera la adecuada y escuchaba la radio, como de costumbre. En la emisora, tras comunicar el boletín del mar, sonaron las señales horarias:

«—Acaban de escuchar, la señal horaria de las diez. Les acompaña: Radio Marítima, la emisora en AM para la gente del mar.

»A continuación se oyó la música de cabecera del programa y al final, de manera ascendente, se introdujo la voz de la locutora.

—Buenos días, estimados oyentes. A pesar que desde el interior de nuestros estudios no lo podemos apreciar, hoy luce el sol con generosidad y el calor comienza a sentirse en esta preciosa y tranquila primavera de 2002. Parece ser que el buen tiempo nos acompañará durante unos días. El parte meteorológico que acabamos de escuchar, así lo confirma.

»Hoy, en nuestro programa semanal de "Vidas Anónimas", hemos querido estar cerca de una mujer, yo diría que una mujer valiente, a quien deseamos homenajear de esta manera por su aniversario. La señora Rosita, así se llama ella, ha querido visitarnos porque tiene muchas cosas importantes que contarnos.

»Nos hemos visto obligados a cambiar un poco la confección del programa debido a su larga duración y por la avanzada edad de nuestra entrevistada; y hemos preferido grabarlo en dos días consecutivos, evitándole así un estrés innecesario. Es por este motivo, que la entrevista de hoy, de manera excepcional, no se emite en directo. Quiero adelantar a nuestros oyentes, que la señora Rosita ha hecho un gran esfuerzo personal para llegar hasta nuestros estudios, cosa que le agradecemos enormemente.

»Debido a su movilidad reducida, ella cuenta siempre con la valiosa ayuda de su sobrina, Marina, a quien también damos las gracias por acompañarnos en la grabación del programa. Deseo añadir que la señora Rosita, a sus noventa años, goza de una memoria excelente y una claridad de ideas que muchos de nosotros quisiéramos tener.

»En la preparación del programa, a pesar de que ustedes no lo notarán, hemos tenido momentos muy conmovedores y de una gran fuerza emocional, lo que nos ha obligado a cortar para continuar más tarde con la grabación. El cúmulo de recuerdos, unido a su dureza, expresados por nuestra invitada con una entereza

envidiable, nos ha hecho emocionar en ciertos momentos.

—Buenos días, señora Rosita.

—Buenos días tengan.

—Usted es de aquí, nació aquí y ha vivido siempre aquí.

—Yo soy hija de pescadores y he vivido toda la vida en el barrio marítimo que me vio nacer. Y si Dios quiere, moriré aquí también.

—¿Qué es lo que recuerda usted de su infancia?

—Escúcheme lo que le digo: mi memoria empieza a traicionarme. Ahora bien, de lo que pasó hace muchos años todavía me acuerdo como si fuese ayer; pero no me pregunte lo que he desayunado porque no sabría qué contestarle. Y ahora continúo. Mis padres eran una familia humilde y tenían una casa frente al puerto; allí pasé mis primeros años. Nací el año 1912, o sea, en el siglo pasado, y de mi infancia no tengo más que buenos recuerdos. Como el resto de los niños, jugaba, comía, aprendía y crecía.

»Siendo muy joven, conocí a quien más adelante se convertiría en mi marido. Después de un tiempo de noviazgo nos casamos, y poco después tuve un hijo.

—Señora Rosita, lo que pasó en aquellos años marcó para siempre su vida.

—Así es. El año 1937 perdí a mi hijo Sisquet, y un año después, a mi esposo. El dolor lo he llevado siempre dentro; me ha costado mucho,

pero mucho, sacar fuerzas de la nada para continuar viviendo. Ahora, con el paso del tiempo, todo me parece lejano; pero durante muchos años la tristeza se apoderó de mí por completo. Pensaba que nunca podría superarlo. Pero al ver el sufrimiento de tanta gente a mi alrededor, que también habían perdido alguno de los suyos a causa de la guerra, fue como un consuelo al que me aferraba para darme fuerza y ánimos.

—¿Cómo sucedió la triste pérdida de su hijo?

—Mi pequeño Sisquet tenía siete años. Fue en una de esas tormentas de levante que se dan a veces, donde lo perdí. Ya tuvimos un temporal enorme el año veintiséis, cuando los muelles del puerto no existían. Yo, en aquella época, tenía catorce años, y de los destrozos que causó me acuerdo perfectamente.

»En fin, mi hijo estaba jugando dentro de la barca que teníamos en el puerto, con la que mi marido salía a pescar "a la luz", como decimos por aquí; o sea, con el arte del sardinal. Nunca olvidaré que la barca llevaba el nombre: "Isla de Tabarca", porque es el lugar donde nació mi difunto marido. La tempestad la hundió en el puerto y de mi hijo jamás supimos nada, nunca más. El pueblo al completo se movilizó en su búsqueda aquella noche y los días siguientes, pero no aparecieron, ni él, ni la barca. Lo único que pudimos recuperar fueron las gafas que llevaba —tenía unas dioptrías, probablemente por el hecho de ser sietemesino—, y también la tapa de la barca, que encontraron flotando a la mañana siguiente en un rincón del puerto.

—Tuvo que ser durísimo para usted…

—Ya se lo puede imaginar. A pesar de que lo más duro vino después. La angustia de no saber nunca, nunca, si tu hijo está muerto verdaderamente; el hecho de no encontrar su cuerpo… es todavía más fuerte del dolor que pueda causarte su pérdida. De ninguna manera aceptas que esté muerto, pues no tienes un lugar donde ir a llorarlo. No acabas por hacerte a la idea de que no volverá; te pasas los días llorando, y esperas y esperas, sin saber el qué…

—Lo que sucedió después, todavía fue más duro.

—Sí. Un año más tarde, recibí una carta del Centro de Reclutamiento que contenía la documentación de mi marido, Francisco, donde me comunicaban que había caído valerosamente luchando en el frente republicano. A mi hermana Carmen le pasó lo mismo que a mí, y días después recibió también otra notificación que le comunicaba la muerte de su marido. Hay situaciones en la vida en las que el sufrimiento supera todo lo imaginable; en las que el dolor es tan grande, que el corazón no encuentra un lugar donde esconderlo.

A Bartomeu se le saltaron las lágrimas. Le temblaban las manos conmovido por la historia, pero también por algo más. Aquel nombre, la barca, las fechas… todo coincidía y no podía creerlo. Después de tantos años… aquello parecía un milagro del cielo. Mientras tanto, la voz de la señora Rosita continuaba con su relato.

—Fue en 1938. Todos los jóvenes del pueblo, que no habían sido movilizados antes como reservistas, fueron reclutados y enviados a luchar contra los nacionales, que habían conseguido abrir una brecha y dividir en dos la zona republicana. Se los llevaron a todos pues necesitaban el refuerzo de los milicianos; mientras tanto, la aviación fascista se cebaba y bombardeaba pueblos y ciudades, causando la muerte y el terror.

—Entonces, su marido tuvo que marchar obligado al frente...

—Mi marido se había librado del servicio militar por ser hijo huérfano. Así y todo, aquel día le tocó a él también. Si yo lo pasé mal, imagínese cómo tuvo que pasarlo él. Un pobre hombre, trabajador, que siempre se preocupó de que no le faltara nada a su familia; un hombre que, alojado provisionalmente junto a otros compañeros en unos barracones a las afueras de aquí, se escapaba cada noche para venir a verme; caminando durante horas con sus esparteñas agujereadas, pues los únicos zapatos que tenía eran de nuestra boda y estaban guardados.

La señora Rosita hizo una pausa. Respiró hondo, luego continuó:

—Durante muchas noches, saltó el cercado del parque donde estaban los barracones y se arriesgó a ser descubierto; tan solo para poder pasar, aunque fueran unas horas, abrazado a mí para darme ánimos.

»Hasta que una noche, no vino más. Habían marchado en camionetas hacia el frente, donde se

preparaba la gran ofensiva republicana. De todas maneras, por aquellos días yo fui destinada a trabajar en el Hospital de Sangre, que con anterioridad fue un noviciado de frailes convertido en hospital al comenzar la guerra. Se encontraba junto a la carretera...

—En el municipio colindante al nuestro —añadió la locutora.

—Eso es. Mi hermana Carmen —que en paz descanse— trabajaba de enfermera y yo estaba en la cocina del hospital, justo debajo del quirófano. No es que ella tuviera muchos conocimientos de enfermería, a pesar de la formación que recibió a toda prisa, pero era más valiente y estaba mejor preparada que yo para estas cosas. O al menos, eso fue lo que creí en un primer momento. Recuerdo que sobre el tejado del hospital pintaron una gran cruz roja, para indicar a los aviones el nuevo uso que tenía el edificio.

»Yo sabía que mi Francisco se encontraba bien por las cartas que me enviaba, pero también me decía que a menudo le dolía el estómago y tenía vómitos. Por mi parte, siempre que podía le hacía llegar alguna carta corta, pues con la gramática no estaba muy avanzada y me las tenía que escribir mi hermana.

—Imagino que los envíos postales a los combatientes y viceversa funcionaban con normalidad.

—Sí. Un día recibí un paquete que contenía una barquita hecha de un trozo de madera de pino. Me decía que la hizo pensando en nosotros y para

pasar el tiempo. Según él, los días eran tristes y monótonos en el frente, y cada cual se entretenía a su manera. Estoy segura que la hizo pensando en nuestro hijo desaparecido.

»Mientras, aquí en el pueblo, llegaban de continuo trenes a la estación y ambulancias con heridos de guerra. Mi único temor era que un día mi Francisco estuviera entre ellos. A pesar de que a veces me consolaba y pensaba que, ¡ojalá!, y si Dios así lo disponía, pudiera tenerlo cerca; y mientras estuviera allí, en el hospital, no me lo matarían.

—Pero para su desdicha, el maldito día llegó.

—¡Tanto que llegó! Por desgracia. Meses más tarde, la aviación fascista hizo una verdadera carnicería. Aquella batalla supuso la muerte de miles de hombres y jóvenes de nuestros pueblos, entre ellos mi Francisco y mi cuñado, que había marchado antes como reservista. En su mayoría, eran hombres que nada sabían ni de bandos ni de política, pero claro, tenían que defender unos ideales, y luchar en el Frente Popular Republicano era cosa obligada.

»Yo no pude más y me hundí. Continuar viviendo ya no valía la pena. Pero en mi interior se escondía siempre una pequeña esperanza. En mi soledad, soñaba que de repente se abría la puerta de mi habitación y aparecía él, malherido…

Ese día, la señora Rosita no pudo continuar, pues los recuerdos, revividos de manera repentina, la conmovieron sobre manera; y su sobrina Marina que la acompañaba, también

fuertemente emocionada, creyó conveniente continuar la entrevista al día siguiente.

—Yo sé lo cruel que es para usted recordar aquellos momentos —dijo la locutora—, pero Rosita, usted me ha contado a micrófono cerrado algo que me gustaría que explicase a nuestros oyentes.

—Sí. Hacía más de un año que había acabado la guerra, cuando apareció por el pueblo un joven fugitivo con una fuerte cojera, a quien todos daban por muerto. Resulta que consiguió escapar herido de la batalla, y todo aquel tiempo lo pasó escondido en un lugar que no quiso confesarme. Fue él quien me confirmó que Francisco había muerto, pues lo conocía muy bien. Los dos se encontraban en la misma trinchera, defendiendo cada metro del territorio, cuando las bombas comenzaron a caer del cielo, arrasando todo lo que encontraron.

—Los años siguientes también fueron muy duros. ¿Cómo afrontó la vida?

—Pues como todos, con resignación y coraje. En el pueblo había muchos refugiados, y la miseria de la posguerra hizo que todo se racionalizara. No había nada para comprar y el dinero perdió su valor. Años más tarde, mi hermana y yo nos hicimos cargo de una pescadería en el barrio marítimo. El propietario también había muerto y su viuda, con niños pequeños, no podía llevarla adelante sola. Tiempo después, las penurias de la guerra quedaron atrás. El gasoil ya no era escaso y las barcas de arrastre, poco a poco, comenzaron a funcionar a motor y la pesca mejoró cada día.

Así, nuestro negocio empezó a marchar con lentitud y, con el paso de los años, nos permitió vivir de manera desahogada, trabando día tras día, sin olvidar nunca que habíamos perdido para siempre a nuestros esposos en una maldita guerra.

—Entonces… de esta manera… ¿nunca se pudo recuperar el cuerpo de su marido?

—Ni el de mi Francisco, ni los de la gran mayoría que allí murieron. Sus cuerpos quedaron escampados por los campos. Los compañeros combatientes y los campesinos de los pueblos cercanos los cubrieron como pudieron, con unas simples paladas de tierra; pero la lluvia y el paso del tiempo acabarían por dejar al descubierto los cadáveres. Con sus botas, los utensilios para comer y beber, con sus armas, y con las esperanzas rotas. Todavía hoy se pueden ver restos humanos repartidos por el terreno, bajo los matorrales. Basta remover la tierra para que surjan huesos, cráneos, cantimploras, munición… de todo. Aquellos campos de viñas son ahora un enorme cementerio, pero sin cruces ni nombres.

—Él era creyente, ¿verdad?

—Y tanto que lo era. Siempre llevó una cruz y un escapulario al cuello.

—En esto último quería centrar mi pregunta. Parece ser que ahora, con la recuperación de la "memoria histórica", se propone recuperar los cuerpos de muchos caídos en la guerra; sobre todo, de aquellos que lucharon a favor de la república.

—Efectivamente. Como ya le he explicado antes, hace dos meses me llamaron unas personas de por aquí. Están solicitando datos y recogiendo restos. Han empezado a hacer pruebas de estas de…

—De ADN.

—Eso mismo. También se han puesto en contacto con los familiares de mi marido que viven por Alicante y Valencia, para hacerles análisis y así poder saber con certeza si algunos de los restos que tienen almacenados se corresponden con los de mi Francisco. Resulta que, junto a unos cráneos que desenterraron, encontraron un viejo escapulario, y yo les dije que él llevaba uno, junto a la cruz de madera.

—Si un día se confirmase que algunos de estos restos pertenecen a su marido, ¿cómo cree que reaccionará usted?

—Ahora, ya nadie podrá devolvérmelo. Años atrás me hubiera gustado poder tenerlo cerca, en un lugar donde llorarlo y "hablar" con él cuando lo necesitara. Pero… quizá es mejor que su cuerpo descanse en paz para siempre allí donde murió. Es fuerte lo que digo, pero el hecho de tener unos huesos suyos cerca de mí, no cambiará el triste destino. Yo, sinceramente, y como desean las personas y las organizaciones que se ocupan de ello, preferiría que se construyera un monumento en su memoria, allí mismo, en aquel inmenso cementerio. Que todos los restos que aparezcan se entierren juntos en un fosar, sin distinción de creencias; y que de esta manera, los familiares podamos tener un lugar donde recordar a nuestros

muertos y honrar su memoria. Para que las generaciones futuras sepan y aprendan de los errores del pasado.

—Los vencedores construyeron monumentos a sus caídos, pero los vencidos no los tuvieron.

—Para los caídos del bando fascista ya se hizo mucho. Durante años tuvieron monumentos en todos los pueblos, y los nombres en las fachadas de las iglesias. Sus descendientes han gozado de subsidios especiales, estancos de tabaco y todo tipo de recompensas por parte del estado. Ahora toca hacer algo más: dar una sepultura digna y definitiva a los muertos del bando republicano, a los olvidados, a los que perdieron la guerra. Aquellos que durante tanto tiempo han sido silenciados e ignorados por parte del régimen franquista.

»En ese sepulcro, sobre aquella tierra, dicen que nadie tendrá nombre. Todas las víctimas, todas, sin distinción de creencias y sin venganza, reposarán en paz y dignamente, para que su recuerdo quede para siempre en nuestra memoria».

El técnico de sonido introdujo sabiamente una música apropiada al momento, con las suaves notas de violonchelo de «El cant dels ocells». A las tristes y enternecedoras palabras de la señora Rosita no siguió la opinión de la locutora, que prefirió que la voz de la anciana fuese lo último que se escuchase en su programa: «Vidas Anónimas».

Las voces del jefe de máquinas hicieron reaccionar a Bartomeu, absorto en sus pensamientos y muy afectado por lo que había escuchado. Tan pronto llegase a casa, llamaría por teléfono al servicio de información para conocer el número de aquella emisora, Radio Marítima, y de la persona que, sin lugar a dudas, era la madre de Sisco. Para él sería una alegría enorme, pero prefería ir poco a poco. Estimaba mucho a Sisco y quería que fuese una verdadera sorpresa para él.

***

Poco antes de las cinco de la tarde, las barcas de arrastre que salieron al despuntar el día regresan a puerto. Una aquí, otra más allá, y así hasta siete. Se acercan altivas, sin tregua, como deseosas de entrar en las aguas calmas de la bahía y aquietarse en la tranquilidad del puerto, tras una jornada de continua lucha e incesante vaivén sobre las olas en mar abierto.

Las barcas se sosiegan, orgullosas por dejar un día más el mar bravío, contentas de sentirse protegidas, mientras son saludadas por los pescadores de caña que en la bocana del puerto lanzan sus anzuelos pacientemente.

Minutos antes, parecían potros desbocados que abrían una brecha de espuma blanca en cada uno de sus costados. Ahora, en cambio, son dóciles y acarician suavemente el agua con la amura, y dejan tras de sí una amplia estela espumosa y efímera.

El «chop-chop» de los motores, con su marcha contenida, continúa cautivando los sentidos. Las gaviotas chillan y se pelean entre ellas en un incesante griterío, capuzándose en los remolinos blanquinosos que va dejando la hélice.

Con suavidad, atracan en el muelle. Los marineros se afanan a dar los últimos retoques en cubierta; limpian y lanzan al mar los restos de morralla repartidos por los rincones.

Hoy han tenido buena pesca. El oleaje, lejos de la costa, se ha mantenido en los niveles aceptables. Las profundidades han sido generosas y han llenado las redes de arrastre con su preciado regalo: centenares de kilos de gambas.

Se escuchan las voces de los marineros que profieren gritos que nadie entiende, pues solo ellos conocen la parla de la gente de la mar. Se ven volar al aire las amarras que lanzan al muelle, y gritan a sus compañeros para que las fijen al noray, o a aquel bolardo de hierro que todavía destaca por allá con su negror característico.

Las cajas, perfectamente amontonadas unas sobre otras, clasificadas y numeradas, contienen la prueba del esfuerzo de todo un día. Hay que darse prisa y bajarlas pronto para situarlas sobre el embarcadero, allí donde estaban antes los edificios de la Base Naval. Es un duro trabajo. Duelen las manos y duelen los pies. La piel, siempre humedecida por el continuo contacto con el agua, sabe a sal y huele a pescado fresco, cuyas escamas se adhieren a todo lanzando tenues destellos al sol del atardecer.

Se descargan las cajas, se lavan las redes y la cubierta. Los carros, tirados por los marineros, corren de un lado a otro por la andana y se abren paso entre los curiosos para llegar a tiempo al turno de la subasta. Chirrían sus ruedas dañadas por los efectos de la brisa y el agua de mar; el sol, muy bajo y vestido con sedosas mantillas de tonalidades naranja, deslumbra con su luminosidad vespertina.

Lejano queda el tiempo en que funcionaba la lonja, en la que cada tarde se escuchaba monótona una cantinela de números contados hacia atrás. Ahora, con las paredes convertidas en un hotel, ha perdido su olor. La subasta se hace en silencio en un pequeño centro mecanizado de distribución que, después de asignar el precio a las capturas, las enviará mayoritariamente a la capital de la isla. El pescado blanco o azul se quedará en el pueblo para ser vendido a los restaurantes del puerto, o en el mercado del pueblo.

Horas más tarde, el puerto languidece solitario en la oscuridad a la espera del alba, cuando las barcas harán sonar con fuerza sus motores y saldrán de nuevo a navegar.

El sol ya se puso en el horizonte, y el barrio de santa Catalina recupera la calma y el silencio que tenía al despuntar el día; antes de que llegaran los centenares de turistas, ávidos de nuevas experiencias con sus cámaras y grabadoras para perpetuar cada rincón, cada matiz, cada color.

Después, subidos en unas barcazas pintadas de azul, marcharon a mar abierto para contemplar los acantilados y las calas del litoral, imposibles de pisar desde tierra a causa de lo agreste del terreno.

Se duermen las barcas y se duermen las calles, y el tranvía de época que une con su recorrido los pocos kilómetros entre la estación del pueblo y el apeadero del puerto. Lejos de allí, también se duerme el viejo tren que regresó a la capital, tras muchos viajes de ida y vuelta. Sus vagones de madera se preparan para pasar la noche en la antigua estación, entre el bullicio de los transeúntes y el sonido de los coches de la ciudad. De igual manera lo hará la vieja locomotora de principios de siglo que ha sido testimonio, con sus ojos cansados, del avance del hombre. Antes, cuando la trajeron por primera vez, descansaba plácidamente en la oscuridad de la noche y el silencio. Ahora, todo es diferente. Sus parientes más modernos tampoco son como ella. Ni siquiera duermen al aire libre, sino bajo tierra, en la nueva estación subterránea contigua. Ya no se alegran observando las estrellas, se conforman con la omnipresente oscuridad de las entrañas de la ciudad.

Mientras tanto, en la otra parte de la isla, en el pequeño puerto de pescadores, Sisco, nervioso por todo lo que su hermanastro le ha dicho, vela, asomado a la ventana con la vista perdida. Por la tarde, Bartomeu ha llamado por teléfono a una emisora y luego ha hablado con una persona. No

ha podido leerle los labios porque se protegía la boca con la mano. ¿Por qué lo ha hecho? ¿A qué viene tanto misterio? Solo le ha dicho que pronto tendrá la alegría más grande de su vida. ¿Es posible que haya contactado con sus familiares? Y si es así, ¿con quién exactamente? ¿Con su padre, con su madre, con los hermanos que nunca conoció? Un temblor interno le retuerce el estómago y le oprime el pecho. Ahora, después de tanto tiempo, el destino le está deparando una sorpresa. Ya se había hecho a la idea de que nunca conocería a los suyos, pero parece ser que le hará una última jugada. Eso sí que lo tiene claro. Lo ha visto en los ojos de Bartomeu, tras la conversación mantenida por teléfono. Su mirada expresaba algo extraño, profundo. Lo conoce muy bien, pues lleva toda la vida viviendo con él.

En la soledad de su habitación surgen las lágrimas. Los lamentos de Sisco son como unos gemidos entrecortados. No le importa si alguien los escucha. Siente la necesidad de desahogarse y tiene todo el derecho del mundo a llorar.

Capítulo quinto

La taberna del puerto

Al día siguiente, tras la arribada a puerto, los tripulantes de la «Quatre vents» descargaron el pescado y el marisco y lo llevaron al centro de distribución. Luego se dirigieron a sus respectivas casas.

Bartomeu no se había embarcado. Le comentó a su hijo que, una vez cambiado de ropa, pasase por su casa para llevarse a Sisco a tomar una cerveza. De esta manera, podría hablar con su mujer sobre el reencuentro de Sisco y los suyos. También llamaría de nuevo, con más tranquilidad, a una señora de nombre Marina, para concretar el viaje de los dos hombres a la península. No era por el hecho de que Sisco pudiera escuchar la conversación, sino porque su nivel de captación era superior al de una persona no sorda. Tenía suficiente con leer en los labios una palabra para deducir la frase entera, pues se fijaba en cosas que al resto de los mortales le pasan desapercibidas: como la expresión de la cara, los movimientos de las manos, las miradas… Bartomeu deseaba actuar con toda libertad; quería asegurarse bien antes de crear falsas expectativas que pudieran herir la sensibilidad de Sisco.

***

La taberna del puerto se encontraba en un rincón discreto, fuera de la zona transitada por los turistas. Aquel bar, con su rancia atmósfera decadente, era patrimonio del mundo de la mar. Una especie de gueto que se mantenía al margen de los avances decorativos de otros bares del barrio. En él, todos se conocían. Su propietario sabía con exactitud lo que deseaba cada uno de sus clientes. Casi nunca les preguntaba y, poco después de entrar, los clientes tenían la cerveza, el carajillo o la copa de aguardiente servida.

En un ambiente lleno de humo se jugaba a las cartas, al dominó, se miraba la tele sujeta a la pared en un ángulo elevado y con el volumen bajo o, simplemente, se comentaba con los parroquianos cómo había ido el día de pesca.

Del techo del local colgaba una red enorme que lo cubría de forma envolvente. Sobre ella, estrellas de mar descoloridas, dentaduras de tiburón, útiles de pesca en desuso… daban al lugar un toque particular y acogedor. Sujetas a las paredes se apreciaban fotos antiguas en blanco y negro de diferentes zonas del puerto, la bahía, el faro de Cap Gros, o de viejos marinos y sus embarcaciones; todas enmarcadas en madera barnizada, oscurecida por el humo y el paso del tiempo. Una de las fotografías, situada en un lugar preferente, mostraba un submarino de la Armada con la inscripción: C4. Para quien entrara por vez primera a la taberna, solo sería eso, un submarino. Ahora bien, para los allí presentes, aquella foto significaba mucho más.

Faustino, el jefe de máquinas de Bartomeu durante muchos años, tenía su mesa habitual bajo la enorme fotografía. Con el cigarrillo de picadura liado a mano, y el carajillo sobre la mesa, parecía hacer guardia cada tarde frente al submarino, en silencio, con la mirada perdida sabe Dios dónde. Llevaba el cabello largo, descuidado, de un tono entre grisáceo y rubio descolorido, y los ojos verdes confirmaban que de joven tuvo que ser atractivo. Era un hombre delgado, y siempre llevó una vida apartada y solitaria.

Había acompañado a Marcel una vez más en la barca. Cada día que salía a pescar, volvía con una bolsa llena de pescado que regalaba al dueño de la taberna que, a cambio, le preparaba gratuitamente uno de los peces para cenar.

Como solía tener por costumbre, había venido directamente desde el puerto, una vez acabada la faena y antes de pasar por su casa. En ella no le esperaba nadie, tan solo los gatos que jugueteaban en el patio o los tejados, expectantes por las espinas de pescado que Faustino les llevaba, eran su única compañía. Es por ello que, además de los gatos, aquella taberna, el rincón, y la mesa con el carajillo eran en realidad su mundo, pero también sus recuerdos.

De joven marchó de su ciudad natal, Ferrol, y durante años navegó de puerto en puerto, de nave en nave o de submarino en submarino. Tenía un don especial para la mecánica de las máquinas que se esconden en el buque de los monstruos flotantes, pero descuidaba el aspecto personal. La grasa negra, acumulada en manos y cara, se

mantenía pegada a la piel durante días, hasta que por fin decidía quitarla tomando una buena ducha caliente.

Más que un viejo lobo de mar, lo que pareció siempre fue un pobre diablo. No estaba claro si la vida lo había maltratado o, por el contrario, fue él quien maltrató a la vida.

Poco después de casarse con una paisana fue llamado a filas. Destinado en la Armada, visitó a su mujer lo necesario para engendrar dos hijos y hacerse de nuevo a la mar. Enrolado luego en la Marina mercante, los años pasaron y Faustino se olvidó de su mujer, de sus dos hijos y de las responsabilidades que como padre tenía. Se refugió en el alcoholismo y se dejó llevar, encerrado en su mundo, para ignorar por completo lo que le rodeaba.

Observó en silencio la fotografía del C4, el submarino hundido accidentalmente por un destructor en unas maniobras ante las costas de la isla, que él guardaba en el recuerdo por los muchos amigos que murieron. No se salvó nadie de los cuarenta y cuatro marinos de la tripulación. Sus cuerpos se los tragó el mar para siempre. Faustino se salvó porque aquel día trabajaba de mecánico en tierra; así lo quiso el destino. Pero a veces, un escalofrío recorría su cuerpo. ¿Qué hubiera pasado si ese fatídico veintisiete de junio de 1946, él se hubiera encontrado en la sala de máquinas del submarino C4, en el que estaba destinado?

Imaginaba que fue una muerte horrorosa. El agua entraría por la escotilla del puente del submarino, destrozado por el destructor "Lepanto", al emerger el submarino repentinamente a la superficie. Poco a poco, el pesado cuerpo comenzaría a descender y a hundirse en el abismo. Faltaría el aire, y el agua se adueñaría de todos los compartimentos y camarotes del sumergible. Es probable que quedara alguna bolsa de aire donde la agonía de algunos marineros se alargó durante unos minutos, pero la presión de centenares de metros de agua sobre sus cabezas haría reventar los cuerpos.

Esta era su pesadilla cada vez que miraba la foto y pensaba en la tragedia. Él no veía en la fotografía a un submarino, sino una enorme caja mortuoria de acero que quedó sumergida a trescientos metros de profundidad, la angustia de unas personas ante una muerte inminente, y el sufrimiento de muchas familias.

Esa tarde, Faustino esperaba que llegase Marcel a la taberna. Llevaba tiempo comentándole que un día lo acompañaría hasta su casa para entregarle una libreta con un relato. Una historia escrita por él, que Bartomeu le había contado durante los años que habían trabajado juntos. Marcel la pasaría al ordenador y corregiría las faltas de ortografía, aprovechando un momento libre, un día de mala mar o un domingo. Después, una vez impresa, la regalaría a Sisco, pues aquel relato no era ni más ni menos que su propia

historia, la de un niño en una barca perdida en medio del mar.

—Buenas tardes a todos —se escuchó desde la puerta. Era Marcel, acompañado de Sisco que raras veces venía por allí. Los dos hombres se sentaron a la mesa junto al viejo marinero.

—¿Cómo va eso, Sisco? —preguntó Faustino moviendo los labios y sin pronunciar sonido alguno.

Sisco le lanzó una sonrisa a la vez que confirmaba con un movimiento de cabeza.

—¡Hola, buenas! —saludó el amo del local que se había acercado, situando dos cañas de cerveza sobre la mesa. Después se volvió hacia Faustino y preguntó con la mirada si le ponía otro carajillo.

—Sí, tráeme uno más, el último por hoy —confirmó él. A continuación, dirigió la mirada hacia Sisco, que inmediatamente comprendió que debía atender a los movimientos de sus labios.

—Marcel pasará al ordenador una historia que he escrito. Cuando esté acabada, tienes que leerla y decirme qué te parece —dijo Faustino con lentitud.

Sisco le confirmó con la cabeza, e hizo un gesto con las palmas de las manos en un rictus de terror.

—Sí —confirmó el marino—, es de terror, para que no duermas por la noche, porque me han dicho que últimamente duermes mucho.

Sisco se señaló el pecho con el dedo índice, y gesticuló a continuación para dar a entender que no creyera todo lo que Bartomeu le contaba.

De esta manera, protegidos por la decoración del acogedor local y el rumor de los parroquianos, los tres hombres continuaron en amistosa tertulia.

***

Las farolas de las callejuelas se habían encendido cuando Faustino, acompañado por Marcel y Sisco, se dirigió hacia su casa que se encontraba un par de calles más arriba. Era una casa construida de manera que salvaba el desnivel con la calle inferior. La entrada se hacía a través de una cancela de hierro que daba a una terraza, cuyo aspecto era el de un patio interior. Al fondo del patio, subiendo unos escalones, se accedía a la vivienda, situada en la planta primera. La planta baja era otra vivienda diferente, cuyo acceso se encontraba en la calle inferior. Se trataba de un edificio antiguo, y por ello, el alquiler que pagaba Faustino era reducido. Toda la vida trabajando y nunca consiguió reunir el dinero suficiente para comprar una casa en propiedad.

—¿Para qué? —se preguntaba él. El día que muera, aquí se quedará todo.

No se refería exclusivamente a la vivienda, sino a todas sus creaciones artísticas, pictóricas o decorativas que se podían admirar en diferentes lugares de la casa.

Las obras, que para cualquier mortal resultarían escandalosamente «kitsch», eran para Faustino un orgullo y la prueba de su creatividad.

Abrió la verja y pulsó el interruptor de la luz situado en la pared interior. Una infinidad de bombillas de diferentes colores, colgadas de hilos que recorrían el patio de un extremo al otro, se encendieron e iluminaron la decoración de las paredes hecha de restos marinos: como remos, piezas de hierro, redes, boyas, enormes conchas de nácar, caracoles de mar… En el centro del patio tenía una fuente decorada con conchas de almejas. Faustino introdujo la mano por un agujero a nivel de suelo. De inmediato, un chorro de agua brotó del extremo superior de la fuente y unas luces rojas iluminaron el fondo de la pequeña balsa que la rodeaba.

Faustino mostraba orgulloso su gran obra, pues la construcción de la fuente le había costado años de paciente trabajo. A continuación, entraron en la vivienda, mientras el anfitrión apartaba zapatos y ropa tirada por el suelo. Los ceniceros estaban llenos de colillas y los vasos sucios sobre la mesa llevarían semanas allí. Pero, sobre todo, había polvo, mucho polvo por todas partes.

—Sentaos en el sofá —ofreció el viejo, mientras sacaba del frigorífico con aspecto ennegrecido y casi vacío, unas latas de cerveza.

—¿Queréis un vaso? —preguntó.

—No, no te molestes, así está bien —se apresuró Marcel en responder.

Marcel observó la fotografía en un portarretratos sobre el mueble del comedor.

—¿Es esta tu familia? —curioseó.

—Sí —respondió Faustino—. Mi mujer y mis dos hijos de pequeños, antes de nuestra separación.

Se notaba que no quería hablar del tema. Se levantó del sofá donde estaba sentado junto a los dos hombres y fue hacia el mueble, pero no cogió el retrato para mostrarlo, sino que abrió un cajón del que sacó una libreta vieja llena de manchas. Marcel la ojeó. Tenía muchas hojas arrancadas, otras dobladas, y enormes tachones. Retiró la vista hacia atrás para enfocar mejor y leyó las primeras líneas en voz alta:

«Hay días en los que el mistral del otoño cambia de rumbo, como si de pronto volviera hacia atrás, arrepentido por no haber acariciado la dorada arena de la playa con la acostumbrada delicadeza. Pero al dar media vuelta, su fuerza crece y crece avivada por el mar. Es entonces cuando lo conocemos como levante».

—Esto pinta bien. ¿No tiene título? —preguntó Marcel.

—No —respondió Faustino—. Búscale tú uno, el que más te guste. Yo he tenido varios en la mente: «Mar adentro, En la soledad del mar, Solo y perdido»… En fin, lo dejo a tu criterio.

Marcel situó la libreta sobre la mesita, dio un trago de cerveza y miró a Sisco para preguntar:

—¿Sabes qué es esto?

Él respondió con un gesto negativo.

—Es la historia de un niño perdido en la inmensidad del mar.

Sisco situó la mano sobre el pecho.

—Sí, la tuya.

Después de pasar un buen rato con el marinero, Marcel acompañó a Sisco a casa y luego se dirigió a la suya; donde le esperaban, con la cena sobre la mesa, su mujer y su hija.

Capítulo sexto

El reencuentro

«Los rincones donde jugaba de pequeño en mi barrio pesquero han desaparecido. Todo se hace ahora pensando en el turismo. Los apartamentos de veraneantes han llenado los huertos y escondites de mi infancia. Las barcas de pesca, relegadas a un lateral del puerto, casi no destacan, ocultas entre los yates y las embarcaciones de recreo.

Solo una cosa que conservo en la memoria de manera imperecedera sigue aquí, ante mí, con el tejado cambiado pero sin inmutarse al paso del tiempo y al avance de la sociedad: es la torre de defensa, la "Torre de los Moros", junto a la que soñaba muchas veces cuando miraba la inmensidad azul y pensaba que, un día no muy lejano, yo también me haría a la mar en compañía de mi padre.

»¿Qué habrá sido de él? ¿Estará vivo todavía? Bartomeu no ha querido adelantarme nada. Desea que todo lo que yo viva hoy sea una gran sorpresa para mí. Lo único que ha dicho, es que vengo a reencontrarme con los míos. Pero... han pasado tantos años que no puedo creer que mis padres continúen vivos. ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que entre el día que marché de aquí, y hoy, hayan pasado más de sesenta años? Eso es toda una

vida. Como si de repente, en unos segundos, aquel niño pequeño y débil, sin fuerza en los brazos, se hubiera transformado por arte de magia en un anciano con la piel arrugada y los cabellos grises; en un hombre que lleva a sus espaldas la experiencia que da una vida entera».

Sisco miraba pausadamente a través de la ventanilla del taxi, la gente, los coches, los restaurantes, las barcas... el puerto de su infancia que apenas reconocía. Bartomeu, mientras tanto, se mantenía en silencio, pues intuía el impacto emocional que su hermanastro sentía en aquellos momentos.

Sisco buscaba con los ojos el muelle en el que se encontraba amarrada su barca el día que la tempestad se la llevó. Todo estaba tan cambiado que no reconoció nada, ni siquiera la casa donde vivió con sus padres de pequeño. Luego, alzando la vista por encima de la escollera, fijó la mirada en la línea del horizonte. Entonces le vinieron a la mente las palabras de su prima, Marina. Su padre tenía razón: «Más allá de aquella raya hay una isla muy grande, con pueblos como este, con casas y con barcas». Esa era su isla, su mundo y su vida.

***

La noche anterior, la señora Rosita no había pegado ojo por el nerviosismo. Su sobrina, Marina, le confirmó que al día siguiente, a media mañana, recibiría una agradable sorpresa. Por más que rogó que le avanzase algo, Marina no quiso confesar nada en concreto. Lo único que dijo fue

que la visita era consecuencia de su participación en el programa de radio.

Las dos mujeres vivían en una casa propiedad de Marina, situada junto a una de las arterias principales del barrio marítimo. Eran casas de dos plantas que fueron construidas para los pescadores. Ahora se encontraban encajadas entre los edificios más altos de su alrededor, pero conservaban todavía un aire de sencillez y tranquilidad. A pesar de todo, la casa era más nueva y diferente de la vivienda de su infancia frente al puerto, donde Marina convivió tristemente con su madre enviudada los duros años de la posguerra.

Marina nunca se casó. La muerte de su padre, unida al hecho de ayudar a su madre a llevar la casa adelante, y la pescadería que cogieron en traspaso años después, postergaron una vez y otra la decisión de buscar novio y casarse. Además, la tragedia que supuso para la comarca la pérdida de tantos jóvenes solteros en la contienda civil, implicó un aumento de las mujeres solteras o viudas dispuestas a contraer matrimonio que, encima, superaban en número a los hombres.

A la muerte de su madre, Marina acogió en su casa a la señora Rosita que siempre vivió sola, acompañada por los recuerdos. Poco a poco necesitó la ayuda de otra persona para poder hacer frente a las cosas más cotidianas y elementales, pues no podía valerse por sí misma.

La señora Rosita se había levantado de buena mañana. Marina le preparó un desayuno especial con galletas integrales hechas con miel y canela que había comprado en una pastelería cercana y eran sus preferidas. Lo hizo como una cosa excepcional, pues a su edad, la anciana tenía que reducir en lo posible la ingesta de azúcares; aunque su verdadero problema era, irónicamente, la sal, que le agudizaba los problemas de salud a su avanzada edad que le impedían levantarse o sentarse por sí sola, por lo que necesitaba siempre la ayuda de su sobrina.

Para que no tuviera que hacer esfuerzos inútiles en sus desplazamientos por la casa, Marina le compró una silla de ruedas ligera. De esta manera, Rosita podía ir y venir por la vivienda, situada en la planta baja, al tiempo que hacía un poco de ejercicio con los brazos al accionar las ruedas. A parte de esto, cada tarde salían juntas a caminar por el puerto, a paso lento, apoyada en su bastón negro y cogida del brazo de Marina.

***

—Esta es la calle de la Rambla —comentó el taxista—. ¿A qué número me ha dicho que iban?

—No se preocupe. Pare aquí mismo y continuaremos a pie —respondió Bartomeu—. ¿Qué le debo?

—Ochenta euros. Lo que hemos acordado al salir del aeropuerto.

Bartomeu entregó un billete de cien después de mirarlo un par de veces para asegurarse. Todavía no estaba acostumbrado a la nueva moneda. Tras recibir el cambio y despedirse del taxista, los dos hombres caminaron por la calle en busca del número que no tardaron en encontrar.

Sisco notó como el vello de sus brazos se crispaba y su corazón latía con más intensidad. Sentía que aquello que le oprimía el pecho estaba cada vez más cerca. En su interior notaba como una cuenta atrás, en la que los segundos pasaban cada vez más rápidos al compás de los latidos del corazón. Ya frente a la puerta de la casa, Bartomeu le pasó la mano para peinarlo ligeramente, le ajustó las gafas y pulsó el timbre. Una señora de edad avanzada, con mechas rubias, vestida y enjoyada con elegancia, les abrió la puerta.

—Hola, buenos días. Soy Bartomeu, y este es Sisco.

La señora se llevó una mano a la boca y pasó la otra por la cara para secarse toscamente las lágrimas que, de repente, le brotaban de los ojos. A duras penas, con un nudo en la garganta, le dio la mano a Bartomeu, su cómplice, con quien ya había hablado por teléfono. A continuación abrazó con fuerza a Sisco.

—Yo soy Marina —dijo mirándole a los ojos para, acto seguido, apretar fuerte sus labios con un movimiento de cabeza de arriba a bajo—. Pero, entrad. Pasad, pasad al salón.

Las persianas que daban a la calle se encontraban bajadas a media altura, y una luz tenue se filtraba a través de las cortinas. Al fondo, junto al sofá y sentada en su silla de ruedas, con el bastón negro de mango plateado apoyado entre las piernas, se encontraba ella, su madre. Muy cerca, sobre una mesita cubierta con un tapete hecho a ganchillo, había un retrato que Sisco reconoció enseguida. Apoyados a la barca, dejando a la vista el nombre: «Isla de Tabarca», pudo reconocerse sobre la embarcación, acompañado por su madre a un lado y su padre al otro. Aquella fotografía en blanco y negro no la olvidó nunca. Ni la figura delgada de su madre con el cabello rizado, ni el corpulento cuerpo de su padre con la gorra de marinero, que lo abrazaba con fuerza para evitar que cayese de la barca.

Los dos hombres quedaron petrificados a la entrada del recinto frente a la anciana de cabellos blancos con un reflejo azulado, que su sobrina había peinado y vestido con minuciosidad para recibir la inesperada visita.

La señora Rosita centró las gafas con el dedo índice y fijó la mirada en uno de los dos hombres, el más bajo. Cogió su bastón y, sin la ayuda de nadie, se puso de pie. Sin apartar la vista de aquel hombre con los ojos enrojecidos y el cabello gris, comenzó a caminar de manera temblorosa hacia él.

—Tú eres mi Sisquet. ¡Dios mío, no me lo puedo creer! ¡Tú eres mi Sisquet!

Un sonido gutural surgió de la boca de Sisco, que se abalanzó sobre la anciana a punto de desmayarse, en un abrazo esperado toda la vida.

—Ma…dre, ma…dre.

—Siempre supe que no habías muerto —exclamaba nerviosamente la señora Rosita entre llantos—. Algo en mi interior me lo decía. La barca… nunca se hundió.

Madre e hijo, fundidos en uno, dejaban desahogar con libertad sus sentimientos truncados por el trágico destino.

—Yo sabía que estabas vivo. Siempre lo he sabido en el fondo de mi corazón. Es un sentimiento que solo una madre puede sentir. Una madre sabe siempre si una parte de su cuerpo está viva o muerta… y tú eres una parte de mi cuerpo —le decía la señora Rosita inmersa en un baño de lágrimas y mirándole a los ojos, al tiempo que le acariciaba la cara con las manos y le daba un beso tras otro en la mejilla.

—¡Cómo es posible, virgen santa del Carmen! ¿Por qué me das ahora esta alegría después de todo lo que tenido que padecer en la vida?

Transcurridos los primeros momentos de lágrimas y grata alegría por el reencuentro, Marina, fuertemente emocionada, se sentó en el sofá junto a la anciana y su hijo. Bartomeu lo hizo en una silla, conmovido también por la feliz sorpresa.

—Qué pena que tu padre no esté aquí para verte —dijo Rosa a su Sisquet.

Sisco se dirigió a Bartomeu para preguntarle si su padre había fallecido. Este le pasó la pregunta a la anciana.

—Sí, hijo mío —contestó ella—, murió en la guerra, un año después de desaparecer tú.

Se hizo un profundo silencio. Las palabras de la señora Rosita arañaron con fuerza el corazón de Sisco. Luego preguntó con señas: «¿En la guerra?».

—Sí —contestó la madre —, en la guerra. No puedes imaginar la dureza y la crueldad de la vida conmigo.

A través de las ventanas se colaba insistente el rumor del tránsito de vehículos y la gente que pasaba por la calle, que ignoraba la tristeza y la alegría que tras aquellos muros cercanos, en la casa de alféizares repletos de plantas con flores, se vivía.

Pasaron unas horas desde el feliz encuentro. Poco a poco, todos asimilaron la nueva realidad que, por increíble que pareciera, era verídica. Marina preparó algo para almorzar; entre tanto, Sisco, sin soltar la mano de su madre durante los cortos silencios llenos de ternura, le explicaba cosas con movimientos y gesticulaciones. Bartomeu también participaba de la conversación, pero se mantenía apartado con discreción, para dejar que los sentimientos aflorados tan de repente salieran libremente sin nada que los pudiera refrenar.

Más tarde, sentados a la mesa, la señora Rosita se sentía plena y feliz, contenta de tener cerca a su hijo Sisquet y sin acabar de creerlo. Ahora bien, a pesar de la tenacidad y el cuidado que Marina puso en preparar el ágape, nadie de los presentes fue capaz de ingerir algo. Picaron un poco de aquí y de allá, y uno tras otro se disculparon de no poder comer nada más. Los sentimientos a flor de piel lo impidieron.

Aquella tarde, la casa de Marina se llenó de gente. Familiares, amigos, vecinos… todos querían saludar al hijo desaparecido de Rosita. Ella, sin separarse de él ni un momento, se pasaba de vez en cuando el pañuelo por los ojos y explicaba orgullosa a las visitas la triste historia que muchos no conocían.

***

Al día siguiente, después de desayunar todos juntos, los dos hombres, acompañados por Marina, salieron a dar una vuelta por el puerto. Rosita prefirió quedarse en casa pues no se encontraba con ánimos para caminar.

El moderno puerto mostraba toda su belleza y encanto a los visitantes. Con el Club Náutico a un extremo y el edificio de la Cofradía de Pescadores en el otro; con las barcas del «bou» amarradas a puerto, que ese mes guardaban veda para proteger la reproducción de determinadas especies, y con los colores y el ambiente de un trozo de costa precioso y acogedor.

Caminaron por la andana donde se encontraban amarradas las pequeñas embarcaciones de pesca, mientras respiraban el aire de mar y sentían sobre la piel el sol mediterráneo. De pronto, Sisco se dirigió a Marina y le preguntó con sus gestos si todavía existía la casa donde vivió de pequeño. Marina lo entendió perfectamente y le contestó:

—Claro que sí. ¿Ves aquella casa blanca con un primer piso a la parte izquierda de la torre? Pues, en la planta baja, donde ahora hay una «boutique», es donde vivías tú con tus padres. Ya quedan pocas casas antiguas en la fachada marítima, pero milagrosamente la vuestra todavía sigue ahí, desafiando el paso del tiempo.

Capítulo séptimo

La carta

«Querida madre.

En primer lugar quiero decirte que hemos llegado bien. El vuelo ha sido muy rápido, y el avión, tan pronto toma altura ha de comenzar a descender.

Te escribo esta carta con la ayuda de Bartomeu. Marina te la leerá, pues así lo acordamos. Creo que de momento es la mejor manera de comunicarnos y poder explicarte muchas cosas sobre mi vida. Como pudiste comprobar, tengo cierta dificultad para leerte los labios, pues nuestra parla es algo diferente de la vuestra, pero creo que pronto me acostumbraré.

De mi vida aquí te diré que al principio no fue nada fácil. Cada día pensaba en vosotros; mientras, la guerra continuaba con su poder destructivo, para separar gente y alejar pueblos.

Lluc, el padre de Bartomeu, hizo lo posible por averiguar mi procedencia y devolverme a mi familia. Los carabineros también hicieron lo necesario para informar a sus cuarteles de que tenían a un niño perdido, pero fue imposible que la búsqueda diera resultados a causa del mal estado de las comunicaciones con la costa peninsular, por el hecho de encontrarse en zona republicana, mientras que nosotros estábamos en la parte controlada por los nacionales.

De esta manera, poco a poco, me convencí que mi estancia aquí sería larga. Nunca perdí la esperanza que al acabar la guerra vinieran mis padres a buscarme. Sin embargo, el destino quiso separarme de vosotros. Así, día a día, me acostumbré a mi nueva vida. Luego, a pesar de los años difíciles de la posguerra, me cuidaron y consideraron como a un hijo más. Pero, sobre todo, siempre tuve la ayuda de Bartomeu que se preocupó de que aprendiésemos juntos el lenguaje de los signos. Él ha sido para mí el hermano que no tuve y, después de ti, es la persona que más quiero en el mundo. Entre todos los hermanos, fue quien en todo momento sintió un afecto y una estima especial hacia mí.

Los años pasaron y yo crecí en el seno de una familia que, a pesar de no ser la mía, me acogió con cariño. Hablaron con el capellán de la Base Naval para conseguir que pudiera visitar la misma escuela donde asistían los hijos de los militares de la base de submarinos, que durante mucho tiempo hubo aquí en el puerto. Fue en ella, con un profesor especializado que la Escuela Nacional de Sordomudos envió para dar clases al hijo de un alto mando, donde aprendí con el tiempo a leer y escribir. Años más tarde, recibí una beca del Gobierno Insular para estudiar en la capital de la isla, en un centro especializado para sordomudos.

Nunca me casé. Quizá porque no encontré la mujer adecuada que estuviera en iguales circunstancias, dispuesta a emprender una vida

juntos con mis incapacidades. A veces dejamos pasar los años y arrinconamos nuestras ilusiones, anuladas a menudo por la realidad que termina imponiendo su voluntad. Si luchas contra esa realidad puedes llegar a vencerla, pero si decides que sea ella la que te dicte su criterio, acabas por aceptarla y sigues su camino, refugiado en la comodidad y la cotidianidad.

Para mí, el matrimonio de Bartomeu, y luego el nacimiento de sus hijos y su educación, significó ese refugio. De alguna manera lo viví como si fuera mi propia vida, con la misma ilusión. Eso me hizo sentir un ser útil y realizado, a pesar de mis limitaciones. Su familia, a cambio, continuó dándome afecto. Esto me ayudó a mejorar la autoestima. ¿Qué más podía pedir a la vida si yo era feliz así, a mi manera?

A pesar de todo, Bartomeu nunca desistió de encontrar a mi familia verdadera y, en un programa que hacían en la televisión estatal, relató mi historia en un intento para que os dieseis cuenta que yo estaba vivo. Por desgracia, nunca aparecieron mis familiares, ni los hermanos que yo pensaba que tendría.

Han sido tantas y tan fuertes las sensaciones vividas, que todavía estoy como en una nube, sin asimilar por completo lo que he sentido en los dos días que hemos pasado juntos. Tan pronto pueda, arreglaré unas cosas pendientes, cargaré en la

maleta mi ropa y mi documentación, y regresaré contigo. Es cuestión de poco tiempo. Quiero estar a tu lado para paliar en parte el dolor por no saber nada de mí durante tantos años. Quiero que compartamos todo, para recuperar así cada minuto perdido. Mi deseo es que aquel dolor que te produjo mi pérdida, junto a la muerte de mi padre, se vea recompensado con mi presencia.

Yo vivo en casa de Bartomeu, que me habilitó una habitación en la planta superior, donde tengo mis libros y todas mis cosas. Además, percibo una paga mensual del estado que, aunque no sea gran cosa, me llega para cubrir los gastos.

La calle donde vivo se llama de santa Apolonia, y se encuentra por encima del oratorio de san Ramón de Peñafort, situado en el barrio de pescadores al final del puerto, en una preciosa bahía a los pies de la sierra de Tramontana. No se trata de una calle con árboles, coches, semáforos y farolas, sino todo lo contrario. Además, la casa de Bartomeu, hecha de piedra, se encuentra en un sitio donde la calle se estrecha y se convierte en un callejón que sube hacia la calle superior. Frente a la casa crecen las buganvillas y hay plantas siempre en flor. Aquí, en este rincón, además de vivir yo, también vive el silencio, o al menos eso es lo que dicen.

Yo creo que muchas personas se escudan tras el ruido para esconder sus miedos y temores. A

veces me pregunto si me gustaría vivir en ese otro mundo lleno de sonidos y sobresaltos, y siempre me confirmo que no. Que prefiero continuar en mi mundo. Si un día pudiera oír de repente todo lo que sucede a mi alrededor, no lo soportaría.

Desde mi ventana tengo una vista preciosa sobre las montañas, la bahía, y el puerto lleno de embarcaciones de recreo. Las barcas de pesca poco a poco han desaparecido. Ahora solo quedan siete. Uno de esos «bous», como los llaman popularmente, pertenece a Bartomeu; también quedan algunas barcas pequeñas. Todas se dedican principalmente a la pesca de la gamba y la langosta, pues es lo que da mayores ganancias.

Detrás mismo de mi casa, subiendo unos pasos, se puede ver el mar situado al otro lado del promontorio. Hay un lugar muy bonito llamado el Mirador de santa Catalina, que se encuentra a muchos metros sobre el nivel del mar y encima de unos acantilados.

Hace años, aprovechando el oratorio de santa Catalina de Alejandría destruido en varias ocasiones a lo largo de los siglos, se construyó la Escuela de Armas Submarinas. En la actualidad es el Museo del Mar.

Mis paseos me han llevado a menudo hasta el mirador. Todavía hoy, como que ya forma parte de

una costumbre muy arraigada en mí, al pasar frente a la cruz de piedra que hay en la puerta del oratorio, me santiguo. Luego, sentado sobre el banco de piedra que hay junto a la barandilla, mi vista se pierde en la lejanía, mientras el corazón y los sentidos se relajan contemplando la grandiosidad del mar.

Desde niño, al observar el inmenso azul que se extendía ante mí, intuía que allá lejos, al otro lado del mar, estaba la tierra que me vio nacer: una tierra donde mis padres me recordaban y esperaban que un día volviese con ellos.

Muchas veces, cuando estaba triste, subía por las calles hasta la explanada del oratorio. En los viejos muros cuelgan las plantas de las alcaparras. Cuando florecían, cogía una flor y la lanzaba al fondo del acantilado desde la barandilla del mirador. Nunca conseguí ver dónde caía, pero estoy seguro que segundos después el mar la recibía con agrado. Era como mi pequeño homenaje de gratitud por protegerme y permitir que un niño de siete años, indefenso ante el enorme poder del mar, pudiera llegar sano y salvo a una nueva tierra donde vivir. Una tierra en la que cada primavera florece el azahar, que impregna el aire con su intenso aroma.

Estos valles y este mar, de la misma manera que el mar y las montañas que ves tú, inspiraron al conocido Miró en sus obras. Porque en el fondo

todo se asemeja: la luminosidad del cielo, el azul cobalto del mar, y los colores intensos de los bosques y la piedra rojiza.

Yo soy una persona muy sensible. Me gusta escribir de vez en cuando algún poema. Bartomeu los corrige y me los recita, y yo me fijo en sus labios, en las pausas, para así captar en toda su intensidad lo que he escrito. Un día de estos, también escribiré uno y te lo dedicaré.

Bien, madre, por hoy ya he escrito bastante y te he contado un montón de cosas que no sabías. Tiempo tendremos de "hablar" y explicarnos aquello que no nos dijimos durante tantos años.

Yo deseo quedarme contigo, pero el día que tú faltes volveré a la isla. Porque en este rincón junto al mar es donde tengo a mi otra familia, los recuerdos y mi vida.

Hasta muy pronto, madre. Recibe entretanto un fuerte beso de tu hijo, Sisco».

Marina, conmovida por la carta, se quitó las lentes de lectura y pasó un pañuelo de papel por los ojos. Al levantar la vista hacia la anciana, un escalofrío le heló la sangre. Reclinada en su silla de ruedas, la señora Rosita parecía dormir, manteniendo entre sus manos un retrato apretado

contra el pecho, donde se la podía ver a ella, a su marido, su hijo de dos años, y la barca.

—Rosa, ¿se encuentra bien? —exclamó su sobrina asustada, mientras una ligera sonrisa de paz y felicidad se dibujaba en el rostro de la anciana.

—¡Dios mío, Rosa, Rosa! —gritó Marina con desesperación, entre sollozos contenidos y lágrimas de adiós.

És plom el cel
i gris la tarda,
rugeix el mar
amb fúria incontrolada,
espessa boira
per sobre les colines
i un raig de sol,
reflexos coure i or.

Trenquen les ones
a l'amagada cala,
contra les roques
que la protegeixen,
besen la sorra
i després s'allunyen
molt orgulloses
en el capvespre.

Allà a la vora
on l'aigua arriba
s'amuntega sorra
donant sepultura
al cos jacent
d'una gavina,
mort el seu vol
en aquesta cala.

Què fos així
la seva vida?
Només un moment

que la fi espera,
però jo vull més;
no vull moments,
amor llunyà
que em desesperes.

Vull l'infinit
com aquesta mar
que torna i se'n va
i mai s'acaba,
que marxa lluny
sense saber
on sentirà
rumors d'onades.

Són només els pensaments
d'un cor solitari i trist
desafiant el destí
que l'ofega a tothora.
És el temor del moment
quan l'estimar se li escapa
lentament, sense voler,
pas a pas, mentre l'enyora.

Sisco Estades
Port de Sóller

Es plomo el cielo y gris la tarde, ruge el mar con furia incontrolada, espesa niebla cubre las colinas y un rayo de sol, reflejos cobre y oro.

Rompen las olas en la escondida cala, contra las rocas que la protegen, besan la arena y después se alejan muy orgullosas cuando atardece.

Allá en la orilla donde el agua llega se amontona arena dando sepultura al cuerpo yacente de una gaviota, muerto su vuelo en esta cala.

¿Qué fue entonces su vida? Tan solo un momento que el final espera, pero yo quiero más; no quiero momentos, amor lejano me desesperas.

Quiero el infinito como este mar que vuelve y se va y nunca acaba, que marcha lejos sin saber dónde sentirá rumores de olas.

Son solo los pensamientos de un corazón solitario y triste desafiando al destino que sin cesar lo ahoga. Es el temor del momento cuando el amar se le escapa lentamente, sin querer, paso a paso, mientras lo añora.

Sisco Estades

Puerto de Sóller

Epílogo

Meses más tarde, tres hombres y una mujer subieron hasta el mirador de santa Catalina para cumplir el último deseo de Faustino. El día anterior se había celebrado de manera íntima la ceremonia de su fallecimiento en la iglesia parroquial de san Ramón de Peñafort, con la asistencia de unos pocos allegados.

Llevaban una urna que contenía las cenizas del marino, también escritor nunca reconocido, a quien le había llegado su hora. Un golpe de mar quiso apropiarse de su vida como si fuese algo que le perteneciera. De esta manera, el mar reclamó para sí la posesión de su último aliento. Un mar al que siempre estuvo unido, que lo cuidó y alimentó como un padre. Un mar que, cuando desata su furia, no hay fuerza humana que lo pueda controlar.

Como pequeño homenaje póstumo, Sisco introdujo en la urna la vieja libreta, llena de manchas y tachaduras, en la que Faustino escribió la entrañable historia de un niño perdido en el mar. Luego solicitó a Bartomeu y Marcel que se acercaran a la barandilla, junto a él. La mujer esperó mientras tanto, con los brazos cruzados sobre el pecho, unos metros por detrás de ellos.

Sisco lanzó con fuerza la urna al mar. Los tres hombres quedaron en silencio, apoyados a la barandilla, observando cómo el viento se llevaba el polvo grisáceo. Sisco, con la mirada perdida en el horizonte, no pudo contener la emoción por tantos recuerdos y momentos vividos.

Minutos después, los hombres se unieron a la mujer que los esperaba. Marina pasó los dedos con suavidad por la mejilla de Sisco. Lo besó con cariño, se cogió de su brazo y se santiguó con devoción al pasar ante la cruz de piedra frente al oratorio.

***

Nochebuena

Belén Garrido Cuervo

© Belén Garrido Cuervo - Avilés

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento.

NOCHEBUENA

Mi madre entra al salón con una humeante bandeja de langostinos, que dejan a su paso un aroma estimulante. Es una excelente cocinera y salivo. Mi suegra, a la que a medio camino entre el cariño y la maldad apodamos «la postiza» porque es la segunda esposa del suegro, deja que la anfitriona deposite la bandeja sin intentar ayudar, sin afanarse en recolocar los cubiertos ni en mezclar la mayonesa con las rodajas de limón con el fin de hacer sitio sobre la mesa. Yo, que ya tengo los cubiertos en la mano, dudo entre usarlos o no hasta ver cómo respira la mujer que el año pasado se pronunció: «Pepa, no seas cursi y pela los langostinos con los dedos como todo el mundo». Pero la postiza, con la mirada detenida en ninguna parte y el gesto triste, deja que las cosas sucedan y cunde entre los comensales un momento de desconcierto. Desde que mi hija ya no tiene edad para dejarse engañar, ella y yo echamos a suertes la posición que cada una ocupa en la mesa durante las celebraciones familiares y en esta ocasión le había tocado la peor parte. Pero la pasividad de la abuela postiza significa que no lloverán sobre su plato gotitas de saliva y trozos de comida y la muchacha respira aliviada. Mi suegro habla sin que su mujer lo interrumpa, sin que le importune colocándole la servilleta de babero, y se le iluminan los ojos cuando carga langostinos en el plato sin que ella los devuelva a la fuente. El hombre bebe vino sin que su hijo se lo impida con la excusa de la medicación y yo

busco la mirada de mi marido para felicitarle por la excepción que hace este día con el padre enfermo, pero lo encuentro embebido en los mensajes del teléfono móvil. Desde que sus recuerdos dejaron sitio a un espacio en blanco, no había visto a mi suegro tan relajado como hoy, capaz de acertar con nuestros nombres y de decir alguna palabra sin fruncir el entrecejo o rascarse la calva con encono. Con las tenazas del marisco aplasta el langostino, chupa con fruición el ácido bórico de la cabeza y pasa los dedos por la corbata hasta dejarlos listos para empezar con el siguiente. Mi marido guarda el móvil y me busca con la mirada cuando su padre le pone la mano en el hombro para hacerle un comentario que no termina. Estrena traje. Mi hija se descojona y yo trato de llamar al orden con una patadita por debajo de la mesa, pero fallo y la recibe mi madre, que se queja: «¡La úlcera, nena, por Dios!». Callo como una perra y entonces ella carga la ira contra su marido que, secundando a su consuegro, también va por la tercera copa de vino y sonríe, pero atinando a chuparse los dedos antes de limpiarlos en la servilleta. Preocupada por la tierna estampa conyugal que puede provocar el equívoco de la patada, inicio la única conversación que puedo mantener con mi madre y le pondero la comida, la interrogo sobre el segundo plato, pero es mi hermana, a la que su marido acaba de trocar por una compañera de trabajo, quien desde el otro extremo de la mesa se hace con la atención de mamá y apunta hacia mí con el mentón. Ella capta el mensaje y luego me fulmina. Mi hija se descojona otra vez y yo aprovecho para animar a

comer a la postiza, que se muestra inapetente. Ella me mira con los ojos muy abiertos, acepta de mala gana y sin energía el langostino que yo acababa de pelar para mí y parece saborearlo, aunque insiste en la mudez. La mujer lleva un tiempo deprimida. Hace años que la ciclotimia se ceba con ella haciéndola partícipe de un misterioso círculo vicioso de decaimiento y excitación. El año pasado la hizo llegar al convite de Navidad verborreica, enjoyada, envuelta en mantón de Manila. Estaba sonriente y exultante, olvidados la oscuridad anterior, el reuma y los juanetes. Ordenó el lugar de cada uno en la mesa, discutió con mi excuñado, que ya tenía la cabeza en otra cosa, cebó la sopa a su marido, la bandeja con el cordero terminó sobre la alfombra y consiguió que la gata abandonara su acostumbrada indiferencia para hacer rodar por el pasillo las patatinas asadas y lamer la salsa derramada sobre el suelo de parqué. Pero hoy es mi madre quien reina en la celebración, sobre todo con las gracias que le ríe el consuegro y con los gestos de conmiseración que dirige a la consuegra porque «nada es más triste que no tener la cabeza en el sitio». Mi hermana se levanta y, para complacer a mamá, comprueba que está echada la llave de la puerta y pasados los cerrojos. Mi madre asiente complacida, ellas se entienden bien. «Sí, hija, sí. Seguridad ante todo, que para los cacos no hay Nochebuenas». Mi hermana la secunda, baja la persiana del salón, pasa las cortinas, critica duramente a la comunidad de vecinos por no permitir que se colocaran rejas en las ventanas, «como si un sexto piso fuera de por sí

inexpugnable», y sugiere la pertinencia de una alarma, que podría colocar su marido, bueno su exmarido, que trabaja en una empresa de seguridad y al que no tendría más que llamar. A mi madre se le humedecen los ojos de agradecimiento porque nadie salvo esa hija entiende sus miedos. La mía se vuelve a descojonar. Mi padre y yo nos miramos y él rellena mi copa de nuevo, generosamente, con mucho mimo. También nosotros nos entendemos bien. Luego echo mano a los langostinos para pelárselos a mi suegra postiza, que parece los acepta de mejor grado. Hace unos días que visitamos al psiquiatra y este comentó que le parece que la paciente estaba tardando demasiado en salir de la fase de apocamiento que la aqueja, aunque yo no creo que nadie le esté escondiendo las pastillas.

QUEDARÁ EL VIENTO

Antonio Pacheco

© Antonio Pacheco – Oaxaca - México

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

QUEDARÁ EL VIENTO

El silencio en la ciudad era inusual. Sobre la motocicleta ella tenía la cabeza apoyada en mi espalda, las manos sujetas a mi cintura. El automóvil surgió de la nada, sin tiempo de esquivarlo. El golpe fue seco, acompañado de un estruendo que resultó mortal. Desperté después de varios días.

Aferrado a la esperanza de un reencuentro, me dediqué a buscar lenguajes a través de los cuales quizá estuviese tratando de comunicarse conmigo: una mariposa revoloteando frente a mis ojos antes de posarse en una pared; alguna balada contando nuestra historia; luces repentinas evaporando las sombras.

Los sueños comenzaron pasado un año y trajeron la ilusión de un universo alternativo que al cabo de un tiempo derivó en amargura, porque el despertar revivía la conmoción de los primeros días de su pérdida. Entonces lo admití: nuestras charlas no existían; mi mente ponía su voz a las palabras ansiadas. Las supuestas señales o intentos de comunicación no eran más que sucesos con una explicación lógica: una puerta cediendo a su peso, un ave cruzando el ventanal en busca de alimento, nuestra melodía sonando en un momento especial sin otra intervención que la casualidad. El mundo material volvió a ser el único resquicio donde hallarla: un perfume, o instantes de su vida atrapados en algún dispositivo, pero los años desbarataron mis sentidos arrastrando en su riada los pocos modos en que ella regresaba en

migajas de realidad. Adiviné su imagen difuminándose hasta convertirse en un retazo gris. ¿El tiempo la borraría también de mi memoria? El golpe final lo dieron las tinieblas en mis ojos. El último adiós se aproximaba inevitable.

Una madrugada acudió a mis sueños entre nebulosas en uno de los balcones de la universidad donde la conocí. Y, como siempre, en cada sueño, el tiempo reiniciaba su curso en nuestros años de juventud. Ella tenía el cabello suelto ondeando a voluntad del viento y sus brazos sobre mis hombros. Movía el cuerpo con armonía, canturreando una canción lejana.

—Te voy a perder —me quejé.

—Nunca nos hemos perdido —rebatió—. Encontré caminos para volver a ti, pero te resistes a creer.

—Aunque creyera. Se han ido tu aroma, tu voz, tu imagen. Pronto no quedará nada donde hallarte.

Me sonrió cómplice, besó mis labios a la vez que abrazaba mi espalda y susurró a mi oído:

—Quedará el viento.

REPARADORES DE ESTRELLAS

Juan Antonio Marín

© Juan Antonio Marín - Rioja (Almería)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

REPARADORES DE ESTRELLAS

La compañía de titiriteros llegó en otoño. Era lo único que aquel pueblo perdido en el mapa podía permitirse. La llegada de la pequeña troupe consiguió por unos días dar vida a un pueblo castigado por la emigración y la falta de futuro. Titiriteros, qué palabra tan mágica para mi oído infantil. Aún los recuerdo. Aquellos artistas eran personajes dispares pero de gran corazón, como demostraron durante aquellos días. Ponían en su trabajo más ilusión que destreza, era bien cierto, pero eran personas sencillas, con un aire bohemio que lucían como marca de la casa y al que contribuían melenas canas y desaliñadas que recogían en una coleta durante las actuaciones y barbas pobladas que, en la mayoría de los casos, ocultaban arrugas y la falta de algunos dientes.

Todos, en mayor o menor grado, demostraban gran elocuencia en discursos y conversaciones y demostraban esa sabiduría que se consigue a fuerza de vida: la mejor academia para el alma de los ingenuos y para que los soñadores pongan los pies en la tierra. Llegaron con aire jocoso y se instalaron en un descampado anexo a la casa consistorial. Durante el día se relacionaban con los vecinos, en especial con los niños, que los mirábamos embobados. Ubicaron su cuartel general en la tasca donde dieron orden de que no faltase el vino, al que estaban invitados los vecinos dispuestos a jugar con ellos unas partidas de dominó.

Las funciones se realizaban de noche, el mejor momento, porque lograban que su selecto público se acostase con una sonrisa en la boca, olvidadas por un momento las telarañas que les crecían en los estómagos; ellos, a su vez, terminaban el día arropados por el calor de aplausos sinceros que los reconfortaban; porque, como decía don Tobías, la soledad se soporta mejor con alegría y los sueños, sueños son. Algunos de aquellos titiriteros, bajo los efectos de Baco, nos relataron, aún con énfasis, sus humildes vidas. Algunas estaban marcadas por desilusiones; otras, por amores de lenta llegada y rápida huida. En definitiva, la mayoría estaban trufadas de desengaños, a veces solventados sin más compañía que la luna, bella reina del cielo que, junto a las estrellas, servía de techo a su vida nómada.

Estuvieron unos pocos días entre nosotros. La comitiva estaba formada por un payaso cojo, con menos gracia que un cabo de la guardia civil; dos enanos saltimbanquis que parecían monos, por feos y peludos. Casi siempre los vimos borrachos y peleando entre sí; un trovador de bigote fino que presumía de gastar buena percha y de encantar a las mujeres con sus palabras, como pudieron comprobar algunas damiselas, solteras todas, que en ese aspecto se tenía por un caballero. Según contó una de las afortunadas, durante el ardor de la intimidad, el trovador le susurraba al oído poemas de Bécquer. Lástima que aquella fluidez no acudiera a su lengua cuando tenía que recitar la Canción del pirata dicha al revés, porque se encasquillaba más que Manolo el tartamudo para desgracia del trovador y para deleite del público

que reía el error como si fuera una gracia. También estaba un viejo desdentado que se hacía llamar señor Tobías y cuya única posesión era una pipa donde mezclaba tabaco de picadura con otras hierbas “medicinales” que, según él, le fueron recetadas bajo prescripción médica por algún galeno amigo, y María, la cabra ciega que, con más pena que gloria, pero con mucha gracia, bailaba sobre un taburete de tres patas. «Alehop, María, alehop», decía con entusiasmo el señor Tobías; a lo que María atendía cuando le daba la gana.

Acompañaban a la comitiva un mago llamado Vladimir, su bella esposa Nicolt y la pequeña Marlene. Ellos se vanagloriaban de haber trabajado en el circo. Los apodaban "los Zares", decían que por su origen ruso y el porte señorial, pero ellos más bien creían que el mote era en realidad fruto de la envidia porque tenían una caravana propia donde aún se podía contemplar, muy gastado, el logotipo del Circo Antolín. Y porque comían a diario con su elegante cubertería de plata que, con el paso del tiempo, se fue reduciendo hasta quedar en una pieza por cabeza.

«¡Ha llegado a esta localidad la magnífica compañía de titiriteros 'Reparadores de Estrellas'! ¡Payasos, trovadores que os robaran el corazón, la cabra María y el gran mago Vladimir! Pasen, disfruten y déjense seducir por las acrobacias de la pequeña princesa de piel pálida y cuerpo de goma».

Yo siempre había soñado con el circo, con leones rugiendo y pasando por aros en llamas; con

camellos, elefantes, trapecistas y, si tenía suerte, con ver al unicornio blanco. En cambio, durante unos días disfruté de una tómbola de muñecas viejas y peluches tuertos y con una caseta de tiro con más trampas que suciedad.

Mi padre decía con rostro muy serio, tanto que no se le movía el mostacho, que la vida titiritera era como una abstracción de la realidad. Un ritual de ilusiones que por un momento nos hacía olvidar los sinsabores diarios. Que tenía una magia capaz de unir el alma de pequeños y mayores y arroparlos por el abrazo de la fantasía que durante unas horas nos obsequiaban sus personajes. Porque para mi padre no se les podía catalogar de artistas.

La misma mañana que llegaron conocí a Marlene. ¿Es tuya esta bicicleta? ¡Qué bonita es! ¿Me puedes enseñar a montar y, a cambio, yo te enseño trucos de magia?”. “Vale. Me llamo Matías, ¿y tú?". "Me puedes llamar 'Lágrima negra'...". Como la que llevaba pintada debajo del ojo derecho. Y empezó una amistad que se afianzó en el poco tiempo que pudimos estar juntos. Me contó que ni el mago ni la francesa eran sus verdaderos padres, sino unos parientes lejanos de su madre, que se fue de tournée con una compañía de vodevil, y no volvió más. De su padre no supo nunca nada. Me dijo que estaba cansada de vagar de un sitio a otro. Quería echar raíces de una vez por todas. No comprendí entonces el valor de aquel deseo, porque a mí me pasaba lo contrario. Marlene era para mí la gran estrella de los "Reparadores". Lo supe cuando mi padre,

tragándose el orgullo, accedió a llevarnos a la actuación a su sobrino Luis, el hijo mayor de su única hermana, y a mí.

Nicolt, la bella mujer del mago, nos deleitó con un número de malabarismo con platos de porcelana, los mismos que usaban para solicitar la voluntad al acabar la actuación. Los hacía bailar sobre las cimbreantes varillas, tan sincronizados y con tal precisión como sólo los muchos años de experiencia pueden ofrecer.

Lágrima negra realizó un número de contorsionismo, unas cosas muy raras hacía con los brazos y las piernas, que parecían elásticas. Salió ataviada con una vieja malla ajada por el uso. Se subió a los hombros de su falsa madre y realizó saltos acrobáticos hacía atrás y hacía adelante y ejecutaba posturas imposibles en el aire. ¡Bravo, bravo!, gritaba mientras aplaudía con una emotividad impropia en mí. Quizás fuese por los nervios, o una mala jugada del destino, pero sucedió lo que nadie esperaba, aun sabiendo que el riesgo existía.

Recuerdo el grito que di, incapaz de acallar el miedo, cuando la vi sobre el asfalto de la plaza, así como el salto desde mi silla colocada en la primera fila para correr hasta ella. Marlene tenía los ojos abiertos y la mirada perdida en algún punto en el cielo oscuro. Don Miguel, el médico, fue avisado y acudió a los pocos minutos, en pijama y batín. Se suspendió la actuación. Todos volvieron a sus casas, excepto mi primo y yo. Marlene se recuperó en seguida, pero no me separé de ella hasta que una ambulancia de la Cruz Roja se la llevó a la

clínica para descartar alguna lesión oculta. “¿Sabes que eres muy guapo?”, me dijo cuando me vio sonriendo a su lado.

Aquella noche supe que no tenía madera de artista. Yo no sabía hacer nada. Nada digno de ser comparado con el don que poseían aquellos hombres y mujeres que un buen día se instalaron en nuestros corazones y se aferraron con fuerza a la memoria.

Dos días después, los titiriteros levantaron el campamento y desaparecieron con más discreción que con la que llegaron. Lloré como un tonto cuando me despedí de Marlene. Ella me dijo: «No llores y lucha por tus sueños»; y me besó.

Abandoné el pueblo años después. Con una parte del dinero que heredaron mis padres de un familiar que vivió en la Argentina, decidieron darme la oportunidad de ver mundo y hacerme un hombre de provecho. Saqué el bachiller y después me gradué en Bellas Artes. Conseguí un buen trabajo como ilustrador gráfico en una empresa de publicidad, pero seguía siendo infeliz.

****

Al llegar a la oficina, doña Luisa señaló con la mano la sala de reuniones. Cuando entré en ella, mis compañeros estaban escuchando una cuña publicitaria que me llamó la atención. Era para el nuevo proyecto que habíamos contratado, un anuncio para una compañía circense. Mi equipo fue el encargado del diseño del afiche y yo trabajé durante semanas en varios bocetos. Al final fueron elegidos dos. Uno era el de un mago realizando

sus trucos en la plaza de un pueblo cuyo cielo estaba salpicado por el brillo de las estrellas. A su lado, una niña con corazón rojo pintado en las mejillas y una lágrima negra debajo del ojo derecho, lo mira con sorpresa. El otro boceto era un primer plano del rostro de la niña, una imagen que tenía grabada en la memoria y que era incapaz de olvidar.

Cenaba en casa cuando mi jefe me comunicó que la gerencia del circo había aceptado el proyecto. Me apeteció dar una vuelta y cogí el coche, me gusta conducir. Llegué hasta un parque y me senté en un banco a contemplar la luna llena en todo su esplendor. Y por un momento volví a ser el mismo niño embelesado de aquella otra noche en la que miraba sin pestañear las piruetas de una amiga.

Mientras conduzco camino a casa, en la radio suena las «Lágrimas negras», de Miguel Matamoros en la voz emocionada de Diego el Cigala con Bebo Valdés interpretando al piano. Una vez oí decir que se lloran lágrimas negras cuando se tiene el corazón triste. Y pensando en Marlene creo que los recuerdos son una impostura, una mentira de nuestra imaginación que nos ayuda a no olvidar que alguna vez fuimos felices.

THE BEST OF JAZZ FOREVER

Juan Antonio Marín

© Juan Antonio Marín - Rioja (Almería)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

THE BEST OF JAZZ FOREVER

Southern trees bear strange fruit
Blood on the leaves and blood at the root
Black bodies swinging in the southern breeze
Strange fruit hanging from the poplar trees

Lucas canta con su voz quebrada por vicios insaciables de tantas noches de desvelo, alcohol y mujeres de mala reputación. Noches que acumulan ensoñaciones que se niegan a desaparecer y que, juguetonas, resistiéndose a morir, siguen latiendo detrás de la delgada línea que separa lo real de lo irreal. Mientras sigue escuchando risas cercanas, pasos, voces, imágenes que hace años había olvidado, desperdigadas por unos lamentos amargos, esos llantos sin motivo ni razones que quedan atrapados en sus recuerdos, como la odisea de haberla amado más allá incluso de la locura; más allá de sí mismo, más lejana de ti: Billie, Billie, su querida Lady Day. La amaba de manera peligrosa, cómo el loco que duda de su falta de cordura, atrapado por unos ojos verdosos tan peligrosos como esos silencios que ahogan cuando te hacen una pregunta comprometida que sabes, que según sea la respuesta de ninguna de las dos opciones saldrás ileso. Una extraña sensación anónima que se apropia de su ser, de sus fuerzas, que rebelde obliga a quemar los pecados en la hoguera de la pasión resquebrajada, donde la única verdad es tan absurda y absoluta, que apenas tiene dudas;

ni tiene cabida en el renacer cada nota que se contonea al ritmo de unas caderas bañadas en alcohol que emborronan las líneas rectas del pentagrama.

Y ella se aferraba a su recuerdo, riéndose, haciéndole sentir frio bajo la espectral luz de una cada vez más decepcionada luna, con lágrimas guardadas que dudan entre salir o morir en el intento. Entonces la música cesa, el silencio se acopla adueñándose en su mente. Los aplausos explotan como lo hacen los efectos de su recuerdo. Lucas deja de sudar. Todo regresa a la normalidad. Todo, incluido los aplausos, que cada vez suenan como más lejanos, apagados, casi sin vida quedando un amago de sonrisa. ¡Sí!, el artista sonríe para sus adentros a la espera de lo que viene a continuación; y sabe que allí estará ella, clavada en sus dilatadas pupilas, donde siempre, y recordará aquella promesa que le hizo.

—¿Dónde está la canción que me prometiste cuando fingías ser poeta?

—Terminaba tan triste que nunca la pude empezar[8].

---

[8] De una canción de Joaquín Sabina

UNA CÁNDIDA EN EL FRENOPÁTICO

Belén Garrido Cuervo

© Belén Garrido Cuervo - Avilés

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

UNA CÁNDIDA EN EL FRENOPÁTICO

Cándida está sentada en el pequeño parque de la localidad. Está sentada en un banco de madera, hace calor y sus partes pudendas se recuecen causándole un prurito desagradable. Está en el parque porque se ha portado bien, como cuando era niña y su madre la mandaba a la calle a jugar con sus amiguitas. ¡Oh, vaya!, ¡no tenía amiguitas cuando era niña! Qué recuerdo más tonto. ¡Fuera, fuera, recuerdo malo, deja que esta inocente disfrute observando lo que pasa a su alrededor! Porque allí —todos los días se lo recordaba la Madre Sagrario— podía mirar y tomar el aire. Hablar, no. Tiene prohibido hablar con nadie porque ella es diferente y la monja no quiere problemas —qué malísima es la Madre Sagrario. Cándida, ¡acuérdate de escupir en su sopa!—. Pero a pesar de las condiciones impuestas por la Madre Sagrario, Cándida disfruta y, a fuerza de mirar, ha concluido que aquellas personas que creen hacer amistad murmuran las unas de las otras. En aquella zona del parque próxima al área infantil, entre padres embobados con sus germinados de pandillero, Cándida flipa con que el colmo de la superioridad del ser humano sea recoger la mierda de los perros. En aquellos pocos metros cuadrados hay —ella lo sabe bien— mucha soledad en compañía. A Cándida le da por pensar que todo dios tiene «lo suyo» y que el mundo no va como debiera.

Sentada a su lado está Macarena —una mujer que conoce de otras ocasiones—, en su postura habitual: una pierna cruzada sobre la otra, distraída la mente con lo que podría parecer el inocente balanceo del pie que tiene en el aire. ¡Pero noooo! Cándida sabe que esa es la posición que Macarena adopta para pensar. Un día que entablaron conversación —¡que se joda la Madre Sagrario!—, Macarena le confesó que siempre estaba preocupada. Macarena tenía mucho miedo a morir de las enfermedades que no tenía, y de seguir con ese sufrimiento, confesó que no tendría más remedio que cortarse la cabeza para poder vivir. Cándida se pregunta cómo es posible que nadie repare en su tristeza. Elena, otra habitual, llega doliéndose, como todos los días, de que la dieta no sirve para nada, mientras ofrece a diestro y siniestro —también a Cándida, que no es diestra ni siniestra, sólo diferente— gusanitos, patatitas, pistachos y pipas Facundo. (Umm «No dejarás este mundo sin comer pipas Facundo»). Cándida acepta agradecida —¡que se joda la Madre Sagrario!—. Y mientras pela recuerdos de la niñez se pregunta cómo es posible que nadie repare en la tristeza de Elena.

La tranquilidad se rompe cuando llega Antoñita saludando, al tiempo que mira atónita el escalón portátil colocado en la silla de bebé que empuja trabajosamente y en el que hace un momento juraría que llevaba subida a una de sus hijas gemelas. ¡Qué infierno este recuento de hijos que no acaba! En cualquier caso, lo que viene a decir a

sus amigas es que vuelve dentro de un momento. Antoñita se va sin irse, mientras comenta que deja un ratito a sus hijas, que son dos —el bebé está dormido y no cuenta—, pero que como son iguales, con mirar a una, vale, y por favor, se las cuiden que viene ahora, y que no, que no, que no se sienta, gracias, pero bueno, solo un momento porque se va, pero ya viene. Y mientras Antoñita se aleja sin acabar de irse, Cándida piensa en cuánto le recuerda esa mujer a su madre. Pero de este pensamiento la arranca Isabel que, tras llevar todo el día trabajando, pasa por el parque justo a tiempo de ver cómo su hijito, poniéndose a la vista de Cándida, mueve, burlón, el dedo índice a la altura de la sien.

—No lo tome a mal, señora, son cosas de niños— dice la madre enternecida.

(Señor, si estás por aquí, haz que este hijodeputa se rompa la nariz).

—¡¡¡¡¡Isabel, que tu hijo se ha caído del tobogán!!!!!!

Y ya casi a la hora de retirarse llega la explosiva Vanesa Yenifer, que tiene día de descanso en el súper. Cómo una ola, su personalidad llena de color ese espacio en el que nadie dice lo que piensa y al que llega ella no pensando lo que dice, pero diciéndolo de frente, como mandan los canónigos. Porque llegado el caso, ella sabe poner los puntos sobre la mesa aunque a alguien se le pongan los pelos como escarolas, que no le gusta andarse por los cerros de Valdemoro ni beberle el agua a nadie y menos a aquellos que le pueden bailar los vientos, que

son muchos, y más los que le miran el escote. Enviiidia, que hay mucha enviiiidia.

—Soooora, Soooora —vocifera Vanessa Yenifer a su hija—. Ven, que tienes la boca manchada de Nocilla. ¿Por qué meriendas Nocilla, niña, que te pones gorda? Mañana te traigo un bocadillo de jamón serrano. ¡Ay no, que no queda! Bueno, no importa, mañana meriendas Nocilla. No corras que sudas. No corras que te vas a caer. ¿Lo ves?, ya te has caído.

Y cuando la conversación se ha hecho generalizada y no se escuchan los unos a los otros, aparece la Madre Sagrario que la parió alentando verónicas con el hábito y, tomando a Cándida del brazo, la invita a levantarse.

—Vamos, hija, es la hora de regresar —dice la monja con un gesto que enmascara su natural desabrimiento—. Vamos al Centro porque debes tomar tu medicación.

—Y estas, ¿qué! ¿Por qué no se las lleva? —Cándida protesta por lo bajo—. A mí se me ha pasado el reconcomio. A mí ya no me pica, madre. No me pica, escúcheme bien, no-me-pi-ca, pero si me enfado me pica, me piiiiica y me pica—. Cándida se va encrespando y, mirando a la Madre con gesto avieso, se revuelve como un animalito.

—Te pica, desgraciada, porque has deshonrado a Dios. Y no me hagas hablar de porquerías.

—Que noooo, que sólo me reconcome el prurito cuando la veo a usted, que me pone mala. Que a esas de ahí usted no les dice nada,

naaadaaaa y tienen lo suyo, Madre. Madre, ¡cómo tienen lo suyo!

La Madre Sagrario pide la ayuda de Dios levantando los ojos al cielo, un gesto que sin duda tienen consensuado ambos, y hace otro de complicidad a las presentes, algunas de las cuales las miran y otras se hacen las despistadas. Una vez que ha sometido a Cándida, la monja esboza la sonrisa que tiene guardada para estas situaciones y le susurra triunfante al oído:

— Y ahora, Cándida, se va a poner usted el antifúngico.

***

Hoy he sido muy buena. Las monjitas me han dejado salir un rato y me he tomado, obediente, la medicación. Ya no tengo picor ni reconcomio. En la terapia hablamos de nosotros mismos y, como en el grupo hay muchos escritores, han decidido que podríamos componer una historia a partir de alguno de nuestros recuerdos. Yo siempre tengo la mente en blanco hasta que un amigo invisible me dicta lo que debo escribir. Pero mi amigo es un cabrón que se pasa al terapeuta por el forro y me dicta lo que le da la gana. Por eso, en la próxima sesión tengo que leer una historia que se titula: «Una Cándida en el frenopático». Me veo durmiendo en la habitación acolchada.

UNA PAREJA Y UN LIBRO DE EDUARDO KRÜGER

Antonio Pacheco

© Antonio Pacheco - Oaxaca, México

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

AÑO 2115

Después de atender la alarma por el aumento de partículas contaminantes en el sector, el señor H35, como suelen llamarlo por la abreviatura de su código, pide a su familia entrar y ordena a la casa purificar el interior. Aunque repara en que no hay manera de sanear el drama familiar que ha comenzado a vivir.

La señora M35 y los niños presencian a través de una interfaz digital proyectada en la estancia un concierto suspendido en el tiempo desde veinte años atrás.

En el estudio, el señor H35 se arrellana en un sillón de fibroína que le proporciona un masaje sensitivo. Se ajusta el productor de cine, un dispositivo similar a unos prismáticos que convierte en una película personalizada cualquier texto, y se dispone a convertir el libro digital que conoce, aparte de por la publicidad y las referencias de sus allegados, por perdurar en su formato de papel durante generaciones entre los recuerdos familiares. Al iniciar la conversión, la portada adquiere vida. Con base en el reconocimiento geográfico y archivos satelitales, obtiene cinco segundos de movimiento real. Mira las olas resbalar en la arena y el cabello del hombre y del niño mecerse al compás de la brisa marina; arriba, sobresale una fecha distante: 2010—2012. Escucha una voz agradable aportar referencias del autor y su obra. Desde la primera

página, el productor de cine presenta un problema técnico. H35 se retira del aparato y toma del antiguo escritorio de grafeno el libro de papel.

Antes de ir a la cama, H35 le reseña a M35 las primeras páginas convertidas, aunque se queja de los problemas del productor de cine. Lo hace intentando traer una conversación diferente; ella le aconseja reportar la falla del sistema y esperar. Lo hace con palabras cortantes, encaminadas a hacerlos callar o devolver la misma contienda de los últimos días. H35 se resiste a esperar, ella le recomienda leer, después de todo es una técnica que domina; se deshace de una pulsera y sin atisbo de emoción le informa del visado para visitar la playa el próximo mes; los niños tendrán contacto verdadero con el mar; el cargo ha sido efectuado a la cuenta familiar. H35, recuerda la portada del libro e insiste en comentar la primera película. Ella parece distraída, él conoce el resentimiento oculto en la apariencia. Quizá la estadía en la playa ofrezca la oportunidad de hablar, una técnica que ya ninguno de los dos parece dominar.

H35 descansa en el jardín bajo una sombrilla transparente que, a la par de protegerlo de los rayos ultravioleta, genera energía para el hogar por el mismo costo de suscripción. A su costado, el pequeño R35 interactúa con una pantera negra, la burbuja aislante tiene apenas

unas cuantas micras de grosor; ambos ruedan por el pasto del jardín, aunque, por supuesto, están a miles de kilómetros de distancia uno del otro. R35 pregunta a su padre si pagó la factura correspondiente, él le pide no preocuparse, la cuota por la felina amistad se cubre puntualmente cada mes. H35 continúa la conversión del libro, imprescindible a últimos días en sus ratos de ocio, pero se interrumpe para atender la comunicación con su madre, quien le confirma su asistencia la noche de Año Nuevo. Él le habla del libro y pregunta cómo llegó a la familia en el extinto formato de papel, ella cuenta lo poco que sabe: ha sido conservado por generaciones, porque el autor lo autografió a algún familiar cercano de los bisabuelos, como lo puede comprobar en la dedicatoria de la primera página, y le recomienda otros trabajos del escritor. Después pregunta cómo va todo entre él y su esposa. Él suspira y confiesa que no lo sabrá hasta después del viaje a la playa. Un aviso del próximo vencimiento de la factura por servicios de comunicación, los distrae; enseguida ella le cuenta que al padre de él le detectaron cáncer. Él ríe y ella se queja.

—Si tu padre fuese cuidadoso, esto no habría sucedido.

—Tranquila, mamá, sólo es cáncer, estará bien en dos días.

Al término de su conferencia, H35 se dispone a colocarse el convertidor, pero desiste. Toma el libro que decidió tener cerca por las constantes fallas en el productor de cine y piensa en la opción de leer como lo hacían sus antepasados. El lenguaje no es un

problema, ni la ortografía, ni la gramática. En realidad, piensa suspirando, un hombre como él no debería tener problemas como ellos, y sin embargo los tiene. La relación con M35 va de mal en peor desde que ella descubriera su fracasado intento de infidelidad. Reflexiona sobre la paradoja de dominar la lectura y varios idiomas, si es incapaz de externar sus sentimientos. Por eso este libro lo tiene atrapado. De algún modo, el escritor consigue escabullirse en las rendijas de la mente y del alma, no del hombre de un tiempo determinado, sino del de todos los tiempos; parece llegar en el momento justo de una escena crucial y observar tan meticulosamente, que el productor de cine no puede adentrarse así de eficaz en esos recovecos de la mente humana, aparentando así una constante falla. Mientras hojea el libro, descubre algunas partes más desgastadas. Alguien en su momento leyó o dio a leer infinitas veces un cuento en especial: «Desrecuerdos». Así lo demuestran las marcas de dedos deslizándose o señalando frases en particular. La lectura de ese relato lo deja por horas sumergido en la certidumbre de librar una batalla cuya derrota es inevitable.

Desde la cama, H35 observa el ir y venir de M35 por la habitación. Ella pregunta por qué no le aparta la mirada; parece enfadarse y sus movimientos se vuelven rápidos. Él se pone de pie. Ella parece buscar algo inexistente en el tocador. Él pregunta si la puede ayudar, ella responde que no y busca con brusquedad tirando todo en cada

toqueteo. Él la detiene de los brazos, mirándola por el espejo.

—Para.

—Iré a dormir a otra habitación —dice ella esquivando su mirada.

—No. Yo me voy. —Ella asiente—. Me refiero a irme de la casa —repone, y ella lo mira por fin a los ojos—. No tiene sentido seguir. Sólo esperemos a mañana; un último buen recuerdo de Año Nuevo para los niños.

Ella baja la mirada volviendo a asentir.

Sus padres llegan temprano. H35 ha vinculado el convertidor de cine a un dispositivo que proyecta el relato previamente escogido del libro.

—Les va a fascinar —les promete.

Las escenas de "Bajo dos cielos" se suceden provocando embeleso en todos por igual. Al finalizar, el padre de H35 comenta la gran pérdida que significó para sus antepasados no conocer el convertidor, y les cuenta a los niños que en aquellos años un libro no se convertía a cine sin pasar por toda una industria.

—Tampoco se pagaba por respirar —replica M35 sin ocultar su mal humor antes de ponerse de pie.

—Había guerras desde entonces.

—La humanidad ha estado en guerra desde que surgió y no se detendrá hasta que el último ser humano se extermine a sí mismo.

—Pero no tenían nuestras comodidades. Por cierto, ¿cuáles son los planes para el viaje a la playa? —pregunta la madre de H35, buscando cambiar de tema.

Pero M35 rechaza un cambio de tema.

—No tendrían nuestras comodidades, pero sí mayor facilidad para mentir. Poder verle a una la cara con grandísimo cinismo no requería de tanta complejidad.

H35 calla, no quiere caer en la provocación; ignora cómo discutir o dar explicaciones por algo que nunca sucedió, y que sin embargo buscó. Su padre sugiere ir a cenar para después salir al jardín a observar los fuegos artificiales, una de las pocas costumbres de las épocas anteriores que valió la pena conservar, después de suprimir el ruido.

—Conservamos demasiadas —alega M35.

Uno de los niños cuchichea al abuelo que sus padres están un poco raros desde que su padre comenzó a leer un libro. El abuelo le susurra que entre dos seres humanos nada se pone raro de un día para otro, ni en esta época ni en ninguna otra.

H35 sube al transportador para mudarse a un nuevo sector. Viaja entre nubes artificiales e imágenes surrealistas que lo llevan a considerar posible aquella teoría de conspiración, según la cual son seres encapsulados e inducidos a un sueño fantástico, dentro de una nave que explora nuevos mundos tras, quizá, ser destruida la Tierra. Se pregunta si debió intentarlo una vez más antes del adiós, y piensa en el nulo avance de la humanidad en los asuntos que de verdad importan. Mira el libro que ha decidido releer, mientras recuerda lo ocurrido horas antes: sólo bastó un poco de cinismo para comprar transigencia a los niños, convenir respetar el contrato aceptado en los días de fe y permitir una sencilla lectura de iris por un dispositivo virtual. Así, sin más.

—Así sin más —murmuró ella cruzando los brazos y dio un paso hacia atrás.

—¿Importa? —preguntó él.

—En el fondo, ni a ti ni a mí.

—¿Sabes por qué?... Porque increíblemente con tanta maldita cosa proporcionándonos y cobrándonos todo, nunca ninguna nos advirtió, ni nosotros supimos verlo.

—¿Ver qué?

Él lo dijo bajando la voz.

—Ese efímero pedazo de felicidad que fue nuestro...

Ahora, mirando todo y nada a la vez, intuye al hombre de cualquier tiempo como un personaje del autor cuyo libro sostiene con las dos manos, ajeno a serlo y a tener tantos posibles destinos. Como el gran protagonista de instantes con más historia de la relativa a su percepción. Como parte de una escena en cámara lenta, sin audio, detenida en algún punto y obligada a reiniciarse. Baja la mirada y al abrir el libro se pregunta cuántas veces, cuántos seres, han repetido las palabras convertidas en frases por el autor, y cuántas veces, cuántos, se hallaron ahí retratados. Levanta la solapa y lee: «El de la fotito soy yo, Eduardo Krüger: nacido en 1950 en Río Tercero, Córdoba, y criado en Rosario Santa Fe…».

UN TIEMPO PARA LA EVASIÓN

Luisa Méndez Fernández

© Luisa Méndez Fernández - Asturias

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento

UN TIEMPO PARA LA EVASIÓN

Cuando las sombras hacen sombra a la luz. A un atardecer dispuesto a librar batallas en campos baldíos. En donde las gotas de rocío se quedan varadas a ras de la tierra. Mis manos se aferran a los aperos de labranza; me afano en trabajar la aridez de esa tierra que se expande como el sudor de mi frente. La callosidad se aferra a mis manos con la insana intención de adueñarse de ellas. Eso no importa si con ello consigo que las sombras no intercepten la luz. Dejo la azada y, a la tenue luz de las velas, releo páginas y páginas de todo cuanto cae en mis manos; hasta que las pestañas se pliegan sobre mis ojos. Tampoco importa porque, antes de dormirme, ya me había quedado prendada de un puñado de palabras con las que tejer historias; quizá descabelladas las más de las veces, o impregnadas de inseguridades; de esa impotencia maldita qué más quisiera enterrar bajo la tierra estéril.

Sé que tengo mucho que perder si no me afano en hundir la azada en el difícil trasegar por esos campos baldíos. En especial, el "tiempo". No me doy permiso para desfallecer, para decir que no puedo con el peso de la vida, por la vida que me ha sido dada, he de seguir luchando contra esas sombras que amenazan con hacer sombra a la luz.

A la noche me quedé dormida acariciando un bello oasis de poemas:

Cuando me paro a contemplar mi estado
y a ver los pasos por do me ha traído
hallo, según por do anduve perdido
que a mayor mal pudiera haber lo llegado.

Los versos de Garcilaso de la Vega, erizan mi piel. A saber si en el caminar por la ería fui presa de delirio. Y entre ella anduve perdida y aún no me he encontrado. O a algún mal puede estar a punto de erigirse en dueño de mis pasos, sabedor de mis inquietudes y quebrantos:

De ahora en adelante
pon tus fuerzas en construir una vida nueva
orientada hacia lo alto
y camina de frente
sin mirar atrás.
Haz como el sol que nace cada día.

En silencio acaricio los cálidos versos de Ángel González. Ellos cubren mi piel desnuda y sostienen mi sueño. Y consigo evadirme de los arrabales, de la tierra infértil a la que le provoca sentir las gotas de sudor de mi frente.

En mi casa hay una caja que alguien la ha calificado de "tonta". Yo no sé cómo llamarla

cuando le doy al "clic" y, por su ventana, rugen ora gritos desaforados, ora exabruptos que erizan mi piel.

De nuevo le doy al "clic". Me derrumbo en cualquier parte. Me place sumergirme en el oasis que me proporcionan las palabras. He de evadirme sí o sí; y para ello es preciso beber hasta saciarme del elixir que invita al sosiego. A la esperanza de "sentir" que lo bello es doblemente bello, mientras su pureza perdure más allá de los tiempos:

Dime desde allá abajo
la palabra te quiero.
¿Hablas bajo tierra?
Hablo con el silencio.
¿Quieres bajo tierra?
Bajo la tierra quiero.

Miguel Hernández necesita saber sobre ese amor que yace bajo tierra. Si la tierra "siente" la voz anhelada. Si el amor sobrevive a las paladas de tierra. Que, aún bajo tierra, necesita sentir que no todo se ha ido y que, pese a todo, le ama.

"Lo que más me indigna es la indiferencia con que se contemplan las cosas, en general en los dirigentes la ignorancia. Nos gobiernan a través del miedo".

José Luis Sampedro nos habla de miedo. Y yo tengo miedo a perderte; a no encontrar tu cuerpo

junto al mío, a no sentir la caricia de tus labios y, en especial, a hundir mis pasos entre dunas de silencio.

"Debió de ser entonces cuando nació la reflexión que recogió en unas notas encontradas en su bolsillo en el día de su segunda muerte; la real. Que tuvo lugar más tarde, cuando se levantó la tapa de la vida con un fusil arrebatado a sus guardianes".

¿La tapa de la vida? ¿Una segunda muerte?, dejó escrito Alberto Méndez. El preso, Carlos Alegría, el Rorro, lo tenía bien meditado. Llegado al límite de sus fuerzas y de sus ascos, había llegado su hora…

¿Y si la vida se compone de etapas y me tiene reservada una segunda muerte? ¿Esta vez, la real? ¿La que lleva en su desnudez la ausencia de uno mismo? Sin palabras que mitiguen la sed que me devora. Sin versos que acaricien las manos que intentaron cultivar una tierra estéril.

Mi corazón late desbocado. He de evadirme de las sombras. La azada pesa como una losa entre mis manos. No importa. Las callosidades se esconden bajo el delantal que aguarda empapar el sudor de mi frente, sin una queja, también sin alborozo.

Ya ves, noche estrellada
canto y copa en que bebes el agua que yo bebo
vivo en tu vida, vives en mi vida
nada me has dado y todo te lo debo.

Releer los versos de Pablo Neruda me ofrece un tiempo para la evasión. La belleza de una noche cuajada de estrellas me eleva sobre la tierra estéril. Sumergida en un oasis de palabras que invitan a beber hasta la última copa. Luego, el silencio ya es sólo silencio.

*****